

757



ROSA  
PRIMITIVA

*Ele Serfstone*

757

ROSA  
PRIMITIVA

*Ele Serfstone*

737

ROSA

PRIMITIVA

*Ele Serfstone*

**Título: Rosa Primitiva**

*Autor: Ele Serfstone*

*ISBN: 9781691942060*

"[...]

*Quédate con la rosa del calosfrío,  
la rosa del espanto estatuario,  
la inmaculada rosa de la calle,  
la rosa de los pétalos hirientes,  
la rosa-herrumbre del fiero desencanto,  
la primitiva rosa de carne y desaliento,  
la rosa fiel, la rosa que no miente,  
la rosa que en tu pecho debe ser la paloma  
del latido fecundo y el vivir con un pulso  
de gran deseo hirviendo a flor de labio.*

*La rosa, en fin, de las espinas de oro  
que nuestra piel desgarran y la elevan  
hacia el sereno cielo de donde la poesía  
nos llega mutilada, como ruinas del alba."*

## **LA ROSA PRIMITIVA**

*Efraín Huerta*

## CONTENIDO

ಮೂಲೆ

### PRIMERA PARTE: EL PUEBLO

---

- 1.
- 2.
- 3.
- 4.
- 5.
- 6.
- 7.
- 8.
- 9.
- 10.

### SEGUNDA PARTE: LA NEBLINA

---

- 1.
- 2.
- 3.
- 4.
- 5.
- 6.
- 7.
- 8.
- 9.

### TERCERA PARTE: LA ROSA

---

- 1.
- 2.
- 3.
- 4.
- 5.
- 6.
- 7.
- 8.
- 9.

10.

11.

12.

**CUARTA PARTE: LA CONFRONTACIÓN**

---

1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

8.

9.

10.

11.

**EPÍLOGO**

---

1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

8.

9.

**QUINTA PARTE: EL CIERRE.**

---

1.

**SOBRE EL AUTOR.**

**AGRADECIMIENTOS.**

---





PRIMERA PARTE: EL PUEBLO

*Viernes 16 de agosto del 2041.*

## 1.



---¿EN VERDAD tenías que cancelar mi plan? El tuyo lo entiendo, ¿pero el mío?

Papá no respondió. Estaba más atento al accidentado camino que rodeaba la montaña. Llevábamos poco más de dos horas de ascenso ininterrumpido, salvo por los dos minutos que me tomó hacer pipí detrás de uno de los innumerables árboles que nos rodeaban.

Una semana ya y no podía acostumbrarme a estar desconectado. Resultaba absurdo ir por ahí a la caza de alguna señal abierta para enviar o recibir mensajes, eso sin mencionar lo ridículo que resultaba el no poder hacer una simplona llamada. De un momento a otro mi fiel compañero pasó a ser un simple pisapapeles con musiquita. Lo conservaba quizás por pura nostalgia, porque práctico no era. Ni siquiera tuve la precaución de descargarle algún juego nuevo. Vamos, que era tan inútil como los pezones en un hombre.

Pero no me mal entiendan, no soy quejumbroso ni nada. Primera vez que me quejaba de algo desde que papá anunció que nos mudaríamos, palabra. Yo siempre fui razonable. Siempre, en todo, sin cuestionar.

---¿Cómo se supone que me comunicaré con mis amigos? ---quise saber.

---Haz amigos nuevos ---apuntó papá.

Algo parecido a un venado, o una cosa de esas, se atravesó en el camino a varios metros de distancia. Papá frenó sin dificultad, o más bien solo redujo la velocidad, pues la criatura apenas se nos quedó viendo por un breve instante y luego desapareció en el bosque al otro lado del camino. El incidente, como era de esperar, sólo consiguió que papá avanzara aún más despacio de lo que ya iba.

---¿Y cómo voy a hablar con Pedro y Carlos?

---Usa el cuaderno de la escuela, puedes enviarles un email a tus primos. Será una buena experiencia, y te ayudará a cultivar la paciencia. Ya sabes, esperar unas horas, o quizás días, a que tus primos lean tu mensaje y te escriban de vuelta.

---¿Es en serio? Soy paciente. No pido nada del otro mundo, solo algo para comunicarme.

---Ya está, tienes mi permiso para usar el cuaderno de la escuela. ¿Otra cosa?

Me hundí en mi asiento malhumorado. Cuando dijo que nos mudaríamos nunca pensé que sería a un lugar tan lejano. Y encima solo ponía esas sosas canciones viejas para amenizar el viaje.

Extendí la mano e intenté sintonizar algo en la radio.

---Oye ---dijo papá.

---Quiero oír otra cosa ---dije.

Sin embargo, el universo conspiraba en mi contra. Recorrí todo el FM de pies a cabeza y no hubo más que estática.

---¿Contento? ---dijo papá.

---No --- dije enseguida, y volví a hundirme en mi asiento.

Papá no tardó en volver a poner su música.

## 2.



NO PUDE con tanta tensión, así que terminé dormitando el resto del camino. Para cuando acordé ya entrábamos al pueblo. Un enorme letrero de madera nos recibía.

«BIENVENIDOS A ROSA. 328 HABITANTES.»

Corrección: «330 HABITANTES.»

---Ya nos sumaron al pueblo ---dijo papá.

Seguro que algún listillo esperó a que pasáramos por el letrero para actualizarlo frente a nuestros ojos. Tan halagador como tétrico.

Cada pintoresco personaje del pueblo nos desvestía con la mirada, hasta los huesos, conforme el auto avanzaba a velocidad tortuga por aquellas calles empedradas. Nos miraban y murmuraban cosas para ellos mismos. Algunos niños pequeños incluso nos señalaban con el dedo. No pude evitar sacarles la lengua en un gesto de disgusto, sobre todo a los más odiosos. A las chicas en cambio les guiñé el ojo; algunas sonrieron, otras no mutaron su gesto de curiosidad.

Luego de insufribles treinta minutos siguiendo un mapa mal dibujado, y ante la negativa de mi papá a pedir indicaciones, llegamos a una casa a orillas del monte. Como todas las casas de la zona era bajita y de una sola planta. Tan pronto papá aparcó, la puerta de la casa se abrió. A nuestro encuentro salió una mujer mayor. Nos saludó afectuosa con un abrazo y un beso. Al presentarse como doña Inés, viuda de Santos, confirmé que en efecto no tenía ningún parentesco con nosotros, lo que reforzó mi extrañeza ante tan calurosa bienvenida.

---Pasen por favor, están en su casa ---dijo la señora.

El interior hacia perfecto juego con el exterior. Paredes sobrias sin más

acabados que una capa de barniz y figurillas de madera tallada acomodadas por aquí y por allá. La mesa estaba puesta, ¿y cómo no?, cada vaso y cada plato eran de barro horneado, pintados con motivos florales de colores tan llamativos que resultaban obscenos en contraste con el resto del entorno.

---Sé que fue un largo viaje, así que me tomé la libertad de prepararles algo.

---No se hubiera molestado ---dijo papá.

---Tonterías. Qué va a ser molestia. Siéntense.

No me lo pidieron dos veces, vaya si tenía hambre. En seguida ocupé un lugar. Y papá ya hacía lo mismo cuando al comedor entró un señor vestido todo de negro.

---No se levante, por favor, yo me acerco ---dijo el hombre, y se apresuró a estrecharle la mano a papá---. Soy Dante, también rento un cuarto. Usted debe ser el nuevo profesor.

---Rubén Morales, para servirle.

---Oh, ya conocieron a Dante ---dijo la mujer. Traía cuatro platos servidos, dos en cada brazo. Seguro en otra vida fue mesera, eso sí que era habilidad.

---Soy nuevo en el pueblo, llegue hace dos semanas ---siguió Dante---. Vine buscando un poco de inspiración para escribir mi primer álbum.

---¿Eres músico? ---pregunté.

---Pretendo ---dijo, y me obsequió una sonrisa. Lucía mucho más joven que papá.

Luego de eso nos dedicamos a comer. La plática no fue más allá de las peripecias del camino para llegar al pueblo. No hay más que un camino, y este no es el mejor camino que digamos. En cuanto a la comida, chilaquiles y frijoles refritos, fue sencillamente deliciosa. No se comparaba en nada a la comida instantánea que muchas veces compraba papá, o a sus malos experimentos que raras veces hacía en la cocina. Dicen que el corazón de un

hombre se conquista por el estómago. Si es cierto entonces en ese momento me enamoré.

Salido del trance, doña Inés nos presentó nuestras habitaciones. Nos llevó a un extremo de la casa. Primero estaba mi cuarto, luego el de papá. Después seguía una serie de habitaciones, conté cinco, lo que hacía un total de siete. Alguna debía ser la de Dante, otra más la de la señora, lo que dejaba al menos tres plazas vacías. Que al parecer seguirían así, pues Rosa no es que sea el mejor lugar para vacacionar, eso de lejos. Dudo que la señora alguna vez haya tenido más de tres inquilinos. Del otro lado del pasillo, justo en frente de nuestras habitaciones, estaba una suerte de estudio que la señora cedió a papá como oficina. Según dijo nadie más le daba uso, así que podía disponer de él tanto como quisiera. Papá agradeció y enseguida entregó un sobre con el adelanto de tres meses de renta a doña Inés. Ella lo recibió algo abochornada.

---Ni falta que me hace don Rubén ---dijo.

---No doña Inés. Un trato es un trato. ¿Luego qué va decir la gente de nosotros? Somos honrados, pobres pero honrados.

No soporté mucho de aquella charla, así que los dejé con sus conversaciones sentimentaloides y me fui a ver mi habitación. Era más grande que la que tenía en la ciudad. Y más fresca. Aunque no había ni televisión, ni computadora; venga, ni siquiera un arcaico radio. Saqué mi teléfono de la maleta y traté de captar algo. Fue inútil.

No ignoraba por qué estábamos ahí. Papá era maestro en un colegio en la ciudad. Tuvo una discusión con las personas equivocadas y perdió el empleo. Esas personas equivocadas al parecer tenían mucho poder, porque no consiguió otra plaza en ninguna escuela de por allá. Las semanas pasaron y el dinero se fue terminando. La única forma de que papá consiguiera trabajo era saliendo de la urbe, cosa difícil considerando la delicada situación económica que no reparaba en exponer abiertamente. Así, cuando creíamos todo perdido,

encontró un lugar donde podía trabajar y al cual sería relativamente barato el mudarse. ---Es un lugar donde podremos empezar de nuevo ---dijo---. Me pagarán mucho menos de lo que ganaba, pero si somos listos pronto juntaremos lo necesario para mudarnos a un lugar mejor.

Vaya si había cosas por las cuales quejarme. El áspero colchón, las gruesas mantas, la humedad en el ambiente. Y vale, no sentía calor, pero igual me preguntaba en donde estaba el aire acondicionado o el ventilador. Pero independiente a todo eso, de lo que sí estaba seguro, era del absoluto aburrimiento que me esperaba.

### 3.



YA INSTALADO en mi habitación con mi única maleta desempacada papá pidió que me duchara y me arreglara para una cena formal. Apenas pasaban tres horas desde la última comida, sin embargo, la expectativa de una cena igual de deliciosa me emocionaba mucho. El agua congeló cada hueso de mi cuerpo hasta su tuétano, juraría que mi piel se tiñó de azul y que mi cabello se llenó de escarcha. Y es que la ducha solo tenía una llave, agua súper fría. Me puse mi traje de pingüino y por primera vez me sentí reconfortado de ponerme el áspero saco. El sol apenas se ponía y la temperatura ya descendía considerablemente.

---Qué niño tan ilustre ---dijo doña Inés y pellizcó mi mejilla. No sé por qué, pero me sonrojé ante su halago.

Papá esperaba en el recibidor enfundado en su traje de pingüino. La última vez que usamos algo así fue en el funeral de mamá. Recordarlo me puso triste. Papá lo notó de inmediato. ---¿Pasa algo amigo? ---preguntó. Le dije que estaba cansado. Y era verdad, estaba cansado. Saqué el recuerdo de mi mente y sonreí.

---Vamos a estar bien ---dijo---. Es una aventura.

La mesa estaba puesta de nuevo. Esta vez los platos eran de porcelana, los vasos de cristal y si mis ojos no me engañaban, los cubiertos eran de plata. Según se veía por el número de lugares a la cena no vendrían tantos invitados como imaginaba.

Luego de un rato, doña Inés apareció con un vestido guindo, sobrio y elegante. Me ofreció una dulce sonrisa que al instante devolví lo mejor que pude. Me recordaba mucho a mi abuelita Mona. Se murió cuando tenía cinco años, así que la disfruté poco. Enseguida de ella apareció Dante. En lugar del



pantalón negro que usaba más temprano ahora usaba unos azules. Fuera de eso la indumentaria era prácticamente la misma.

---Ahí estás ---dijo doña Inés. Tomó un saco que colgaba en un gancho junto a la puerta y lo entregó a Dante---. Ponte esto, que así pareces un vago.

---Señora, me halaga que me inviten a la cena, pero advertí que no tenía ropa formal.

---Tonterías, como quiera tengo que darte de comer. Mejor que comas con todos a que comas solo como un perro. Además, ya con eso puesto te vez un poco más decente.

---¿Tú crees?

---Háblame de usted, niño igualado.

---Lo siento, doña Inés.

---Mira, aprende a mijo, está todo elegante ---dijo la señora acariciándome la mejilla con el dorso de su mano. Nunca me sentí tan avergonzado.

Pasado un rato más llegaron los invitados. Un tal señor Mora, cuya piel brillaba con un insano color violeta, quizás haciendo honor a su nombre; y su señora esposa, una mujer odiosa que nos miraba con asco, como si le fuésemos a contagiar algún germen por sólo estrechar su mano. También un religioso, un tal padre Luis, que dirigía la iglesia local. Un señor Serrano, supuestamente juez del pueblo, acompañado de su señora esposa, una mujer mustia y anodina. Y, por último, pero no menos importante, un tal señor Carrillo, jefe del departamento local de policía; y su señora esposa, una mujer rubia y regordeta.

---El señor Montemayor envía sus disculpas por no poder venir ---dijo el señor Mora.

---No se incordie señor mío. Ese pusilánime intento de hombre nunca puso un pie en este pueblo, ni lo pondrá. Está ocupado gastándose el dinero de

nuestros impuestos ---repuso doña Inés mientras acomodaba los primeros platos. Las otras señoras matizaron el comentario con risillas ahogadas detrás de sus pañuelos. Incluso la señora Mora rio divertida.

---Hay cosas que nunca cambian ---dijo el señor Mora.

Lo primero que sirvieron fue la sopa. Al verla, tan simple como era, un caldo sin más consistencia que la que le conferían unos cuantos trozos de apio, jitomate y cebolla, imaginé que no me gustaría. Claro que ocurrió todo lo contrario, estaba deliciosa.

---Evidentemente no venimos aquí para hablar del licenciado Montemayor ---dijo divertido el señor Serrano.

---Naturalmente que no ---dijo el padre Luis.

Por un momento lo único que se escuchó fue el constante repiqueteo de las cucharas en los tazones de sopa. Nadie sorbía, ni siquiera Dante, así que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no sorber. Comer la sopa de aquella manera era todo un lío, tenía que limpiarme los labios con la servilleta todo el tiempo.

---Una profesión admirable la del docente ---dijo el jefe Carrillo. ---Tengo un hijo, del mismo vuelo que su niño don Rubén. Cuando le dije que al fin vendría un nuevo maestro se emocionó mucho. Mi muchacho no es como yo, a él le apasionan los números y esas cosas. Quizás se vuelva científico o arquitecto. Una cosa así. Todo el año pasado que los niños estuvieron sin maestro se me puso malo del estrés. ¿Te acuerdas vieja?

---Sí. Lo hubiera visto don Rubén. Me comía poco y se le caía mucho su pelo. La doctorcita nos dijo que era por puritito estrés.

---Ya me imagino doña Lupita. Debió ser un golpe duro para los niños.

---Fue un golpe duro para toda la comunidad ---dijo el padre Luis---. El profesor Jaime era una figura respetada en Rosa. Una cosa lamentable lo que le pasó.

---¿Qué le pasó a ese profesor? ---pregunté.

---Rúbe, no debes interrumpir así ---dijo papá enseguida.

---Déjelo don Rubén, no pasa nada ---dijo el padre Luis en tono condescendiente---. Aunque vergonzoso, no es ningún secreto lo ocurrido con el profesor Jaime.

---Al profesor se le zafó un tornillo hijo ---dijo el señor Serrano.

---Amor ---exclamó escandalizada la señora del juez.

---¿Qué? Es la verdad. Un buen día se atrincheró en su casa y le dio por matar su jardín. Ese hombre está más loco que una cabra.

---Qué desagradable ---dijo la señora de Mora sin quitar ese gesto de asco que traía desde su llegada. Era como si para ella todo oliera a popó.

---Un caso lamentable el del profesor ---continuó el padre Luis---. La última vez que hablé con él dijo algo acerca de las plantas. Según entendí no se sentía cómodo cerca de ellas. Compró toneladas de sal, literalmente toneladas; y mató toda la vegetación que rodeaba su casa. No es nada que no se sepa en el pueblo. Yo lo respeto mucho y lo sabe doña Inés. Pero ese fue el camino que escogió y en ello nadie puede interferir, solo él mismo.

---Dudo que vuelva a crecer algo ahí en los próximos cien años ---dijo el señor Serrano.

---Ya lo creo, ya lo creo ---convino el jefe Carrillo---. Algunos vecinos se quejaron, pero es su propiedad, puede hacer lo que quiera con su patio.

---Como sea que sea ---siguió el padre Luis---, lo único que podemos sacar de todo esto es el mal que hacen algunas ideas radicales a las mentes de las personas. Matar de esa forma la creación de Dios, con independencia de lo que diga la ley humana, es sacrílego.

La mujer del jefe enseguida se persignó.

---Ya te digo. Más loco que una cabra ---ratificó el señor Serrano.

---Pero ya no hablemos de esas cosas ---retomó de nuevo la palabra el

padre Luis---. Ahora que vio Rosa con sus propios ojos, don Rubén, ¿cree que podrá adaptarse?

---¿Por qué lo pregunta?

---Bueno don Rubén ---dijo el señor Serrano---. El año pasado tuvimos a cinco nuevos maestros. Pero ninguno duró más de quince días.

---De eso no se preocupen. Mi hijo y yo lo hablamos y estamos decididos a quedarnos aquí como mínimo tres años. Y la verdad es que yo también estoy emocionado por empezar las clases. Ahora que veníamos, recién entrando al pueblo me di cuenta de la cantidad de niños que hay. Son mentes nuevas que están esperando para nutrirse y crecer.

---Es emocionante ver su convicción don Rubén ---dijo el padre Luis adueñándose otra vez de la conversación---. Para nosotros es importante. La educación de los niños de Rosa está en sus manos, y confiamos que sean manos calificadas.

---Claro que lo son ---dijo doña Inés. Traía el plato principal---. Don Rubén es un maestro excelente. Y tomen en cuenta señores que su propio hijo será uno de sus alumnos. Yo creo en la convicción y en la competencia de don Rubén.

---Claro que si doña Inés ---dijo el jefe Carrillo---. Lo que el padrecito quiere decir es que de toda fe estamos confiando la educación de nuestros niños a don Rubén. Y si lo hacemos es porque confiamos de toda fe en que es un excelente profesor.

---El conejo le quedó delicioso doña Inés ---dijo la señora del juez, seguramente para romper la tensión. Y lo consiguió desviando la conversación al plato principal.

Hasta ese momento ignoraba que la carne del guiso fuera de conejo. Tan pronto la salsa hizo contacto con mis papilas gustativas mi mente se proyectó a un recuerdo de mi infancia. La voz de mamá y su sonrisa. Eso me puso feliz.

No tenía idea de que la comida pudiera tener ese efecto en una persona. Definitivamente aumentaría muchos kilos en Rosa.

---Siempre he sido un hombre dedicado y entregado a su trabajo ---dijo papá, retomando la conversación del religioso---. Tengan por seguro que daré lo mejor de mí. Estoy comprometido con la educación de todos los niños de Rosa.

La mujer del policía enseguida aplaudió emocionada. ---Eso es lo que ocupamos. Hombres dedicados a su trabajo ---dijo---. Mijo se va a poner arto contento don Rubén. No sabe cómo se lo vamos a agradecer.

---Es verdad ---continuó el religioso---. Y desde luego confío en que es usted un hombre de fe y devoto a Dios, don Rubén.

---¿Y eso qué significa?

---No estamos ignorantes de los cuentos que se inventaron los científicos, con eso de la evolución y el surgimiento espontaneo del universo; y podrá hablarles a los niños de esos barbarismos si cree que es "esencial" para su educación; claro que siempre y cuando les recuerde que son sólo eso, cuentos, ideas radicales de gente alejada de Dios nuestro señor. Entendemos que hay quienes le dan mucha importancia a esa clase de ideas extravagantes y poco fundamentadas. El profesor Jaime era uno de esos hombres. Y ya ve. Terminó odiando a la creación de Dios, por cosas relacionadas con la evolución y de más grandilocuencias de la jerga científica. No queremos eso para nuestros niños. Las cosas en su lugar. A Dios lo de Dios, don Rubén, a Dios lo de Dios.

---Qué sorpresa ---dijo Dante. Los invitados voltearon a verlo con extrañeza, como si no hubieran reparado en su presencia hasta ese momento.

---¿Qué cosa? ---quiso saber el religioso.

---¿Qué no la iglesia llegó a reconocer a la evolución como el medio que Dios usó para crear la vida?

---Qué va, muchacho. Hubo quienes lo hicieron, sí. Herejías finalmente.

Pero ya ninguno de esos apóstatas nos acompaña. La iglesia fue limpiada de esas ideas trasgresoras.

La mujer del jefe volvió a persignarse.

---Bastante fortuito. Tal vez solo fue coincidencia ---dijo Dante---. La creencia en la evolución es el menor de los problemas que solía tener la iglesia.

---Bueno padre Luis ---irrumpió papá---. La verdad es que no soy tan religioso como quisiera. Desde luego que respeto mucho cualquier forma de pensar. Pero no puedo ni apoyar ni denigrar ni una ni otra postura.

---Ah. Es usted agnóstico. Debí imaginármelo. Esos son de los peores, más difíciles de tratar. Para usted todo es gris, me supongo. Me topé con varios así en los seminarios, una completa vergüenza para la santa iglesia.

---Bueno, ya padre Luis ---dijo doña Inés---. No siga atosigando a don Rubén con esos asuntos. Usted enseñe sus cosas en la iglesia y no se meta con el trabajo de los demás. Estoy segura que a don Rubén le tienen sin cuidado sus discursos de los domingos. Y tú también, Dante, no incordies al padre Luis con tus imprudencias.

---Le puso laurel al conejo, ¿verdad doña Inés? ---volvió a interrumpir la mujer del Juez---. Definitivamente tiene que pasarme la receta. Le quedó de rechupete.

El resto de la cena siguió más o menos igual. El señor Mora, el Juez y el Jefe, se concentraron en devorar el conejo y la tarta de manzana que hubo de postre. Apenas y participaron en la conversación, como no sea para dar comentarios del tipo confirmativo o admirativo. Dante en cambio se abstraigo por completo de la conversación, concentrándose únicamente en su plato. La señora Mora comió poco y declinó por completo la tarta. La señora del Juez siguió intercediendo con comentarios random cada que el religioso aguijoneaba a mi papá con sus ideas, mientras que doña Inés siguió perdiendo

los estribos con cada nuevo comentario del religioso. Y la señora del jefe se la pasó siguiendo la conversación como observando un partido de tenis; miraba al religioso, luego a mi papá, de vuelta al religioso, y de nuevo a mi papá; aunque seguro que no entendió nada de lo que se dijo. Yo mismo no entendí muchas de las cosas que se decían. Lo que era de esperar pues nada de eso me interesaba.

Al final no pude terminarme la tarta. Aunque estaba deliciosa ya me encontraba demasiado lleno, así que pedí a doña Inés que me la guardara para después. Ella accedió enseguida y levantó mi porción de la mesa. Se la llevó para guardarla, y antes agregó una porción más guiñándome un ojo. No sé por qué, pero seguro que me sonrojé.

La casa se quedó silenciosa cuando todos se fueron. Para entonces el frío calaba enserio. Doña Inés se disculpó para irse a la cama; hacía rato que Dante se había marchado. Y yo traté de hacer más o menos lo mismo, pero papá me detuvo. ---Es todo un personaje, ¿eh? Ese tal padre Luis ---dijo. Sabía perfectamente que esa era una invitación para quedarme a charlar.

---Uno muy latoso ---dije.

Papá sonrió divertido. ---El sólo defiende lo que cree.

---¿Y tú que crees? ---pregunté.

Papá tardó en contestar. ---No lo sé. Tal vez sí soy agnóstico ---dijo, luego rio.

Yo también reí, aunque sin entender del todo en donde estaba el chiste.

---Sé que fue repentino ---siguió papá luego de serenarse---. Pero vas a ver que vamos a salir adelante. En verdad necesito este empleo. ¿Puedo contar contigo?

---Sabes que sí. Te seguiría al polo norte si tuvieras que enseñarles a los esquimales.

---Ven aquí ---dijo. Me despeinó y me abrazó como cuando tenía cinco

años---. Por eso eres mi mejor amigo. Juntos hacemos el mejor equipo, ¿no lo crees?

---Claro ---dije. Y ya no se me ocurrió que más decir. No se mostraba tan afectuoso desde antes que mamá muriera. Supongo que en verdad necesitaba sentirse apoyado en esto. Así que no dije nada más. Le devolví el abrazo, como cuando tenía cinco años y me colgaba de su cuello. Seguro que aún podría cargarme, pero no quise comprobarlo. Crecí mucho en los últimos años, y debía pesar más de lo normal por cenar demasiado.

---Bueno, hay que dormir. Mañana será un día largo ---dijo.

Le di las buenas noches y me marché a mi cuarto. Con tanto frío en verdad amé las gruesas mantas. Ni siquiera me desvestí. Nada más me quité los zapatos y así me metí a la cama. Sorprendentemente me quedé dormido muy rápido.



#### 4.



FUERON POR lo menos dos cosas las que me despertaron. La primera, la corbata que casi me asfixia. Como nota mental apunté el siempre ponerme mi pijama antes de dormir. La segunda, la imperiosa necesidad de visitar el retrete. Me desvestí a como pude y corrí al baño.

---Epa, colega ---dijo Dante al verme---. Esa es muy poca ropa.

Esperaba a un lado de la puerta del baño, traía una toalla y un cepillo de dientes.

---Perdón, es que, es una emergencia ---dije. Ya debía hacerse una idea por mi baile.

---Creo que está tu papá ahí adentro ---hizo una pausa---. Mejor regreso en un rato.

Dante se fue a su habitación, era la del otro extremo de la casa. Yo por mi parte me quedé esperando, meneándome semidesnudo en el pasillo. En cuanto a papá tardó un minuto más en salir, minuto que me pareció eterno.

---Oye, usa tu ropa para dormir ---dijo al verme en calzoncillos---. Estamos en casa de una mujer. Tendrás que prestar más atención a eso.

Asentí a como pude y enseguida me encerré en el baño. Terminada mi rutina matutina fui directo a mi cuarto. Desde luego que me aseguré de que doña Inés no anduviera por ahí. Aunque dudo mucho que le interesase verme, además tampoco era que tuviera mucho que mostrar, con semejante frío todo en mi cuerpo se contraía. Me puse la primera ropa que encontré. Como aún era verano ignoré por completo el consejo de papá cuando dijo que ocuparía suéteres. Sólo traje dos. Me puse el que era color negro. Después salí del cuarto atraído por un aroma dulzón que me llevó directo a la cocina.

---Buenos días hombrecito ---saludó la señora sin despegar la vista de la

cazuela.

---Buenos días ---dije, y me senté a la mesa. Era más pequeña y menos lujosa que la mesa del comedor---. ¿Cómo supo que era yo?

---Tu padre habría saludado primero, en lugar de quedarse mirando ---dijo. Después me sirvió una taza de chocolate y la porción de tarta que le pedí me guardara.

Dante ya estaba aquí, igual comía un trozo de tarta. Al verme sonrió mostrándome todos los dientes. Asqueroso, pero divertido.

Le di un sorbo al chocolate. Estaba delicioso y me calentaba las tripas.

---¿Por qué hace tanto frío? ---dije, luego di un mordisco a mi trozo de tarta. E igual sonreí mostrándole todos los dientes a Dante. Puso cara de no entender, o de asco, o ambas a la vez.

---No estoy segura. Debe ser la altura o algo así. Lo que sí sé es que en rosa hace frío todo el año. Y en invierno hay hermosas nevadas.

---Yo nunca he visto la nieve ---dije emocionado---. Pero casi no me gusta el frío. Y no traje más que dos suéteres.

---Ah, eso explica esas fachas. Temía que intentaras imitar a este vago.

---¿Mi estilo? ---dijo Dante---. No me diga que no le gusta.

---Pues no, fijate ---zanjó doña Inés ---. Y tú, jovencito, ¿cómo no vas a tener frío si estás en los huesos?

---Pues como siga comiendo así ---dije y di otro mordisco a mi tarta.

---Es un círculo vicioso. El frío te mantendrá delgado. Tu cuerpo quemará más calorías de las normales para calentarse.

---No me importaría estar gordo. En la escuela me molestaban por estar tan flaco.

---Eso depende de ti ---dijo. Luego echó el jamón a una sartén---. Respecto a los suéteres. Tengo por ahí una ropa que era de mi nieto. Puedes usarla si quieres.

---¿Y su nieto?

---No se es niño toda la vida, ¿o sí?

Terminé mi tarta y mi chocolate. Enseguida la señora me ofreció del jamón que acababa de freír, pero decliné, me encontraba lleno. Dijo que entonces le hablara a papá para que tomara el desayuno. Me levanté de la silla y llevé la taza y el plato que usé al fregadero, para lavarlos antes de irme.

---Yo me encargo ---dijo enseguida---. Ve a donde tu padre.

Fui a la habitación de papá. Le dije que doña Inés lo llamaba para que desayunara. Abrió la puerta con cara de extrañeza. Sobre su cama estaba un cuaderno con un formulario con pinta de ser examen, así que supuse que su cara tenía algo que ver con eso. Dijo que enseguida iba y cerró la puerta. No demoré en volver con doña Inés y Dante. Hacía frío y en la cocina se estaba más a gusto por el calor de la estufa. Debió notar mis temblores involuntarios pues me dio otra taza rebosante de chocolate caliente.

---Creo que hace más frío que ayer. ¿Podría ver la ropa que dice?

---A noche hubo ventisca así que la temperatura bajó. Trece grados según mi termómetro. Después del desayuno te llevo, para que escojas una buena chaqueta.

---¿Trece grados? Es una locura. Se supone que estamos en verano.

La señora sonrió divertida. ---Hay mi niño, ya te dije que acá hace frío todo el año. Y mejor que llegaran en verano. Así te vas acostumbrando al frío antes de llegar al invierno.

---Ya terminé ---dijo Dante, y se levantó de su asiento---. Todo estuvo delicioso, como siempre. Gracias señora.

---Ya te vas de vago otra vez. Al menos dime si vendrás a comer.

---No creo, pero aquí estaré para la cena.

Dicho eso se fue. Doña Inés levantó los trastes sucios y los llevó al fregadero. Yo me dediqué a tomar mi chocolate caliente; y a pensar en las

palabras de doña Inés. No podía quejarme del frío. Prometí a papá que lo seguiría hasta el polo norte si tuviera que enseñar a esquimales; y creo que en el polo norte hace más frío que en Rosa.

---Buenos días ---dijo papá tan pronto entró en la cocina.

---Buenos días, don Rubén. Espero no le moleste tomar el desayuno acá.

---Acá está perfecto. Y no debió haberse molestado. Podemos cocinar nuestra comida.

No pude evitar atragantarme con el chocolate al escuchar aquella tontería. No pensaba engullir esas pastas instantáneas favoritas de papá, al menos no en los próximos tres años.

---Necedades, don Rubén, y discúlpeme que lo diga ---intervino mi salvadora---. Soy vieja. Toda mi vida he cocinado. Y ya hace mucho que enviudé y que mi hijo se me casó. No me quite el placer de cocinar de nuevo para alguien más.

---A mí me gusta la comida de doña Inés ---dije en defensa de la causa.

---¿Lo ve, don Rubén? Que sea por mí. Además, este hombrecito ocupa ganar peso o no resistirá el invierno.

---Está bien doña Inés. Pero tendrá que asignarnos tareas en la casa. No podemos andar de ociosos todo el día. En especial tareas para el hombrecito.

---Ya se me ocurrirá algo don Rubén, ya se me ocurrirá algo.

Al final accedí a comer un poco de jamón frito. Me sentía satisfecho y lleno de energía. Terminado el desayuno papá se disculpó y volvió a su trabajo. Yo igual me levanté, pero más con la intención de llevarme los trastes sucios para lavarlos.

---Deja, yo me encargo de eso ---dijo doña Inés luego de darme un pequeño golpecito en la mano para que no alzara el plato.

---Si sigue así va a malcriarme. En casa yo siempre lavaba los trastes sucios.

La señora no respondió nada al respecto. En su lugar me pidió que la siguiera para mostrarme la ropa. De hecho, me condujo a mi habitación. Fue a la pared del fondo y la descorrió como si tal cosa. Al parecer era un armario. Obviamente, como todo era de madera, no me di cuenta de que aquella era una puerta corrediza.

---Hay ropa de muchos tamaños ---dijo sonriente, hasta tomó unos pequeños pantalones como para matizar el comentario---. Toda era de mi nieto Santiago. Seguro habrá algo que te quede. Puedes tomar la que quieras.

Dicho eso se marchó. Yo por mi parte me quedé contemplando la gran variedad de prendas disponibles. No era aficionado a la ropa o a la moda, ni mucho menos, pero aquellas chaquetas eran alucinantes. Tomé una negra, de piel, y un gorro azul que combinaba con mis pantalones. Para ser honesto siempre me han gustado las chaquetas, pero en la ciudad pocas veces había ocasión de usarlas. Los fríos eran más bien relativos. Ya listo consulté la hora en mi celular, eran las ocho y media de la mañana. Guardé el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y fui a donde papá. Era temprano y ya no tenía nada que hacer. Le dije que iría al pueblo a dar una vuelta porque quería conocerlo antes de que empezara a nevar. Dijo que estaba bien siempre y cuando no me alejara mucho.

## 5.



AFUERA HACÍA más frío con semejante ventisca. Algunas agujas de pino revoloteaban por doquier. Me adentré un poco entre la vegetación para percibir mejor aquel delicioso aroma. Era como el del detergente que mi tía Sofia usaba en los pisos de su casa, o como el del desodorante que papá usaba en el auto. Aunque más fresco y natural.

---Oye, ¿qué haces aquí sólo? ---dijo el jefe.

---Huele muy bien este monte ---dije---. Estaba explorando un poco.

El jefe rio divertido. Aunque no parecía reírse conmigo sino de mí.

---No es monte mijo ---apuntó luego de su carcajada---. Es bosque. Y te sugiero que no entres ahí solo si no quieres perderte.

La burla me puso de mal humor, aunque no pareció notarlo.

---Tu padre está en casa, ¿verdad? Tengo que llevarlo a la escuela para que la conozca.

---Sí ---dije---. Está alistando sus cosas para mañana.

---Me da gusto escuchar eso. Y lo que digo del bosque es cosa seria. Con el bosque no se juega campeón.

Me revolvió el cabello en un gesto condescendiente muy irritante. Una de las orejeras de la gorra terminó sobre mi frente. La acomodé bien en su lugar y fui tras él. Cualquier cosa era mejor que nada, así que también quería conocer la escuela.

Lo adelanté y abrí la puerta para dejarlo pasar. Doña Inés seguía desempolvando sus adornos en la enorme estancia.

---Buenos días don Alberto. ¿Busca a don Rubén?

---Desde luego doñita.

Me ofrecí a ir a hablarle a mi papá. Fui a su habitación, toqué a la puerta

tres veces y anuncié la visita del jefe. Papá contestó que iría enseguida, así que volví a la estancia e informé al jefe. Este se me quedó viendo con una media sonrisa en el rostro. No sabía bien cómo debía interpretarla. Solo intenté sonreír, sin mucho éxito, y luego me senté en el sillón a esperar a papá.

---¿Te cayó la helada campeón? ---dijo con sarcasmo, en tono burlón.

Volví a ponerme de mal humor, incluso crucé los brazos para enfatizar mi disgusto.

---No lo moleste don Alberto ---dijo doña Inés---. Rubencito no está acostumbrado a estos climas. ¿Ya se le olvidó lo que le pasó la última vez que fue a la ciudad?

---No se me olvida doñita. Me estaba derritiendo.

---¿Ya lo ve? Mejor que no moleste a mi niño o se las verá conmigo.

---Desde luego doña Inés.

Pasado un ratito papá llegó. Cargaba un gran portafolios con apariencia de estar pesado. ---¿Vamos ya? ---dijo.

Me apunté al viaje sin que me invitaran. Antes de que pudieran decirme cualquier cosa subí a la camioneta del jefe y abroché el cinturón. Papá me dedicó cinco segundos de contemplación, solo Dios sabrá lo que pasó por su mente en ese momento, luego se subió al asiento del copiloto e igual se puso el cinto. El viaje no fue largo, al menos no como lo imaginé; tan corto que no fue el tiempo suficiente como para concretar una verdadera platica fuera del superficial tópico del futbol.

---Esta es la escuela, don Rubén ---anunció el jefe.

Era un pequeño edificio de una sola planta, compuesto de cuatro aulas, un comedor y dos cuartos de baño que, a juzgar por el tamaño, debían ser individuales. Eso y un enorme patio.

---Sé que no es grande. Pero es que aquí no hay muchos niños.

Fuimos directo a la dirección, que al parecer hacía las veces de biblioteca

y cuarto de intendencia. Ahí estaban un chico y una chica. Ninguno parecía rebasar la veintena.

---Estos dos son Miri y Moy ---siguió el jefe---. Serán sus ayudantes. Así como los ve, ellos solos se encargaron de vigilar a los niños el año pasado. Los tenemos en alta estima. No son maestros ni nada, pero confiamos en que le serán de gran ayuda. Ya fueron contratados por el municipio.

---Mucho gustó Profesor Morales ---se apresuró a saludar la chica---. Soy Miriam Pérez, pero me puede decir Miri, es más corto y fácil de recordar.

---Yo soy Moisés Pérez profe. Pero dígame Moy. Esperamos ser de gran ayuda.

---Es mi hermanito menor ---dijo la chica al abrazar al chico.

---Mucho gusto, es un placer conocerlos a ambos. No contaba con que tendría ayuda, así que la noticia me sienta de maravilla. Haremos un gran equipo, estoy seguro ---dijo papá---. Por cierto. Este de aquí es mi hijo Rúbe.

Enseguida voltearon, como si apenas repararan en mí, hasta ese preciso momento.

---Mucho gusto Rúbe ---dijo la chica al inclinarse. Su rostro quedó tan cerca al mío que no pude evitar incomodarme. Seguro que me sonrojé.

---Hola ---saludé con timidez.

---¿Qué edades tienen? ---dijo papá---. Se ven jóvenes.

---Yo diecinueve ---dijo Moisés---. Y mi hermana veintipocos ---luego rio divertido.

---Tengo veinticinco, profesor Morales ---confirmó la chica.

---Dime Rubén, es más corto y fácil de recordar.

---Claro, profe Rubén ---dijo ella---. Como ve no somos maestros ni nada, pero nos esforzamos. El año pasado fue difícil para la comunidad. Tratamos de llevar las actividades de la guía y de enseñar lo mejor que pudimos. No tenemos más experiencia que eso, pero le aseguro que venimos con todas las



ganas.

---Ya lo creo que sí ---reconoció papá.

Los chicos se ofrecieron a mostrarnos la escuela. El jefe por su parte dijo que tenía cosas que hacer y que pasaría en un rato más para llevarnos de vuelta a casa de doña Inés.

Las otras tres aulas estaban preparadas para las clases. Según dijo Moisés cada una tenía un espacio de cinco por cinco, es decir un total de veinticinco metros cuadrados, y estaba equipada con el último modelo de pizarra inteligente. Así mismo cada banca contaba con su respectivo cuaderno de estudio, que, aunque no era el último modelo, sí que estaban en buen estado y funcionando en su totalidad. Lo que admito es mucho decir pues en mi anterior escuela varios ya no funcionaban. En cuanto al comedor no era más que una sala grande con mesas cuadradas bien distribuidas y una cocina modesta donde un par de señoras preparaban un menú sencillo para los niños que no llevan su almuerzo.

---Rosa es un pueblo pequeño profe Rubén. Y los niños son tranquilos, amables y dedicados ---dijo la chica---. Ya verá que los estudiantes no son muchos. Sumarán unos cuarenta ya todos juntos. Y no dan nada de problemas.

---¿Sólo cuarenta? ---dije incrédulo. Y vaya si me sorprendía tal cifra. Se suponía papá daría clases de primaria a secundaria.

---Sólo hay trescientos veintiocho habitantes en Rosa ---dijo Moisés, su tono excesivamente amable irritaba---. Trescientos treinta ya con ustedes dos.

No sé por qué, pero me recordó a esos insufribles programas para niños pequeños que mi tía Sofía me obligaba a ver cada que me quedaba en su casa por las tardes. Agradecí que no se pusiera a cantar una ridícula canción al respecto.

---Lo que Moy quiere decir es que aquí no hay tantos niños. Hay muchos chicos mayores a dieciséis años, pero como vez nosotros ya terminamos la

escuela. Y también hay muchos nenes menores de seis años, pero ellos aún no tienen que venir a estudiar.

---Así es, de edad escolar son pocos. Aunque muchos considerando la cantidad de habitantes. Nuestros papis sí que se esmeraron para hacer a estas nuevas generaciones.

---Tienen razón. Imaginé que serían menos niños viendo que es un pueblo pequeño ---dijo papá.

---Lo bueno es que son niños buenos profe Rubén. No le darán ningún problema.

Siendo objetivos no había mucho que ver. Eran las típicas aulas descuidadas de cualquier escuela. Todo el material didáctico ya estaba precargado en pizarras y cuadernos. Incluso el improvisado laboratorio instalado a la carrera en la esquina de uno de los salones contaba con el material básico. Además, el patio era grande y tenía cancha de baloncesto, y al otro extremo algunos columpios. Aunque honestamente con tanto frío dudo que a alguien se le antojara jugar a la intemperie.

La charla con Miriam y Moisés degeneró tanto que creí que me explotaría la cabeza en mil pedazos. No soportaría que me llamaran "amiguito" una vez más. Afortunadamente en eso el jefe volvió y tocó la bocina.

---Ha sido un placer enorme conocerlos ---dijo papá---. Los espero aquí mañana.

---Sí profe Rubén ---dijo Moisés.

Anuncié que me iba, aunque papá apenas me puso atención.

---Hasta mañana Rúbe ---dijo Miriam al verme salir de la dirección. No tuve tiempo de decir adiós. Corrí a la calle y me trepé a la camioneta del jefe lo más rápido que pude.

---¿Qué pasa campeón? Te veo medio apachurrado ---dijo al verme.

---Nada ---dije.

---Claro que no ---siguió, y volvió a revolver mi cabello, hasta que la orejera de la gorra quedó sobre mi frente---. Seguro te vas a divertir con esos dos. Mijo dice que son harto buena onda.

Acomodé la gorra y me hundí en mi asiento sin decir nada más. Aquello superaba por mucho mi nivel de paciencia.

---Será mejor que regrese a terminar de alistarme para mañana ---dijo papá al subir a la camioneta. De inmediato el jefe se puso en marcha.

La temperatura subió lo suficiente como para soportar el frío, así que me quité la chaqueta. La doblé con cuidado y la puse sobre mis piernas. Aunque seguro que el calor en mis mejillas era más por la conversación. Papá no dejaba de hablar de la maravillosa impresión que le causaron aquellos chicos. Incluso los alabó por encargarse de los niños todo el año pasado. El jefe también hizo lo mismo diciendo lo bueno y atentos que eran con todos. Un auténtico dolor de cabeza, debo admitir, al menos a mí simplemente no me caían.

Tan pronto llegamos papá bajó, se despidió y se fue directo a su cuarto. Estaba emocionado, conocía perfectamente esa conducta impulsiva y esa mirada ansiosa.

---Gracias por traernos ---dije con más calma y bajé de la camioneta también.

---Espera ---dijo el jefe.

No di ni un paso. Volteé tan aprisa que la orejera de la gorra volvió a cubrirme la frente. Batallé un poco para acomodarla pues traía cargando la chaqueta.

---Ten, es un regalo ---continuó el jefe y me extendió una vieja bocina---. Era la que escuchaba cuando tenía tu edad. Sé que no es igual a una tele, pero peor es nada.

Tomé la bocina emocionado y lleno de gratitud. Lo que me sorprendió

mucho pues nunca pensé que me alegraría tanto tener un aparato tan viejo.

---Gracias ---dije con una auténtica sonrisa.

---De nada ---dijo el jefe y volvió a desacomodarme la gorra. Enseguida se fue. Comenzaba a sospechar que hacía eso de revolverme el cabello más para molestarme que como una muestra de cariño.

## 6.



VAYA SI batallé, pero a como pude me acomodé la gorra, me puse la chaqueta y abracé la bocina con ambos brazos. Entré a la casa cargando mi regalo con mucho cuidado, acunándolo como si se tratara de un bebé. No era que se viera particularmente vieja, pero el decoloro de la carcasa de plástico daba buena cuenta de la edad que tenía.

---Mire, doña Inés ---dije entusiasmado---. Me la dio el jefe.

---Es bonita ---dijo---. Yo tenía una así, pero hace mucho tiempo de eso.

La señora se quedó quieta, como recordando tiempos remotos. Su mirada enfocaba algún punto en la pared, o quizá alguna cosa más allá de ella. El plumero quedó suspendido sobre el cervatillo de madera y la nube de polvo a su alrededor terminó de asentarse. Una escena extraña si he de hacer honor a la verdad. Permanecí quieto por unos diez segundos, tiempo record considerando mi impaciencia. Y como no pasara nada más, o no dijera nada más, me retiré a mi habitación para escuchar mi nueva bocina; o bueno, mi bocina, porque de nueva no tenía nada.

La enchufé en el contacto de la pared y la encendí. Tenía todo el numerito. Sintonizaba FM, se conectaba por Bluetooth, tenía varias ranuras para conectar tarjetas de memoria. Claro que no tenía tarjetas de memoria con música; y mi teléfono celular tampoco tenía música descargada, es decir, toda mi música la escuchaba por el servicio de streaming de Spotify; venga, como todo el mundo. Puse la radio FM y presioné el botón de cambio una y otra vez, tratando de sintonizar alguna estación, la que fuera. Sería capaz de escuchar las noticias, o cualquier estación de música popular, es decir, lo que sea con tal de escuchar algo. Pero la radio, terca como ella misma, no emitió nada más que estática. No estoy seguro de por cuanto tiempo estuve intentándolo, seguro

que mucho porque el trasero se me congeló. Además, la espalda me dolió un montón. Pero en lo que a mí respecta, me pareció bastante tiempo, demasiado. Me levanté molesto. Puse las manos en mi cintura y luego arqueé la espalda hacia atrás, lo más que pude, luego hacia adelante, hasta que mi nariz casi tocó mis tobillos, para desentumecer las vértebras. También crucé los brazos frente a mí, de modo que mi mano derecha sujetó mi codo izquierdo y mi mano izquierda sujetó mi codo derecho, entonces giré hombros y brazos a izquierda y derecha, hasta que algo en mi espalda tronó. Y ya entrados en gastos froté mis nalgas con ambas manos para darles algo de calor, cosa que para ser honesto no tuvo ningún efecto, pues mi trasero siguió igual de frío por culpa del gélido suelo. En suma, aquella bocina no hizo más que fastidiarme todo el rato.

Salí de mi habitación decepcionado y fui directo a la estancia, donde doña Inés terminaba de sacudir las repisas, y me eché en el sillón con pesadez. Doña Inés puso cara de extrañamiento, a lo que sonreí lo mejor que pude para no preocuparla, pero igual se sentó a mi lado tan preocupada como solo una abuela podría preocuparse por un nieto. Claro que ella no era mi abuela, así como yo no era su nieto.

---¿Pasa algo hombrecito? ---dijo con voz dulce.

Levanté los hombros, los dejé caer y luego suspiré. Pero como el gesto no sirviera como toda respuesta, no hubo más remedio que hablar de cómo me sentía. ---Estoy aburrido ---confesé---. La radio no sirve, no capta nada, ni siquiera las noticias. Y el jefe dice que no debo jugar en el bosque o me perderé.

---Bueno, es cierto que no debes ir solo al bosque ---dijo, y se quedó pensando---. Ahora mismo tengo que ir a hacer algunas compras ---siguió---. ¿Te vienes conmigo?

A decir verdad, no me chiflaba del todo la expectativa de acompañar a

doña Inés a hacer las compras. Cuando acompañaba a papá no tardábamos tanto, pues se limitaba a llenar el carrito con pastas instantáneas. Supongo que con doña Inés no ocurriría igual. Sería más como cuando acompañé a mi tía Verónica. Aunque al menos aquella vez estaba con mis primos, por eso no fue tan aburrido. De cualquier forma, mejor era acompañarla que no hacer nada.

---Está bien ---dije---, le diré a papá.

Me apresuré a la habitación de papá y toqué un par de veces. Pregunté si podía acompañar a doña Inés a hacer las compras. Papá gruñó; o hizo un ruido bastante parecido a un gruñido; y como no dijera o hiciera otro ruido tomé el gruñido como una respuesta afirmativa. Fui a mi cuarto, me puse la chaqueta y volví a la estancia.

---¿Estás listo hombrecito? ---dijo doña Inés. Confirmé con un asentimiento.



MI TELÉFONO celular marcaba las cuatro de la tarde con cuarenta minutos y el frío parecía haber aumentado de intensidad. Doña Inés se acercó, me acomodó la gorra y me acomodó el cuello de la chaqueta. ---La temperatura volvió a bajar, tendremos una noche fría ---dijo ---. Vas a ocupar una bufanda para el invierno. Compraré un poco de estambre para hacértela ahorita que aún no entra el otoño.

---Sería mucho abuso, no podría aceptarla ---dije.

---Tonterías. Tú necesitas una bufanda y yo necesito algo en que ocupar el tiempo.

Se puso en marcha, y yo fui tras ella, aunque no sin dificultad, pues para ser una mujer mayor caminaba bastante rápido. Se internó al bosque por un sendero allanado por el continuo paso de la gente. Quedaba claro que a ella no le importaban las paranoias del jefe sobre perderse y esas cosas. Y también quedaba claro que conocía el sendero bastante bien.

Al poco rato nos topamos con una enorme construcción de paredes de cristal. Me explicó que era el invernadero del padre Luis, que del otro lado de la construcción estaba la iglesia. Y tenía razón. Nomás rodear nos topamos con la parte de atrás de la iglesia, uno de los edificios más grandes del pueblo. Construida toda de madera, claro, como la mayoría de casas de por acá. Le pregunté que si ella iba a la iglesia. Me dijo que si, como la mayoría de gente, al menos la más importante del pueblo. Rodeamos la iglesia hasta la parte de enfrente. Para ser una construcción toda de madera estaba bien hecha. Debía ser el trabajo de unos buenísimos artesanos a juzgar por los grabados sobre relieve que ostentaba por aquí y por allá. Seguro que era importante para la mayoría de la gente, pues daba a una extensa avenida que atravesaba el pueblo



justo por la mitad; o, mejor dicho, la avenida daba a la iglesia, como diciendo ---todos los caminos vienen a mí---. Nos fuimos todo derecho por aquella extensa avenida. Por en medio, después de todo no circulaba ningún vehículo por aquí. Incluso vimos a muchos niños que jugaban en la calle como si tal cosa, correteándose o persiguiendo un balón de fútbol. Me preguntó si quería jugar con ellos, pero le dije que no. La verdad es que todos esos niños eran decididamente menores que yo, y eso me hacía sentir un poco incómodo. Aparte de que les saqué la lengua a muchos de esos niños el día anterior, cuando recién llegábamos al pueblo. De modo que ahora la mayoría me repetía el gesto.

---Que no te intimiden ---dijo---. Así es la gente en los pueblos pequeños. No están acostumbrados a los extraños, pero terminarán aceptándote, lo mismo que a tu papá.

La avenida daba a la plaza del pueblo, y la tienda estaba precisamente junto a la plaza. Era un enorme edificio de muros de concreto; o bueno, de algo parecido al concreto, no sé, algo así como los muros de la escuela; lo que es seguro es que este no era de madera. Doña Inés entró y yo entré después de ella. El interior se veía aún más grande que como se veía por fuera. Tampoco es que fuera algo extraordinario. Era más bien como cualquier supermercado de la ciudad. Todo acomodado en su sitio, en pasillos rotulados según sus contenidos. Pedí permiso para echar un vistazo. Doña Inés dijo que podía ver lo que quisiera, siempre y cuando no saliera de la tienda, así que me fui directo a ver las chucherías electrónicas. Vaya decepción me llevé. No tenía tantas cosas. Tres televisores de pantalla plana, una tableta y una laptop viejas, cuatro cuadernos de lo más sencillos y varios juegos de radios de onda corta que eran aún más antiguos que las tabletas, la laptop o los televisores.

---¿Quién usa estas cosas? ---dije en voz alta mientras sostenía un juego de radios.

---Los perdedores, desde luego ---dijo una chica. Su voz era hermosa.

---¿Por qué? ¿Los quieres? ---dijo otra chica. Su voz era similar a la de la primera.

Enseguida Volteé a verlas. Eran gemelas, como ya sospechaba.

---Claro que no ---dije nervioso---. Qué va, ya estoy grande. Yo no juego con radios.

---Se nota ---dijeron a coro.

Una de ellas llevaba una canastilla colgando del brazo. La otra tomó un par de paquetes de baterías y lo echó a la canastilla.

No perdí tiempo y les dije que era nuevo en el pueblo.

---También lo notamos ---dijeron. Me dedicaron una mirada de cinco segundos. Tiempo en el que seguramente me examinaron de pies a cabeza. Después se marcharon sin más. Les dije adiós, pero ellas no voltearon o correspondieron. Simplemente se fueron.

Las seguí. Me detenía de vez en cuando a observar alguna cosa con particular atención, como cualquier cliente en una tienda. Ellas terminaron de llenar su canasta con cosas de lo más extrañas, luego se dirigieron a la única de las tres cajas que estaba abierta. Me acerqué, como el que no quiere la cosa, como si me interesaran las barras de chocolate del mostrador junto a la caja. Comenté que llevaban muchas cosas, pero me ignoraron por completo. Después dije que estaba viviendo en casa de doña Inés y les pregunté se la conocían. No recibí más que una mirada por encima del hombro. El dependiente de la tienda terminó de marcar y les indicó el importe. Una de ellas pagó mientras la otra echaba las compras en una bolsa. Volví a decirles adiós, luego reí. Las chicas ni voltearon a verme, solo se marcharon.

---Si yo fuera tú no me juntaría con ese par ---dijo el dependiente.

---¿Por qué no? ---pregunté---. Son guapas.

---Bueno ---siguió mientras acomodaba algunos bolígrafos en un estante---.

Sé de buena fuente que no son tan inocentes como aparentan.

---¿Y eso qué significa?

---Mi nieto tiene más o menos tu edad. Va para quinto año...

---¿Qué? ---exclamé indignado---. Tengo doce, no diez.

---Diez, doce. Para mí son iguales ---dijo el dependiente restándole importancia---. Él las conoce y le han propuesto juegos indecentes. Por eso mi nuera no lo deja juntarse con ellas.

---¿Qué clase de juegos?

---La clase de juegos que los niños de diez o doce años no deben jugar.

Lo medité por un momento antes de reaccionar. ---Bien ---dije---. De cualquier forma, dudo que quieran dirigirme la palabra. Si fueran tan fáciles como dice se habrían quedado a conversar un rato, ¿no? Ni me pelaron. Así que ni esperanzas de que me propongan esos juegos indecentes.

Me senté en una de las bancas que estaban a un lado de la puerta. Podía ver a doña Inés desde ahí, recorriendo lento los pasillos de la tienda, deteniéndose a observar con más detalle los artículos que le llamaban la atención y colocando en su carrito sólo aquellos que pasaban satisfactoriamente la inspección. Admito que visto desde acá todo eso tenía su cierta gracia. Quedaba claro que doña Inés tenía información que los demás, por ejemplo, mi papá, no tenían; por eso ella era tan buena a la hora de seleccionar los artículos de la compra. Cuál de todos los botes de sal era el indicado. Cual de todas las patatas era la correcta. Cuál de todas las pastillas de jabón era la precisa. Cuál de todos los frascos de café instantáneo era el justo. En fin, conocimiento que yo, desde luego, jamás tendría. Luego de un buen rato la doña terminó de hacer su meticulosa selección y se encaminó con las compras a la caja. Sacó cada cosa a una velocidad pasmosa y pagó lo convenido al dependiente. Enseguida me acerqué para ayudarle a poner todo en bolsas, antes de que ella misma se apresurara a hacer esto otro a mach diez

como era su costumbre. Ahora, tampoco es que fuera el mejor cerillo, pero hice un buen trabajo acomodando todo; y eso se veía de lejos. Doña Inés debió notar lo porque me obsequió una sonrisa.

---Como que no viene mucha gente a la tienda ---dije.

Salimos al estacionamiento cargando las bolsas de la compra. Yo cargaba la mayoría.

---Casi a todos los vecinos se les pagan por quincena. Como a tu papá, por ejemplo, por ser maestro ---dijo ella---. Así que las compras las hacen el quince o el treinta de cada mes. Hubieras visto cómo de lleno estaba aquí hace unos días. Preferí esperar hasta hoy para surtir la despensa.

Continuamos por la avenida que daba a la iglesia. Seguía llena de niños, a pesar de que ya hacía más frío. Incluso me pegaron en el trasero con el balón. Obviamente un accidente porque dudo que alguien tenga semejante puntería. Las bolsas pesaban y ya me cortaban la circulación de los dedos. Como no aguantaba más las puse en el suelo un momento.

---Señora ---dijo el padre Luis, venía a paso veloz desde la iglesia---. Permítame ayudarlo.

Tomó las bolsas que cargaba doña Inés, y para mi descanso también tomó un par de las bolsas que yo traía.

---¿Puede creer que con tanto niño correteando por la calle ninguno se acomoda a ayudarlo? ---siguió el religioso. Lo dijo con voz lo suficientemente fuerte como para que los niños en cuestión lo escucharan. Aunque a ninguno pareció importarle en lo más mínimo ---Los niños son niños, padre Luis ---dijo la señora---. Mire que yo recuerdo a un niño pálido y desgarbado que también correteaba por estas calles sin prestar atención a nada que no fueran sus juegos.

---Hace mucho tiempo de eso señora.

---Ni tanto. ¿Qué edad tiene? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco?

---Favor que me hace señora. Trato de cuidarme, pero no creo que sea para tanto.

Llegamos a la iglesia, la rodeamos, lo mismo que al invernadero, y seguimos por el sendero del bosque que daba a la casa de la señora. El padre Luis debía de tener una buena condición física, pues no parecía batallar nada cargando las bolsas. Caminaba incluso más rápido que doña Inés, por lo que apenas y podía seguirles el paso. O quizá era que yo caminaba lento. Bueno, según se vea.

---Oiga padre ---dije agitado por la caminata ---. ¿Sabe por qué la radio no capta nada?

---¿Radio? ---dijo, supongo que más para sí mismo.

---El jefe me regaló una, pero no logro sintonizar nada. Por más que busco y busco no encuentro ninguna estación.

---Pues yo tengo años sin oír la radio ---dijo doña Inés.

---No hay señal ---dijo el padre---. Es decir, recibimos sin problema la señal satelital, hay antenas para eso. Pero las frecuencias de radio que vienen de la ciudad, no. Hace dos inviernos hubo un deslave considerable que tumbo dos antenas. Afectó a la radio y la comunicación móvil por igual. Lo que no hace diferencia porque aun antes de eso apenas y había algo de señal.

---¿Entonces no lo arreglarán? ---dije algo decaído.

---Qué van a andar arreglando algo ---dijo doña Inés.

---La radio está en desuso ---siguió el padre---. Eres el primero en el pueblo que la echa en falta. Si quieres una buena señal usa la satelital. Todas las emisoras usan el formato podcast para distribuir su contenido.

---Yo no tengo esas cosas del diablo ---dijo doña Inés.

---Seguro que son del diablo ---reconoció el padre Luis---. Pero nos las presta. Sin televisión, sin teléfono, sin internet, es decir, sin comunicación con el exterior, estaríamos demasiado vulnerables.

---No juzgo a quienes tienen esos horribles platos afeando el tejado de sus casas, padre. Pero me reservo mi derecho a prescindir de esas banalidades --- dijo doña Inés al abrir la puerta de la casa---. ¿Quiere un poco de café?

---Oh, no, gracias ---dijo el padre.

---¿Seguro? Aun me queda algo de tarta.

---Bastante seguro. Pero muchas gracias por su amabilidad ---siguió el padre, e hizo una pequeña pausa---. Me retiro señora.

Doña Inés se quedó en la cocina acomodando las cosas de las compras. Me disponía a ayudarle cuando escuché el rechinado de las suelas de los zapatos del padre Luis al dar media vuelta, así que fui tras él para abrirle la puerta de la casa.

---Te dio la habitación de la izquierda, ¿verdad?, la que da al bosque.

---Sí ---reconocí.

---Sé que esa gorra no es tuya ---siguió, e hizo otra pausa---. Busca en ese mismo armario, seguro encontrarás algo interesante.

---¿El armario?

---Me voy ---concluyó, después se marchó.

## 8.



CERRÉ LA puerta de la casa y me fui directo a mi habitación para hurgar en el armario. No tenía idea de lo que se suponía debía encontrar. Estaba lleno de ropa, desde luego, además de zapatos, en todas las formas y tamaños. Algunos de ellos bastante conservados. Y lo mejor era que me quedaban. Bueno, unos apretados otros más bien flojos, pero me entraba el pie que era lo importante. Estaba probándome los zapatos cuando encontré las tarjetas de memoria. Una gran colección de tarjetas, cada una con su respectivo estuche de plástico, revueltas sin orden ni concierto entre plumas y lápices de colores, todo en el interior de una caja de zapatos. Eran tan viejas. ---Vintage ---diría mi papá, expresión que por cierto ya era vintage por sí misma. Estaban rotuladas con plumas de colores en pequeños trozos de cinta de papel. Mi tía Sofía conservaba algunas, su vieja cámara las usaba. Eran tarjetas más grandes que las que hay ahora. Afortunadamente la bocina tenía la ranura para insertarlas. Tan pronto las puse quedó claro que la música fue descargada ilegalmente. La mayoría de archivos no contaba con todos sus metadatos, como el artista, el grupo o la caratula. Además, era música antigua. Venga, que era de las primeras dos décadas del dos mil. Pero no estaba mal, tenía buen ritmo, y peor era nada. Al menos era una mejor selección que las de papá.

Oí música hasta entrada la noche. De hecho, ni siquiera terminé de oír una sola de las tarjetas de memoria. Y es que algunas canciones incluso las escuche dos o tres veces, las que más me gustaron. En eso estaba cuando papá irrumpió en mi cuarto y apagó la bocina. Me dijo que mañana había escuela, que debía dormir. Me le quedé viendo algo disgusto, y él me sostuvo la mirada.

---Deberías llamar antes de entrar a mi cuarto ---le dije---, o un día de

estos me encontrarás haciendo algo que habrías preferido no ver.

---Te cambiaba los pañales hijo, y eso sí que era desagradable. Lo que sea que tengas en mente seguro que lo superaría. Ahora duérmete.

No quise comprobar la hora. Solo me desvestí, me puse mi pijama y me metí a la cama. Sin más ruido que el de los grillos el sueño no tardó en apoderarse de mí, así que me quedé profundamente dormido. Y debió ser poco el tiempo, porque fue como si cerrara los ojos un momento y los abriera enseguida al escuchar la alarma del despertador. Hacía frío, pero ya no me pescó descuidado. Me fui al baño, esta vez sin reparo, pues vestía mi pijama. No tardé en alistarme. Ya en la cocina me esperaba una gran taza llena de chocolate caliente, un tazón de avena y un par de huevos fritos. Primera vez que desayunaba tan temprano. Lo devoré todo con ansias, pues en verdad que estaba delicioso. Luego de eso, sintiéndome lleno, miré a mi estómago, pero no me pareció que estuviese creciendo.

---Tenemos que irnos, no podemos llegar tarde el primer día ---dijo papá.

Agradecí a doña Inés por el desayuno y me despedí dándole un beso en la mejilla. Ella lo recibió de buen grado y me deseó un bonito día. Me acomodó la gorra y tocó la punta de mi nariz con su dedo huesudo. Eso me hizo sonreír.

De Dante me despedí de un choque de puños. No dijo nada. Después del saludo se volvió a concentrar en su tazón de avena. Obviamente él tenía sus propios planes para ese día.

Llegamos a la escuela temprano, faltando hora y media para que empezaran las clases. ¿Y cómo no? Miriam y Moisés ya estaban ahí. Sólo porque llevaban ropa diferente es que supuse fueron a casa, de lo contrario habría creído que se habían quedado ahí toda la noche.

---Buenos días profe Rubén, buenos días Rúbe ---saludaron a coro. Un extraño escalofrío me recorrió la columna vertebral.

Me parecía demasiado excesivo estar ahí tan temprano. El sol ni siquiera



se asomaba por el horizonte; y vaya si hacía frío. Eso último me inquietaba mucho, pues se suponía esto era el verano.

---Ya está listo el archivo profe Rubén ---se apresuró a decir Miriam---. Lamentamos no haberlo previsto antes. Si no se lo hubiéramos dado desde ayer.

---No pasa nada Miri. Ya mismo me pongo a verlo para familiarizarme con los estudiantes.

---¿Desayunaron? Tenemos chocolate caliente y donas ---dijo Moisés.

---Yo estoy bien, comí algo antes de venir ---repuso papá.

---¿Y tú amiguito? ¿Un poco de chocolate? ---Insistió el chico.

---Me llamo Rubén ---le dije algo molesto---, y también ya desayuné.

---Bueno Rúbe, si quieres aquí hay ---concluyó y luego sonrió como retrasado.

Me eché sobre una silla, cerca de los trapeadores y las escobas. Miriam y Moisés instalaron su pequeño campamento del terror en el área destinada a la biblioteca. Una cosa bastante irresponsable a mi parecer. No es que sea amante de los libros, sobre todo esos arcaicos libros de papel, pero seguro que no sería bonito leer un libro lleno de chocolate y migas.

---Ya sé, juguemos mientras esperamos a que empiecen las clases --- sugirió Miriam.

---Suena genial ---secundó Moisés como si aquella fuese la mejor idea del mundo.

---Juguemos a yo veo, ¿lo conoces?

«Yo veo a un par de idiotas» pensé.

---Era mi juego favorito cuando era niño ---dijo Moisés con su sonrisa de imbécil. Supongo que eso explicaba parte de su memés.

Así pasé aquella insufrible hora soportando al dúo dinámico. Al menos me divertí un poco desatinando cada objeto que veían, por más obvias que eran

sus descripciones, viendo cómo se desesperaban al grado de gritar con impaciencia el objeto en cuestión. Por extraño que parezca seguían siendo empalagosamente amables aun irritados.

Para las siete de la mañana las señoras comenzaron a llegar en estampida dejando a sus hijos. Sobre todo, a los niños más pequeños. Fue reconfortante escuchar todo ese barullo en el patio de la escuela. El pueblo era tan silencioso que hasta podía escuchar mis pensamientos. No me sentaba mal un poco de algarabía para variar. Miriam y Moisés no tardaron en salir y atender a las señoras. Las tranquilizaron diciéndoles que papá estaba adentro, ocupado con algunos archivos, pero que pronto saldría; y así ocurrió. Faltando diez minutos para las siete y media papá salió a recibir a los niños. Las señoras se amontonaron para saludar a papá. Todas querían estrechar su mano como si fuera una especie de salvador. Papá pidió orden y fue pasando lista para identificar a todos los niños y separarlos por grado escolar. Acto seguido, recitó un ensayado discurso que las señoras acogieron con fuertes aplausos. Algo acerca de enfrentar retos y crecer. La verdad no le puse mucha atención. Para las ocho de la mañana las señoras ya se habían ido. Y henos aquí que nos encontrábamos frente a un grupito de treinta y un niños de todas las edades. Yo era el treinta y dos. Miriam y Moisés no dejaban de sonreír, y en verdad que tenían fama entre esos niños, sobre todo los menores.

Papá nos pidió que entráramos al salón "a", y nos separó en tres grandes grupos. Yo estaba en el último, correspondiente a los chicos de primero a tercero de secundaria. También nos explicó que ocuparíamos tres periodos separados por dos recesos, y que el último de los periodos sería el correspondiente al último grupo; es decir, que pasaríamos todo el rato con Miriam y Moisés, y que solo nos atendería hasta el final del día.

---Un momento ---interrumpió un chico, el más grande de todos---. ¿En verdad está diciendo que estaremos aquí hasta las cuatro? Yo no pienso estar

más de medio día en la escuela.

---Cornelio Méndez, ¿verdad? ---dijo papá---. Tu expediente dice que reprobaste el segundo año de secundaria.

---Tengo cosas más importantes por hacer que venir a la escuela. Ya de por sí es una enorme pérdida de tiempo. ¿Quiere que estemos acá casi tres horas más de lo normal? No lo creo justo.

Papá le dedicó una larga mirada, como evaluándolo.

---No tengo por qué darte explicaciones, pero el plan de trabajo ya fue aprobado por el municipio. Además, lo normal es que vengan hasta las cuatro, como el resto de niños en todo el país. Así que, mientras no termines la secundaria de forma satisfactoria, me temo que tendrás que seguir viniendo.

---Pues no es justo ---chilló el chico---. De todas formas, seré leñador como papá; venir acá no me hace mejor leñador.

---Pues por ley tampoco puedes ir al bosque a talar ---dijo papá enseguida---. Sería ilegal, porque aún no tienes edad para eso. Y yo no tendré el menor empacho en llamar a la presidencia municipal si descubro que estás trabajando.

---Eso no es justo ---concluyó el chico. Su piel blanca se puso roja por el coraje. No dejaba de apretar los puños, como pretendiendo golpear algo o a alguien.

Todos en el salón no dejaban de murmurar por lo bajo.

---No quiero que me veas como un enemigo. Al contrario, he venido aquí como un amigo. Mi intención es ayudarlos y apoyarlos en todo lo que pueda --  
---dijo papá---. Así que te propongo lo siguiente. Te reprobaron el año pasado, pero el único criterio evaluable fue el examen, ya que no tenían profesor. Si este año te pones las pilas y me demuestras que superas el segundo y el tercer grado, este mismo año te gradúas de secundaria. Así ya no tendrás que volver más.

Después de escuchar eso el chico se relajó y abrió mucho los ojos.

---¿Me lo jura? ---preguntó.

---Claro ---respondió papá.

---¿Por la virgen? ---insistió.

---Por la virgen.

Pasado ese ridículo arrebató papá pidió orden para acallar tanto cuchicheo.

Los seis nos fuimos al salón "c" escoltados por Moisés. Este era el salón que tenía aquel fallido intento de laboratorio. De inmediato ocupamos las sillas, todos separados los unos de los otros; a excepción de las gemelas, que ocupaban dos sillas contiguas pues les era imposible sentarse en la misma silla, así como les era imposible sentarse más lejos la una de la otra.

Moisés se plantó al frente del salón. ---Bueno ---dijo, como preparando el terreno para otro de sus ingeniosos comentarios---. Seguro que están emocionados por empezar un nuevo año.

Nadie dijo nada, o reaccionó al respecto, a excepción de un chico que no dejaba de asentir, válgame el cielo, muy emocionado.

---Pues todos ustedes ya me conocen, soy Moisés, pero todos me dicen Moy ---continuó con entusiasmo, había que darle crédito por eso---. Estaré compartiendo la clase con ustedes todos los días durante el primer periodo. Espero nos llevemos bien.

» Me han dejado instrucciones específicas sobre lo que haremos. Primero deben saber que el banco que seleccionaron ya es oficialmente el suyo. Ahora tomen un cuaderno y un lápiz, y regístrense. Usen el mismo dedo con el que fueron registrados al nacer, normalmente es el índice derecho. Recuerden que deben cuidar su cuaderno pues no se les proporcionará otro. Cuando se hayan registrado vayan al calendario de actividades y realicen el ejercicio marcado para este primer periodo. Escribirán un ensayo donde cuenten cómo les fue

durante las vacaciones. ¿Verdad que suena divertido? Pueden hablar de las cosas que hicieron, las cosas que les pasaron, si viajaron a algún lado, cosas así.

---¿Vacaciones? ---interrumpió el chico más grande---. Yo te puedo decir lo que me pasó estas vacaciones y sin escribirlo en una tableta. Se me congeló el trasero.

---Tienen que escribir un ensayo ---insistió Moisés.

---Ya lo escribí ---respondió el chico y alzó su cuaderno para mostrarlo. Ponía en grandes letras «Estas vacaciones se me congeló el trasero». Todos en la clase reímos.

---Tiene que abarcar al menos dos cuartillas. Además, primero debes registrarte.

---Ya me registré. Estoy en tercero de secundaria, ¿sabes? No es el primer cuaderno que uso. Y si quieres acá pongo que otra cosa se me congeló ---todos volvimos a reír.

Lo más divertido fue ver los cambios de color del rostro de Moisés cada que tenía que tragarse el enfado. El resto aceptamos el trabajo.

Puse el dedo índice en lector para registrarme. Al instante se dibujó mi cara al centro de la pantalla. Hacía poco que había cumplido once años cuando tomaron esa fotografía. En un plisplas toda mi información se descargó en el cuaderno.

Me disponía a escribir el ensayo cuando una notificación apareció en pantalla.

ACCESO A CORREO ELECTRÓNICO CONCEDIDO.

TIENES TRES NUEVOS MENSAJES.

Papá cumplía con su palabra. Enhorabuena. Ahora me tocaba a mi cumplir con mis responsabilidades. ¿Qué hice durante las vacaciones de verano? Hice muchas cosas. Pasé unos días en casa de mi tía Verónica con mis primos Pedro

y Carlos. Jugamos a los piratas en el patio, vimos muchas películas, fuimos a las albercas. También fui con papá al museo. Visitamos las tumbas de mamá y de los abuelos. Me salió mi primera espinilla justo al centro de la frente, admito que eso fue divertido. Para cuando acordé ya tenía llenas las dos cuartillas y ya estaba sonando el primer timbre. Di un chequeo rápido a la ortografía y luego envié el trabajo para su revisión.

---No olviden enviar el ensayo. Solo agréguelo en el apartado correspondiente en el calendario de actividades---dijo Moisés---. El profe Rubén los revisará en el tercer periodo. Ya pueden ir a su descanso.

Todos se levantaron y salieron al patio. Yo igual salí, aunque sin muchas ganas. el ambiente afuera, además de frío, era deprimente. La mayoría andaba en grupitos de los que yo estaba excluido.

Fui a donde jugaba el chico más grande, Cornelio según dijo papá. Traté de no dejar que lo gracioso del nombre me hiciera reír.

---Hola, soy Rúbe, ¿puedo jugar contigo? ---le dije.

El chico siguió lanzando la pelota a la canasta sin decir nada.

---Hola, soy...

---Ya te escuché ---dijo---. No quiero jugar contigo. Y mejor te quitas. Estorbas.

Me fui algo cabizbajo.

El otro niño de mi clase estaba leyendo un libro y se veía demasiado inmerso en su propio mundo, así que tampoco quise molestarlo. Fue la media hora más aburrida de todas.

Sonó el timbre puntual y todos volvimos a nuestros respectivos salones. Esta vez le tocaba a Miriam hacer de niñera. Entró al aula cargando un puñado de hojas blancas y algunas cajas con lápices de colores; reliquias de tiempos antiguos.

---Veo que todos escribieron sus ensayos ---dijo---. Ahora haremos otra

actividad divertida.

Caminó a hasta donde estábamos cada uno de nosotros y nos entregó una hoja blanca. Una hoja real. Amé su textura.

---Van a dibujar ---empezó a decir---, o, mejor dicho, van a representar por medio de un dibujo qué es lo que quieren ser de grandes.

---¿Dibujar? ---dijo Cornelio al levantar su hoja y examinarla como si fuese un bicho raro---. Tengo más pelos en el culo que los que tengo en la cabeza, ¿y me ponen a dibujar? Ya hace mucho que dejé de usar pañales.

Miriam lo vio con desaprobación. Su cara de enojada era chistosa.

---Es una actividad importante. Sirve para medir su capacidad creativa, su destreza, su sensibilidad, además de para conocer cuáles son sus aspiraciones.

El chico puso los ojos en blanco, como si las palabras de Miriam fueran la tontería más grande del mundo.

---Por favor Miriam. No es como que haya muchas opciones, ¿o sí? Hasta el ñoño sabe que si no se hace policía como su papá terminará de leñador.

---Yo no soy ningún ñoño ---reclamó el otro niño.

---Aquí nadie es ningún ñoño ---aseguró Miriam---. Ya saben la actividad. Ahora pónganse a trabajar.

Muchas veces pensé en qué quería ser de grande. Y la verdad, siempre llegué a la misma conclusión. Me dibujé con mi traje espacial flotando en la inmensidad del cosmos. De fondo tenía el planeta Tierra y la luna, además de innumerables estrellas. Me esmeré en conseguir darle profundidad al espacio con distintos tonos de azul. Y no es porque el dibujo fuera mío, pero el resultado me satisfizo mucho.

---Es hermoso ---dijo Miriam al ver mi creación. No se equivocaba.

Esta actividad la terminé con mucho tiempo de sobra, a diferencia de los demás.

Con el timbre apareció un puñado de señoras con el almuerzo de sus hijos.

Los niños, en especial los más pequeños, contaban entusiasmados como les iba hasta ahora en su nuevo curso. El comedor estaba abarrotado, prácticamente a tope. Quedaban poquitas sillas solas. Aunque no todas las mamás vinieron, de hecho, algunos niños tuvieron que conformarse con la comida de la cafetería. Casi me sentía igual de melancólico que ellos hasta que vi venir a doña Inés. Corrí a recibirla muy contento, pues en verdad que estaba deseoso de ver una cara amiga. La mañana fue mala, al menos para mí. Nos traía un poco de sopa caliente, pan y un guiso de carne, no sabría especificar de qué animal, pero no importaba, estaba delicioso. Afortunadamente doña Inés se apresuró a callar a papá antes de que dijera que no era necesario que nos trajera el almuerzo.

Pasada esa hora sonó el timbre anunciando el inicio del último periodo de clases. Los seis del grupo entramos al salón bastante nerviosos. Aunque papá era maestro desde siempre, no me dio clases a mí, ni siquiera particulares. Esta sería la primera vez que lo vería en su faceta de profesor.

---Hola a todos ---saludó, y se fue directo al escritorio---. Este es interesante ---dijo al alzar mi dibujo. Eso me puso nervioso.

Nadie decía nada, el silencio era abrumador; incluso se acentuó más cuando empezó a revisar los ensayos en su cuaderno. Les dio una rápida hojeada y envió uno de ellos a la pantalla del pizarrón.

---Estas vacaciones se me congeló el trasero... y las bolas ---leyó, perfectamente distribuido en dos cuartillas---. Sobra decir quién es el responsable de semejante obra de arte.

Hizo los dibujos a un lado y se sentó en el escritorio.

---Me imagino que están nerviosos. Yo igual lo estoy. Para todos nosotros esto es algo nuevo ---comenzó a decir---. Tratemos de hacerlo más llevadero. Pues como ven, somos poquitos, así que hay oportunidad de hacernos grandes amigos.



» Ahora, lo primero que quiero que hagan es que se presenten. Los señalaré con el dedo, y al que señale se levantará, dirá su nombre, su edad, su color favorito, qué cosas le gustan, que cosas no. Traten de ser honestos.

Papá volvió a retrepase en el escritorio y nos dedicó una larga mirada, como analizándonos. ---Iniciemos contigo ---dijo al señalarme.

Me quedé frío por varios segundos, y no necesariamente por el clima. A como pude me levanté, tratando de que mis rodillas no castañetearan con semejantes temblores.

---Hola a todos ---dije con timidez---. Soy Rubén Morales Torres, pero mis amigos me dicen Rúbe. Tengo doce años, los cumplí el mes pasado. Mi color favorito es el azul, y... ¿qué más? Em... me gusta oír música y pasar el rato con mis amigos, pero ellos ahora viven lejos. Ah, y no me gusta que se rían de mí, eso me enoja mucho.

Apenas terminé de hablar me senté en mi pupitre avergonzado.

---Gracias Rúbe ---dijo papá---. Ahora sigamos con una chica. ¿Qué tal tú?

La niña se levantó del asiento y alisó su falda. ---Hola, yo soy Josefa Méndez Gallegos, tengo doce años y mi color favorito es el morado. Me gustan mucho los gatos, aunque nunca he tenido ninguno pues mamá no me deja tener mascotas. Pero los dibujo todo el tiempo en mis libretas. No me gustan los perfumes. Mi nariz es sensible, así que cuando alguien usa mucho perfume eso me irrita.

---Gracias Josefa...

---Dígame Jo ---interrumpió la chica.

---¿Jo? ---inquirió papá.

---Son las dos primeras letras de mi nombre, "J" y "O".

---Oh, entiendo, Jo ---dijo papá.

La chica asintió, luego tomó asiento.

---Bueno, ya que estamos en familia continuemos con el poeta de la clase -  
--dijo papá---. ¿Te presentas Nicanor?

---¿Cómo me dijo?

---Sólo preséntate.

Cornelio no se puso de pie, se limitó a hundirse más en su asiento.

---Pues mi mamá dice que me llamo Cornelio Méndez Gallegos. Tengo catorce años; y para nada que tengo color favorito. Eso es muy de nenas. Como todo acá está del asco, y las niñas son todas unas estiradas; sin agraviar a las presentes; pues me conformo con la Manuela; y si tengo que odiar algo, eso es este horrible lugar, que ni siquiera puedo llamar el culo del mundo, porque dudo que los culos sean tan fríos.

---Gracias por tu sinceridad Cornelio.

---Mire profe. Ya le dije que es mi mamá la que dice que me llamo así. Pero ya investigué y si puedo cambiarme el nombre. Dígame Corni, me gusta más.

---Pero Corni suena femenino, ¿no te parece?

---Tal vez en cualquier otro profe, pero en mí si suena machín. No sé si me entienda.

---Está bien ---convino papá---. Ahora preséntate tú. ---dijo señalando a una de las gemelas.

---¿Quién? ¿Yo o ella? ---Dijeron al unísono, primero señalándose a sí mismas luego señalándose la una a la otra.

---Cualquiera de las dos ---confirmó papá.

Ambas chicas se pusieron de pie.

---Somos Abi y Ada Galindo Cruz. Tenemos trece años. Nuestro color favorito es el rojo cereza...

---A ver, alto, no pueden presentarse las dos juntas como si fueran una sola ---interrumpió papá---. Bueno, si pueden, pero no deben. No es correcto.

---Lo sentimos ---respondieron a coro.

---Que hable primero una y luego la otra.

---Nos gusta diseñar ropa, tenemos varias colecciones terminadas, listas para marcar tendencia ---dijo una de las gemelas.

En seguida la otra continuó: ---No nos gustan las carnes rojas. Llevamos una dieta estrictamente vegana. Lo que significa que no comemos ni pan, ni leche, ni huevo, ni gelatina, ni muchas cosas.

---De acuerdo, pueden sentarse ---confirmó papá.

Las gemelas se sentaron y sonrieron complacidas.

---Sólo nos quedas tú ---apuntó papá al señalar al último niño.

Este al instante se levantó y se cuadró en una perfecta posición de firmes. Así debía de verse una espalda completamente recta, no como la mía, pues a veces, casi siempre, me encorvo.

---Soy Irving Antonio Carrillo Dedalus. Tengo doce años y mi color favorito es el verde...

---Maricón... ---dijo Cornelio entre un tosido.

---Ya, orden ---intervino papá.

---Me gusta leer y jugar en el bosque detrás de mi casa...

---Nerd... ---volvió a interrumpir Cornelio con otro falso tosido.

---Ya basta Corni ---ordenó papá.

Irving se veía enojado ---y no me gustan los abusadores que molestan a los demás sólo porque se creen más fuertes--- concluyó mirando a Cornelio con enfado.

---Menos mal ---dijo Cornelio enseguida---. Es que no eres mi tipo, y no quería romperte el corazón.

---Ya está bien Corni. No voy a tolerar faltas de respeto en esta escuela.

Ya que terminamos de presentarnos papá nos pidió que fuéramos pasando al frente de uno en uno para leer nuestros ensayos y para explicar nuestros

dibujos. Casi me daba un paro cardiaco por la vergüenza y los nervios. Hasta tartamudee un buen número de veces. Jo también batalló un poco para empezar con la lectura, pero luego de las primeras líneas terminó con bastante soltura y fluidez. Con las gemelas fue extraño. Pasó una y luego la otra, en lugar de las dos juntas como ellas querían. Aquello produjo una aprensiva sensación de dejavú. Cornelio pasó bastante animado, y fue descriptivo con sus ademanes al recitarnos su ensayo de memoria. Además, su dibujo fue bastante perturbador. Irving también pasó entusiasmado. Leyó su ensayo y nos habló de su dibujo. Él quería convertirse en policía como su papá. Viéndolo más detenidamente, si daba un aire como al jefe.

---Bien ---dijo papá---. Lo crean o no las actividades que hemos hecho hoy son importantes. Nos ayudan a conocernos mejor, no solo entre nosotros sino también a nosotros mismos. Se aprende mucho de lo que se dice, desde luego, pero también se aprende mucho de lo que no se dice.

» Nos quedan quince minutos de clase. Aprovechen ese tiempo para meditar. De tarea quiero que hagan una redacción de no menos de mil palabras en la que hablen de sí mismos. Cuenten lo que sea que quieran contar, no importa, mientras sean más de mil palabras.

---Con todo respeto profe, pero me parece que eso es una tontería ---dijo Cornelio.

---¿Te parece?

---Sí.

---Pues habla de eso ---siguió papá---. Cuenta por qué a ti te parece que esa redacción es una tontería.

Cornelio no dijo nada más.

---Les recomiendo que esta noche descansen bien. Los siguientes días serán pesados.

## 9.



LLEGANDO A casa me puse de lleno a hacer la tarea. No era nada complicada, así que lo mejor era terminarla de una buena vez. Además, estaba ansioso por consultar mi correo.

---Vaya, tenía años sin ver una de esas cosas.

Me sobre salté al escucharlo. Estaba tan concentrado en lo que escribía que no noté el momento en el que Dante se sentó a la mesa.

---¿Haciendo tarea? ---siguió.

---Ya la terminé ---dije---. Ahora mismo escribo una carta para mis primos.

---¿Te dejan usarlo para eso?

---No... bueno, papá me dio el permiso.

---Cierto ---apuntó---. Eres el hijo del profe, así que hay privilegios.

Sonreí nervioso.

---Oye, ¿ya se usaban los cuadernos cuando ibas a la escuela? ---dije.

---Claro. ¿Pues qué edad crees que tengo?

---No sé, ¿Treinta? ---aventuré.

Río divertido.

---Tengo veinte años ---dijo---. A lo mejor me vez más grande por la barba, pero si me afeito tengo cara de niño.

---Perdón.

---No pasa nada. Te dejo, para que sigas escribiendo a tus primos.

Redacté una carta hablando brevemente de todo lo ocurrido desde la llegada al pueblo hasta la fecha. Después la envié. Los misteriosos tres mensajes resultaron ser publicidad, lo normal, supongo. Luego de eso Doña Inés nos llamó para cenar.

---¿Dante no nos acompaña? ---preguntó papá.

---No lo he visto en toda la tarde ---dijo doña Inés.

Me ofrecí a ir a hablarle, y me encaminé a su habitación. Ya frente a la puerta llamé un par de veces, pero no hubo respuesta. Resultaba extraño, pues la presencia de Dante nunca faltó durante el desayuno o durante la cena.

---No creo que esté en su habitación ---dije al volver a la cocina.

Doña Inés fue a buscarlo. Luego de un rato volvió con una nota en la mano.

---Se fue ---dijo---. Dejó esto sobre su cama.

La nota anunciaba que ya era momento de irse, y que la dejaba porque nunca fue bueno para las despedidas, así que prefería irse sin avisar. Aquello nos pescó a todos por sorpresa. Ya lo dábamos por sentado como parte del paisaje. No pude evitar sentirme algo triste. Seguramente cuando se acercó a hablarme del cuaderno pretendía despedirse, y yo no hice más que ignorarlo.

Terminada la cena me fui directo a dormir.

Esa primera semana pasó rápido. Al menos así me lo pareció. Cada día a partir del martes fue de rigurosos exámenes, con preguntas de cosas que estaba seguro que había escuchado, pero que al pronto simplemente no las recordaba. Para el jueves terminamos con las pruebas, la última se aplicó durante el segundo periodo.

---Eso es todo ---dijo Miriam sonriente---. Lo han hecho bien.

Aquello me quitó un gran peso de encima, no sé si pasaría lo mismo con los demás. Al menos yo suspiré aliviado. Y es que la tensión fue tanta que ni siquiera tuve tiempo de darle importancia a lo solo que me sentía. Aunque claro que me calaba la soledad cada día durante el primer receso. E incluso durante el segundo. Bueno, no tanto, pues era cuando venía doña Inés con el almuerzo, así que lo pasaba con ella y con papá.

Luego del almuerzo aquel día jueves, ya en el salón de clases, papá nos dijo que era momento de marcar distinciones. Lo que tenía sentido pues no

todos cursábamos el mismo grado. Con eso en mente nos colocó a Jo, Irving y a mí del lado derecho del aula, supongo que era porque nosotros estábamos en primer año de secundaria. Las gemelas se quedaron al centro, en lo que debía corresponder al segundo año, contentísimas de no tener que separarse. Y Cornelio se quedó en el extremo izquierdo del salón.

---Ustedes tres ---dijo papá al señalarnos---. Les será más fácil si se dejan de apatías y se hacen amigos. Así disfrutarán de hacer el curso juntos.

---Sí profesor ---confirmó Irving en seguida.

---En cuanto a ustedes ---dijo papá al señalar a las gemelas---. No hay mucho que decir, parece que se llevan bastante bien. Sólo procuren ser un poco más independientes la una de la otra.

---Sí profe ---dijeron las gemelas a una sola voz, luego rieron divertidas.

---Y Corni ---continuó papá---. Parece que estamos tú y yo solos en esto amigo. Sólo trata de ser un poco más serio. No mucho, aunque sea un poquito.

---Mientras no haga nada raro, yo copero profe. De lo de ser serio, eso no va conmigo ---repuso Cornelio.

Esa misma tarde Irving me invitó a ir a su casa a jugar. Ni siquiera lo presentó como una pregunta. Simplemente me abordó terminadas las clases y me lo dijo ---Te invito a mi casa a jugar.

Le pregunté a papá si podía ir, y me dijo que sí. Así que me fui con él, sintiéndome muy nervioso. No estaba seguro de tener cosas en común con Irving. Esperamos un rato frente al portón de la escuela, sin hacer o decir nada. Y al cabo de unos minutos llegó el jefe con su camioneta.

---¿Listo mijo? ---Dijo el jefe y abrió la puerta del copiloto.

---Sí señor ---confirmó Irving. Luego se trepó al asiento---. Él es Rúbe, está en mi clase. Lo invité a la casa.

Tan pronto Irving se acomodó subí también a la camioneta.

---Rúbe, claro, lo conozco, es el hijo del profesor. ¿Verdad que sí

campeón? ---dijo el jefe, y se tomó el tiempo de revolverme el cabello y desacomodarme la gorra.

---¿Eres el hijo del profe? ---preguntó Irving, como si fuese la noticia del siglo.

---Creí que ya lo sabías ---le dije. Y en verdad que no mentía, sí que creía que él ya lo sabía. Es decir, parece bastante obvio. Me llamo igual que mi papá y recién es la primera vez que asisto a esta escuela.

---¿Y cómo van las clases? ---preguntó el jefe---. ¿Don Rubén es buen maestro?

---Es bueno explicando las cosas ---dijo Irving enseguida---. Y además me cae bien. Dice que quiere que lo veamos como un amigo.

---Eso es bueno ---dijo el jefe---. Se ve que sabe lo que hace.

Al poco rato llegamos a una casa inmensa. Esta sí era de dos plantas. También se encontraba pegada al bosque, como la casa de doña Inés.

---Vamos a dentro ---invitó Irving.

Vaya si su casa era grande. La estancia gigantesca apenas era ocupada por dos sillones. También tenía una televisión de las nuevas, guardada sobre la base superior del retrato de bodas del jefe y su esposa. Fue difícil distinguirlo pues estaba bien disimulada.

La mamá de Irving tardó un rato en reconocermé. Tal vez por la gorra y mi chaqueta. Finalmente me recordó y me hizo las preguntas de rigor, cómo estaba yo, cómo estaba papá, cómo estaba doña Inés, si me estaba adaptando.

Pasados los saludos nos fuimos directo a la habitación de Irving. No era tan grande como mi cuarto en casa de doña Inés, pero sí que lo tenía lleno de cosas. Me mostró su colección de historietas y sus libros. Según me contó todo le llegaba por correo postal a casa de su hermano mayor en la ciudad. A veces su papá iba a casa de su hermano a recoger las cosas, o a veces su hermano venía de visita y le traía todo, o si no se lo reenviaba por paquetería a la



tienda.

Los libros no me parecieron tan atractivos pues siempre fui perezoso para leer, pero las historietas sí que llamaron mi atención. Era sorprendente la cantidad de espacio que ocupaban. Le pregunté si me prestaba algunas y dijo que sí, así que de inmediato las guardé en mi mochila.

Transcurrido un rato el silencio se volvió incómodo. A mí no se me ocurría nada que decir, y por lo visto a él tampoco. Después de silenciosos cuarenta segundos de estar sentados en esquinas opuestas de su cama comencé a ponerme nervioso.

---Oye. Dijiste que jugabas en el bosque detrás de tu casa. ¿Y si vamos allá?

Irving parpadeó un par de veces. Luego se mordió el labio inferior, una manía que ya había visto en el jefe.

---Está bien ---dijo sin mucho ánimo. Después se levantó y se puso en marcha.

Salimos al patio de atrás de su casa. Si a eso se le podía llamar patio. Como no hubiera muro o cerca, no se distinguía donde terminaba el patio y empezaba el bosque.

---¿Y qué haces acá normalmente? ---pregunté.

Irving tardó en responder. Se quedó pensativo mientras pateaba algunas piñas que se cayeron de los pinos cercanos.

---No mucho, casi siempre leo.

---En la escuela dijiste que jugabas acá ---insistí---. ¿Por qué salir al bosque a leer?

Se quedó callado. Veía a sus pies, ni siquiera era capaz de mantenerme la mirada.

---¿Por qué me invitaste?

---El profesor dijo que debíamos ser amigos ---respondió.

---Es cruel, ¿no crees? ---dije molesto---. Me he sentido solo todos estos días, ¿y me hablas sólo porque el profesor lo ordenó? ¿Me habrías hablado algún día si el maestro no lo hubiera ordenado?

---No lo sé.

---Ya me voy. Dejaré tus cómics sobre tu cama.

Di media vuelta y me encaminé de regreso a la casa para recuperar mi mochila.

---Espera ---dijo---. Perdóname. Yo no quería que te enojaras.

Me detuve y volteé a verlo.

---Yo también estoy solo. Nunca he jugado con otros niños, o con nadie. Todo lo que hago siempre es solo. Por eso leo.

Su rostro se veía angustiado. Y se mordía el labio inferior con más nerviosismo de lo habitual. Yo nunca estuve solo, no hasta esos días. Pero Irving había estado solo toda su vida.

---Descuida ---dije---. Perdón por enojarme. Es que todo es diferente, ¿sabes? La casa, la gente, la escuela.

Me vio a los ojos fijamente, yo igual lo vi a los ojos. Era imposible saber lo que estaba pensando, pero debía ser algo importante a juzgar por la expresión de su rostro. O quizás solo intentaba averiguar lo que yo pensaba.

---Tengo una casa en el árbol ---dijo al fin---. Mi papá la construyó hace mucho tiempo con mis hermanos. Ahora es mía. Si quieres te la muestro.

---¿La casa?

---Pues sí, ¿qué más?

Volteé a ver los pinos. No me imaginaba una construcción en lo alto de aquellas estacas gigantes. Pero según Irving la casa era real. Me condujo por el bosque, siguiendo un camino de piedras pintadas de naranja. Dijo que su papá las puso para que siempre encontrara el camino de regreso. Así llegamos a donde estaba la construcción. Una especie de caja que se sostenían no en uno

sino en cinco pinos. Y era precisamente en uno de los pinos donde una serie de tablas clavadas hacían de escalones.

---Es genial ---dije emocionado. En verdad que aquella casa club superó por mucho a todas las que vi antes, empezando por lo altísima que estaba, y por sostenerse en tantísimos árboles.

No me terminó de preguntar si quería subir para cuando ya estaba subiendo peldaños. La gorra casi se me cae con las corrientes de aire, pero logré sujetar una de las orejeras con los dientes, así que ya no se movió. Orgullosamente llegué arriba en una sola pieza. Empujé la trampilla que servía de puerta y entré a la caja. Después de mí entró Irving y cerró la trampilla.

La casa era amplia, quizá tres metros por tres. Tenía buen soporte, tomando en cuenta los cinco pinos que la sostenían. Contaba con cuatro ventanas, una en cada cara lateral. La poca luz que la iluminaba venía de los resquicios de las ventanas.

Irving se aproximó a un baúl y sacó una lámpara de queroseno. La encendió y de inmediato se iluminó el cuarto. Me acerqué a donde él y me arrodillé a un lado para ver. El baúl tenía muchas otras cosas, pero principalmente libros y cómics. Aunque también destacaban algunas cajas de galletas y varias botellas de agua envueltas en plástico de emplear.

---Si yo tuviera una de estas no me iría de aquí nunca ---dije sin ocultar mi entusiasmo.

Me puse de pie emocionado y de inmediato entre en el personaje. ---Vamos maestro, iza las velas que el viento sopla a favor. Pronto llegaremos a la isla del tesoro ---dije adoptando mi pose heroica.

---¿Qué te pasa? ---dijo Irving.

---No es momento de preguntas, es momento de trabajar. La madre naturaleza nos favorece con su beso helado. Mira al horizonte, el sol casi se pone. Tenemos que llegar a la isla del tesoro.

---Pareces loco.

Dejé mi pose heroica al escucharlo.

---¿Qué no ves al horizonte? ---pregunté.

---No... ---respondió---. Estamos encerrados.

Caminé a donde estaba arrodillado y me puse a su espalda. En verdad que no podía creer semejante nivel de ignorancia. Le cubrí ambos ojos con las manos y pregunté: ---Cuando lees, ¿qué ojos usas?

---¿Qué haces? Suéltame ---dijo, y comenzó a sacudirse para intentar quitarme. No me dio más opción que abrazarlo con fuerza. No podía soltarlo hasta que entendiera.

---Respóndeme y te suelto ---le dije para tranquilizarlo.

---Mis ojos, pues, ¿qué más? ---dijo enseguida.

---Tus ojos solo ven letras, pero las letras, ¿qué forman? ---dije sin soltarlo.

---Palabras, frases, párrafos. No sé, esas cosas. Ya suéltame ---dijo, se oía asustado.

---Y esas palabras, frases y párrafos, ¿que forman? ---Insistí.

---¿Historias? ---dijo con duda.

---Imágenes ---rectifiqué al soltarlo.

Lo rodeé y me senté frente a él, a la distancia de un paso.

---Cuando lees tus ojos ven letras, pero tú mente ve imágenes ---dije con autoridad.

Irving abrió mucho los ojos al escucharme. Su cara estaba toda roja, lo que hacía que se viera gracioso.

---¿Imágenes? ---dijo, quizá para sí mismo.

---Así igual cuando jugamos. Tus ojos ven esta casa club, como una caja de zapatos. Pero tu mente ve imágenes que no están. ¿Lo entiendes? Así está casa es un barco en medio del mar.

---No estoy seguro.

Me levanté y abrí la ventana más cercana. Tan pronto quité el seguro entró el viento gélido. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral, pero aun así no abandoné mi pose heroica.

---Mira al horizonte como se extiende la mar turquesa. Siente la brisa marina y el sol que tuesta nuestra piel. Escucha el canto de las ballenas y el canto de las sirenas. La mar nos espera para descubrir todos sus secretos.

Irving se levantó y se quedó de pie a mi lado, mirando por la ventana. Pude ver como sus ojos se abrían más y como poco a poco se dibujaba una sonrisa en su rostro.

---Lo veo ---aseguró. Y le creí.

Esa tarde recorrimos los siete mares. Nos enfrentamos a bestias del mar y guerreamos contra otros piratas. No llegamos a la isla del tesoro, pero vaya si nos acercamos. Hubiésemos podido seguir con nuestro viaje, incluso durante toda la noche, pero de pronto el jefe interrumpió.

---Ey, grumetes, ya los oí ---dijo al abrir la trampa---. No quería molestarlos, pero ya es tarde. Hay que llevar a Rúbe a casa.

---Papá... ¿se puede quedar Rúbe a dormir? Nos portaremos bien, de veritas ---dijo Irving.

---Vaya pues, hasta me dijiste papá ---repuso el jefe---. Por mí no hay problema. Pero mejor que sea el viernes. Mañana tienen escuela.

## 10.



EL JEFE me llevó a la casa en su camioneta. Me despedí de Irving y le dije que lo vería mañana en la escuela. En seguida entré para contarle a papá. Le hable de Irving, que era mi amigo y que nos divertimos mucho. También le hablé de la invitación a quedarme en su casa el viernes; y le hablé de nuestros planes de contar historias de terror.

---Suena bien ---dijo sin despegar la vista de los exámenes.

Luego de eso fui a donde doña Inés y le conté todo. Ella sí me escuchó. Incluso dijo que prepararía algunas galletas y un termo con chocolate para que llevara a nuestra noche de historias de terror.

Estaba tan entusiasmado que apenas pude dormir. Desperté con el escándalo de la alarma de mi teléfono. Dos años abriendo los ojos con la misma canción se encargaron de hacer que la odiara con toda mi alma, lo que es mucho decir considerando que solía ser mi canción favorita, y aun así no pude evitar cantar el primer verso. Esa mañana me sentía feliz, particularmente lleno de energía, optimista a final de cuentas. Fui al baño sin experimentar ninguna clase de dificultad. De pronto tenía mejor digestión, seguro que por la comida de doña Inés. Me duché a toda prisa, no tanto por la emoción sino por lo frío del agua, cosa que terminó de despertarme por completo, no podía dejar de tiritar. Me vestí con mis calzoncillos y mi camiseta de la suerte, con una camisa roja a cuadros que encontré en el armario ---como la de los leñadores---, unos jeans azules que también encontré en el armario y que por cierto me iban algo grandes, la misma fenomenal chaqueta negra de siempre y el mismo gorro azul que ya era mi marca distintiva en la escuela. Desayuné copiosamente, dos huevos fritos, dos tostadas, leche tibia y una enorme manzana roja. Todo con tanta prisa que

incluso tuve tiempo de empacar las cosas que llevaría a casa de Irving. Salí disparado a la calle, ya sin sorprenderme por lo frío de la mañana, y puse mi equipaje en el auto de papá. Básicamente un montón de cobijas, mi saco de dormir y mi cepillo de dientes. Ya con todo en su sitio me acomodé en el asiento del copiloto para esperarlo.

---¿No te despides? ---dijo doña Inés desde la puerta de la casa.

---Lo siento ---dije, e hice seña de querer bajar del auto, pero la señora me detuvo con un ademán.

---No pasa nada ---dijo---. Sé que estás emocionado.

Sonreí y ella sonrió conmigo. Luego dijo adiós con la mano y yo repetí el gesto. Después de eso volvió al interior de la casa.

Al poco rato salió papá. Subió al auto, talló las palmas de sus manos como las moscas, tal vez para desentumecerlas, y dio una rápida ojeada al asiento de atrás.

---Vaya, ¿entonces era en serio lo que decías de pasar la noche fuera? ---dijo.

---Enserio ---reconocí.

Ya no dijo nada más. Lo primero que hice tan pronto entré a la escuela fue buscar a Irving. Siempre era de los primeros en llegar. Según me contó, el jefe lo levantaba temprano todos los días, incluso los fines de semana. Supuestamente era para enseñarle el valor de la responsabilidad y eso. En fin, cosas aburridas. Le conté a groso modo cuales eran mis planes, que por supuesto incluían el pasar la noche en la casa club. Al principio como que no estaba seguro, pero poco a poco se fue contagiando de mí entusiasmo. Entre más le explicaba más se convencía de que era una idea genial. Así pasamos toda la mañana, conversando por lo bajo sobre nuestros planes para esa noche y riendo por cada cosa ridícula que se nos ocurría. Y es que ya que lo conocías bien Irving podía ser divertido.

---¿Desde cuándo son tan amigos? ---dijo Jo.

Volteé a verla. Quedaba claro que estaba molesta. La estuvimos ignorando todo el rato, lo que es mucho tiempo. Faltaban pocos minutos para que sonara el timbre que anunciaba la hora del almuerzo, lo que sumaba unas cinco horas sin prestarle atención, aunque la tuviéramos a un lado.

---Desde ayer ---dijo Irving.

Jo no respondió, se limitó a encogerse de hombros. Lucía más callada que de costumbre, y parecía un poco melancólica con esos mechones de cabello cubriéndole el rostro.

---Tal vez deberíamos invitarla ---le susurré a Irving.

---No lo sé, es una niña ---dijo.

---¿Y eso qué? No me digas que no te gustan las niñas.

---No es eso, tonto. Es que no creo que le den permiso.

---Puedo escucharlos ---dijo Jo---. No hablen de mí como si no estuviera aquí.

Nos sobresaltamos al oírla.

---Aunque consiguiera que me dieran permiso de ir a pasar la noche sola con dos niños en el bosque, cosa que dudo mucho, no es como que me atraiga la idea.

---Bueno. No se trata del bosque "bosque". Es en la casa club, ¿sabes? Está en lo alto de los pinos, y eso es alto ---dije alzando la mano derecha tan arriba como me fue posible---. Vamos a contar historias de terror y a pasar la noche ahí. Será divertido.

Irving asintió para respaldar lo que decía.

---¿Qué hacen nenas? ---dijo Cornelio. Había atravesado el salón a grandes zancadas, haciendo todo el escándalo que solo él podía hacer.

---Oye, tú, regresa a tu lugar ---dijo Miriam al verlo.

---Relájate Miriam. Así nunca vas a conseguir marido. Por eso estás sola,



frustrada y amargada ---dijo Cornelio---. Además, ya van a ser las doce y ya terminé tus ridículos problemas razonados.

Miriam se echó sobre su silla detrás del escritorio enojada. Respiró profundo un par de veces y siguió leyendo su revista.

---Me invitan a pasar la noche en el bosque, en una casa en un árbol o algo así ---dijo Jo---. Pero no creo que vaya.

Cornelio rodeó el círculo que formábamos con los pupitres. Se puso entre Irving y yo, y nos abrazó. ---Mira pues ---dijo---. ¿Van a pasar la noche solitos en el bosque? Ya se me hacía que estaban muy juntitos el día de hoy.

---Quítate ---dijo Irving y se lo sacudió de encima.

El chico se irguió y dejó de abrazarme. ---¿A qué hora? Yo me apunto ---dijo.

---A ti no te invitamos ---repuso Irving.

Cornelio volvió a rodearnos y se puso detrás de su hermana. ---No te hagas. Sabes que me deseas ---puso sus manos sobre los hombros de Jo---. Además, sin mí tampoco va la princesa del drama.

El timbre sonó anunciando la hora del almuerzo. Las gemelas se levantaron de sus asientos en el fondo del salón. Reían de algo por lo bajo, algo que solo ellas conocían. Se tomaron el tiempo de intercambiar miradas con Cornelio, luego salieron.

---A las siete, en la casa club ---dije---. Detrás de la casa de Irving hay un camino de piedras naranja. Sígalo y llegarán. Lleven sacos para dormir o mantas. Y si se puede algo para picar.

---Ya dijo ---concluyó Cornelio. Luego se fue, al parecer con mucha prisa.

---También debo irme ---se disculpó Jo y se marchó. No pude evitar seguirla con la mirada hasta que atravesó la puerta y se perdió de mi vista.

---¿Por qué lo invitaste a él? ---dijo Irving tan pronto Jo salió del salón.

---Si somos cuatro es más probable que tu papá nos dé permiso. ¿Sí sabes

cómo?

---Sí, pero. ¿Por qué él?

---¿Conoces a alguien más?

---No.

---Yo tampoco.

Apenas comí por la emoción. Sentía mariposas en el estómago. Quería que el día terminara ya. Estaba tan ansioso que papá tuvo que obligarme a acabarme la sopa y el pan. Lo hice, pero más de forma mecánica que por gusto. Aun así, agradecí a doña Inés por tan deliciosa comida, y por las galletas que me traía para que llevara en la noche.

Terminada la comida regresé al salón para dibujar un rato en mi cuaderno. Solo eso podía hacer. No veía ni a Irving, ni a Jo, ni a Cornelio por ninguna parte, ni siquiera a las gemelas. Yo era el único del grupo, y la verdad no me apetecía hablar con los chicos de los otros salones. Como sea, terminó el periodo de receso, sonó el timbre, y como era de esperar aparecieron todos los del salón.

---¿Dónde estabas? ---pregunté a mi amigo.

---En casa, comiendo ---dijo.

Papá entró al aula, caminó al centro, frente al pizarrón, y se nos quedó viendo. Hasta se tomó el tiempo de frotar las palmas de sus manos, como una mosca. Ignoraba si lo hacía para calentárselas o si era alguna clase de tic nervioso.

---Bueno chicos, mientras ustedes jugaban por ahí cuales sátiros en el bosque, este abnegado profesor se la pasó revisando sus exámenes.

---Para eso le pagan ---apuntó Cornelio.

---Así es. Gracias por apreciar mi trabajo.

»Como saben los exámenes eran de diagnóstico, para asegurarme de su nivel y de que en verdad cumplen las competencias mínimas. Admito que me

llevé una grata sorpresa, lo que habla bien de su anterior maestro. Como sea. Ya terminé de revisarlos y les daré los resultados.

Envió una imagen al pizarrón desde su cuaderno. Era una tabla comparativa de los resultados por materia, así como el promedio general, de Irving, Jo y yo.

---Rúbe. Sacaste ocho punto dos como promedio. Eso no se corresponde con las calificaciones con las que saliste de la primaria. Así que, o mágicamente se te olvidaron las cosas, o tu antigua maestra no te evaluó bien. De cualquier forma, con ocho pasas, pero quiero que te esfuerces más.

»Jo. Tienes promedio de ocho punto nueve. Es similar al de tu boleta de la primaria, así que lo tomamos por bueno. Me parece que puedes esforzarte más.

»Irving. Tienes promedio de nueve punto cinco. Una calificación buena, incluso mayor a la de tu boleta. Si te esfuerzas podrás sacar sobresaliente este año.

Envió una nueva imagen al pizarrón, esta vez una tabla comparativa de los resultados de las gemelas.

---Abi, Ada, me tienen un poco extrañado chicas. Ambas tienen el mismo promedio, ocho punto cuatro. Pensé que habían copiado en los exámenes, pero al verlos bien noté que tienen errores en cosas distintas. Por eso sorprende que tengan idéntico promedio. Si estudian juntas seguro que se complementan.

Una nueva imagen apareció en el pizarrón, los resultados de Cornelio.

---Y tú, Corni, me debes una explicación. Tienes un promedio de nueve punto ocho. No pudiste copiar pues tus exámenes eran únicos. ¿Cómo es que reprobaste el año pasado?

---Es por Miriam y Moisés profé. Tengo la teoría de que les gusto, y como no les hago caso me agarraron manía. Les advertí que era ilegal, pero no lo tomaron bien. Yo no tengo la culpa de que sea irresistible.

Papá tardó en responder. ---Tienes un serio problema de actitud ---dijo al fin---. Y si lo corrigieras, o te esforzaras por corregirlo, podrías lograr grandes cosas. No solo sabes las respuestas, eres ingenioso, aprovecha eso.

---Como sea profe. Ya este es mi último año.

Papá envió una copia de los exámenes revisados. También un documento con la lista de los temas que debía repasar según mis fallas. Adicional a eso el calendario de actividades se actualizó con el temario que llevaríamos durante el año según mi grado escolar.

---Les recomiendo que se apliquen con la lista de temas a reforzar. El próximo miércoles les pondré un nuevo examen. Pueden empezar desde ahorita.

Mi lista era la más larga, así que decidí no perder el tiempo y aplicarme en el repaso. Aquello requirió de mucho poder de concentración, pues, aunque quería meterme en la cabeza los métodos para realizar las operaciones básicas con números fraccionarios, mi mente seguía divagando con los planes para esa noche. Y así pasé el resto de ese periodo, intentando resolver las actividades interactivas de mi tableta de estudio. Cierto que el video explicativo tenía su gracia y me resultaba algo entretenido, pero no por eso lograba pillar el método.

Terminadas las clases me apresuré a sacar mis cosas del auto de papá. Irving me esperaba en la puerta de la escuela. Corrí para alcanzarlo. O bueno, lo más cercano a correr considerando todo lo que traía cargando. El jefe recién llegaba con su camioneta.

---Traes muchas cosas campeón ---dijo el jefe al verme---. No era necesario que las cargaras hasta acá, pudimos haber ido por ellas a casa de doña Inés.

---Gracias, pero ya las traje.

Puse todo en el asiento de atrás. Mis cobijas, mi saco para dormir, mi

neceser con mi cepillo de dientes, la caja con galletas que me trajo doña Inés y mi mochila. Después trepé al asiento de enfrente junto a mi amigo. Era algo torpe para moverme pues aún no me acostumbraba a tanta ropa. El jefe río al ver como batallaba.

---Eso campeón, sabía que podías ---dijo en tono burlón cuando al fin pude sentarme. Después puso los seguros de las puertas y arrancó.

Apenas avanzamos una cuadra cuando sonó la radio. Primero estática, después una suerte de voz medio robótica. Según decía los leñadores volvían del bosque para pasar el fin de semana con sus familias. La hora de llegada sería por ahí de las seis de la tarde. El jefe intervino para confirmar que estaba enterado. Tomó la bocina, dijo las palabras, colgó y luego suspiró algo agobiado. Aunque observaba todo eso atento, no dejaba de picarle las costillas a mi amigo para que hablara con su papá.

---Señor ---dijo Irving nervioso---. Invité a algunos amigos a pasar la noche.

El jefe escuchó de forma desenfadada. Iba atento al camino. Aunque pareciera que estaba más ocupado en pensar en sus propios problemas.

---¿Amigos? ---dijo sin mucho ánimo. Luego volteó a verme, apenas por un instante, pues en seguida volvió la vista al camino. Era como si estuviera inseguro de si escuchó una palabra en singular o una palabra en plural.

---Sí, otros amigos, además de a Rúbe.

El jefe mordió su labio inferior. Esa manía ya identificada como una reacción a algo que no terminaba de gustarle.

---Te volviste amiguero mijo, de repente. Rúbe está bien, pero no creo que puedan quedarse más, no cabrían en tu cuarto.

---Es qué ---empezó a decir Irving. Le volví a picar las costillas para que no se rajara---. Queremos pasar la noche en la casa del árbol. Como una acampada.

El jefe rio al escucharlo, hasta detuvo la camioneta para poder reír a gusto.  
---En Rosa no se hacen acampadas mijo. No si no quieres amanecer congelado.

---Pero estos son los mejores días, y lo sabes ---dijo mi amigo, su voz se notaba más firme---. Si no es ahora no será nunca.

El jefe dejó de reír, suspiró y volvió a un semblante serio. Luego reanudó la marcha.

---No sé mijo, ocupo pensarlo.

---Papá ---dijo Irving, esta vez con verdadero aplomo---. Es la primera vez que quiero hacer algo con mis amigos. Dijiste que debía tener amigos, pues ya los tengo.

El jefe se quedó callado un momento, como recordando algo.

---¿A quiénes invitaste? ---preguntó.

---A Josefa y a Cornelio. También están en mi clase.

---¿Los Méndez? Oí que ese chamaco es un patán.

---Está en mi clase, pues, como su hermana, por eso los invité.

El jefe hizo otra pausa.

---Déjame pensarlo mijo, y en la tarde te digo.

Irving volteó a verme y sonrió. Supuse que esa respuesta del jefe debía ser un "sí" ya asegurado.

Ya en casa de Irving pasamos a relatarle nuestros planes a su mamá. Ella no pensó que fuera algo gracioso o imposible. De hecho, estaba contenta de que hiciéramos más cosas juntos como amigos, y dijo que era la buena influencia de mi papá como nuevo maestro. Que era bueno que todos fuéramos amigos. Me sentí algo halagado por la forma tan bonita en que habló de papá. Creo que hasta me sonrojé.

Terminada la entrevista materna nos dedicamos a acarrear cosas de la casa de Irving a la casa club. La primera carga era mi equipaje personal, es decir,

mis cobijas y todo lo demás. Ya de pie junto al árbol-escalera caí en cuenta de que no sería nada fácil subir las cosas, porque apenas y podía caminar cargando todo aquello, ¿cómo pues iba a subir con ellas por la escalera.

---Espérame aquí ---dijo Irving, luego dejó mi saco para dormir en el suelo y subió las escaleras hasta la casa club---. Hazte a un lado ---gritó, me observaba desde una de las ventanas.

Me hice a un lado, y en un periquete un grueso y pesado gancho de metal se estampó en el suelo. Apenas hizo ruido, las agujas de pino se encargaron de amortiguar el golpe. No hizo falta que me explicara, el gancho estaba atado a una cuerda que pasaba por un intrincado juego de poleas. Así subir cualquier carga era una cosa de nenazas. Amarré todo mi equipaje en un solo paquete y de inmediato Irving lo subió, sin apenas esfuerzo.

---Ahora vamos por mis cosas ---dijo.

Llevamos el tablero de "Turista Mundial", por si queríamos jugar y un mazo de naipes. También llevamos el reproductor de Irving, para escuchar música. Su hermano se lo regaló por su cumpleaños. Tenía miles de canciones en la memoria. Llevamos su saco para dormir y algunas mantas extra por si nos daba mucho frío. O bueno, por si me daba mucho frío a mí. Según me contó Irving él ya estaba acostumbrado, y aquella temperatura para él era más bien calurosa.

Luego de eso tomamos un refrigerio por lo cansados que terminamos con tantas vueltas. Bueno, en realidad solo fueron dos vueltas, y lo de refrigerio no era literal, pues acá nadie tenía refrigerador. Además, la merienda fue una pieza de pan dulce y chocolate caliente.

El resto de la tarde la pasamos en la casa club escuchando música en el reproductor de Irving. Me puse a cantar algunas canciones a todo pulmón, al menos las que me sabía. Eso hizo que Irving se riera mucho. Era obvio que se reía de mí, pero no me importó. Luego él también se puso a cantar conmigo.

---Ey, artistas ---dijo el jefe al abrir la trampa y asomarse adentro---. Se oyen sus berridos hasta la casa.

---Hola papá ---dijo Irving al verlo.

---Estaba haciendo mi ronda cuando doña Cesárea me abordó preguntando si era cierto que habían invitado a sus hijos a pasar la noche acá.

Ambos nos quedamos callados, quietos, incluso detuve la música.

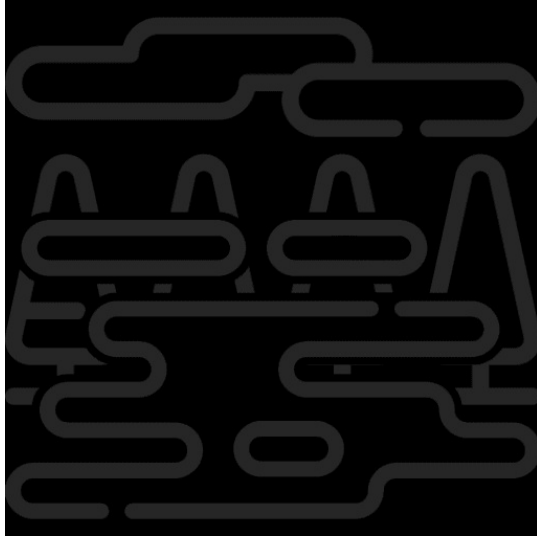
---Le dije que había escuchado algo así ---siguió el jefe---. Y como se puso tan contenta de que invitaran a sus hijos a una piyamada, no pude decirle que no.

---Genial ---dijimos a coro.

El jefe sonrió al vernos tan felices, y casi de inmediato cambió su expresión a una más seria. ---Sin embargo, mijo, no se me pasa que hiciste planes sin preguntarme. Que sea la última vez que me haces esto. Y no creas que te escapas de un castigo. Pero luego hablamos de eso.

Confirmados los planes de esa noche el jefe se fue de vuelta a su casa. Tan pronto cerró la trampa pusimos otra vez la música y cantamos con energías renovadas. La tarde se nos fue muy rápido, como agua entre los dedos. Para cuando acordamos el cielo ya se teñía de rojo. Según me dijo Irving pocas veces se veía el cielo tan despejado. La idea de poder contemplar las estrellas nos entusiasmó, eso hacía que la noche fuera más perfecta. Le hablé a Irving de mi sueño de ser astronauta y viajar a Marte, como mi héroe. Él no se rio. Todos a los que les contaba que yo quería ir al espacio siempre se burlaban de mí y me decían que era imposible. Pero mi amigo no dijo eso, al contrario, dijo que sería genial y me pidió que le trajera una roca roja cuando regresara.





SEGUNDA PARTE: LA NEBLINA

*Viernes 23 de agosto del 2041.*

## 1.



EL RELOJ en el reproductor de Irving marcaba las siete y media cuando oímos un grito. De inmediato identificamos la voz, aunque nos pareció extraño que no hubiera ningún matiz insultante en esas palabras.

---¡Hola amigos! ---gritó Cornelio otra vez--- ¡Ya llegamos!

Nos asomamos por la ventana. Ahí estaban Jo y Cornelio, cargando en brazos sus sacos para dormir y con sus mochilas a la espalda. El jefe los escoltaba.

---Tu papá se ve tenso ---dije.

---Es por los leñadores. Los fines de semana es cuando papá tiene más trabajo.

---Lancen la cuerda, para subir esto ---gritó el jefe.

Bastaron solo dos lanzamientos.

---Reacciona ---dijo Irving.

No podía dejar de ver la mochila de Jo con fijeza, quizá más de lo considerado normal. Lo que era una tontería, porque en realidad no estaba pensando en nada.

Apenas reaccioné se abrió la trampilla. La primera en entrar a la casa club fue Jo, luego entró Cornelio con una inusual sonrisa de oreja a oreja, y por último se asomó el jefe.

---Ya están aquí, pues ---dijo con fastidio---. Tengan cerradas las ventanas para que no se enfríe tanto. Voy a dejar prendido el foco del patio por si ocupan algo. Para cualquier cosa recuerden que allá estamos. Se portan bien, y no se duerman tan tarde.

---No se preocupe señor justicia ---dijo Cornelio---. Yo los vigilo para que se porten bien.

---Eso es lo que más me preocupa ---dijo el jefe. Nos dedicó una última mirada, luego se fue.

Nos quedamos callados por un minuto entero, como un común acuerdo; sentados alrededor de la lámpara de queroseno, escuchando los pasos del jefe al alejarse de la casa club; así hasta que ya no hubo más sonidos que los del bosque.

---¿Y qué se supone que hacemos acá? ---dijo Cornelio para romper con el silencio---. ¿Es algo así como un club de auto exploración asistida? Les adelanto que mis manos y mi cara están prohibidas. De ahí en fuera el resto de mi cuerpo es suyo. Me sé varios trucos con los pies que seguro no saben. Como quiera, yo siempre estoy abierto a cosas nuevas y así. Pero no sé si me sienta cómodo con mi hermana viéndome. Quizá me cohíba, todavía le tengo un poco de tabú a eso de las cosas incestuosas y así, pero quizá me anime, me da un poco de morbo.

---Vamos a contar historias de terror, idiota ---se apresuró a decir Jo.

Cornelio cruzó los brazos y cerró los ojos en un gesto de disgusto.

---Ah... bueno, pues. Eso también vale. Aunque no sea tan divertido ---dijo---. Pero a mí déjenme para el final. Mi historia será la más de miedo de todas.

---Eres un cerdo ---dijo Irving y sonrió por lo audaz de su comentario.

Cornelio abrió los ojos y volteó a donde mi amigo.

---Gracias, yo también te amo ---repuso. La sonrisa de Irving desapareció.

Acomodé mi saco para dormir, me senté sobre él y luego me cubrí de mantas. Empezaba a calar el frío.

---Anda ya, pues, cuenta ---apuró Cornelio.

---¿Yo? ---dije.

---Sí, tú. Fue tu idea, ¿no?

---Pues, es que, no se me ocurre nada.

Irving se volvió a acomodar. Al igual que los demás estaba sentado sobre el suelo de madera. No entendía por qué ellos no tenían frío. Yo estaba sentado sobre mi saco y aun así sentía el frío del suelo.

---Qué aburridos son, pues. Por lo menos hubieran invitado a Abi y Ada.

---¿Las gemelas? ---pregunté.

---¿Conoces otras?

---Mi papá no me deja juntarme con ellas ---dijo Irving.

---¿En serio? ---exclamó Cornelio sorprendido---. Bueno, es algo halagador que tu papá considere que las gemelas son una peor influencia que yo.

---Claro que son peores que tú, idiota ---dijo Jo.

---Cuando recién llegué me las topé en la tienda. El dependiente dijo algo parecido.

---¿Y ya te invitaron a su casa? ---dijo Cornelio---. Cuenta. Quiero oír todos los detalles, en especial los detalles sucios. Mejor sólo los detalles sucios.

---Cállate, idiota ---dijo Jo.

---Son muy frías. Me ignoraron por completo, aunque intenté hablar con ellas.

---Sí, últimamente no han sido las mismas ---dijo Irving.

---Tú no opines, no te dejan juntarte con ellas.

---Ya basta Corni ---dijo Jo---. Como sea, Irving tiene razón. Cambiaron desde que su hermana se fue de casa. Se aislaron de todos.

---¿Su hermana se fue? ---quise saber.

---Nada importante. Lo único interesante que hizo en su vida fue irse de casa nomás cumplir dieciocho años. Fuera de eso era una chiflada en toda la extensión de la palabra ---dijo Cornelio.

---Eso no es verdad Corni ---dijo Jo---. A mí me caía bien.

Ya nadie dijo nada. Era un silencio incómodo.

---¿Quién quiere galletas? Tengo galletas ---dije para romper con la tensión.

Por un rato nos dedicamos a comer golosinas, tomar chocolate y reír de forma nerviosa por cualquier tontería. Y es que tan pronto la noche nos envolvió la débil luz de la lámpara de queroseno resultó ser insuficiente.

Jo también tomó su manta y se cubrió con ella. Incluso se sentó un poco más cerca de su hermano, debía tener miedo, aunque Cornelio no pareció advertirlo. Estaba más atento a zamparse las galletas que preparó doña Inés.

Agucé el oído, pero no se escuchaba más que el viento, los insectos y el ruido que hacíamos al masticar y tragar.

---¿Siempre es así de callado? ---pregunté.

---Sí... ---dijo Jo.

---¿Callado cómo? ---intervino Cornelio, escupiendo algunas migajas al hablar.

Volví a aguzar el oído, pero aquello era inútil.

---Nadie escucha música, nadie se junta a charlar, no he visto ningún mercado ni nada. Sé que hay una tienda, que es donde compra doña Inés. Pero sólo eso, el pueblo es tan silencioso.

Cornelio se limpió el bigote de chocolate que le dejó su termo.

---Entre semana el pueblo está bien muerto y tieso ---dijo, luego dio otro largo trago a su chocolate---. A veces ---se limpió el bigote otra vez---, los fines de semana le dan como calambres y ya se mueve un poco. Pero en general está muerto.

---¿Es por los leñadores? ---quise saber.

Irving tomó una galleta y se la quedó contemplando, como si fuese un objeto extraño, venido de otro planeta.

---Acá la mayoría se dedica a la madera. Ya vez que todas las casas son de

madera y así. Por eso entre semana en el pueblo sólo hay señoras y niños ---dijo---. Bueno. Está mi papá que es el policía. También el señor Juez. Y... ¿Quién más?

---El padre Luis, en la iglesia ---dijo Jo---. Y el profe Jaime.

---Sí, sí. También tu papá, que es el nuevo profe, y el cerdo de la tienda ---intervino Cornelio tan pronto se acabó el chocolate de su termo---. En otras palabras, este pueblo es un enorme harén.

»Si te descuidas puede que tengas un nuevo hermanito.

Estaba comiendo una galleta cuando dijo eso. Casi me atraganto con ella. Me parecía un comentario de mal gusto.

---No puedo tener un hermanito. Ya no tengo mamá ---le dije, sintiéndome ofendido.

Después lo pensé más detenidamente y capté lo que quería decir. No se refería a mi mamá, sino a mi papá, por eso de que las señoras se quedaban solas en el pueblo.

---Y mi papá no haría eso ---agregué---. Yo lo conozco, él es respetuoso.

Cornelio se estiró y lanzó un gran bostezo.

---Entiendo que no te dé los pormenores de su vida privada, pero no creo que un adulto soporte un celibato tan estricto solo porque su hijo sea una nena escandalosa.

---¿Y qué me dices del padre Luis? ---dijo Jo.

---Sé de buena fuente que juega a las manitas sudadas con doña Berta. Se cayeron bien desde que organizaron juntos el festival de pascua. Digamos que la primavera los unió de una forma estrecha.

---Eso es mentira ---dijo Irving---. Mi mamá también estuvo participando en esos arreglos y no vio nada de eso.

---Yo solo digo que no es sano, por eso no lo dejan tener monaguillo.

---Te va a caer un rayo por blasfemo ---dijo Jo al dar un golpe a su

hermano.

---Pues a diferencia del padre Luis el profe Rubén no tiene que cumplir ningún boto. Y como hijo Rúbe debería apoyarlo para que rehaga su vida "sentimental".

---Ya te dije que mi papá no es así.

---Pues él se lo pierde, yo lo haría si esas señoras no fueran tan mojigatas ---dijo---. Hay algunas mamis bien buenas. ¿Te conté que me ponen las rubias?

---Cállate, idiota ---ordenó Jo enseguida.

Irving se veía enfadado, incluso resoplaba, como conteniéndose. Y estaba así con justa razón. En la escuela conocí a la mayoría de señoras del pueblo, y solo la mamá de Irving era rubia.

---Como sea, yo quiero hacer pipí ---dijo Cornelio.

Se levantó y fue a la ventana. La abrió dejando entrar la pálida luz de la luna y las estrellas, así como a la fría brisa nocturna. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar. Nomás terminó, cerró la ventana y volvió a su lugar.

---Casi no me la encuentro, ya hace fresco ---dijo, y se envolvió con su cobija. Luego tomó otra galleta.

---Qué asco ---dijo Jo.

---¿Qué? ---dijo Cornelio y tomó otra galleta.

---Tus manos están sucias ---apuntó Irving.

---No más que tu trasero, y no ves a nadie quejándose.

» Además, hoy venía con la intención de tocar muchas cosas sucias, así que esto no es nada. Y si ya no quieren galletas, mejor para mí. Serán todas mías.

Me levanté de mi lugar y fui al baúl para tomar uno de los botes de gel desinfectante. Luego me acerqué a Cornelio para dárselo. Alzó la cabeza para verme al rostro. Su expresión ya no era dura y sarcástica, sino vulnerable.

---Ten ---le dije.



Tomó el bote de mi mano, luego se desplazó un poco hacia atrás, como alejándose de mí.

---Yo te respeto, ¿sabes? Me gustaría saber si tú me respetas.

No respondió, solo volvió a adoptar esa expresión rígida. Así que al ver que no diría nada volví a mi lugar y me envolví en mis cobijas.

---Bueno, ya ---dijo Cornelio enseguida---. ¿Van a contar algo? Sino para dormirme.

Nadie respondió.

---Ya me lo imaginaba. Pero descuiden, salvaré la noche. Así que escuchen.

»La verdad esta historia no tiene nombre, pero si lo tuviera sería "Lilith".

»Todo mundo sabe que llega ese momento en la vida de todo hombre en que se siente con la necesidad de deshacerse de toda esa energía acumulada. Acumulada en las pelotas, para ser más explícito. Eso le pasó a nuestro protagonista. Su nombre era Toño. Por ser un nombre común, no te me emociones Irving, no eres tú. Como sea.

»Toño tenía dieciséis años, y nunca en su vida se la había jalado. ¿Por qué? No lo sé. Falta de tiempo, falta de interés, por ser un maricota. Motivos más, motivos menos. La cosa es que siempre estaba de mal humor y todo frustrado, por obvias razones.

»Pero una noche se dio cuenta de que había alguien en su habitación. Al encender la luz de su mesita vio a una mujer hermosa, una diosa de enormes senos y caderas prominentes.

»Al sentirse expuesta la diosa comenzó a tocarse, como invitando a ser tocada. En ese momento el Toño, quizás no tan maricota, se puso ganoso.

»La diosa hizo lo que quiso con él, como si fuera un muñeco de trapo, hasta extraerle la última gota de "frustración". Cosa rara que la familia no se diera cuenta de tanto escándalo. Esa noche se vencieron varios de los muelles

del colchón. Tal vez pensaron que el Toño recién descubría eso del autoerotismo y dijeron: "Ya era hora", y lo dejaron ser. Como sea.

»El Toño se durmió bien pronto por lo cansado que lo dejaron. Ese día hasta estuvo menos gata rabiosa que de costumbre. Incluso sonreía más.

»A la noche todo volvió a repetirse. Para la tercera noche, el Toño bien cachondo, hasta esperó a la diosa en pelotas. Y así pasó por varias noches. Era tanto, que su padre se vio en la penosa necesidad de hablar con él y decirle que intentara ser menos intenso. Como sea. El Toño y su diosa de todos modos siguieron duro y dale. Y la familia nomás tuvo que aguantarse.

»Pasadas las semanas la gente que rodeaba al Toño se daba cuenta de que se veía enfermo. Su padre aseguraba que era por culpa de esa adicción. Que un poco estaba bien, pero que el Toño ya se había pasado de la raya. Y vergüenza les daba hablar con alguien de ese problema. Aunque ya todos los vecinos se daban una idea. El Toño se veía más flaco y pálido, más como sin fuerzas.

»Y siguió y siguió, pues el mismo ya se había dado cuenta que no podía detenerse, hasta que una mañana lo encontraron muerto sobre su cama.

»Fin.

## 2.



NOS QUEDAMOS en silencio cuando terminó de contar. Era un cuento raro. Seguro que cada quien intentaba asimilarlo a su manera.

---¿Esa es tu historia, idiota? ---dijo Jo.

---No dio miedo ---dijo Irving.

---Es más porno que de miedo ---dije.

Cornelio se me quedó viendo, entrecerrando los ojos y con los labios apretados. ---A ver si un día de estos te coge un demonio, a ver si no te da miedo.

No dije nada más. Me quedé en silencio asimilando aquellas palabras. Pensándolo bien, si un ser sobre natural, como un demonio, se metiera en mi cama y me hiciera esas cosas, sí que me daría miedo.

Estaba en mis meditaciones cuando Jo se inclinó sobre su hermano y le dijo algo al oído.

---¿Qué? Ahí tienes la ventana ---dijo él.

Jo puso una cara graciosa. Quizás esa era su cara de mucho enfado, pero no por eso dejaba de verse graciosa. Infló sus mejillas, frunció los labios y cruzó los brazos. ---Sabes que yo no puedo hacer eso.

Cornelio volteó a verla y sonrió como el gato de la película. ---Eres niña, pues. Se supone que son más listas que nosotros y así. Ingéniate, seguro que averiguas como.

Jo se encogió de hombros, puso cara de angustia y dejó caer las manos sobre su regazo. Después estiró el brazo derecho y jaló la manga de la chaqueta de su hermano. ---Por favor, llévame, ya no aguanto.

Cornelio cambió su expresión por un momento, volvió a verse vulnerable, pero enseguida desvió los ojos a donde estaba yo. Un movimiento rápido. No

solo rompió el trance en el que lo puso su hermana, además advirtió que yo los miraba tan fijamente. A diferencia de Irving que estaba más ocupado con el chocolate de su termo y el pan que le dio su mamá.

---Dile a Rúbe. Se ve que le gustas mucho. Él si te acompaña.

Jo volteó a verme y se sonrojó. Eso hizo que se enfadara más y le diera algunos golpes a su hermano en el hombro.

---No, llévame tú, dijiste que me cuidarías.

Cornelio suspiró, después puso los ojos en blanco. ---Ya, pues. Vamos. Pero que sea rápido.

Jo se levantó y fue a la trampa. Abrió la puerta y salió.

Cornelio igual se levantó y salió después de ella. ---A que no extrañan esto por un rato ---dijo, y se llevó la lámpara de queroseno.

La inminente pérdida de la luz alertó a Irving, incluso se atragantó con su chocolate. Tosió un par de veces antes de poder hablar.

---Oye, espera, ¿a dónde van? ---dijo algo confundido. obviamente no puso atención a nada de lo que pasó.

Cornelio se asomó y nos iluminó con la luz de la lámpara. ---La princesa quiere hacer pipí.

---¡Cállate, idiota! ---Gritó Jo desde abajo.

La oscuridad nos envolvió por completo en el momento en que Cornelio volvió a salir con la lámpara. Vimos esa luz que recortaba el cuadrado de la puerta, y luego vimos como desaparecía conforme la puerta se cerraba.

Tan pronto la oscuridad se hizo absoluta se escuchó el escándalo de la chaqueta de Irving. Eran movimientos desesperados. Apenas pude reprimir un grito cuando lo sentía a mi lado, sentado cerca. Su codo se clavaba en mis costillas, así como su rodilla se clavaba en mi pierna.

---Tienes miedo ---dije.

Tomó una de mis cobijas, la de la capa superior de mi envoltorio, y se

metió dentro.

---No me gusta la oscuridad, y no creo que haya sido buena idea quedarnos acá ---dijo---. Además, él no me cae bien.

---¿Quién? ¿Cornelio?

---Siempre me está molestando. Desde que entré a la escuela, creo. Y no me gustó su historia. Sé que le puso mi nombre sólo para fastidiarme.

Lo empujé con el hombro para que se riera. ---No seas gallina---. Y de alguna forma surtió efecto, pues se rio.

---Lo siento.

---No te disculpes ---dije---. Y no te lo tomes tan a pecho. Seguro lo que busca es atención. Creo que le hacen falta amigos, ¿sabes? Tal vez lo que quiere es que seas su amigo.

---No lo sé, no me gustan las cosas que me dice.

Pasados cinco minutos volvieron. Cornelio fue el primero en entrar con la lámpara de queroseno por delante.

---Uy... si querían privacidad sólo tenían que decirlo ---dijo al vernos.

Irving estaba a un lado de mí, quizás demasiado cerca. Y, por supuesto, se había metido bajo una de mis cobijas.

---Tenía miedo, te llevaste la lámpara ---dijo Irving.

Cornelio colocó la lámpara en su lugar, se sentó en su sitio y se envolvió con su cobija. No nos quitaba la vista de encima, con esa cara de gato receloso, como si no terminara de creer las palabras de Irving. ---Claro --- dijo con sarcasmo---. Tal vez esté sintiendo un poco de miedo en este momento y ocupe un poco de contacto humano.

---¿Huelen eso? ---dijo Jo al sentarse en su lugar.

Cornelio volvió a su cara de fastidio y volteó a donde su hermana.

---Yo no fui, a mí no me mires ---dijo---. Además, ya sabes que yo los presumo. Habría sido ruidoso y lo habría anunciado desde antes.

---No, idiota. Eso no. Es como... ---cerró los ojos y aspiró---, esencia de rosas.

---Entonces definitivamente no fui yo. Los míos para nada que huelen a rosas.

Irving también se puso a olfatear. Su nariz se movía de forma chistosa, como la nariz de un conejito. ---Yo no huelo nada.

Hice lo mismo. Aspiré el aire con lentitud, como tratando de percibir algo más allá del aroma del chocolate, las golosinas y la penetrante esencia de los pinos. ---Ni yo.

El sobresalto fue brutal. Esta vez sí grité con todas mis fuerzas, el grito más agudo que jamás hubiera salido de mi garganta. Y no fui el único. Irving y Jo también gritaron, un grito no tan diferente al mío. Cornelio por su parte solo se aferró a su hermana. A juzgar por las arrugas en las cobijas diría que con todas sus fuerzas.

---¿Qué está pasando? ---dije, alzando la voz tanto como pude.

Nadie me dio respuesta. El ruido era estridente. Obviamente se trataba del repiqueteo de la campana de la iglesia. Pero, ¿por qué hacerla sonar a esta hora? ¿Era una costumbre del pueblo?

De un momento a otro la pálida y débil luz que entraba por los resquicios de las ventanas se tornó rosácea. A intervalos brillaba con mayor intensidad. Jugeteaba con nuestras sombras, proyectando formas terroríficas por aquí y por allá. Las sombras se alargaban y se acortaban con cada parpadeo. Lo que sea que brillara afuera lo hacía con más intensidad que la lámpara de queroseno.

---Ya huelo las rosas ---dijo Irving.

---Y yo ---dije en seguida.

Cornelio no soltaba a su hermana. Se aferraba con fuerzas a ella. Como un niño pequeño y asustado se aferraría a las piernas de su mamá. Lo sé porque

yo lo hice una vez, cuando me llevaron al circo y no me gustaron los payasos. Entonces tenía unos tres o cuatro años.

Me levanté y abrí la ventana. El pueblo entero tenía esa extraña luminiscencia rosada, como el brillo de las luciérnagas, sólo que de este otro color. Hasta el bosque a nuestro alrededor brillaba. De hecho, era difícil distinguir donde empezaba y donde terminaba. Una densa neblina rosa cubría el suelo; el brillo provenía de ella.

---¿Eso es normal? ---pregunté.

---No lo creo ---dijo mi amigo, y se aferró a mi brazo.

Intenté mantenerme firme, aunque no lo conseguí por mucho tiempo. Me espanté al ver como Jo se convulsionaba. Luego de ver mejor me di cuenta de que solo estornudaba, aunque de forma violenta.

---Cierra la ventana, no soporto ese olor ---alcanzó a decir.

Me solté a como pude de los brazos de Irving y corrí a cerrar la ventana. Eso aminoró por mucho la intensidad del perfume de rosas. Después me senté a un lado de Jo y su hermano. Irving igual se sentó a mi lado y volvió a aferrarse a mi brazo. En cuanto a Cornelio no dudo en aferrarse de mi otro brazo. Se veía tan asustado y vulnerable.

---No soporta el ruido ---dijo Jo---. Les tiene fobia a los ruidos fuertes.

La campana de la iglesia siguió sonando. Repiqueteos estridentes, como taladros perforándome la cabeza. Yo no temía a los ruidos fuertes, pero vaya si ese ruido me incomodaba. Lo único que quería era que se detuviera. No me imaginaba lo que debía pasar por la mente de Cornelio.

---Todo va a estar bien ---le dije.

No pareció escucharme. Seguro llegaba a sus propios límites. Se soltó de su hermana y de mí, se tapó los oídos con las manos y hundió la cabeza entre sus rodillas. No se me ocurrió mejor idea que abrazarlo. Me deshice de Irving y pasé mis brazos alrededor de Cornelio. Temblaba y balbuceaba cosas

ininteligibles. Al verlo su hermana también lo abrazó, y empezó a mecerlo para tranquilizarlo.

---¿Qué vamos a hacer? ---pregunté.

Irving se levantó de mi lado y fue a la trampa. La abrió y echó un vistazo abajo. Enseguida la cerró. ---Te diré que no haremos. Salir de aquí.

»No sabemos si esa cosa es tóxica. De hecho, puede que para mañana seamos los únicos sobrevivientes de todo el pueblo.

---¿De qué hablas? ---dije.

---La altura de esta casa nos protege, pero resto del pueblo está sumergido en la neblina, respirando esa cosa, sea lo que sea.

Jo lloró, sollozaba con pequeños espasmos, como con hipo. Abrazaba a su hermano, ya no con la intención de tranquilizarlo a él sino con la intención de tranquilizarse a sí misma. Al menos así lo parecía considerando la expresión de su rostro.

La campana siguió sonando, sin dar tregua. Cornelio siguió sumido en una especie de ataque de pánico. Jo continuó llorando, de forma inconsolable. Y mi amigo, envuelto en la más taimada de las indiferencias, no encontró otra cosa que hacer más que aislarse en un rincón con los ojos cerrados y los brazos cruzados.

Me sentía perdido, y solo. Para cuando acordé ya estaba llorando. No quería que mi papá se muriera. Era lo único que me quedaba.



### 3.



DESPERTÉ CON un fuerte dolor de cabeza. No me decidía si era por el escándalo de la campana de la iglesia o si era por el penetrante perfume de rosas. Ambas cosas quedaban en mi memoria como vagas reminiscencias. Como si fueran parte de un mal sueño, o como algo lejano en el tiempo. Obviamente nos quedamos dormidos; o bien, en algún momento perdimos el conocimiento.

Noté que me sentía abrigado. Abrí los ojos despacio. Nos envolvía la suave penumbra de la casa club. La vista no tardó en adaptarse a la débil luz de la lámpara de queroseno. Se quedó encendida toda la noche, por eso su flama ahora era pequeña y azulada.

Ahí estaba la fuente de calor. A un lado tenía a Jo abrazándome. Respiraba con suavidad, como el ronroneo de un gato. Su cabeza se apoyaba sobre mi brazo derecho, y algunos mechones de su cabello me cruzaban la cara. A mi izquierda estaba Cornelio. Algo le molestaba entre sueños, así que de pronto me apretó con más fuerza. Su cabeza se encontraba más bien hundida debajo de mi brazo; al parecer fue el lugar para ocultarse más cercano que encontró.

---Ya amaneció ---dije. Quería liberarme de aquel incómodo abrazo.

El segundo en despertar fue Irving. Detuvo sus ronquidos y lanzó un gran bostezo. Al descubrir que durmió acurrucado muy cerca de Cornelio gritó y se alejó arrastrándose por el suelo de la casa. El grito despertó a los otros dos.

---Jo, me duele mucho ---dijo Cornelio, hundiendo aún más su rostro en mi axila y abrazándome con mayor fuerza. Traté de moverme, pero fue imposible.

Jo sonrió al escuchar a su hermano. Debió pensar que era a él a quien abrazaba, pues me dio un par de palmadas en el pecho, como intentando tranquilizarme. Abrió los ojos sin borrar su sonrisa; al menos hasta que me

vio. Se sobresaltó de forma cómica, al tiempo que se sonrojó. Yo también debía estar sonrojado, como un tomate. «Lo siento», se disculpó. O algo así, nunca fui bueno leyendo los labios. Y es que sólo movió los labios, sin emitir sonido. Después se incorporó.

---Jo, me duele ---insistió Cornelio.

Ya sin Jo recuperé algo de mi movilidad. Tomé el brazo de Cornelio e intenté apartarlo.

---Sabes que no me estás abrazando a mí, ¿verdad? ---dijo Jo.

Cornelio levantó la cabeza, aún somnoliento. Sus ojos y su boca se abrieron mucho. Empalideció, como si la sangre de su rostro lo abandonara. Profirió un sonido extraño, casi gutural, luego se incorporó asustado. Parecía un niño pequeño haciendo un berrinche. Limpiaba su rostro con ambas manos, como un obseso, como si lo cubriera algo desagradable.

---Ya, detente ---dijo Jo al verlo---. Haces el ridículo.

Irving recolectaba las sobras de la comida. Algunas galletas, algunas piezas de pan, el chocolate que sobrevivía en termos. Todo lo levantaba y lo guardaba en el baúl. ---¿Soy sólo yo? El perfume me dejó una jaqueca horrible ---dijo. Su voz sí que mostraba fastidio.

Jo también se veía mal. Apretaba sus sienes con los dedos y cerraba los ojos con fuerza. Se tambaleó un par de veces y luego se sentó en una esquina.

---¿Estás bien? ---le preguntó Cornelio.

Se acercó a ella, le levantó el rostro con ambas manos, la examinó por unos segundos y le dio un beso en la frente.

---Trata de no moverte tanto.

---Sí ---confirmó ella.

Me sentí un poco raro por verlos tan fijamente, así que me puse a ayudarle a Irving con su tarea de recolección y clasificación de sobras.

---A mí también me duele la cabeza. Creo que lo mismo nos pasa a todos -

--dije.

---Sí ---dijo Jo---. Siento como si me hubieran dado un golpe muy fuerte.

Cornelio dedicó un último vistazo al rostro de su hermana y entonces se levantó. La mueca que hacía daba buena cuenta del dolor que debía estar soportando. Se acomodó el pantalón y la chaqueta. Incluso pretendió peinarse.

---Tengo sed y hambre. Y quiero ir al baño ---dijo, y se limpió la cara por última vez.

Irving se acercó a la ventana. Tan pronto la abrió entró aquel empalagoso perfume. Era menos denso, o tal vez ya nos habíamos acostumbrado.

---Tendrás que aguantarte ---dijo mi amigo---, no creo que sea seguro bajar.

Me acerqué para ver por la ventana. La neblina seguía ahí.

---¿Qué hacemos? ---dije.

Irving volvió a su trabajo de recolección y acomodo. Organizar e inventariar, mejor dicho. Para ese momento todos los sobrantes ya estaban en el baúl.

---No podemos bajar ---dijo---. Esa cosa debe ser tóxica, o cuando menos somnífera.

---¿Cómo lo sabes? ---Preguntó Cornelio. Su mal humor era tan denso como la neblina.

Irving terminó de organizar las provisiones en el baúl, lo cerró y se sentó sobre él.

---Según mi reloj son casi las diez de la mañana. Así que, o todos tenemos el sueño pesado, o algo nos mantuvo dormidos por todo este tiempo ---dijo---. Además, si allá abajo hubiera alguien vivo o despierto, ya habrían venido a buscarnos. Al menos mi papá lo habría hecho.

Jo cerró la ventana. La azotó con fuerza, quizá para hacerse notar. Luego regresó a su esquina. ---Cállate ---dijo.

Su rostro paso del enojo a un puchero, después se transformó en llanto. Apoyó los codos sobre las rodillas y hundió el rostro entre sus manos. Sollozaba inconsolable, llorando tanto que las lágrimas se le escapaban de las manos.

---Imbécil. Hiciste llorar a mi hermana ---dijo Cornelio.

Se acercó a Irving y lo alzó del cuello de la chaqueta, tan alto como pudo. Las costuras crujieron por el peso. Así que lo soltó y se fue a donde su hermana. Mi amigo cayó al suelo, pesado como era, y se golpeó el codo en el filo del baúl. Yo habría llorado con un golpe así, sobre todo con este frío. Pero él apenas hizo una mueca de disgusto.

---Irving tiene razón ---dijo Jo entre sollozos---. Todos deben estar muertos. Papá, mamá, Pino; todos están muertos.

Cornelio se inclinó de cuclillas para estar a su altura. Le tomó las manos y le descubrió el rostro. No dijo nada. Tal vez no tenía nada que decirle.

---No lo sabemos ---repuse enseguida---. Si a nosotros que estábamos tan lejos nos hizo dormir tanto, a los demás que están ahí abajo debe tenerlos dormidos todavía.

Quería crearme mis palabras. Quería creer que todos dormían y no que estaban muertos. Quería creer que papá no estaba muerto.

Irving se levantó del suelo sobándose el codo lastimado. Acomodó su chaqueta e hizo crujir los nudillos al apretar los puños.

---Todos nuestros recursos ya están guardados--- dijo, apretando los dientes---. Tenemos que racionarlos, no sabemos por cuanto tiempo estaremos acá arriba.

Cornelio se irguió dejando a su hermana en el rincón y se acercó a Irving en actitud amenazante. ---¿Quién te nombró líder como para que decidas lo que haremos? ---dijo.

Mi amigo no reaccionó. No hubo tiempo. Las campanas sonaron de nuevo.

Cornelio entró en pánico y se aferró a lo primero que encontró, en este caso a Irving, pero mi amigo lo destrabó de sí con violencia y lo arrojó al suelo como si fuese un saco de arena.

Jo se levantó y fue a donde su hermano para atenderlo.

---¿Por qué hiciste eso?, tiene miedo ---dije a Irving. No lo reconocía. Fue una acción cruel.

---Es su problema ---dijo, y se fue a un rincón para ver su reloj y contar con los dedos.

Jo abrazaba a Cornelio, con fuerza y firmeza. Lo mecía al ritmo que marcaba la campana. Cornelio permanecía achicado en el suelo. Se tapaba los oídos con las manos, aun con las piernas, con la cabeza entre las rodillas. Lloraba profusamente y balbuceaba palabras incomprensibles.

---Todo va a estar bien ---le dije, y lo abracé también.

La verdad es que ni yo mismo estaba seguro de esas palabras. Aunque quería creerlas, con todas mis fuerzas. Estaba tan asustado que me limité a mecirme al ritmo que marcaba Jo, al ritmo que marcaba la campana. Era más fácil dejarse llevar.

---No creo que soporte tanto ---dijo Jo.

El sonido de su voz ---entre cortada---, y la forma en que sorbía por la nariz cada dos por tres, terminó de conmoverme, así que lloré.

Pasado un tiempo que se me hizo eterno la campana se detuvo. Cornelio tardó un poco en tranquilizarse. Tan pronto recobró el control de sí mismo me susurró un "gracias" apenas audible.

---Duró cinco minutos ---dijo Irving---. De diez a diez con cinco. Probablemente se repita de nuevo a las once. Es sólo una teoría. Pero estoy seguro de que pasará.

Jo soltó a su hermano y se levantó. Aun moqueaba, por el llanto, pero se veía serena.

---Al menos sabemos que en el pueblo hay alguien más que está despierto --dijo.

Cornelio se soltó de mí y se irguió. Otra vez acomodó su pantalón y su chaqueta. Aunque no le importó quedarse despeinado.

---Está pidiendo ayuda ---dijo.

Irving se quedó pensativo y empezó a repasar con los dedos sus conteos, --Es obvio que intenta llamar la atención con semejante escándalo ---dijo.

---Es una llamada de auxilio. Un "SOS" en clave morse ---repuso Cornelio.

Irving se levantó del rincón donde estaba. Caminó a la ventana que daba a la iglesia y la abrió para ver la torre de la campana. A esta distancia se veía como una estaca apuntando al cielo.

---¿Cómo lo sabes? ---preguntó.

---Cuando Jo me estaba meciendo marcó el ritmo de la campana. "SOS", "SOS", "SOS". Se repetía cada diez segundos ---dijo Cornelio---. Tú deberías saberlo, tu papá es policía.

Al oírlo Irving volvió a repasar sus conteos. Fue extendiendo cada uno de los dedos de su mano derecha hasta llegar a cinco. Al instante sus ojos se abrieron, como si notara algo que antes pasara por alto. Luego se puso serio y cerró la ventana de golpe.

---Pues eso nos deja peor ---dijo---. Estimamos que cada hora suene la campana. Si eso pasa significa que no hay nadie que pueda ayudarnos.

»Nos consta que esta no es la primera vez que suena. Y si sigue insistiendo es porque nadie ha venido. Además, a diferencia de él que tiene una campana, nosotros no tenemos nada con qué llamar la atención.

»Lo bueno es que nosotros tenemos un poco de comida y agua. Es probable que el del campanario no tenga nada.

No podía ver a nadie con claridad. Hacía rato que la lámpara se apagó.

Pero era obvio que todos estábamos asustados.

---Debe haber algo que podamos hacer ---dije.

---Irving tiene razón ---reconoció Cornelio---. Esa campana debe escucharse a poco menos de tres kilómetros a la redonda. Y sabemos que esta no es la primera vez que suena. Si alguien tuviera la intención de salvarnos, ya habría venido.

Hacernos conscientes de eso nos dejó a todos sin palabras.

Para eso de las diez cuarenta decidimos comer algo. Irving tomó uno de los panes y lo partió en cuatro. Un trozo para cada quien. Además, me dio una botella de un litro de agua que se supone debía hacer durar todo este día y el día de mañana. Sólo pensarlo hizo que me diera más sed y más hambre. Pero a la luz de los nuevos descubrimientos ninguno nos quejamos del racionamiento de Irving. Parecía tener mucho sentido.

Hacer pipí fue complicado. Yo no era tan alto como Cornelio así que no alcanzaba la ventana por más que me parara de puntillas. Tuve que tomar uno de los bancos y treparme encima. Me encontraba cohibido por tener que hacerlo frente a todos. Tuvieron que prometerme que voltearían a otra parte. Y aun así tardé mucho en lograr que todo saliera. Aborrecía esa sensación tan desesperante de querer orinar y no poder hacerlo. Pero bueno, al menos para mí no fue tan difícil como para Jo. Claro que de eso no me enteré pues Cornelio no se conformó con que nos volteáramos, además nos cubrió la cabeza con la manta y nos rodeó el cuello, a Irving con su brazo izquierdo y a mí con su brazo derecho, para que ninguno pudiera voltear por nada en el mundo.

Como Irving previó, la campana sonó durante cinco minutos cada hora. Aquellos ratos fueron los peores. Aparte del miedo, el hambre y la sed, tenía que soportar el estridente repiqueteo de la campana. Lo bueno entre lo malo era que resultaba una suerte que aquello no me causara ninguna fobia. Y sé que

suenan mal y quizás un poco egoísta, pero el tratar de calmar a Cornelio cada que sonaba la campana me ayudaba a calmarme a mí mismo. Me hacía sentir que tenía la responsabilidad de conservar la calma.

---Has estado callado ---le dije a mi amigo.

El sol empezaba a ponerse y ya era momento de encender la lámpara. Irving hurgaba en el baúl en busca de más combustible.

---No quiero molestarte. Estás ocupado con tu amigo ---dijo.

Me le quedé viendo largo rato. Sacó la lata de combustible y llenó el contenedor de la lámpara. La encendió y la colocó al centro de la casa. No dejaba de morderse el labio inferior.

---¿Estás celoso? ---pregunté.

---Claro que no ---dijo, y se fue otra vez a su rincón.

Sí estaba celoso. Yo conocía bien los celos. Los vi actuar muchas veces. Mis primos a veces se ponían celosos cuando le hacía más caso a uno y al otro no. Mi tía me dijo que eso eran celos.

Fui a donde Irving y me senté a su lado.

---Tú eres mi amigo ---le aseguré.

---Eso está bien ---dijo.

Irving no apartaba la vista de Jo y de Cornelio. Ambos estaban en la otra esquina, acurrucados y dormidos. Debía ser desgastante enfrentarte a tus temores de forma sistemática y sin tregua.

---No debiste invitarlos. Yo nunca le he caído bien ---dijo---. Ya era suficiente con aguantar sus insultos en la escuela. ¿Por qué tengo que soportarlo en mi propia casa?

---Ya no te ha insultado ---señalé.

Irving volteó a verme enfadado.

---Porque no puede ---recalcó---. En lo que a mí respecta, lo que sea que le pase se lo tiene bien merecido.



---Yo no puedo pensar igual que tú ---le dije---. Yo no soy tan frío.

Me levanté para tomar algunas mantas y luego volví a donde Irving. Le di una para que se cobijara. Yo me cubrí con las otras dos mantas pues la temperatura ya estaba bajando y eso me calaba. Me recosté en el suelo a un lado de él y me quedé dormido.

Me despertó el sonido de la campana. La luminosidad del día bañaba la casa club desde la ventana. Jo y Cornelio también despertaron con el ruido. A pesar de la constancia, Cornelio seguía reaccionando igual.

Irving cerró la ventana hundiéndonos de nuevo en la oscuridad.

---Son las diez, volvió a sonar a la misma hora de ayer ---dijo.

La mañana era fría. Le di dos tragos al agua de mi botella; me quedaba poco más de medio litro. Estaba tan helada que sólo conseguía darme más frío.

Mi comida del día fueron dos galletas. El estómago me gruñía y me dolía por él hambre. Me senté en un rincón y comí mis galletas en silencio. Tenía tanto miedo. No pude evitar pensar en papá, en que quizás estaba muerto. No, en que seguramente estaba muerto. Me cubrí con mis mantas hasta la cabeza y me puse a llorar. No podía recordar cuales habían sido las últimas palabras que intercambié con él. Eso me ponía más triste. Lo que si recordaba era la última vez que lo había abrazado. Fue la primera noche en que llegamos a este horrible lugar.

---Ya no soporto más ---dijo Cornelio poco después de los cinco minutos de la campana de las doce---. Tengo mucha hambre, mucha sed y hartas ganas de ir al retrete. No creo que me haga bien que me aguante. Y seguro que a ustedes tampoco.

Salí de debajo de mis cobijas para ver qué pasaba. El sol calentaba un poco así que ya no hacía tanto frío. Dentro de la casa todo era oscuridad, pues decidimos que no encenderíamos la lámpara durante el día.

Jo abrió la ventana que estaba junto a ella. La casa se iluminó con la luz

del día. Entraban ráfagas de viento helado, pero prefería el frío a la oscuridad. El rostro de todos se veía cansado y asustado. Quizás se acentuaba más por la penumbra propia de aquel lugar enclaustrado.

---Voy a bajar ---dijo Cornelio y abrió la trampa.

Jo corrió a donde su hermano y se aferró a su brazo.

---No me dejes ---dijo.

Cornelio destrabó los brazos de su hermana. Ella lo soltó sin oponer resistencia y lloró.

---Vamos a morir aquí arriba, ¿no lo ves? ---dijo a su hermana---. Si tengo que elegir entre morir lentamente acá arriba o morir rápido allá abajo, prefiero abajo.

Jo cruzó los brazos para abrazarse a sí misma. Su rostro de pronto era inexpresivo, tal vez estuviera sopesando la declaración de Cornelio. Yo mismo estaba pensando en eso. En verdad me sentía fatal. Con hambre, frío y sed. Y con ese agudo dolor en el abdomen por aguantarme las ganas de ir al baño. Si iba a morir acá arriba sufriendo todo eso, mejor era descender y acabar más rápido.

---Ven conmigo ---dijo Cornelio.

Jo asintió dos veces con la cabeza, rápido. Y ambos bajaron.

Irving se levantó de su rincón y cerró la ventana. Luego volvió a su sitio.

---¿No vas con ellos? ---preguntó.

Su rostro se dibujaba enojado, apenas iluminado por la tenue luz que entraba por la trampa. Pero cambió al verme. Yo no pude evitar llorar. No sabía cómo es que él podía estar tan tranquilo ante esa situación. Estábamos solos en el pueblo, y nuestros amigos habían preferido bajar y sufrir el mismo destino que los demás.

---¿Sabes que si bajan quizás mueran? ---dije entre sollozos.

---Lo sé, pero yo no puedo hacer nada ---repuso.

Su rostro se veía afligido, pero, o era demasiado fuerte como para resistir el impulso de llorar, o era demasiado necio como para seguir enojado.

---No quiero estar aquí. Tengo miedo ---le dije---. Pero no voy a dejarte solo.

Mis palabras se quedaron en el aire, como si les fuera imposible terminar de aterrizar. El rostro de Irving de pronto se veía indeciso, quizá ignorando la reacción que debía tener. Y la verdad no lo culpaba. Debía estar acostumbrado a pasar cualquier cosa en soledad.

Nos quedamos en silencio por casi cinco minutos. Mi amigo era incapaz de sostenerme la mirada. No lloraba, ni daba señas de sentir pesar, miedo o remordimiento. A lo sumo se veía un poco incómodo. Gateé hasta él y lo abracé. No correspondió al abrazo y no lloró conmigo. Era como abrazar a un tronco.

---No hagas eso ---dijo al apartarme---. Abrazas mucho, y es molesto.

---¿No tienes miedo? ---pregunté. Ya no lloraba, seguro que herido en mi ego por las palabras de Irving.

---Claro que tengo miedo ---dijo---. Pero llorar no arregla nada. Usar la cabeza sí.

Pasaron cinco minutos más, tiempo que me sirvió para serenarme por completo.

#### 4.



LA TRAMPILLA se abrió revelando a aquel par de ojos gatunos.

---No están haciendo algo sucio, ¿o sí? ---dijo Cornelio. Se asomaba por una rendija.

Me acerqué a gatas, lo más rápido que pude.

---Estás vivo ---dije feliz, y tomé la puerta de la trampilla para abrirla por completo.

---Ya, pues, sí ---dijo con los ojos abiertos al verme tan cerca.

---No voy a tocarte la cara, lo prometo.

Cornelio volvió a achinar los ojos con recelo.

---Deberían bajar para que vean esto ---dijo.

Volteé sonriente a donde mi amigo. Me sentía feliz. Cornelio estaba bien, lo que aumentaba la esperanza que los demás del pueblo estuvieran bien, que papá estuviera bien.

---Vamos, hay que bajar ---dije emocionado.

Irving hizo un intento de sonrisa. Se irguió y caminó hasta la trampilla. Le di oportunidad de que bajara el primero. Titubeó, pero finalmente empezó el descenso. Yo le seguí.

Bajé cada peldaño despacio. Sentía un extraño cosquilleo en el vientre. Ya abajo descubrí que la sensación no tenía nada que ver con la emoción. Tan pronto pisé el suelo el hormigueo en mi vientre se hizo más intenso y al poco tiempo volví el estómago. El vómito apenas tenía consistencia, pues sólo contaba con algunos restos de galleta y algunos tragos de agua.

En cuanto a la neblina rosa, seguía densa, pero concentrada al ras del suelo, con una altura de unos cinco centímetros. A simple vista parecía una gruesa alfombra, hasta que la pisabas y tus pies la atravesaban sin esfuerzo.

---No es tóxica ---dijo Irving al ver a su alrededor.

---No lo sé, pues ---dijo Cornelio---. Pero sí que hace algo.

Al escucharlo caí en cuenta de que no estaba Jo. Me erguí por completo y limpié los restos de vómito que me quedaban en los labios. Recorrí el perímetro con la mirada y la vi, sentada en el suelo, con la espalda recargada en el tronco de un pino. Sus ojos permanecían cerrados y sin movimiento, ella misma permanecía quieta, no daba la impresión de que respirara. Sin perder tiempo corrí a donde ella y me arrodillé a su lado.

---¿Estás bien? ---le dije, y tomé su mano entre las mías.

Cornelio no tardó en acercarse, y de inmediato me arrebató la mano de su hermana. ---Oye... ¿desde cuándo tanta confianza?

---Estoy bien ---dijo Jo en un murmullo---. Es sólo que este olor me marea.

Cornelio ayudó a su hermana a levantarse, entonces se puso de cuclillas frente a ella y le pidió que se trepara a su espalda. La cargó con mucha facilidad, como si no pesara.

---¿Qué vamos a hacer? ---preguntó Irving. Se acercaba a pasos cortos, como recortando la neblina con sus pies.

---Ir a tu casa, ¿qué más? ---repuso Cornelio---. Tu casa es la única de dos pisos en todo el pueblo. Lo que viene bien, pues no creo que debamos estar mucho tiempo entre la neblina.

Irving se puso a ver a su alrededor de nuevo. Esta vez no parecía estar analizando la neblina, sino tratando de ver más allá de ella. Y si veía lo mismo que yo, eso era un interminable bosque.

---La verdad no sé en qué dirección queda mi casa ---reconoció.

---No me jodas Irving. La choza en el árbol es tuya, deberías saber cómo ir y venir ---dijo Cornelio molesto.

---Todo el bosque es igual ---replicó Irving. Y era verdad. A mí también me lo parecía, todo el bosque era igual.

Jamás he sido el más brillante, pero la respuesta no tardó en aparecérseme. Tan pronto recibí la iluminación me quité la chaqueta y se la di a Irving para que me la cuidara. Luego me quité el suéter, de modo que me quedé sólo con mi camiseta interior y mi camisa de franela. Bueno, la camisa de franela del nieto de doña Inés. Vaya si hacía frío. Se me ponía la piel de gallina con el mínimo soplo. De inmediato pedí mi chaqueta a Irving y me envolví en su calor.

---¿Qué haces? ---quiso saber Cornelio.

Decidí mostrárselo en lugar de hablar. Extendí el suéter y empecé a agitarlo para abanicar el suelo. Con eso la neblina se alejó lo suficiente para ver la superficie. Cierto que tan pronto me detenía la neblina volvía a cerrarse, pero el poco tiempo de claridad era suficiente para localizar las piedras pintadas y así identificar el camino de vuelta a la casa de mi amigo.

---Qué listo ---dijo Irving.

Sonreí por el cumplido. Así avanzamos el largo trecho que nos separaba del pueblo. Sólo hasta entonces reparé en lo lejos que estábamos. O a lo mejor solo era la sed, el hambre y el cansancio. Como sea, me alegré mucho al ver la casa de mi amigo poco más allá del límite del bosque. Era incapaz de seguir abanicando, los brazos me ardían; incluso una gota de sudor se asomó por mi frente, con todo y frío.

---Bien hecho Rúbe ---dijo Cornelio al ver la casa, y me dio una palmada en el hombro.

Volví a sonreír, y al verme, Jo me devolvió la sonrisa. Seguro que me sonrojé porque luego rio. Pero es que su sonrisa era la misma que me obsequió la mañana en que despertó abrazada de mí; y al recordarlo sentí algo extraño en la boca del estómago, algo que me hizo sentir un poco incómodo, y, sin embargo, me hizo sentir bien. Seguro era por el hambre, ya debía fallarme el cerebro por falta de azúcar.

---La puerta está abierta ---dijo mi amigo.

Entramos a la casa y mi amigo cerró la puerta a su paso. Cornelio se llevó a su hermana a la sala y la dejó en el sillón. Después se fue directo al baño. Mi amigo por su parte estaba más ocupado viendo la cocina, como si percibiera algo extraño en ella.

---¿Todo bien? ---le pregunté.

Irving volteó a verme. Su rostro mostraba un gesto raro. Hizo seña de querer decir algo, pero luego se detuvo.

---Ya, habla. Me estás asustando ---dije.

Se dirigió al grifo y tomó dos vasos de agua. No sé si para ganar tiempo o porque tenía sed. Seguro que lo segundo.

---La comida ---dijo---. Ahí está.

Claro que veía la alacena llena de comida, y claro que me moría de hambre. Pero aquello no lo decía como una invitación a comer, sino como si la comida por sí misma representara algo diferente.

---La veo ---dije---. Pero no sé a qué te refieres.

---Toda la comida está ahí. Conozco a mi mamá y siempre es igual con estas cosas. Eso quiere decir que nadie comió nada ayer, ni esta mañana.

Me quedé callado tratando de asimilar lo que me decía.

---Además la puerta estaba abierta ---siguió---. Estoy seguro de que no hay nadie más en la casa. Mi mamá y mi papá no están.

Al decir esto último su voz se quebró. Ahora sí mostraba el miedo y la angustia que estuvo reprimiendo. Se recargó en la pared y se fue deslizando hasta llegar al suelo. De un momento a otro cambio de ser un chico distraído, frío y distante, a lucir vulnerable.

---Oye. Eso no lo sabes ---dije---. Puede que estén arriba durmiendo.

---¿Por día y medio? ---repuso. El llanto no lo dejaba hablar bien---. Yo sé que no están.

Me senté a su lado, cerca, y le pasé el brazo por la espalda. De esa forma me abrazaba papá cuando me ponía triste por la muerte de mamá. Lo atraje hacia mí para que pudiera recargarse en mi pecho. No opuso resistencia. Y de esa forma pudo llorar todo cuanto quiso.

---Ey, nenas. ¿Qué están haciendo? ---dijo Cornelio al entrar a la cocina. Seguro que pretendía decir otra cosa, pero se abstuvo de hacerlo al ver que Irving lloraba.

Se aproximó y se agachó de cuclillas frente a nosotros.

---¿Pasa algo? ---preguntó.

---Irving piensa que sus papás no están en la casa. Dice que nadie tocó la comida de la alacena desde que nos fuimos a la casa club ---dije. Mi amigo ya estaba más calmado. Se apartó de mi pecho y se dedicó a secar sus lágrimas con su camiseta. No traía nada debajo de ella, en verdad que no entendía cómo es que ellos soportaban el frío con tanta facilidad.

---No hay nadie en la casa, ya lo comprobé ---dijo Cornelio---. Tenemos que decidir qué hacer, pero por ahora es difícil pensar con el hambre que tengo. Trataré de cocinar algo antes de que dé la una de la tarde.

Me levanté y ayudé a mi amigo a levantarse. Dijo que ya se sentía mejor y que ocupaba ir al baño. Yo también ocupaba ir, pero me tocaría esperar. Total, un poco más.

Cornelio encendió la estufa y puso la sartén. La flama se levantaba más alta que en las estufas normales, debía ser para poder calentar la sartén con tanto frío.

---¿Ves esa perilla parecida a un cronómetro que está en la pared? ---dijo Cornelio---. Pon la marca en quince. Hay que caldear un poco la casa.

---¿Quince grados te parece caliente? ---dije---. Quince grados sigue siendo frío.

Cornelio se encogió de hombros al escucharme.



---Se tolera, y te permite cocinar ---respondió---. Y sí me parece caliente.  
Me acerqué al control, pero la marca ya estaba en su sitio.

---Ya está en quince ---le dije.

Me escuchó, pero se quedó pensando un rato.

---Debe ser porque la puerta se quedó abierta. Baja y asegúrate de que el horno tenga madera.

---¿Bajar? ¿A dónde?

---Al sótano, pues. Si el horno está vacío ponle unos leños y ya. Si son verdes pon cuatro, si son amarillos solo uno.

Me señaló la trampilla que estaba en una esquina de la cocina. La levanté y descubrí las escaleras que bajaban al sótano. Era estrecho, y básicamente sólo tenía al mencionado horno. Abrí la rejilla con cuidado y le arrojé el leño amarillo dentro. Cerré la rejilla, presioné el botón y de inmediato se encendió. Vaya si expelía calor. Después de eso subí de vuelta y cerré la trampilla.

---Ya encendí el horno ---dije.

Cornelio no respondió. Estaba ocupado cortando unos trozos de carne que parecía jamón. El jamón que conocía era del que venía en rebanadas delgadas, listas para poner en un sándwich. Pero este era más bien grueso. Cornelio lo cortaba en cubos, no grandes, pero tampoco pequeños. Parecía jamón y olía como jamón. Claro que era jamón.

---Iré a ver cómo está Jo ---dije.

Al instante Cornelio detuvo lo que hacía y volteó a verme. ---Ni madres, pues. Te quedas ahí donde te pueda ver.

---¿Estás celoso? ---pregunté.

---Sí ---respondió y reanudó lo que hacía ---. Y celoso soy peligroso.

En todo ese tiempo Cornelio permaneció atento al reloj. Faltando un minuto para la una apagó el fuego de la estufa y se apartó a un rincón. Se veía ansioso, incluso sudaba frío. A la una exacta comenzó el repiqueteo de la

campana. Sonaba constante. Tres puntos, tres rayas, tres puntos. Tres puntos, tres rayas, tres puntos. Tres puntos, tres rayas, tres puntos. Me acerqué a donde Cornelio y lo abracé para mecerlo como lo hacía Jo, sin perder el ritmo de la campana.

---No eres malo ---dijo pasados los cinco minutos de ruido---. A cualquier otro no le habría importado.

---¿Por qué le temes al ruido? ---pregunté.

Al escucharme Cornelio se hizo consciente de lo cerca que estaba. Volteó y me descubrió apenas a diez centímetros de su rostro. Nomás verme empalideció, aún más de lo ya empalidecido. Se destrabó de mis brazos y se incorporó aprisa.

---No me gusta que extraños me toquen el rostro, y no me gusta el ruido fuerte, pues ---dijo---. Con que sepas eso basta.

No le respondí. Me incorporé y acomodé devuelta mi chaqueta. La calefacción debía estar haciendo su trabajo, ya que no sentía tanto frío a pesar de no ponerme mi suéter de vuelta.

---Y lo que dije era jugando. No me gusta hacer cosas sucias ni las he hecho nunca ---siguió---. Además, a mí sólo me gustan las chicas. Lo dije solo para incomodarlos. Quería molestar, pues.

Volvió a la estufa y tomó la sartén y una cuchara para servir los platos. Volvía a recuperar un poco de su color.

---Lo sé ---le dije---. Las personas así no es como que lo estén diciendo todo el tiempo. Imagino serían más discretos. Por lo que pasó, ¿sabes?

Cornelio se detuvo de servir y se quedó pensando en mis palabras por un momento. Luego continuó con lo que hacía.

---¿Las muertes? ---dijo---. No me afecta que lo menciones por su nombre. No supe que responder.

---Como sea. Rosa es un pueblo pequeño. Aquí no existen los secretos.

Hasta las cosas más pequeñas, por mínimas que sean, al final siempre se saben ---dijo, luego sonrió---. No sé si eso sea bueno o malo.

Rebuscó entre las gavetas hasta que encontró una jarra de plástico. La puso en el grifo y abrió la llave para llenarla.

---Iré a ver si ya se desocupó el baño ---dije.

Volteó a verme, con esa mirada felina. ---No molestes a mi hermana.

Le sostuve la mirada por un momento. ---No pienso mentirte, Tu hermana es guapa. Pero, no intentaría nada con ella. Hay cosas verdaderamente importantes por las cuales preocuparse en este momento ---dije---. Además, tengo mucho frío. Literal, tengo todo el cuerpo entumecido. Y eso incluye a lo de ahí abajo. Aunque quisiera, no creo que pueda con este clima. Al menos no hasta que me acostumbre.

Sonrió divertido y se le quedó viendo a la jarra, como sopesando mis palabras; luego cerró la llave del grifo. ---Eres un bicho raro, ¿sabes? Raro en serio.

Después de que dijera eso me marché rumbo al baño. Como imaginé estaba desocupado. Jo aún dormía en el sillón; y en cuanto a Irving, ni idea de su paradero.

Me encerré en el baño, me bajé los pantalones y me senté en el retrete. Vaya si el frío me tenía completamente entumido. Y la verdad, aún me hormigueaba la boca del estómago por lo que acababa de decirle a Cornelio. Fue de las cosas más audaces que dije nunca. Pero, en retrospectiva, lo dije bastante en serio. Tomé mi pene, un trozo de piel flácida, ¿cómo podía usarlo así? Me daría vergüenza que lo vieran en esas condiciones. Pero con todo, me hizo sentir raro, la idea de pensar en Jo de esa forma. No lo había pensado yo, no antes de que Cornelio lo sugiriera, ni por Jo ni por nadie. Jamás me atrajeron esas cosas. No las ignoraba, por supuesto, pero tampoco era que me obsesionaran como les pasaba a otros chicos en la escuela. Todo el asunto me

hacía sentir incómodo. Decidí dejarlo pasar y concentrarme en el momento. Como dije a Cornelio, había cosas más importantes de las cuales preocuparse.

Me sentí mucho mejor después de liberar el vientre. Definitivamente no era bueno aguantarse tanto tiempo, no era natural.

El agua del lavabo me congeló las manos. Me dolían todos los huesos y las coyunturas de los dedos. Me abracé a mí mismo de modo que mis manos quedaron bajo mis axilas. Ese truco me lo enseñó mi primo Pedro. Mis manos no tardaron en calentarse.

---Eres rápido---dijo Cornelio al verme salir del cuarto de baño. Estaba en la sala despertando a Jo---. ¿Vas a buscar a Irving? La mesa está servida.

Me dirigí a las escaleras y subí al segundo piso. Los escalones crujían con cada paso que daba. En definitiva, no me acostumbraba a eso de las casas de madera.

Revisé primero el cuarto de Irving; estaba solo. Había también otra habitación, con un par de camas individuales, y con apariencia de no ser ocupado; igual, no estaba mi amigo. Descubrí un segundo baño que, desde luego, estaba vacío. Ya por último revisé el cuarto del fondo, el más grande; seguro que era el del jefe y su esposa. Irving estaba acá, de pie en medio de la habitación, contemplando la cama de sus papás.

---Cornelio preparó algo de comida ---dije. Me sentía extraño irrumpiendo lo que sea que estuviera haciendo. Lucía como algo personal---. Te diría que bajaras antes de que se enfríe, pero seguro que ya está frío. Aun así, creo que deberías bajar a comer algo.

Volteó a verme. En sus mejillas resbalaban algunas lágrimas. Su nariz se movía chistosa cada que sorbía los mocos.

---No sé dónde están ---dijo. Permanecía en esa perfecta posición de firmes, con los puños apretados. Sólo su rostro se veía descompuesto.

---Debe haber una explicación para todo, estoy seguro. Pero ahora lo que

ocupamos es comer algo, para pensar más claro.

Levantó la mano derecha e intentó limpiarse las lágrimas. Cosa inútil pues volvían a salir más. ---¿Puedes hacer eso otra vez? Lo que hiciste cuando estábamos en la cocina.

Me quedé pensando. ¿A qué se refería? Me miraba con ojos suplicantes. Como esperando a que reaccionara. Luego se abrazó a sí mismo y, por primera vez desde que lo conocí, le vi encorvar la espalda.

Me acerqué a donde estaba y le di algunas palmadas. Honestamente no sabía qué hacer. No estaba seguro de que su mamá y su papá estuvieran muertos o algo así, pero era obvio que eso era lo que Irving creía.

Nomás sintió mi mano se inclinó a mí hombro y me abrazó.

---Lo siento ---dijo al soltarme---. Yo no abrazo, pues. Mi papá dice que sólo las niñas lloran y abrazan. Pero estoy asustado, y yo...

---No pasa nada ---dije---. Sé que todo debe tener una explicación. Pero si queremos resolver esto hay que pensar, y no podemos pensar con la panza sola.

Irving sonrió y terminó de limpiar las lágrimas que resbalaban por su rostro.

---No sé tú, pero yo no puedo pensar cuando tengo mucha hambre. Y ya siento que me desmayo, así que mejor bajo a comer algo.

Me fui para darle su espacio. Irving dijo que primero quería lavarse la cara y que en seguida me seguía. Así que bajé sin él y me senté a la mesa.

---Si Irving no llega se quedará sin comer, no podemos esperarlo todo el día ---dijo Cornelio. Después dio un gran bocado a su pan.

---¿Estás bien? ---preguntó Jo. La verdad me sentía un poco mal por mi amigo, y seguro que se me notaba en la cara.

---Sí, estoy bien ---le respondí---. Bueno, preocupado. Además, tengo hambre.

Al poco rato bajó Irving y se sentó a la mesa a comer.

Es cierto que, como he pasado toda mi vida con mi papá, nunca fui exigente con la comida. Aun así, tal vez por él hambre, aquel guiso me resultó un verdadero manjar. Devoré toda la comida de mi plato, además de dos piezas de pan. También me tomé casi cuatro vasos de agua. Me sentía lleno, pero me sentía satisfecho. Hasta se me quitó ese molesto dolor de cabeza que persistía desde el día anterior.

---¿Qué haremos ahora? ---pregunté.

Cornelio echó una ojeada a su reloj. ---Faltan treinta para las dos. Sugiero ir directo a la iglesia ---dijo.

Jo se removió en su silla y volteó a ver a su hermano. No estoy seguro de qué significaba esa mirada, pero debía ser alguna especie de reproche.

---Quiero ir a la casa. Pino debe estar asustado ---dijo.

---¿Quién es Pino? ---pregunté. Me pareció chistoso. Después de todo, estábamos rodeados de un bosque de pinos.

---Es mi hermanito ---respondió Jo---. Se llama Paulino, así que le decimos Pino.

Irving no dejaba de remover el guiso de su plato, comió poco.

---Es sólo una corazonada ---dijo---. Pero creo que no hay nadie en el pueblo. Sólo nosotros y el de la iglesia.

Jo puso su cara de enfado y se hundió en su silla.

--Lo siento Jo, pero Irving tiene razón ---dijo Cornelio---. La iglesia es el lugar más obvio al que debemos ir.

Jo no quedó convencida, aun así, no dijo nada más. Como sea, sí que demostró su inconformidad negándose a ayudar en la limpieza de los trastes sucios.

## 5.



YA QUE dejamos todo en su lugar salimos de la casa de Irving y nos dirigimos a la iglesia. Frente a la casa estaba la camioneta del jefe. Eso contristó mucho a mi amigo. Evitamos hacer cualquier comentario al respecto.

Parecía que nadie lo notaba. La neblina era más espesa, y ya nos cubría los zapatos. Eso sí que lo comenté. ---Yo creo que mejor nos damos prisa ---dije-- -. Antes de que nos cubra por completo.

Lo dije, pero no me hicieron caso. Siguieron caminando despacio, observando todo en derredor. En las casas la mayoría de puertas estaban abiertas, las camionetas de los leñadores seguían aparcadas en su lugar, y el silencio ahora sí que se tornaba sepulcral.

---Es como un pueblo fantasma ---dijo Irving. Seguro leyó algo así en sus libros o en sus cómics.

---Pues si está todo solo tal vez deberíamos visitar la tienda ---dijo Cornelio.

Jo volteó a ver a su hermano, seguía enojada.

---No vamos a saquear la tienda, idiota ---le dijo.

---No seas esnob, Jo. Ví como veías ese brazalete de fantasía. Podría ser tuyo por cero pesos.

---Yo no soy una ladrona, idiota.

Tal vez el resto no le daba importancia a lo de la neblina, pero a mí sí me preocupaba. ---Creo que mejor corremos ---insistí---. Ya subió más.

Jo y Cornelio detuvieron su discusión al escucharme. En efecto, ahora la neblina superaba la altura de los tobillos y ya casi nos llegaba a medio chamorro. Pero eso no fue lo que terminó de alertarlos. Finalmente entraron en pánico cuando la neblina empezó a ondularse como si fuese agua y a brillar a

intervalos como en aquella noche.

Faltaba un largo trecho hasta la iglesia, y ahora la neblina subía con más velocidad. Además, de pronto el perfume de rosas se volvió insoportable. Me calaba en la nariz y me martillaba en las sienas.

La neblina ya nos llegaba a la cintura cuando Jo cayó de rodillas. No dejó de estornudar y de convulsionar con violencia, hasta que se desmayó.

Intenté ayudarlo a levantarse, pero su cuerpo pesaba mucho.

---Súbela a mi espalda ---dijo Cornelio.

Aspiró aire para aguantar la respiración y se agachó de cuclillas para que le subiera a Jo a la espalda. Irving también se acercó para ayudar. En verdad pesaba mucho.

---No corran mis niños, no luchen, vengan a mí ---susurró Jo, luego volvió a perder el conocimiento.

La neblina ya nos llegaba al pecho cuando llegamos a la puerta de la iglesia. Irving y yo no perdimos tiempo y nos dedicamos a aporrear la puerta y a gritar para que nos abrieran. Pero no hubo respuesta.

---No corran mis niños, no luchen, vengan a mí ---volvió a decir Jo en un susurro.

Seguimos aporreando la puerta. La neblina ya me llegaba al cuello. Como yo era el más bajito de los tres sería el primero en ser consumido.

---Por aquí niños ---dijo una voz.

Tardamos en identificarlo. Era el padre Luis que nos hablaba desde una ventana elevada. Fácil superaba los dos metros.

Al llegar a la ventana Cornelio no demoró en alzar a su hermana y pasarla a brazos del padre Luis. Este la tomó y la puso a salvo en el interior de la iglesia.

---Sigues tú ---me dijo Cornelio.

Ya tenía que mirar hacia arriba y pararme de puntillas para que la neblina



no me alcanzara. Cornelio aspiró una bocanada de aire y luego se sumergió en la neblina. Sentí sus manos alrededor de mi cintura, y de inmediato me elevó a la ventana. El religioso me recibió en brazos y me depositó en el interior del recinto.

Me sentía mareado por el perfume de rosas.

Pude ver cómo Irving entraba por la ventana, con el mismo procedimiento con el que entré yo. Esperaba que Cornelio le siguiera, pero por alguna razón no entraba.

---No tiene donde apoyarse, y ya lo cubrió el mal ---dijo el padre Luis.

Al escucharlo sacudí la cabeza varias veces para intentar despertar. Me puse a ver a todo en derredor, tratando de encontrar una solución. Y me llegó tan de improviso que casi se me ocurrió al vuelo. Tomé un pequeño banco de madera y se lo di al religioso.

---Que lo use de apoyo ---dije; escuchaba mi voz lejana, como si viniera de fuera de mí.

El padre hizo como le dije. Pero Cornelio seguía tardando. Una sensación de vacío me estrujó el estómago sólo con pensar que no lo lograría.

Entonces lo vi. Su brazo emergió de la neblina y se sujetó del alféizar de la ventana. El religioso no demoró en tomarlo y en tirar de él. A ese brazo le siguió un segundo brazo, después una cabeza, un torso y finalmente un par de piernas. Cayó al suelo tosiendo y vomitando parte del almuerzo.

---¿Estás bien hijo? ---Preguntó el padre Luis.

---Sí ---dijo Cornelio, y volvió a toser---. Pero mi hermana no.

Estaba tan absorto viendo la escena que me olvidé por completo de Irving. Me sobresalté cuando me habló. ---Dame tu chaqueta, rápido ---dijo.

Hablaba con tanta urgencia que se la di sin más. La hizo un rollo y la usó para tapar el resquicio que quedaba debajo de la puerta principal. Algo de la neblina intentaba colarse por ahí.

---¿No tienes frío? ---le pregunté. Como también usó su propia chaqueta para cubrir la ranura, ahora sólo vestía una camiseta de manga corta.

---Sí, pero no importa ---repuso.

El padre Luis ayudó a Cornelio a levantarse. Se veía mareado. Y lo entendía, pues yo igual me sentía mareado y eso que no me expuse a la neblina tanto tiempo como él.

El mareo no duró mucho. Se me cortó de tajo por el susto. Jo arqueó la espalda de forma violenta, de modo que se sostenía sólo con la cabeza y con los talones. La escena era bastante grotesca.

---¡Devuélvemelos, no son tuyos! ---dijo.

Cornelio intentó acercarse a su hermana, pero el padre Luis se lo impidió. Le pasó ambos brazos por debajo de las axilas y luego juntó las manos detrás de su nuca. Con esa llave Cornelio no podía soltarse por más que se retorció.

---No se acerquen a ella ---ordenó el padre. Igual, no es como que tuviera pensado acercarme. Y por lo visto Irving tampoco ya que no dejaba de persignarse, igualito que su mamá, incluso con los mismos gestos.

---Suélteme ---chilló Cornelio---. Tengo que ayudarla.

---¿Y qué harás? ---preguntó el padre.

Cornelio no respondió.

---Te soltaré. Y yo la ayudaré ---siguió el padre---. Pero tienes que prometer que no te acercarás a ella. Si realmente quieres ayudarla, no te acerques a ella.

Dicho eso el padre Luis aflojó los brazos y lo soltó. Cornelio se sacudió con violencia los brazos del padre. Se alejó algunos pasos y se acomodó la chaqueta. Tenía la cara roja por el coraje y resoplaba como un perro.

---No eres bienvenido aquí ---dijo el religioso en dirección a Jo. Hablaba con calma y en tono dogmático, al menos así lo describió papá.

Jo rio al escucharlo. Era una risa mecánica, y por lo tanto tétrica. ---Todo

me pertenece. Tú eres quien no es bienvenido aquí. Dame a mis niños. Yo los vi primero. Y entrégate tú de una buena vez.

---Sal de esta casa ser profano ---dijo el padre Luis.

Luego buscó entre su saco y tomó un par de botellas de vidrio. Parecían de licor. Las destapó y roció el cuerpo de Jo.

---Es agua bendita ---dijo Irving.

Gradualmente Jo se quedó dormida y volvió a una postura más humana.

---Estará bien. Sólo déjenla descansar ---dijo el padre.

Cornelio corrió a donde su hermana y le apartó el cabello del rostro. Le alzó la cabeza y la recostó sobre sus piernas.

---¿Qué está pasando? ---preguntó.

---Tendrán respuestas ---dijo el religioso---. Pero no ahora. Es momento de orar.

El padre Luis se inclinó frente a la cruz, se persignó y agachando la cabeza comenzó a orar en silencio. Irving le siguió e hizo lo mismo. Yo nunca fui muy creyente que digamos, así que nunca aprendí a orar. Pero de saber, seguro que también me habría puesto en eso.

No sé cuánto tiempo estuvieron así, orando en la misma posición. Seguro que un montón de tiempo. El suficiente para que Jo despertara desorientada.

## 6.



TAN PRONTO Jo abrió los ojos preguntó dónde estaba y por lo ocurrido. Le conté todo con pelos y señales. Puse especial suspenso en la parte en que Cornelio batalló para entrar, tanto que se preocupó y se puso ansiosa. Lo que no tenía mucho sentido, pues igual y tenía a su hermano a un lado. También le conté sobre su extraño comportamiento, lo que dijo y como la ayudó el padre Luis. Se tomó un par de minutos para asimilar la historia, luego fue a donde el padre y le dio las gracias por salvarla.

---No tienes que agradecer hija. Siempre estaré para brindar mi ayuda al necesitado ---dijo el padre y siguió orando.

Jo también se inclinó y se puso a orar junto al padre y junto a Irving.

---No sabía que supiera orar ---dije a Cornelio.

---Viene a la iglesia cada domingo ---dijo él.

---¿Y tú no?

---No seguido.

---Siempre pensé que lo que decían eran puros cuentos ---seguí---. Pero ahora no estoy tan seguro. No era Jo la que estaba hablando, ¿o sí?

---No lo creo.

Cornelio veía a su hermana, como asegurándose de que en verdad estaba mejor. Después de un rato se levantó y se fue a un rincón. Le seguí pensando que iba a sentarse en una de las bancas, pero no. Rebuscó en su chaqueta y sacó algo así como una fotografía. Le dio un beso y la puso sobre una de las bancas, entonces se arrodilló frente a ella y le rezó. Debió ser una plegaria pequeña, pues en menos de un minuto ya se estaba poniendo de pie.

---¿Qué es eso? ---le pregunté.

Titubeó antes de mostrármela. Era la fotografía de una mujer hermosa, con

largas ropas que le cubrían de la cabeza a los pies. Tenía los brazos extendidos, como ofreciendo un abrazo. Y su cabeza estaba inclinada un poco a la derecha, como para matizar ese gesto de piedad con el que observaba.

---¿Quién es? ---insistí.

---Que teto eres, pues ---dijo con fastidio---. Es la virgen María, la madre de Dios.

---No sabía que Dios tuviera una mamá.

---Ya vez que sí.

Pasado un largo rato, uno que me pareció eterno, el padre Luis dejó de orar. Se levantó y se estiró para desengarrotar los músculos. Irving y Jo lo imitaron.

---Bien, hemos purificado esta casa ---aseguró.

Al escucharlo Irving se emocionó mucho. Incluso vino a donde estaba yo y me dio un codazo en las costillas, como diciendo: ---Mira, hemos purificado la casa---. Casi lo imaginaba aplaudiendo, aunque, quizás por la solemnidad del sitio, no aplaudió.

Dichas aquellas palabras el religioso tomó un incensario y lo encendió. Se puso a recorrer toda la habitación esparciendo ese peculiar perfume. No sabría decir si este otro olor era mejor o peor que el de las rosas.

---¿Qué está pasando padre? ---preguntó Cornelio.

El padre Luis no dio señas de querer responder. Seguía recorriendo el recinto, esparciendo el humo del incienso por todas partes.

---Las cosas a su tiempo hijo. Recuerda que la paciencia es una virtud ---dijo finalmente.

Una vez terminó con el incienso el religioso nos guio a las habitaciones en la parte posterior de la iglesia. A su casa según parecía. Su mesa sólo tenía cuatro sillas, así que nos las cedió para que nosotros nos sentáramos. Trajo cuatro piezas de pan y una garrafa llena de agua. Puso los panes sobre cuatro

platos de madera; y puso cada plato en la mesa, uno frente a cada uno de nosotros. No sé por qué, pero todos sus movimientos me parecían demasiado solemnes. Me sentía como presenciando un ritual antiguo de mucha importancia. Y esa debía ser la impresión de los demás, pues nadie decía o hacía nada. Esperábamos con paciencia a que el padre Luis terminara. Igual llenó cuatro vasos de madera con el agua de la garrafa y los colocó, uno a uno, junto a cada uno de los platos.

---Coman ---dijo en tono sereno---. Ya es la hora de la cena.

Seguía brillando la luz del día. El reloj en la pared marcaba las seis de la tarde. El padre debía cenar temprano, al parecer.

---¿Usted no comerá nada padre? ---dijo Irving.

---Estoy en ayuno hijo, para purificar mi alma ---dijo el religioso---. El enemigo asecha el pueblo. Si quiero enfrentarlo tengo que recibir iluminación.

---¿Entonces es eso? ¿El diablo se apoderó del pueblo? ---inquirió Cornelio y dio un mordisco a su pan. Miraba al padre con esa expresión de gato receloso.

---El mal y el enemigo adoptan muchas formas y muchos nombres ---dijo el padre Luis.

---Eso es muy poco específico ---dije.

---Ambiguo ---corrigió Irving.

---Sí, eso, ambiguo.

El padre tomó un vaso de madera y se sirvió algo de agua. La bebió de un trago.

---¿Cómo imaginas al mal? ---dijo---. ¿Como un ser rojo con cuernos y patas de chivo? ¿Como una serpiente? ¿Como una atractiva criatura de esplendorosa belleza y un podrido corazón? El mal no es alguien, sino algo. El mal, cuando se le da cabida, lo impregna todo, lo contamina todo. Es tal su naturaleza, que te habita sin que te des cuenta, hasta que aflora y se impone.

---Pues a mí me pareció que eso no era un algo sino un alguien ---dijo Cornelio.

---No sé si sea el diablo ---confesó el padre---. Tal vez lo sea y sólo busca confundirme. Lo que sí es seguro es que se trata de un ser profano. Se apoderó del pueblo, y de casi todos en él.

---¿Tiene a la gente? ¿A dónde se los llevó? ---dijo Jo exaltada. Hasta se levantó de su silla.

El brusco movimiento hizo bailar a su vaso sobre la mesa. Contuve la respiración esperando a que el agua se derramara, pero al final el vaso no cayó.

---Calma hija. No imaginaba que fueras tan impulsiva ---dijo el padre Luis---. Lo esperarí de tu hermano, pero no de ti.

---Usted no entiende padre. Se llevó a mi hermanito ---siguió Jo---. Debe estar asustado. Tengo que ir a buscarlo.

El religioso alzó su brazo izquierdo y señaló.

---Ahí está la puerta. Márchate cuando quieras ---dijo---. Pero toma en cuenta que, de todos aquí, tú eres la más débil de espíritu.

---¿Qué significa eso? ---preguntó Irving y volvió a persignarse.

---Que no les confunda esa neblina. Es sólo una representación física del mal. Yo caminé entre ella durante la primera noche. Vi como atrapaba a las buenas personas del pueblo. Buenas, sí, pero débiles de espíritu.

»Se las llevó al bosque, a todas, tan sólo con las ropas que traían. Estaban completamente poseídos, y no atendían a razones, a rezos, al agua bendita o a la santa cruz.

»Fue entonces cuando subí a la torre y toqué la campana. Aun así, nadie la escuchó. Al final todos se fueron.

---¿Entonces a usted no lo capturaron porque su espíritu es fuerte? ---pregunté.

---Tú lo has dicho.

---¿Y nomás se salvan los de espíritu fuerte? Con todo respeto padre, pero eso es una reverenda pasada ---dijo Cornelio---. Y mire que me abstengo de decir una palabra más fuerte.

El padre Luis volteó a ver a Cornelio, sin quitar ese semblante impávido.

---Estuviste mucho tiempo entre la neblina y a ti no te capturó ---dijo.

---¿Y eso qué prueba? Nunca he sido fanático de la iglesia.

---Puedo contar a los devotos de este pueblo con los dedos de una mano --  
-aseguró el padre---. Y tú eres uno de ellos.

Nos sorprendió la afirmación. Irving incluso volvió a persignarse.

---¿Y yo también soy devoto? ---preguntó mi amigo.

---Sí, lo eres ---respondió el padre---. Aunque no de espíritu fuerte.

---¿Por qué dice que Corni es más devoto que yo si él apenas viene a la iglesia? ---quiso saber Jo, y se sentó otra vez en su silla.

El padre volteó a ver a Cornelio. ---Eres devoto a la virgen ---dijo---. Por seis años consecutivos has venido cada ocho de septiembre a traerle una ofrenda. Eres el único que recuerda y observa la celebración.

---No sabía eso ---dijo Jo.

---Nadie sabe nada ---dijo el religioso---. Y ese es el problema. El pueblo está lleno de personas apáticas. Y el resultado ahí está. Fuimos el blanco perfecto para el ataque del enemigo.

Terminamos la parca cena sin decir nada más. En silencio masticaba las palabras del padre al tiempo que masticaba cada trozo de pan. ¿Qué conocía yo de la iglesia? No conocía nada.

Después de la cena volvimos al recinto. El padre otra vez se hincó para orar. El resto nos sentamos en las bancas sin saber exactamente qué debíamos hacer ahora.

Jo se veía pensativa, quizá meditando en su falta de fortaleza de espíritu.



Irving por su parte tomó lápiz y papel, trataba de recordar y escribir los diez mandamientos. Para confirmar que no los había transgredido en los últimos años según me contó. A mí también me interesaba saber eso, si yo no había transgredido algún mandamiento, así que lo animé a que siguiera recordando. Aunque para mi descarga yo no me sentía como un pecador particularmente malo, perverso o especial. En cuanto a Cornelio, se veía igual de pensativo que su hermana, tal vez pensando en las palabras del padre Luis. La verdad es que sí se expuso mucho a la neblina, y con todo salió bien parado. Todo lo contrario de su hermana, que a la primera de cambios cayó rendida.

La estancia en la iglesia era aburrida. Como cuando estábamos en la casa club. Aunque por lo menos acá el espacio era más grande y podía caminar para despejar la mente.

El día dio paso a la noche, y con la noche se acentuó el frío. El padre Luis seguía orando y no daba señas de querer detenerse en el futuro cercano. Cornelio se acercó a su hermana y la abrazó, seguro que para calentarla. Debió darse cuenta de que los miraba porque me hizo una seña para que me acercara. Me senté a su lado y también me rodeó con su brazo.

Me sentía cansado por todo lo ocurrido. No pude evitar bostezar un par de veces. Me acordé de mi amigo entre mi sopor. Él debía tener mucho frío pues sólo vestía una camiseta. Pero, aunque lo intenté no pude levantarme. Simplemente me quedé dormido.

Desperté, más que nada, por las ganas de orinar. Seguía acurrucado a un costado de Cornelio, aunque este ya no me abrazaba a mí, sino que abrazaba sólo a su hermana. Del otro lado estaba Irving, acurrucado bajo mi brazo. Alguien había echado dos mantas sobre nosotros, obviamente el padre Luis. Me deslicé por el asiento, hasta que salí de debajo de las colchas, por los pies. Ya sin mí en medio de ambos Irving cayó directo sobre la espalda de Cornelio. Seguro haría un gran escándalo si se despertara y se diera cuenta.

No tenía idea de qué hora era. Lo que si era seguro es que afuera seguía estando oscuro, y que además hacía mucho más frío que el día anterior.

Me fui corriendo al baño, sin poder contenerme más, y oriné toda la pipí acumulada en mis riñones, ¿o era vejiga? No estoy seguro. Toda la pipí acumulada en donde sea que se acumulara la pipí. Como sea, después de eso sentí un gran alivio.

Me lavé las manos con la congelante agua del grifo. Luego salí al pasillo con ambas manos entre mis axilas para que se calentaran un poco.

---Oh, eres tú ---dijo el religioso. Venía recorriendo el pasillo con una lámpara de queroseno en la mano---. Estabas haciendo mucho ruido así que vine a revisar. Lo menos que quiero son intrusos.

---Lo siento ---dije enseguida---. Es que ocupaba ir al baño.

---No pasa nada ---repuso---. Intenta dormir otro rato, aún no amanece.

El padre Luis dio media vuelta, imaginé que para volver a su habitación. Se puso en marcha a pasos cortos pero constantes. Apenas hacía ruido al andar.

---¿Van a estar bien? ---dije---. La gente del pueblo. ¿Van a estar bien?

No fue mi intención, pero mi voz sonaba extraña.

El padre Luis se detuvo en seco y volteó a verme. No respondió de inmediato, y la expresión de su rostro no me tranquilizaba nada. Me miraba como tratando de elegir las palabras que debía decirme. Me daba cuenta de eso y me molestaba mucho.

---Intento ser fuerte ---dije---. Pero tengo mucho miedo. Y no quiero perder a mi papá. Es lo único que tengo.

El padre Luis se volteó por completo, iluminándome con la luz de la lámpara de queroseno. No fue mi intención, pero de pronto me encontraba llorando. Era como si todo el peso de la situación de pronto me cayera sobre la espalda. La sola idea de perder a mi papá me estrujaba el estómago y me

hacía convulsionarme en sollozos. No dejaba de abrazarme a mí mismo, con todas mis fuerzas. En realidad, mis manos seguían frías, aunque estaban bajo mis axilas intentando calentarse, seguían frías, lo mismo que mis pies, o que mis mejillas.

---¿Verdad que mi papá no está muerto? ---dije---. ¿Verdad que va a volver?

El padre se agachó de cuclillas para ponerse a mi altura. Sacó un pañuelo del bolsillo frontal de su saco y me lo dio para que secara mis lágrimas. Me miraba con angustia, como si sintiera el mismo dolor que yo sentía.

---Eres fuerte hijo ---dijo con esa voz monocorde---. Has enfrentado bien cada reto. Y debes seguir fuerte para afrontar los retos que aún restan en tu camino.

Al escucharlo no pude evitar intensificar mi llanto. Sonaba como a la clase de cosas que le dices a alguien cuando su papá o su mamá murió. Yo pasé por eso cuando murió mamá, conocía bien esa clase de palabras, me las decían todo el tiempo, me las seguían diciendo, una y otra vez.

---Ya no me queda nadie más ---dije, y caí de rodillas al piso. El llanto casi no me dejaba hablar---. No quiero estar solo. Yo quiero a mi papá.

---Tu padre no está muerto ---aseguró al verme, al ver la forma en que apretaba los dientes para no gritar o gimotear---. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para que regrese. Juntos lo lograremos ---dijo mientras ponía su mano en mi hombro.

Tardé un momento en serenarme. El pañuelo ya no era suficiente para secar mis lágrimas, aun así, continué enjugándolas de mi rostro. Lloré de forma convulsa, hasta que un profundo cansancio me envolvió, y sólo entonces pude detenerme.

---Llorar es bueno, ayuda a sanar el alma ---dijo el padre---. Sé que te sientes solo y asustado, todos aquí estamos asustados, pero no dejes que eso te

domine.

---¿Veré de nuevo a mi papá? ---quise saber.

---Claro. Ya te dije que no está muerto. Lo traeremos de vuelta junto con el resto del pueblo.

Al escucharlo no pude evitar sonreír. El padre Luis se oía convencido de lo que decía, y eso me hacía sentir bien. Después de todo era un adulto, y era el único que parecía saber cómo combatir a esa neblina o ese ser profano. Lo que sea que fuera.

---Ahora vete a dormir, este será un día largo ---dijo, y retiró su mano de mi hombro.

Me incorporé con algo de torpeza, entonces me acerqué y lo abracé. --- Gracias ---le dije.

El padre Luis no me devolvió el abrazo. Tal vez intentaba conservar el equilibrio pues seguía de cuclillas. Lo solté y me aparté. Luego quise devolverle el pañuelo, pero me dijo que lo conservara.

El padre se irguió y se marchó a su habitación. Yo guardé el pañuelo en el bolsillo de mi pantalón y volví al recinto.

Tenía tanto frío que lo único que quería era meterme en mi lugar otra vez. Y vaya si fue complicado. Me introduje por los pies, por debajo de las colchas, justo por donde había salido. Tuve que ir empujando a Irving para que liberara mi espacio. Se quejó varias veces, aun así, no se despertó. Una vez sentado en mi sitio me acurruqué de nuevo sobre la espalda de Cornelio para intentar dormir otro rato. También volví a abrazar a mi amigo que seguía frío a pesar de estar bajo las cobijas. Poco a poco fui agarrando calor, lo que se sentía bien. Y al poco rato me quedé dormido.



NO ESTOY seguro de cuánto tiempo dormí, seguro que mucho. Y probablemente habría seguido durmiendo de no ser por las sacudidas. Al abrir los ojos vi que era Jo. Me empujaba del hombro con suavidad. Yo me encontraba recostado sobre la banca, hecho un ovillo y envuelto en las dos cobijas. Ella estaba de pie frente a mí. Traía un vaso con chocolate caliente.

---Ya amaneció ---dijo, luego sonrió---. Te traje esto, yo lo preparé.

Me incorporé aprisa y traté de limpiar la saliva seca de mi mejilla. Ya hacía mucho que no babeaba dormido. Además, el frío en las orejas me hizo consciente de la ausencia de mi gorra. Y seguramente estaba despeinado y con el cabello sucio, pues hacía algunos días que no me bañaba.

---Oye, no puedo sostener esto todo el día ---dijo---. Además, yo tengo hambre.

Busqué y busqué, pero la gorra no apareció por ningún lado.

---Lo siento ---dije, y me apresuré a tomar el vaso con chocolate caliente.

---Descuida, no te ves tan mal ---dijo---. Estamos en la cocina tomando el desayuno. Por si quieres venir.

Sonrió de nuevo, cosa que me puso nervioso. Era la primera vez que me sentía así frente a una niña. Debía estar rojo por la vergüenza.

---Bueno, ya no te molesto ---concluyó, y luego se fue.

Me tomó un momento aclarar las ideas. Con tanto frío no quería despegarme de las cobijas. Pero no podía quedarme ahí todo el día. Puse el chocolate en el suelo. Me levanté, me estiré, acomodé mi camisa y traté de aplacar un poco mi cabello. Levanté el chocolate y me fui directo a la cocina.

Ahí estaban todos. Bueno, todos excepto el padre Luis. Cornelio ya llevaba su pieza de pan por la mitad, mi amigo apenas le había dado un

mordisco, y la pieza de Jo estaba intacta, lo mismo que la mía. Supuse que era mía porque estaba en el lugar vacío.

---¿Tienes frío? Aquí está tu chaqueta ---dijo Irving al verme---. El padre Luis me dio bolsas de plástico para tapar la rendija debajo de la puerta.

Vaya si tenía frío. Puse el chocolate junto a mi pan, después tomé mi chaqueta del respaldo de la silla y me la puse. La tela estaba fría pero pronto se calentaría. Enseguida me senté para tomar el desayuno.

---Oye, esa gorra es mía ---dije algo molesto.

---Lo sé ---dijo Cornelio y dio otro mordisco a su pan.

---Pues regrésamela.

---Está mañana amaneció más frío. No quiero que se me congelen las orejas.

---Pero es mía.

---Y yo tengo frío en las orejas. ¿No se ve? No es tan difícil de entender, pues.

---Pero es mía ---insistí, esta vez levantando la voz.

---Ya, pues. No te esponjes ---dijo y depositó el resto de su pan sobre el plato---. Ya escuché que es tuya. Pero yo la tengo puesta. Si puedes quítamela.

Me levanté de mi silla, bastante molesto, aunque la euforia inicial no tardó en desvanecerse al ver como Cornelio se levantaba también. No podía enfrentarlo, era más alto y más fuerte que yo.

---Ya Corni, dale su gorra, no seas idiota ---dijo Jo.

Cornelio se quitó la gorra y me la dio. No me gustaba su sonrisa burlona.

---Dime, ¿qué se siente que una niña pelee tus batallas? ---dijo.

Le arrebaté la gorra y me la puse.

---A veces eres odioso ---le dije.

---Yo creo que es odioso todo el tiempo ---apuntó mi amigo.

---Ay, Irving, me rompes el corazón ---dijo Cornelio en tono sarcástico

justo después de escucharlo.

Se sentó en su silla y se echó a la boca el último trozo de su pan. Lo masticaba con bastante lentitud.

Yo igual me senté y me puse a comer. Nunca me gustó comer estando molesto, pero el día prometía ser largo y pesado, y en verdad tenía hambre, así que me tragué el coraje junto con el pan.

---Ya, perdón. Era jugando ---dijo Cornelio ---. No sé por qué te pones así por una tonta gorra. Yo nomás estaba jugando, pues.

Volteé a verlo. Algo en su cara me decía que hablaba enserio. No lo comentaba con el mismo sarcasmo de siempre.

---Está bien ---dije---, no hay problema. Tal vez sí me alteré un poco.

---¿Alteré? ---dijo Jo, luego rio ---. Hablas raro.

Cornelio también rio al escuchar a su hermana. ---Así son los ciudadanos --- dijo ---. Hablan raro todo el tiempo.

Me quedé callado un momento, luego reí también. Pensaba decir que ellos eran los que hablaban raro, pero luego caí en cuenta de que aquí el único diferente era yo. Como ellos son mayoría, supongo que el raro era yo.

---¿Hablo raro Irving? ---pregunté a mi amigo.

---Un poco ---dijo---. Algunas palabras que dices, y tu acento también. Pero no me molesta.

Al escucharlo me puse a reír a carcajadas. Todo me parecía surrealista. Al poco los demás también se pusieron a reír. Así pude terminar mi desayuno sintiéndome mejor. Tal vez era lo que ocupaba, reír.

Jo se ofreció a lavar los trastes sucios. Yo en cambio me fui corriendo al baño antes de que me lo ganaran. Eso me hizo acordarme de cuando pasé unos días en casa de mi tía. Y es que viviendo con papá casi siempre encontraba el baño disponible por las mañanas. Él siempre se aseguraba de despertarme cuando ya se había alistado. Pero en casa de mi tía cada mañana era una

batalla constante contra mi tío y mis primos, y eso que había más de un cuarto de baño.

Luego de un ratito volví al recinto. Ya no hacía tanto frío. O tal vez era que después de todos estos días en el pueblo al fin me estaba acostumbrando a las bajas temperaturas.

Acá estaba el padre Luis. Otra vez hincado y orando. Parecía una estatua de tan quieto que se encontraba. Aminoré mi marcha para no hacer tanto ruido con mis zapatos. De pronto cada paso que daba me parecía tan estridente.

---Llama a los otros niños ---dijo el padre---. Tengo que hablar con ustedes.

En seguida fui a buscar al resto. Jo y Cornelio seguían en la cocina. Les comuniqué lo que dijo el padre y no tardaron en marcharse al recinto. Mi amigo estaba en el baño. A mí no me gusta que me molesten cuando estoy ahí, así que tardé mucho en decidirme a tocar la puerta. Finalmente toqué y le informé de todo. Dijo que enseguida iba, así que me marché para darle su espacio.

---Nos enfrentamos a un enemigo peligroso y poderoso ---dijo el padre Luis.

Seguía hincado frente a la cruz. No habló hasta que Irving entró y tomó asiento.

---Si su alma es pura y su corazón es inocente no hay por qué temer. Entreguen sus almas a Dios y él los sustentará.

Se levantó y volteó a vernos. Su rostro se veía más afilado y su mirada estaba más bien apagada. Seguro que por la falta de alimento.

---Sígueme.

El padre Luis nos guio hasta la cocina. Entonces abrió la puerta y salió al patio de la iglesia. La neblina rosa persistía por todo el suelo, como una especie de alfombra, cubriendo a todo en rededor desde donde alcanzaba la



vista hasta donde alcanzaba la vista. El último en salir fue Irving, quien no perdió tiempo en cerrar la puerta para que la neblina no se colara al interior del edificio. El padre nos guio hasta el invernadero. Esa estructura de madera de gran altura y con paredes de cristal.

---Pasen ---nos apuró al abrir la puerta. Una vez dentro cerró con la misma urgencia.

La temperatura en el interior era más bien templada, lo que para mis amigos venía a ser calurosa. Además, acá el perfume de rosas era más tenue. Cosa digna de mención porque el interior estaba repleto de rosas.

---¿Y qué hacemos aquí? ---dijo Cornelio.

El padre Luis dio algunos pasos para situarse frente a nosotros e hizo un ademán con el que nos señalaba a todas las rosas de su invernadero.

---¿Notan algo peculiar? ---dijo.

Agucé la vista para inspeccionar con mayor cuidado aquellas flores. Por supuesto que conocía las rosas, mi tía tenía rosales en el jardín de su casa, sólo que aquellas rosas no ocupaban de un invernadero, crecían felices a la intemperie. Pero al pronto, por más que las veía, no encontraba nada fuera de lo común. Eran simples rosales con un montón de rosas en flor.

---Yo no veo nada raro ---dijo Jo.

---Ni yo ---dijo Irving.

---Son flores y ya ---dijo Cornelio.

---Sólo rosas ---dije.

El padre Luis suspiró con cansancio, o quizás con fastidio. Se les quedó contemplando a las rosas, como leyendo un mensaje secreto que únicamente era revelado a sus ojos.

---Tienen que ser más observadores si quieren ganar esta batalla ---dijo---. Vuelvan a ver y díganme que tienen de peculiar estas rosas.

Cerré los ojos y traté de visualizar en mi mente los rosales del patio de la

casa de mi tía. Eran grandes y estaban llenos de rosas. Recuerdo que nos regañó porque le lastimamos uno con la pelota. Mi primo Carlos la pateó con tanta fuerza que le quebró una ramita al rosal más grande.

---Ya lo sé ---dije---. Es la posición de las flores.

Todos voltearon a verme tan pronto hablé, después volvieron la vista a las rosas.

---Es verdad ---dijo Irving.

---Mi tía tenía rosales en su casa. Las rosas crecen mirando a todas direcciones. Pero estas miran al mismo sitio. Todas ellas.

El padre Luis asintió satisfecho al escuchar nuestro descubrimiento.

---Ahora ya saben a dónde se han ido todos ---dijo.

---¿Entonces las flores nos indican el camino? ---preguntó Jo.

El padre Luis volteo a verla con esos ojos cansados.

---No creo que sea coincidencia el color de la neblina y ese penetrante perfume ---dijo---. Ignoro mucho de lo que ocurre. Pero tengo ojos y observo.

Jo volteó a ver la neblina que ondulaba fuera del invernadero, en dirección a donde miraban las rosas.

---Discierne, por tanto, y ve más allá de lo que ven tus ojos ---continuó el padre Luis.

Dicho aquello tomó una pala del suelo. Entonces abrió la puerta y nos pidió que saliéramos. Él salió al último, y esta vez no le importó cerrar la puerta. Y no conforme con eso comenzó a golpear las paredes de cristal, hasta que fueron cediendo y fueron cayendo, hechas añicos.

El ruido puso nervioso a Cornelio. Jo no tardó en atenderlo. En cuanto a mi amigo, observaba la escena con incredulidad, como si no pudiera dar crédito a lo que veía. Cosa comprensible, pues yo mismo no podía dar crédito a la escena.

---¿Qué hace? ---pregunté.

---Recibí una visión del cielo ---dijo el padre Luis sin dejar de destruir las paredes de cristal---. Esto tiene que ocurrir. Entre ustedes cuatro está el elegido que salvará el pueblo. El alma más pura e inocente de todas.

Al oírlo Irving se persignó.

---¿Pero eso que tiene que ver con el invernadero? ---insistí.

---Sacrificio hijo. Siempre se requiere de un sacrificio ---dijo el padre al quebrar el último de los cristales.

La neblina rosa poco a poco se fue apoderando del espacio del invernadero. Al tiempo en que esto ocurría todas las rosas viraron en dirección al padre Luis.

No sé habían hecho visibles por la neblina. Pero pronto las vimos justo en el momento en el que el padre Luis lanzó el primer grito. Decenas de ramitas como de enredadera comenzaron a subir por las piernas del padre Luis. Algunas iban por encima de la ropa, pero otras más iban por debajo. Así fue evidente cuando algunas ramitas salieron por el cuello de su camisa.

Sus gritos eran tan estridentes que Cornelio quedó fuera de combate. Además, Irving no daba señal de pretender hacer algo al respecto.

Intenté acercarme para ayudarlo. Podría tomar la pala y cortar aquellas ramitas. Pero mi amigo me detuvo. Tomó mi brazo y dobló mi muñeca de forma que me obligó a ceder. Para cuando acordé yacía arrodillado en el suelo y con el brazo hacia mi espalda. Cualquier movimiento que intentaba me producía un gran dolor.

---¿Qué haces? ---dije.

---Lo siento, pero no puedo soltarte ---dijo él.

---Me lastimas ---insistí.

---No puedes ayudarlo. Él es el sacrificio.

Me mantuvo así hasta que el padre Luis dejó de gritar.

De las ramitas crecían espinas que se le clavaban en la piel y le hacían

sangrar; como el hombre sujeto a la cruz en el interior de la iglesia.

Me levanté y sobé mi hombro lastimado. No imaginaba que Irving conociera esa clase de llaves. Obviamente su padre se la enseñó. Después de todo Irving quería ser policía.

Era incomodo el silencio; absoluto, envolvente, malicioso. Y esa horrible escena lo hacía peor. A todos nos afectaba. Jo se aferraba al brazo de su hermano, cerrando los ojos con mucha fuerza. Cornelio, en cambio, contemplaba la imagen con los ojos muy abiertos. Y en cuanto a Irving, veía al padre con mucha admiración, como si se encontrara en presencia de un ser extraordinario.

No terminábamos de asimilar lo ocurrido cuando el padre Luis abrió los ojos y volteó a donde estábamos. Con él voltearon también las rosas. El color de sus ojos era del mismo tono rosa de la neblina.

---Siguen ustedes mis niños. No intenten huir dijo.

Con eso todos regresamos corriendo al interior de la iglesia.

Entramos a toda prisa por la puerta de la cocina. Era horrible esa sensación de ser perseguido. Claro que nadie volteó atrás para ver si el padre Luis en verdad nos seguía. Al menos yo no Volteé.

---¿Qué fue eso? ---dijo Jo. Respiraba con dificultad.

---Eso ya no era el padre Luis ---dijo Irving---. Era lo mismo que habló a través de Jo el otro día.

---¿El diablo? ---dijo Cornelio. Aún no se veía recuperado del todo---. No me jodas con que era el diablo.

El crujido nos alertó, pequeñas ramitas se colaban por entre los resquicios de la puerta y por entre los tablones del suelo.

---Hay que irnos ---dije mientras corríamos al recinto. Las ramitas seguían brotando del suelo por entre los tablones, como buscándonos. Emergían casi tan rápido como corríamos.

---No hay a donde ir ---dijo Irving---. Esa cosa ya está por todo el pueblo. La neblina lo llena todo. Y no podemos combatirla sin el padre Luis.

Nos detuvimos a mitad del recinto, en el pasillo que quedaba entre las dos hileras de bancas.

---El padre habló de una visión, pues ---repuso Cornelio---. ¿Qué fue lo que dijo?

Las ramitas no tardaron en aparecer en el recinto. De sus espinas emanaba un vapor blanquecino que al poco tiempo fue adoptando la misma tonalidad rosácea que la neblina de afuera.

---De entre nosotros alguien fue elegido para salvar al pueblo ---dijo Jo, otra vez se aferraba al brazo de su hermano---. El alma más pura de todas.

---No me jodas. ¿Cómo sabremos quién de nosotros es el más puro?

Al ver las ramitas retrocedimos por el pasillo que quedaba entre ambos grupos de bancas, hasta que nuestras espaldas chocaron con la puerta principal. Las ramitas seguían avanzando, quizás no tan aprisa como en un principio, pero sí sin detenerse.

## 8.



---LOS MANDAMIENTOS ---dije---. Irving los escribió el otro día. Así sabremos quién es el más puro. El que no haya roto ningún mandamiento debe ser el más puro.

Al escucharme mi amigo se apresuró a rebuscar en el bolsillo de su pantalón. Sacó un cuadrito de papel y lo desdobló.

En ese momento las ramitas se detuvieron, como si les fuera imposible avanzar más allá del recinto. Al poco empezaron a perder su color verde y la neblina se disipó. Al verlo Irving se persignó, después volvió al papel.

---Aquí están ---dijo---. El primero es "Amarás a Dios".

---Yo lo amo ---dijo Jo.

---Y yo ---confirmó Irving.

---Supongo que yo y el viejo nos llevamos bien ---dijo Cornelio.

---Yo no sé, papá nunca me llevó a la iglesia ---dijo algo apenado---. No es como que conozca mucho de Dios.

Todos voltearon a verme con un gesto raro, como de entre incredulidad y reproche.

---El segundo es "No usarás el nombre de Dios en vano".

---Yo jamás hago juramentos ---dijo Jo.

---Ni yo ---dijo Irving, luego hizo una pequeña pausa---. Bueno, si he jurado cosas, pero nunca en nombre de Dios.

---Yo sólo juro en nombre de la virgen ---dijo Cornelio---, y siempre cumplo lo que juro, pues.

---La verdad yo ni siquiera sé cómo se llama Dios ---dije---, ¿así cómo se supone que voy a usar su nombre?

Volvieron a dedicarme una mirada, pero esta vez era más de lástima que de

reproche. Al menos así lo sentí. Pero yo no tenía la culpa de que papá nunca me llevara a la iglesia.

---El tercero es "Celebrarás las fiestas".

Jo se quedó pensando un momento. ---No estoy segura ---dijo---. ¿Las fiestas son navidad y pascuas? Esas son las que celebramos en casa, al menos que me acuerde.

---Creo que hay otras, pero no estoy seguro ---dijo Irving---. En casa también celebramos navidad y pascuas.

---Ya lo dijo Jo ---apuntó Cornelio---. Vivimos bajo el mismo techo, pues. Celebramos lo mismo.

---Sé qué es la navidad ---dije---. Es cuando viene santa y cuando se pone el pino y las luces. Pero no sé qué son las pascuas. Igual y no es como que papá sea aficionado a la navidad. Ponemos un pino pequeño y me compra dos regalos. Sólo eso.

De pronto sentí más frío. La temperatura bajó considerablemente.

---El cuarto es "Honrarás a tu padre y a tu madre".

---Siempre me porto bien ---dijo Jo---. Nunca he hecho batallar a papá y a mamá. Ayudo en casa y a veces cuido a mi hermanito.

---Yo también hago caso a mi papá y a mi mamá ---dijo Irving---. Ordeno mi cuarto, hago mi tarea, y hago todas las cosas que papá me encarga.

Cornelio se quedó pensando un momento. ---Ya, pues ---dijo---. Yo y los viejos nos llevamos bien, creo. Si me mandan algo lo hago. Y mi tiempo libre lo paso en casa con mamá. Bueno, haciendo mis cosas. Pero mamá está ahí en casa, y si me pide algo le hago caso, pues.

---Bueno, yo también soy obediente con papá ---dije---. No pasamos muchos ratos juntos, porque él trabaja. Cuando era más chico pasaba las tardes en casa de mi tía. Pero cuando cumplí once ya me dejó que lo esperara en casa yo solito. Y nunca quemé la casa ni nada. Además, cada año llevamos

flores a la tumba de mamá.

Dicho eso todos se quedaron en silencio por un momento. Fue algo incómodo.

---El quinto es "No matarás" ---dijo Irving al fin.

---Obvio que nunca he matado a nadie ---dijo Jo.

---Ni yo tampoco ---dijo Irving.

---Ni yo ---dijo Cornelio.

---¿Las cucarachas cuentan? ---dije---. He matado muchas cucarachas en toda mi vida. Pero es que son desagradables.

---El sexto es "No harás cosas impuras".

---En eso soy una santa ---dijo Jo---. Siempre me he portado bien.

---No sé si soy santo ---dijo Irving---. Pero nunca he hecho cosas así. Me confieso cada semana y me daría mucha vergüenza confesar que hice algo sucio.

Irving y Jo voltearon a ver a Cornelio para esperar su respuesta.

---No me miren así, yo tampoco he hecho cosas raras ---dijo Cornelio---. Soy un adolescente. Hago cosas de adolescentes, pues. No es para comerse el coco.

---Yo... ---dije, y luego hice una larga pausa. Al instante todos se me quedaron viendo con mucha fijeza---. Pues... una vez por curiosidad. Estaba solo en casa, y estaba aburrido, y de pronto pasó. Pasaban ese programa en la tele...

---¿Qué programa? ---preguntó Irving.

---El de los ejercicios.

Todos se quedaron callados. Sus miradas me hacían sentir incómodo.

Entonces Cornelio rio. ---¿Te ponen las señoras haciendo ejercicio? ---dijo en tono burlón.

---Claro que no ---dije enseguida---. Bueno, no sé. Pero sólo fue esa vez.



---¿Seguro? ---Preguntó Cornelio.

---Sí ---respondí---. Bueno, tal vez lo hice otras veces. Pero fueron pocas veces.

Cornelio apenas podía contener la risa. ---¿Pocas? ¿Cómo cuantas?

---Eso no te importa, idiota ---dijo Jo enseguida---. Mejor concéntrense.

---El séptimo es "No robarás".

---Jamás he robado nada ---dijo Jo.

---Ni yo ---dijo Irving.

---Ya dije que mi tiempo libre estoy en casa ---dijo Cornelio---. No me va eso de robar, pues.

---Yo una vez robé un dulce del bolso de mi tía ---confesé---. Pero entonces era más pequeño. Tenía como seis años y el dulce estaba demasiado visible. Era inevitable. Mi tía nunca se dio cuenta. O eso creo.

---No sé qué es más pecaminoso, que te toques viendo a señoras hacer ejercicio o que robes dulces del bolso de tu tía ---dijo Cornelio.

Jo le dio un golpe en el hombro.

---El octavo es "No mentirás".

---La verdad si he dicho mentiras ---dijo Jo.

---Yo también ---dijo Irving.

---Y yo ---dijo Cornelio.

---Y yo ---confirmé.

---El noveno es "No tendrás pensamientos impuros".

Volteamos a ver a Jo esperando su respuesta, pero no decía nada.

---¿Es en serio? ---dijo Cornelio al ver la expresión de su hermana.

---Bueno ---dijo Jo---, la otra vez en clase me puse a imaginar cómo se vería Moy sin camiseta. Y luego quizás le quité también los pantalones. Pero sólo eso. Me distraje tratando de decidir si usaba trusa, bóxer o calzoncillos.

---¿Moisés? ¿El teto de la escuela? No puedo creer que seas mi hermana.

---¿Qué? Me parece algo lindo.

Ahora volteamos a ver a Irving para saber si él también tenía algo que confesar.

---Aunque me miren así, yo no ando fantaseando con cosas sucias ---dijo.

---Claro, y yo soy una quinceañera sexy ---dijo Cornelio.

---Es verdad ---siguió mi amigo---. Bueno, la otra vez tuve uno de esos sueños. Pero no es como que pudiera controlarlo. Pasó, y fue desagradable cuando desperté y estaba todo mojado y pegajoso.

---¿Y con quién soñaste? ---preguntó Cornelio con su cara de gato receloso.

---No la conocen ---dijo mi amigo.

---Fue con Miriam, ¿a que sí?

---No ---dijo enseguida. Su cara se puso toda roja.

Al verlo Cornelio rio. ---Sí fue con Miriam ---dijo, y volvió a reír---. Además, eso también cuenta en el apartado de hacer cosas impuras. Sólo por eso irás directo al infierno.

---Bueno, ya ---dijo Irving molesto---. ¿Y qué hay de ti?

---¿Yo? ---dijo Cornelio---. He fantaseado cosas sucias con casi la mitad del pueblo.

---Qué asco ---dijo Jo.

---Descuida princesita, nunca de los nunca he pensado en tu Moisés. Aunque si lo hiciera, lo veo tan teto que me parece que es más de trusa. Además, no le veo lo malo. Soy un humano, pues. No es como que sea de palo.

Dicho aquello todos voltearon a verme.

---Yo no soy de fantasear con esas cosas ---dije.

---Claro. ¿Para qué fantasear si en la tele hay señoras haciendo ejercicio? ---dijo Cornelio.

---Cállate idiota ---dijo Jo.

---Bueno, no sé ---seguí---. Una vez en las albercas vi a una chica que usaba un biquini pequeño. Venía corriendo a la alberca y se le movía todo. A veces me acuerdo de eso. Pero no sé si cuente como pensamiento impuro.

---Eres un cerdo ---dijo Cornelio en tono serio.

---Ya, concéntrense ---dijo Jo enfadada---. Esto no es un juego. ¿Cuál es el último mandamiento?

---No envidiarás ---dijo Irving.

---Que levante la mano el que nunca sintió envidia ---dijo Jo. Desde luego que nadie levantó la mano.

---Queda claro que todos somos unos envidiosos, pues ---dijo Cornelio.

Nos quedamos callados por largo rato, como meditando todas las respuestas. Fue, por mucho, la conversación más incómoda que tuve en toda mi vida.

---¿Entonces quién es el más puro? ---dije para romper el incómodo silencio.

---Obviamente soy yo ---dijo Cornelio enseguida---. Irving y tú se han portado muy mal. Y a Jo ya la poseyeron una vez. Eso me deja a mí como el más inocente de todos.

---¿Tú, el más inocente? ---dijo Irving---. No lo creo.

---Cállate calzones mojados.

---Yo tampoco creo que tú seas el más inocente ---dije.

Enseguida Cornelio volteó a verme con sus ojos de gato receloso.

---¿Te atreves a juzgar la inocencia? ---dijo---. Que cinismo.

Bueno, admito que me sentía un poco mal. ¿Cuántas veces me detuve a pensar en mis actos y sus consecuencias? Nunca. De hecho, en estas circunstancias, hasta robar ese dulce me parecía una cosa horrible, no se diga lo demás.

---¿Y qué se supone que haremos, alma pura? ---dijo Jo.

Cornelio no respondió. Se quedó como pensando, o simplemente desconectado.

Irving por su parte se veía tan afectado como yo. Miraba la lista de mandamientos ensimismado, apostaría que meditando en sus propias fallas.

¿Y Jo? Ella se veía tranquila. Siendo honestos era quien transgredió menos mandamientos que los demás. Yo habría creído sin dudas que ella era el alma más pura. Pero lo que decía Cornelio era cierto. A ella se le capturó ya una vez y por un contacto mínimo. Y a él no le paso nada a pesar de su gran exposición a la neblina.

---No sé qué hacer ---dijo Cornelio después de su larga meditación.

--Que idiota eres ---repuso Jo---. Si en verdad eres el más puro deberías guiarnos.

---Estoy siendo honesto, princesa. La honestidad forma parte de mi pureza. Además, si están tan convencidos de que yo no soy el más puro, ¿cómo es que no piensan en nada? Deberían ustedes, como los más puros, pensar qué hacer, pues.

A Irving no se le ocurrió mejor idea que hincarse en dirección a la cruz y ponerse a orar, quizás pidiendo perdón por sus pecados. Decía el mismo rezo una y otra vez, a gran velocidad.

## 9.



---QUE INÚTILES son todos ---dijo Jo enfadada.

Acomodó su falda y su suéter, después se acercó a las ramitas que sobresalían del suelo, esas que casi entran al recinto.

---Aléjate de esas cosas ---ordenó Cornelio. Pero su hermana no escuchó.

Estiró la mano y acarició una de las hojas secas. Al instante la hoja se hizo polvo. ---Está muerta ---dijo Jo.

Al oírlo nos acercamos. Incluso Irving dejó de orar para ir con nosotros.

Jo siguió recorriendo la planta con los dedos.

---¿Habían visto algo así? ---dijo.

---Así crecen las rosas trepadoras ---dije---. Mi tía también tenía de esas en su casa.

---Tu tía tenía de todas las rosas del mundo ---dijo Cornelio con sarcasmo.

---No de todas, pero sí de varias.

De pronto Jo se pinchó un dedo con una de las espinas. De inmediato la espina absorbió la sangre, como la aguja de una jeringuilla, y con eso la ramita recuperó su color verde y creció unos centímetros más ---¿Qué diablos? ---dijo Cornelio.

Jo parecía algo mareada.

---¿Estás bien? ---le pregunté. Respondió que sí.

Cornelio estaba más ocupado observando la ramita. Acercó la mano y también se pinchó el dedo para ver qué ocurría. La espina absorbió su sangre y la planta creció poco más, incluso más de lo crecido con la sangre de Jo.

---Esta cosa ocupa de nuestra sangre para crecer ---dijo Cornelio.

---Debió detenerse porque acabó con la sangre del padre Luis, no por qué este sea un lugar santo ---dijo Irving.

Se plantó un pronunciado silencio entre los cuatro. Hacía rato que ya no entendía nada de lo que estaba pasando, y eso me asustaba mucho. El hueco en mi estómago amenazó con hacerme llorar de nuevo. Pero me resistí tanto como pude. Mis ojos sólo se enrojecieron un poco, mientras algunas lágrimas los humedecían de forma superficial.

---Ya no quiero estar aquí ---dijo Jo---. Vámonos a cualquier otro sitio.

---No hay escapatoria ---dijo Irving---. Esa cosa está en todas partes.

Jo se abrazó a su hermano y se puso a llorar. Cornelio sólo atinó a devolver el abrazo y a acariciar lentamente su cabello. Era la primera vez que veía en su rostro una expresión de verdadera preocupación. No era como cuando el pánico por el ruido lo consumía. Esta preocupación era diferente, porque era una preocupación consciente.

---Sí hay un lugar al que podemos ir ---dije luego de un rato. Todos voltearon a verme. Incluso Jo despegó el rostro del pecho de su hermano para observarme.

---¿De qué lugar hablas? ---dijo Irving.

---Cuando recién llegué aquí, la primera noche, el padre Luis habló de un profesor loco.

---¿El profe Jaime? ---dijo Jo.

---Sí, ese ---seguí---. Dijo que se volvió loco y mató todo su jardín. Y el juez o el jefe, no estoy seguro de quien de esos dos, dijo que ahí ya no volvería a crecer nada en al menos cien años.

---Tal vez no sea coincidencia lo que está pasando ---apuntó Cornelio---. Dijo el padre que viéramos más allá de lo que ven nuestros ojos, pues. Ya he estado ahí antes, por curiosidad. La tierra que rodea su casa está bien muerta.

---Su casa está al otro extremo del pueblo, tendríamos que ir corriendo ---dijo Irving---. Además, que su casa no se vea afectada es sólo una suposición. ¿Cómo sabemos que es un lugar seguro?

Lo pusimos a votación, y todos acordamos en que lo mejor era ir a la casa del profe Jaime. Irving no estaba tan convencido, pero finalmente tuvo que ceder a la presión de los demás.

Abrimos la puerta de la iglesia y empezamos a correr. Al principio la neblina estaba al ras del suelo, de modo que cubría apenas la suela de nuestros zapatos. Pero pronto comenzó a subir. Al llegar a la altura de los chamorros comenzó a ondular como agua y a brillar a intervalos regulares, así como ocurrió la última vez.

---Corni, no me siento bien ---dijo Jo al detenerse en seco. Cornelio no lo pensó dos veces. Le ordenó que subiera a su espalda y luego reanudó la carrera.

Para cuando llegamos a la plaza del pueblo la neblina ya nos llegaba a la cintura. Estaba tan cansado, y ya me empezaba a doler a un costado del abdomen por el repentino ejercicio.

---No te detengas ---dijo mi amigo, y me tomó de la mano para jalarme y asegurarse de que no me quedara atrás.

La última mitad del camino fue la más pesada. La neblina no dejaba de subir. Respiraba con dificultad, no tanto por lo agitado, sino por los calambres en el abdomen, los chamorros y las piernas.

La neblina nos llegaba al cuello cuando divisamos la casa del profe Jaime. No era muy claro, pero podía distinguirse el suelo estéril que rodeaba la casa.

---Ya casi llegamos, no se detengan ---gritó Cornelio.

La neblina ya me cubría la cabeza cuando cruzamos el límite.

Caí de rodillas, tosiendo mucho y vomitando parte del desayuno. Abrí los ojos, lentamente, y me sorprendió descubrir la claridad del día. La neblina, de hecho, estaba a mi espalda. Al parecer no podía avanzar más allá de la tierra muerta. Formaba un muro uniforme que ya superaba por mucho mi altura.

Me asusté al escuchar las carcajadas de Cornelio.

---La jodida niebla ocupa tierra fértil ---dijo, y siguió riendo como un loco.





TERCERA PARTE: LA ROSA  
*Lunes 26 de agosto del 2041.*

## 1.



ME ARRODILLÉ en el suelo y me senté sobre mis talones tratando de recuperar el aliento. Nunca fui aficionado a ningún deporte, así que era la primera vez que corría tanto en toda mi vida. El resto lucían igual de cansados, seguramente por lo mismo que yo. Después de todo, Rosa no se veía como el mejor lugar para practicar deportes.

---Sabía que aquí estaríamos seguros ---dije entre jadeos, pero nadie respondió.

Escuché el ruido, como un costal azotando en el suelo; luego lo oí una segunda y una tercera vez. No tuve tiempo para reaccionar, pues casi al instante escuché un zumbido que, igual de improviso, se detuvo detrás de mí. Realmente rápido. Por un instante sentí un agudo dolor en la espalda, después todo se oscureció.

Al despertar me di cuenta de al menos cuatro cosas. Primero, que me dolía demasiado la cabeza. Era un dolor aún peor que el que sentí el primer día después de la neblina. Segundo, que no podía ver nada. Algo, al parecer una venda, me cubría los ojos. Venda o no, estaba bastante apretada. Tercero, que no me podía mover. Mi cuerpo estaba atado y bien sujeto a una silla. Ignoraba por cuánta cuerda, pero debía ser mucha, porque ya me dolía el cuerpo debido a la presión, y me era imposible mover cualquier cosa. La cuerda debía envolverse por completo, de los pies a la cabeza. Y cuarto, que no estaba solo. Pude escuchar el caminar nervioso de una persona. Se movía alrededor de mí.

Me tomó apenas cinco segundos hacerme consiente de mí mismo, después de lo cual comencé a gritar. O más bien, mi garganta intentó gritar. El sonido resultante era una suerte de gemido o gruñido. No podía controlarme. El dolor

era insoportable.

El sujeto que me acompañaba detuvo su andar. Titubeó por un momento, luego se acercó a toda prisa, de forma atropellada. Y de esa misma forma clavó una aguja en mi cuello. Casi al instante el dolor desapareció, al tiempo que mi corazón aminoraba el número de palpitaciones.

---¿Qué pasa? ---dije asustado. O más bien gemí, pues ni yo mismo terminaba de entenderme.

---Tú no haces preguntas, las preguntas las hago yo ---dijo una voz. Parecía ser la de un hombre adulto. Uno con un muy buen oído, pues entendió mis gruñidos.

---Me duele mucho, y tengo frío ---dije. Entonces me puse a llorar.

---Si no dejas de llorar te cubriré también la boca ---dijo.

Sopesé la posibilidad de tener la boca cubierta, así que traté de hacer mi mayor esfuerzo para dejar de llorar. De cualquier forma, tampoco era que fuera a soportarlo mucho, con cada sollozo se expandía mi pecho, y cada que eso pasaba me dolía mucho por la presión de las cuerdas, aun a pesar de la droga.

---¿Por qué hace esto? ---dije.

---Tú no haces preguntas, las preguntas las hago yo ---dijo.

---¿Qué quiere saber?

---Tú no haces preguntas, las preguntas las hago yo ---dijo de nuevo---. Yo sabré qué quiero saber cuándo quiera saberlo.

Pasó un largo rato, No sabría especificar cuánto pues perdí por completo la noción del tiempo. Cuanto haya sido me pareció demasiado. Cada vez tenía más frío, más sed y más hambre.

---Quiero saber quién eres ---dijo finalmente---. Esa es una pregunta.

Intenté hablar, pero esta vez no salió la voz. Mi boca y garganta estaban completamente secas.

---Agua ---alcancé a decir; o eso creo. Aunque definitivamente lo pensé.

Sentí una enorme mano sujetándome del cabello con mucha fuerza; y algo parecido a una vasija grande posándose en mis labios. Bebí tanta agua pude, tan rápido que parte de ella cayó sobre mi pecho, es decir, sobre las cuerdas que me apresaban. Eso me hizo sentir más frío del que ya sentía. Tosí varias veces, hasta que pude aclarar la garganta por completo.

---Quién eres ---insistió.

---Me llamo Rúbe ---dije. Mi voz se escuchaba rara, como si no fuera mía--. ¿Qué me está pasando?

---Tú no haces preguntas, las preguntas las hago yo ---dijo---. Sé que sientes seca la garganta. Es por el sedante. Tal vez se me pasó un poco la dosis.

---Tengo frío ---dije, pero no recibí respuesta---. ¿Puedo beber más agua?

---Dime quién eres ---insistió---. No te conozco. Es la primera vez que te veo.

---Me llamo Rúbe. Soy nuevo en el pueblo. Vine con mi papá, él es el nuevo profesor en la escuela.

---El profesor, claro ---dijo como desmeritando mis palabras---. Si eso es cierto, por qué estabas usando mi gorra y mi chaqueta.

---¿Me lo pregunta? ---dije.

---Tú no haces preguntas, las preguntas las hago yo.

---Esas cosas me las prestó doña Inés. Es la mujer que nos da hospedaje en el pueblo. Dijo que eran de su nieto.

---Doña Inés, viuda de Santos ---dijo algo molesto.

---Sí ---respondí---. Eso creo, no estoy seguro.

---Mientes. Ella no tiene nietos. La gorra y la chaqueta son mías. Y creo que esa camisa también, pero no lo recuerdo bien. De lo que sí me acuerdo es de la gorra y la chaqueta.

---Tal vez se esté confundiendo. Debe haber muchas gorras y muchas chaquetas iguales.

---No ---dijo enseguida---. Son las mías, estoy seguro.

---¿Y por eso me ató? ---dije---. No sabía que eran de usted. Se las puede quedar si quiere, pero suélteme por favor. Las cuerdas me lastiman.

---Quién te envió ---dijo.

---¿Pregunta quién me envió?

---Tú no haces preguntas, las preguntas las hago yo. Dime quién te envió a mi casa. Fue ella. Ella te envió.

---No sé de qué me está hablando ---dije, y empecé a llorar otra vez. Traté de resistirme lo más que pude, pero el miedo me dominaba.

---Dime quién te envió a mi casa.

---Nadie me envió. Todo el pueblo está cubierto de esa niebla, incluso la iglesia. Creímos que este iba a ser un lugar seguro.

---Deja de llorar. No te entiendo si me hablas mientras lloras.

---Por favor, me duele mucho. Suélteme ---rogué.

---Te quitaré la venda de los ojos. Sólo eso. Necesito que me convenzas de que no fuiste enviado por ella. Si en verdad quieres que te desate, convénceme de que estás limpio.

Sentí como estrujaba mi cabeza mientras intentaba deshacer el nudo de la venda. Batalló con eso por un rato, hasta que la venda se aflojó. Me tomó un tiempo acostumbrar la vista a la luz.

Me encontraba en medio de una habitación vacía. Y vaya si estaba atado.

Desde donde yacía podía ver la chaqueta y la gorra colgando de la pared, además de mis pantalones y mi camisa.

---¿Me desnudó? ---pregunté asustado.

---Tú no haces preguntas, las preguntas las hago yo ---dijo---. Tenía que asegurarme de que estabas limpio. Sin embargo, aun conservas tu ropa interior

y tu camiseta, así que, aún tengo mis dudas.

Caminó hasta situarse frente a mí. Era un hombre alto y delgado. Pero no delgado normal, sino delgado enfermo. Tenía una espesa barba cubriéndole la mitad inferior del rostro, aunque no se veía descuidada, sino bien recortada y aseada. Vestía un suéter negro de cuello de tortuga, pegada al cuerpo, lo que acentuaba su delgadez. Y unos pantalones de franela holgados, lo que lo hacía ver todavía más flaco. Viéndolo así, daba la impresión de estar imitando el estilo de Dante, ¿o era al revés? Como sea, definitivamente se trataba de una persona completamente distinta.

---No me lastime, por favor ---supliqué.

---No es mi intención lastimarte. Te soltaré, claro, pero únicamente si logras convencerme de que estás limpio; únicamente si logras convencerme de que no tienes nada que ver con ella.

---No sé de qué me habla.

No me dijo nada más. Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y hurgó, como si el bolsillo fuera demasiado grande y guardara muchas cosas. Finalmente dio con lo que buscaba y lo sacó.

---No me lastime, por favor ---dije asustado. La sensación tibia en mis piernas debía ser orina. Apenas y me di cuenta del momento en que se me escapaba.

---Sólo hay una forma de saber si estás con ella o no ---dijo.

Sujetó con firmeza la navaja y se hizo un corte en el dedo índice de la mano izquierda.

---Bebe ---dijo. Entonces acercó su dedo a mis labios y me los humedeció con su sangre.

Intenté escupir, pero no pude. En seguida metió su dedo a mi boca y no lo retiró hasta que estuvo seguro de que bebí un poco de sangre.

Sacó su dedo de mi boca y se dedicó a limpiarlo bien con un pañuelo.

Seguí intentando escupir, pero era imposible, tenía la boca seca. El asco me provocó algunas arcadas, lo que a su vez me provocó mucho dolor por la presión de las cuerdas. Apreté la mandíbula, presionando mucho los dientes, y cerré los ojos para tratar de disipar la repulsión. Pero no me abandonaba ese horrible sabor metálico.

---Abre los ojos ---dijo---. Tengo que ver tus ojos para estar seguro.

Abrí los ojos. Apenas podía distinguirlo a través de las lágrimas que se aglutinaban en mis pestañas.

---Lo siento mucho, pero tenía que asegurarme ---dijo. Su voz cambió---. Ya, quita esa cara, ya pasó.

No estoy seguro de qué cara tenía, pero probablemente era un puchero, porque enseguida me puse a llorar. Intenté detenerme, pues los sollozos me dolían mucho por culpa de las cuerdas, pero no pude, me entregué de lleno al llanto.

No estoy seguro de por cuanto tiempo estuve así, tratando de reprimir los sollozos. De cualquier manera, me detuve tan pronto oí cómo se marchaba de la habitación. Escapaba de mi campo de visión. Dio unos pasos, abrió la puerta, salió y la cerró.

Respiraba rápido y con dificultad, tratando de que las cuerdas no me lastimaran más. ¿Qué otra cosa podía hacer? A cada momento mi corazón latía con más fuerza, lo que aumentaba la presión.

Luego de un rato, una eternidad, volví a escucharlo. La puerta al abrirse y cerrarse, sus pasos al andar; también algo pesado que fue depositado en el suelo.

---Te he traído unos calzoncillos limpios y un poco de agua tibia, por si quieres lavarte ---dijo---. Estaré allá afuera.

Volvió a escucharse el clic de la navaja al descorrerse. Luego sentí como forcejeaba con las cuerdas. Por un momento la presión fue tanta que sentí que



mi cuerpo explotaría, pero luego de ese instante la presión se liberó. Sentí el calor de mi sangre conforme volvía a correr con libertad por todo mi cuerpo. Al instante el dolor se intensificó, obviamente volví a llorar y a gritar, esta vez con mayor intensidad.

Forcejé hasta liberarme por completo de las cuerdas. Cuando al fin pude ponerme de pie me tambaleé varias veces hasta que caí al suelo. Pude echarle una ojeada más completa al cuarto. En efecto estaba vacío, libre de cualquier mobiliario, salvo por la silla donde estuve atado. No se veía el profesor por ningún lado.

Me deshice de los calzoncillos empapados de pipí y de la camiseta, que igual terminó mojada. Enseguida me dediqué a lavarme con el agua. Aún estaba tibia, pero me di prisa pues se enfriaba rápido.

Nomás terminé de asearme me vestí. Los calzoncillos me quedaban algo grandes, pues seguro que eran del profe loco, pero era eso o nada. Me puse también el pantalón, la camiseta interior ---otra cortesía del profesor---, la camisa, la chaqueta, la gorra, los calcetines y los zapatos.

No me decidía a salir. No tenía idea de lo que me esperaba del otro lado de la puerta. Pero no podía quedarme en ese pequeño cuarto todo el día.

## 2.



---TARDASTE MUCHO ---dijo al verme.

No dije nada. De hecho, todo mi cuerpo se tensó con solo contemplar su imagen.

---En verdad lamento lo que pasó ---siguió---, pero tenía que corroborar de qué lado estabas.

La puerta daba a un largo pasillo. A ambos lados se disponían más puertas, todas perfectamente cerradas.

---¿Dónde están mis amigos? ---pregunté.

---Están en la sala, durmiendo en los sillones ---dijo.

Me señaló el final del pasillo. Desde aquí podía verse el respaldo de un gran sillón. Me acerqué para ver, y en efecto, dormían apacibles en los sillones.

---¿Por qué a ellos no los desnudó y los ató como a mí? ---quise saber.

Cruzó los brazos y se me quedó contemplando con indiferencia. Viéndome, pero sin verme del todo.

---Era obvio que ellos estaban libres ---dijo---. Pero tú. Tú eres diferente. Tienes algo distinto que no podría explicar. No tengo idea de qué sea. Pero descuida, lo único que me interesa es que no estés con ella, y ya he comprobado que no estás con ella. De ahí en fuera lo demás no me importa. Además, no estabas desnudo, solo sin ese exceso de ropa.

---No entiendo lo que me dice.

---Ya lo entenderás, en su momento.

---¿Usted conoce a doña Inés? ---pregunté.

---Que si la conozco ---dijo---. Es mi madre.

---¿Entonces esta ropa en verdad era suya?

---Ven, mira ---dijo, y me hizo seña de que le siguiera.

Atravesó la sala de cuatro largas zancadas, hasta donde estaban las repisas. Tomó un cuadro y me lo dio. Era el retrato de tres niños, más o menos de mi edad.

---Este soy yo ---dijo al señalar al niño que usaba la misma chaqueta y la misma gorra que yo estaba usando---. Él es mi amigo Alberto, y él mi amigo Luis. Aquellos eran buenos tiempos.

Me quedé contemplando la foto por largo rato. El niño que se llamaba Alberto se parecía mucho a Irving, sólo que su cabello era negro y no rubio. Seguro debía ser el jefe cuando niño.

---¿Él es el jefe? ---pregunté.

El profe volvió a examinar la fotografía, como si de pronto hubiera cambiado. Se rascó la cabeza, luego asintió.

---Sí, es el jefe ---confirmó---. Es el papá del niño de allá ---dijo mientras señalaba a mi amigo---. Se parecen mucho. Pero no en la nariz, ni en el pelo.

---¿Quién es el otro niño? ---pregunté.

---Luis ---dijo---. Ahora está en la iglesia. Es extraño, desde ayer que no toca la campana.

---Creo que está muerto ---dije---. El demonio lo atrapó.

---El demonio.

---Sí. Usó las rosas de su propio invernadero para capturarlo.

---No está muerto ---dijo---. Ella no nos quiere muertos. Sin vida no le servimos para nada.

---¿Quién es ella?

---Es extraño verte usar mi ropa. Esa chaqueta y esa gorra las tengo presentes por esta foto. Las veo todo el tiempo.

---Doña Inés dijo que podía usarlas ---dije---. Perdón si le incomoda. Pero es que me dijo que eran de su nieto. Su nombre empezaba con "S". Sergio, o

Simón...

---Santiago ---dijo.

---Sí, algo así ---confirmé---. Dijo que podía tomar cualquier ropa que quisiera, porque ya nadie la usaba.

---Sí, descuida, ya no uso esa ropa.

Dio otros largos pasos y se aproximó a la repisa de otra pared.

---Mira ---dijo---. Ella es Elena, y él es Santiago.

Puso la fotografía en mis manos y me señaló a una señora con una gran barriga, y luego a la barriga.

---Elena murió hace algún tiempo ---siguió---. Y antes que ella murió Santiago.

---Lo siento.

---Él iba a ser el niño más feliz del mundo. Pero no alcanzó ni siquiera a ver la luz del sol. Me imagino que para Elena el sol también se apagó. Lo intentamos por un tiempo, pero ya no volvió a embarazarse. Debe ser difícil para una mujer que anhela ser madre enterarse de que no puede serlo.

---No sé qué decir.

---No tienes que decir nada ---siguió---. Ya hace mucho tiempo de eso. He sanado y lo he superado.

---Entiendo ---dije. En verdad me sentía incómodo con esa conversación.

---Si Santiago viviera tendría tu edad. Claro que se vería mejor. Seguro que a él si le sentarían bien esa chaqueta y esa gorra. Se vería más como yo. Como en esta foto. Más guapo, más alto y más derecho.

---Yo perdí a mi mamá ---dije---. Cuando tenía cinco años.

Las palabras brotaron de mi boca tan de repente que sentí un poco de vértigo. Nunca me gustó hablar de eso, ni siquiera con papá.

---Murió en un accidente junto con mis abuelos ---seguí---. Tengo a mis abuelos de parte de mi papá, pero mi mamá y mis abuelos por parte de ella

murieron en el accidente.

---Debes extrañarla mucho ---dijo.

---No sé si la extraño ---confesé---. Tengo pocos recuerdos de ella; demasiado pocos como para extrañarla en serio.

Se quedó callado un momento, como meditando mis palabras. Entonces colocó las dos fotografías en la repisa.

---Yo extraño mucho a Elena. Pienso en ella todo el tiempo. Cuando me meto a la cama a dormir, cuando me levanto, cuando tomo el desayuno, cuando miro el atardecer, cuando leo nuestro libro favorito. La extraño, porque juntos vivimos muchas cosas.

Se quedó callado de nuevo, como pensando en las palabras que acababa de decir, o las que diría a continuación.

---Pero a él. A él no lo extraño. Claro que me duele la muerte de mi hijo. Sufrí mucho cuando lo perdí. Pero en realidad nunca lo conocí. Nunca vi su rostro, nunca lo cargué, nunca le cambié los pañales, nunca jugué con él, nunca lo arropé, nunca lo ayudé a resolver sus problemas. Entiendes lo que digo.

---Creo que sí ---dije.

---Perdiste a tu mamá cuando tenías cinco años. Los recuerdos que yo tengo de esa edad son demasiado difusos como para darles forma. Y eso debe pasarle a cualquier persona. Si no eres capaz de recordar cada detalle de tu mamá, que no te afecte, eso es normal. Sí, válido y normal. Así como es normal que por tal motivo no la extrañes tanto.

Dicho aquello el profe se marchó. Salió de la sala con apenas cinco largos pasos. Se quedó de pie en el marco de la puerta que daba a lo que debía ser la cocina, y dio media vuelta.

---Tienes hambre ---dijo. No estaba seguro de si era pregunta o afirmación. Luego reanudó la marcha sin esperar respuesta.

Tan pronto desapareció de mi campo de visión me acerqué al sillón para

despertar a todos. Me concentré en Cornelio, pues era el más alto y fuerte del grupo. Lo sacudí del hombro, pero no hubo respuesta. Luego le di varias palmadas en el rostro, pero siguió sin reaccionar.

---Despierta ---le susurré al oído---. Estar aquí es peligroso, tenemos que irnos.

Volví a insistir con las palmadas en el rostro, esta vez con más fuerza, pero no respondió. Finalmente, la desesperación me hizo tomarlo de ambos hombros y zarandearlo con violencia, pero siguió sin reaccionar.

---Es el sedante ---dijo el profe desde la puerta de la cocina---. No despertarán, como mínimo, hasta mañana.

---¿Les dio más sedante? ---pregunté.

---No ---dijo enseguida---. A los cuatro les disparé de los mismos dardos, con la misma dosis de sedante. Suficiente para dormir a un oseño pequeño. La verdad es que nunca me atrajo la caza, así que no tengo idea de cómo medir las proporciones de los sedantes. Esperemos que estén bien.

---¿O sea que no sabe si están bien? ---dije---. Tiene que darles algo para que despierten. Podrían morir.

---O podrían estar muertos ---dijo---. Como sea, mañana lo sabremos.

---Pero si a todos nos disparó lo mismo, ¿cómo es que yo si desperté?

---Ya te dije que tú eres diferente. En lo que a mí respecta nunca estuviste dormido ---dijo---. De hecho, fuiste bastante cooperativo; la ropa te la quitaste tú mismo, y te estuviste muy quieto mientras te ataba.

---No le creo.

---Es lo que pasó ---confirmó---. Quieres comer algo.

---Pero, ¿qué pasará con ellos? ---insistí---. No puede decirme que podrían estar muertos y quedarse tan tranquilo.

---No están muertos ---dijo---. Si los miras con atención puedes distinguir como respiran.

Me les quedé contemplando con más calma. El profe tenía razón, era posible distinguir como se inflaban y se desinflaban sus pulmones al respirar.

---Estarán bien ---dijo---. Cómo tomas el café. Con leche o sin leche.

---No tengo hambre.

---Yo sé que sí ---dijo---. Que sea con leche y mucha azúcar. Vamos.

Caminé despacio hacia la cocina. A decir verdad, me daba mucho miedo. Nunca antes traté con personas locas, y a juzgar por la forma que me ató este debía ser de los locos peligrosos.

---No me obligará a comer sangre o alguna otra cosa rara, ¿o sí?

---Claro que no.

Entré a la cocina y me senté a la mesa. El calor de la estufa era reconfortante. Sobre la mesa estaban dos platos, cada uno con dos tostadas untadas de mermelada de fresa.

---Ten ---dijo al darme una taza con café caliente---. Así lo tomaba yo cuando tenía tu edad. Ahora más bien lo prefiero sin azúcar. Sé que te gustará.

Le di un sorbo. Estaba dulce y con la proporción precisa de café; ni ralo ni cargado.

---Doña Inés nunca me habló de usted ---dije---. ¿No se llevan bien?

---Tenemos nuestras diferencias ---dijo.

Por un rato se limitó a comer sus tostadas y a tomar su café. Yo hice más o menos lo mismo; y es que más bien podría decirse que las devoré, tenía mucha hambre. El profe llevaba la mitad de su primera tostada para cuando yo ya me había comido las dos. Al verme tomó su segunda tostada y la puso en mi plato. Pensé en decirle que no podía comerla, que era suya, pero sólo se quedó en pensamiento, pues igual me la comí.

---Supongo que ya te sientes mejor ---dijo.

---Un poco ---confirmé.

---No podemos estar aquí todo el tiempo. Hay que buscar una forma de

salir, de informar sobre lo que está pasando.

---¿Usted ya lo sabía? ---pregunté.

---Claro que lo sabía ---dijo---. Desde hace más de un año. Pero nadie me hizo caso, ni aquí ni fuera del pueblo.

---No entiendo nada ---dije.

---Descuida, les explicaré todo ---dijo---. Pero para eso necesito que estén todos despiertos. No pienso dar explicaciones dobles.

---¿Y ahora qué?

---Descansa. La noche ya está cayendo. Mañana tendrás respuestas. Puedes dormir en la sala junto a los demás. No tengo muchas mantas, pero creo que puedo prestarles una. Hay que apilarlos juntos para que se calienten mutuamente, o se congelarán. Esta noche habrá helada.

---¿Apilarlos? No son troncos ---dije.

---Pero duermen como tales ---dijo. Después se marchó, seguro que a buscar la cobija.

Por indicación del profe loco coloqué un par de sábanas en el piso al centro de la estancia. Después cargamos a Jo, el profe de la espalda y yo de los pies, y la colocamos sobre las sábanas. En seguida repetimos el procedimiento con Cornelio y luego con Irving. Vaya si dormían como troncos.

---Si están juntos van a estar calientes ---dijo---. Todo este asunto me atrapó desprevenido, así que no tuve la precaución de juntar suficiente leña. Prefiero la leña del bosque, la auténtica, y no esas aberraciones de colores. Como podrás notar por el frío en el ambiente, no he podido encender la caldera.

---¿Y a cuánto va a descender la temperatura? ---pregunté.

---No mucho, recuerda que estamos en verano. A lo mejor baja a cero; o a lo mejor a menos uno. Pero no pasa de eso.

---Pues eso ya es mucho frío ---dije.



---Mucho. No exageres. Acá eso aún es cálido. En invierno llega hasta veinticinco bajo cero, o un poco más abajo.

---¿Qué? Papá dijo que era fresco, pero esto ya hace mucho que superó lo fresco. Si no aguanto el frío del verano simplemente no voy a sobrevivir al invierno.

El profe no dijo nada respecto a mis palabras. Estaba más ocupado contemplando a mis amigos. Y ya puestos en eso, vistos ahí en el suelo, perfectamente alineados como tres troncos inertes, debo reconocer que se veían un poco artificiales.

---Creo que tengo algunos cojines guardados por ahí ---dijo, entonces se marchó.

Aproveché para asomarme afuera por la ventana. La neblina ya casi menguaba por completo, lo mismo que el sol que ya se empezaba a ocultar tras el horizonte. Sin el sol la temperatura disminuiría, siempre pasaba así.

---Ten, ponlos bajos sus cabezas ---dijo al darme tres cojines.

Enseguida me puse a hacer eso.

---Esos dos siguen peleados ---dijo al señalarme a Irving y a Cornelio.

---¿Los conoce?

---Era su maestro, claro que los conozco. Desde hace mucho que no se llevan bien. Bueno, el que molesta es el joven Méndez. El joven Carrillo se limita a enfurruñarse y a aguantar estoico.

---Pues siguen igual, más o menos.

Al escucharme el profe se acercó a ellos y los acomodó de tal forma que quedaran abrazados el uno del otro.

---¿Qué hace? ---dije.

---Cuando se despierten se llevarán una gran sorpresa ---dijo divertido.

---No sea maldoso.

---No seas aburrido ---siguió---. La verdad es que nunca entendí la

fijación del joven Méndez con el joven Carrillo. Es decir, el joven Méndez es apático con todos, pero molesta con mayor empeño al joven Carrillo.

---Sí, lo noté.

---Tal vez le guste.

---¿Que le gusta? ---dije---. O sea, ¿gustar de gustar?

---Del odio al amor hay un paso ---dijo---. A veces, cuando alguien nos gusta y no lo aceptamos, lo odiamos para tratar de cubrir las apariencias. Esa clase de cosas son tan evidentes.

---Yo no lo había visto así ---dije.

---Es que aún eres un niño. De cualquier forma, no es nada importante. Sólo déjalos estar, tarde o temprano arreglarán sus diferencias. En ocasiones el gustar, no necesariamente implica lo que estás pensando. Tal vez lo que quiere es ser su amigo. Los humanos somos máquinas complejas.

Me quedé esperando, si diría algo más, pero ya no dijo nada. Así que tomé la manta y la extendí para cubrirlos.

### 3.



---¿YAHORA qué? ---dije. Me sentía incómodo observando a los chicos dormir en medio de la sala.

---No lo sé ---dijo el profe---. Aún es temprano. Este año pasado recibí pocas visitas, así que estoy algo oxidado con mis modales.

---¿Pocas visitas?

---A veces venía Luis. Charlábamos un rato y luego se iba. Siempre intentaba convertirme a su fe, así que pocas veces ponía atención a lo que me decía. También venía Alberto, para preguntarme si todo iba bien. Pero lo despachaba rápido para que se fuera. Desde que se hizo policía me empezó a poner nervioso.

---¿Y eso por qué?

---No tengo idea ---confesó---. Supongo que es porque nunca me han gustado las armas, al menos no el verlas en la vida real.

El profe se quedó callado luego de decir eso último, como recordando algo importante.

---No he visto televisión estos días ---dijo---. Meses, mejor dicho. Veamos una película.

Se sentó en el sillón individual, el que convenientemente estaba frente a la pantalla. Yo me senté en el sillón más grande, en el que habían estado echados mis amigos. Aún se percibía algo tibio.

---Si tiene internet, ¿cómo es que está tan a gusto viendo la tele? Hay que pedir ayuda.

---Por el pasillo, segunda puerta a la izquierda. Ahí está mi oficina, la contraseña de la computadora es "elena" todo en minúsculas. El lector de huella digital falla un poco, solo presiona fuerte ---dijo sin despegar la vista

de la pantalla---. Suerte con eso.

Tenía toda la intención de levantarme, pero al final no lo hice.

---¿Por qué lo dice? ---pregunté.

---Crees que no he pedido ayuda ---dijo. Esta vez se tomó la molestia de voltear a verme---. He enviado un email diario pidiendo ayuda desde que todo comenzó. Pero a juzgar por el tiempo que pasó, por mi insistencia y por la falta de respuesta, tengo la impresión de que me están ignorando.

Dicho eso el profe volvió a la tarea de seguir buscando algo que ver.

---Qué locura. Esta es una verdadera emergencia, ¿cómo no van a hacer caso?

Tardó en responder, pues estaba atento a la pantalla. Al parecer encontró algo de su agrado, pues enseguida presionó el título.

---Ponte en el lugar de ellos ---dijo---. No creerías de buenas a primeras que todo un pueblo está bajo ataque por una criatura de la que no se tiene evidencia.

---Pero podemos mandar fotos o vídeos. Esa neblina definitivamente no es normal.

---Buena suerte con eso ---dijo, y se concentró en la película.

Me levanté y empecé a hurgar en los bolsillos de la chaqueta. Estaban vacíos, lo mismo que los bolsillos del pantalón. ¿Cuándo fue la última vez que vi mi teléfono? Si mal no recuerdo fue en la casa club. Seguro ahí se me quedó. Y, de cualquier forma, aunque lo tuviera conmigo, seguro que para este momento ya estaría sin batería.

---¿Qué haremos entonces? ---dije algo deprimido.

---Por ahora, ver tele, y luego dormir. Ya mañana pensaremos en lo demás.

Después de eso el profe se sumió en el silencio, absorbo en la película. Intenté hacer más o menos lo mismo, pero me fue imposible, no dejaba de pensar en las cosas que vi y oí, y en las cosas que me pasaron. Aun me dolía el

cuerpo por las cuerdas con las que el profe me ató, y a pesar de la mermelada con la que untó las tostadas no desaparecía del todo el regusto de su sangre. ¿Pero qué pudiera hacer? Afuera persistía esa neblina, y no me marcharía dejando a mis amigos a su suerte.

La película iba de un agente secreto que tenía que desactivar una bomba química muy potente, con la capacidad de destruir a toda Inglaterra. Por alguna razón todo lo que hacía le salía bien. Cerré los ojos y me tapé los oídos en la escena en la que se acostaba con la chica de la película. Papá siempre adelantaba esas escenas. Al acordarme de papá no pude evitar ponerme triste. ¿En verdad seguía vivo? El padre Luis aseguraba que sí, y ahora el profe loco confirmaba lo mismo, pero con cada día que pasaba cada vez estaba menos seguro de eso.

#### 4.



NO SUPE exactamente en qué momento me quedé dormido. Supongo fue antes de que terminara la película, porque por más que traté nomás no me acordaba del final. Seguía en el sillón, sólo que recostado, cubierto por una manta, y con un cojín bajo mi cabeza. Seguro el profe loco se encargó de arroparme tan pronto me quedé dormido.

El ambiente estaba a media luz, justo por la luz procedente de la cocina. Me levanté y miré a mi alrededor, no se veía el profe por ninguna parte. Lo más probable es que durmiera en su habitación. En cuanto a los chicos, seguían en el suelo. Irving y Cornelio abrazados, como los dejó el profe, y Jo como un tronco inerte a espaldas de su hermano.

El silencio era casi absoluto, apenas roto por los ligeros ronquidos de Cornelio, o los leves quejidos de Irving, o el sosegado siseo de Jo. Para estos momentos era obvio que dormían y soñaban. Nada que ver con el estado en que se encontraban hacía apenas unas horas cuando los di por muertos.

En eso pensaba cuando me encaminé al sillón para seguir durmiendo. Hice la cobija a un lado y me senté, y fue en el momento en el que mi trasero tocó el asiento que lo escuché. De hecho, de la impresión me levanté de un salto. Al principio creí que era el viento, pero pronto se hizo evidente que se trataba de algo más. Y es que lo que empezó siendo un susurro terminó siendo un grito. --Rúbe, déjame entrar ---decía una y otra vez; era una voz femenina y joven---. Rúbe, déjame entrar ---insistió, así por cinco ocasiones más; luego se detuvo.

Me acerqué a la ventana para asomarme afuera. La oscuridad resultaba abrumadora. Lo único visible era el imponente cielo tachonado de estrellas. Nunca antes vi un cielo así. Incluso me pareció sorprendente que hasta entonces no se me ocurriera ver el cielo nocturno de Rosa. No sabría decir si

el cielo se veía así por la oscuridad del pueblo o por lo alto de la montaña, seguro que un poco de ambas cosas.

---Rúbe, déjame entrar.

Traté de aguzar la vista, ver algo entre la negrura de la noche, pero fue imposible. Me alejé de la ventana con aprensión, pues no quería descuidar aquella negrura por si de pronto asomaba la dueña de la voz, pero no hubo opción. Me dirigí a la cocina a toda prisa para buscar algo con qué aluzar, como mínimo un encendedor o una caja de cerillos. Rebusqué en los cajones revolviéndolo todo, pero en general solo tenían cubiertos e instrumentos de cocina.

---Rúbe, déjame entrar.

Estuve a punto de darme por vencido cuando la vi allá en lo alto de la cocina, sobre una de las gavetas, un lugar tan alto que casi me pareció inalcanzable. No estaba en condición de darme por vencido, en realidad me acuciaba la necesidad de ver afuera con claridad, así que tomé una silla y me subí a ella para alcanzar la dichosa linterna de una vez por todas. Sin embargo, seguía lejos; ni de puntillas la podía rozar, aunque sea con las yemas de mis dedos. Me le quedé contemplando un rato, desde luego que no uno particularmente extenso, hasta que se me ocurrió una buena idea. Tomé la gorra que traía en la cabeza y la usé para atrapar la linterna y atraerla hacia mí.

---Rúbe, déjame entrar.

Era de esas linternas que funcionaban con baterías. Me sorprendió mucho encontrármela por acá. Irving me comentó que preferían las lámparas de queroseno porque además de aluzar generaban calor. Esta, en cambio, era la típica lámpara. Así y con todo me puse la gorra, corrí a la estancia y me asomé de nuevo por la ventana. De inmediato encendí la linterna y comencé a recorrer el perímetro con el haz de luz.

El sobresalto hizo que perdiera la linterna. Se me escapó de las manos y cayó al suelo estéril. Rodó una buena distancia, quedando lejos de la casa, como invitándome a salir para recuperarla.

Respiraba con dificultad tratando de procesar lo visto. Si mis ojos no me engañaban se trataba de una chica. Su piel pálida destelló con la luz de la linterna y, hasta donde alcancé a ver, estaba desnuda. Esto último fue lo que me sobresaltó. Era la primera vez que veía un cuerpo desnudo que no fuera el mío, o las ilustraciones de la escuela. Bueno, había visto a los gemelos en los vestidores cuando íbamos a las albercas, pero a decir verdad aquello me pareció de lo más natural. Era como verme desnudo a un espejo, así que simplemente no le di importancia. Pero esto era diferente. Se trataba de una chica.

---Rúbe, déjame entrar ---insistió.

Salí por la ventana y recuperé la linterna. Batallé para tomarla pues no podía dejar de temblar. Y no era tanto por el frío sino por los nervios. Dirigí el haz de luz a la procedencia de la voz, y comprobé que en efecto era una chica. Y confirmando lo visto en ese instante fugaz, daba la apariencia de estar completamente desnuda. Se abrazaba a sí misma de modo que sus pechos estaban cubiertos por sus brazos. Parpadeé varias veces, pero la escena siguió siendo la misma. La chica estaba ahí, al límite del perímetro, abrazándose con fuerza, seguro que muriéndose de frío.

Por respeto, o quizá por temor, me concentré solo en su cara. Espesos mechones negros le cruzaban el rostro, ocultando su identidad. Tan sólo se podía ver un ojo, una mejilla y una nariz fina. Bajé la vista hasta sus pechos, pero estos seguían cubiertos por sus brazos. Pasé el peso de mi cuerpo al pie derecho, luego al pie izquierdo. El poco espacio en mis calzoncillos empezaba a molestarme. Pero no era mi culpa, no era algo que yo quisiera, es que no podía controlarlo. Y seguro que fue ese mismo descontrol el que me hizo bajar



la vista un poco más, hasta situarla en su abdomen. Vi la forma en que se dibujaba su ombligo, la forma en que se dibujaban las líneas que definían el contorno de su vientre y su cadera, esas líneas que me invitaban a seguir bajando la vista. La luz de la linterna temblaba tanto como yo. Y seguro era que no temblaba por la temperatura del ambiente, porque de pronto dejé de sentir frío. De hecho, pude sentir el calor y la humedad que cubrían mi cuerpo. Esa incómoda humedad en mi entrepierna, producto de la fricción por cambiar el peso del cuerpo de un pie a otro en repetidas ocasiones. E incluso la humedad de la sangre que manaba de mi nariz en un hilo fino. Tragué saliva, para armarme de valor, y sin dejar de temblar me dispuse a bajar la mirada un poco más. Y lo habría conseguido de no ser por la embestida.

Abrazó mi cuerpo y giró en el aire antes de caer al suelo, de modo que caí sobre él y no al revés.

La linterna salió disparada de mi mano y cayó lejos. Giró sobre sí misma unos momentos antes de detenerse por completo.

Desde luego que intenté gritar, pero me cubrió la boca con mucha fuerza para ahogar mi alarido.

---Por qué estás sangrando ---dijo, revelando que se trataba del profe.

Se incorporó sin dejar de sujetarme, y entonces me alzó rodeando mi cintura con su brazo, de tal forma que mis pies, manos y cabeza quedaron colgando. Y así me llevó de vuelta al interior de la casa.

---Estás loco ---dijo, luego me dejó caer al suelo como si fuese un costal de papas---. Cómo se te ocurre salir.

---Era una chica ---dije---. Está allá afuera y tiene frío. Hay que ayudarla.

---Ella te dijo que tenía frío ---dijo el profe con interés. Tal vez fuera una pregunta.

---Bueno ---seguí---. No lo dijo con palabras, pero estaba desnuda y afuera hace mucho frío.

---Viste a una chica desnuda.

Tardé en contestar, pero finalmente asentí.

---Eso explica tu repentino cambio de temperatura, creí que habías enfermado y tenías fiebre.

---¿No piensa ayudarla? ---dije.

---Tú vez a una chica desnuda e indefensa, y seguro que a tu edad eso te atrae mucho, pero yo lo que veo es a uno de los depredadores más letales concebidos por la naturaleza ---dijo.

Me extendió la mano para ayudarme a levantarme y me guio hasta la cocina. Tomó el botiquín y limpió la sangre de mi nariz con algodón y agua oxigenada. Luego me pidió que volteara hacia arriba para inspeccionar mi nariz.

---No es nada ---dijo---. Debió ser por el cambio brusco de temperatura. Pasaste de estar frío a estar caliente. Es como en los lugares secos, cuando un súbito golpe de calor hace que te desmayes y sangres. Claro que en teoría es casi imposible que pase algo así en este lugar. Realmente debió impactarte mucho ver a esa chica.

---No quiero hablar de eso ---dije avergonzado.

---Ni yo ---dijo mientras comprobaba la hora en su reloj de pulsera---. Intenta dormir otro rato. Aún faltan cuatro horas para que salga el sol.

---La chica sabía mi nombre ---dije; ya que no la escuchaba podía pensar con claridad---. ¿Cómo lo supo?

---Y hasta ahora se te hace raro ---dijo---. Claro que lo sabía, te estaba tentando, quería que salieras del círculo, que volvieras a sus dominios.

---Pero, ¿cómo es posible?

---Se me ocurren dos cosas, y las dos son igual de peligrosas para nosotros ---siguió---. La primera es que ella ya haya probado tu sangre, lo que te vuelve vulnerable. La segunda es que haya probado la sangre de alguien que

pensaba en ti.

---¿Qué pensaba en mí?

---Claro, que probara la sangre de alguien a quien le importes.

---No tiene mi sangre ---dije---, no tengo ninguna herida ni nada. Hasta ahora que sangró mi nariz.

---Pero eso es reciente. Ella sabía que estabas aquí.

---Puede ser por mi papá. Debe estar pensando en mi ---dije emocionado.

---Dudo que sea por tu papá. Él no sabe que estás aquí, y en este momento no creo que esté pensando.

Me quedé contemplando el trozo de algodón manchado con mi sangre.

---En la iglesia la rosa trepadora absorbió un poco de la sangre de Jo y un poco de la sangre de Cornelio.

---¿Rosa trepadora?

---Es lo que le dije del padre Luis. Tan pronto la neblina alcanzó a las rosas de su invernadero empezaron a crecer ramitas que lo envolvieron. Las espinas le chuparon la sangre, como vampiros.

---¿Luis sabía que vendrían aquí? ---dijo.

---No. La decisión la tomamos después.

---Pues, si ella no probó tu sangre, la única forma de que conozca tu nombre y tu paradero es que tenga la sangre de alguien a quien le importas ---dijo---. La joven Méndez o el joven Méndez. Lo que me parece raro es que, independiente a los Méndez, ella haya puesto los ojos en ti. Por qué te busca con particular interés.

---Pero, ¿importar cómo? Cree que le gusto a Jo.

---Importar, no gustar, son dos cosas distintas ---dijo---. Como sea. Lo relevante es que ella te busque. Algo quiere de ti.

---¿Y quién es ella?

---Seguro que todo esto te pone incómodo. Intenta dormir un poco, será un

día pesado. Si me disculpas, yo sí quiero dormir. Y descuida, tendrás respuestas, pero no por ahora. Sólo duérmete. Y si vuelve a llamarte, usa el sentido común y no salgas. Por más desnuda que esté, y por más que te alborote todas las hormonas, por lo que más quieras, no salgas.

No pude dormir el resto de esa noche, aunque en verdad lo intenté. Me recosté en el sillón y me cubrí con la manta hasta la cabeza, cerré los ojos y conté del uno al mil. Cuando iba en el novecientos treinta y dos supe que el intento era inútil, me encontraba demasiado despierto.

## 5.



ENCENDÍ LA televisión a un volumen bajo y puse las caricaturas. No les presté verdadera atención pues mi mente estaba más ocupada pensando otras cosas, pero el murmullo de la tele me daba la sensación de que estaba haciendo algo, y eso por sí mismo me relajaba, aunque sea un poco.

La primera en moverse fue Jo. Giró hacia un lado y se acurrucó más cerca de su hermano. Enseguida también advertí movimientos de Cornelio y luego de Irving. Me quedé expectante esperando la reacción. Lo que dijo el profe sobre ellos dos terminó por inquietarme.

Supe que despertaron cuando escuché los gritos. Y claro que esperaba gritos, aunque en mi mente los imaginé más bien agudos y estridentes. Pero estos se parecían más al maullido de un gato estrangulado. La cobija voló descubriéndolos por completo. Irving retrocedió y trató de incorporarse, pero una aparente pérdida del equilibrio le hizo caer al suelo. Cornelio intentó retroceder también, pero a su espalda se encontraba su hermana, así que no tuvo tanto éxito. Se limitó a flexionarse en posición fetal y a hundir el rostro entre sus rodillas.

Reacciones bastante raras a mi parecer. Ambos se sorprendieron, eso seguro, pero sus rostros se comportaron de manera diferente. Por un lado, el rostro de Cornelio empalideció tanto que pareció más de yeso que de carne. Obviamente se llevó el susto de su vida. En cambio, el rostro de Irving se tornó más bien rojo, como un tomate.

Tanto escándalo despertó también a Jo, que no tardó en abrazar a su hermano para tranquilizarlo.

Irving miraba a todos lados, claramente sin entender dónde estaba o qué estaba pasando. Así hasta que dio conmigo. Su mirada demostraba más

desesperación que miedo. Al verme no tardó en llevarse las manos a la garganta y fingir que se ahorcaba a sí mismo.

Tardé un momento en entender esa mímica, hasta que caí en cuenta de a qué se refería. Su garganta estaba seca. A mí me ocurrió algo parecido, aunque en el caso de ellos debía ser más severo, pues ellos estuvieron inconscientes mucho más tiempo que yo. Me desembaracé de la colcha lo más rápido que pude y corrí a la cocina en busca de agua. Encontré tres garrafas de barro horneado perfectamente alineadas junto a la estufa. Tomé una garrafa y un vaso y regresé a toda prisa a donde mi amigo.

Le ofrecí el vaso, con la intención de que lo sostuviera para servirle un poco de agua, pero lo rechazó. En su lugar me arrebató la garrafa y se puso a beber directo de ella. No estoy seguro de cuánta agua bebió, pero debió ser mucha.

Al ver el agua Jo también se levantó y tomó la garrafa de manos de Irving. Enseguida se puso a beber sin limpiar antes la boca de la garrafa para quitar las babas de mi amigo. A mí me habría dado asco beber así, pero supongo que la sed le podía más.

---Corni ---dijo Jo con voz áspera---. Ten, es agua.

Cornelio se incorporó y tomó la garrafa de manos de su hermana. Tampoco se preocupó en limpiar la boca del recipiente, simplemente se puso a beber. Aunque a diferencia de los otros dos, Cornelio bebía con calma, como tratando de asimilar cada trago de agua que entraba a su cuerpo.

---¿Están todos bien? ---pregunté.

Irving comenzó a inspeccionarse, como si fuera a encontrar algo raro en su cuerpo. Con poco pudor debo agregar, sobre todo por el hecho de que lo hacía frente a una chica.

---Yo estoy bien ---dijo---; o eso creo.

Jo hizo más o menos lo mismo que Irving, o tal vez solo estaba

acomodando su ropa. Como sea, mostró mucho más recato. Luego quitó las ligas que sujetaban su cabello, lo desenredó usando sus dedos como peine y luego volvió a hacerse las coletas.

---Me duele un poco la cabeza ---dijo---, y tengo mucha hambre. Fuera de eso creo que estoy bien.

Cornelio dejó la garrafa vacía a un lado y se incorporó, muy lento hay que agregar, como si las coyunturas de sus huesos estuvieran oxidadas y les costara flexionarse. Su rostro, sin embargo, mostraba gran enfado.

---Oye, tú ---dijo agresivo---. No quiero que vuelvas a tocarme.

---¿Me hablas a mí? ---dijo Irving.

---¿A quién más? Por tu culpa estoy impregnado de tu fétido olor.

---Tú eras el que me estaba abrazando. No yo a ti.

---Este no es momento de pelear ---interrumpió Jo.

---No sé si les interesa saberlo, pero yo vi que eran ambos los que se estaban abrazando ---dije. Y por alguna razón que escapaba a mi comprensión, la discusión se acabó.

---¿En dónde estamos? ---preguntó Irving luego de un rato. Una pregunta bastante tonta a mi parecer, pues las repisas de la pared estaban llenas de fotografías, y en más de una aparecía el profé loco.

---Estamos en casa del profesor ---dije. Y estaba a punto de contarles lo ocurrido, y sobre mi deseo de salir de ahí cuanto antes, pero en ese momento el profé apareció por el pasillo.

---Hola chicos, buenos días ---dijo---. Qué bueno que despertaron ya. Tienen hambre. Prepararé el desayuno.

---¿Desayuno? ---dijo Cornelio. Su voz sonaba algo cansada, cosa irónica considerando todo lo que durmió. Se asomaba por la ventana, afuera seguía algo oscuro. Pero pronto el sol saldría por completo.

El profé siguió su camino hasta la cocina, conectó la tostadora de pan y

abrió una bolsa de pan completamente nueva. La bolsa la sacó de un estante, que, por cierto, contenía otras cuatro bolsas iguales. No conocía esa marca de pan. Con bastante paciencia se puso a tostar el pan de dos en dos. Cinco rondas en total. Dos hogazas para Jo, dos para Irving, dos para Cornelio, dos para mí, y dos para él. El empaque quedó prácticamente vacío. Sacó también tres frascos de otra gaveta, que por cierto estaba repleta de frascos como estos. Mermelada de fresa, mermelada de piña y mermelada de moras. Planeaba darnos de desayuno lo mismo que me dio de cena. Eso explicaba su escuálido cuerpo. Porque yo era flaco, estaba consciente de eso, pero el profe sobrepasaba lo flaco para caer en lo esquelético.

---Coman, vamos, deben tener hambre ---dijo.

Tostar todas las tandas de pan tomó diez minutos, pero acabar con todo nos tomó apenas tres. Fue el desayuno más rápido de mi vida. Me hizo recordar a cuando nos quedamos en la casa club. «Dos tostadas para todo el día» pensé. No pude evitar tocar mi vientre. Juraría que se encogió. Yo seguía teniendo hambre, y siendo el más flaco de los cuatro y el que sí cenó, era lógico pensar que los otros igual tenían hambre, y sin embargo nadie pidió más.



## 6.



TERMINADO ESE parco desayuno el profe desconectó la tostadora y nos pidió le siguiéramos de vuelta a la sala. Se apresuró a encender la luz y a apagar la televisión, luego se sentó en el sillón individual. Jo y Cornelio se sentaron en el sillón mediano. Irving y yo en el más grande.

---Antes que nada ---dijo el profe luego de tenernos largo rato en suspenso---, quiero decirles que es un gran placer volver a verlos. No sé si lo sepan, pero no fue mi decisión el dejar la escuela. Pero ahora eso es algo que ya no tiene caso discutirlo.

»Pasando al tema que en verdad nos compete, no sé cómo hicieron para burlarla, pero me alegra mucho que estén bien. Eso significa que son de una fuerte voluntad. Lo que nos da esperanzas.

Alcé la mano para pedir la palabra. No sé exactamente por qué; supongo que era la costumbre, pues nunca fui de los que interrumpen a los profesores.

---Habla Rúbe.

---Desde ayer está hablando sobre una "ella" ---dije---. ¿Quién exactamente es esa "ella"?

---Es difícil de explicar.

---Trate ---dijo Cornelio---. Si se refieren a la neblina, el padre en la iglesia nos dijo que era el diablo o algo así. ¿Qué dice usted que es?

---No dijo que era el diablo ---intervino Irving---. Dijo que era un ser profano. Y también nos dijo que recibió una visión en la que veía que uno de nosotros iba a salvar al pueblo, el de alma más pura. Incluso se sacrificó para eso.

---Se sacrificó ---dijo el profe. Debía ser una pregunta, aunque era difícil distinguirlo a causa de la entonación. Sin embargo, los demás parecían estar

acostumbrados a esa forma de hablar.

---El padre Luis era un hombre de fe. Él no sucumbía a la influencia del ser profano ---dijo Jo---. Nos contó cómo deambuló por el pueblo entre la neblina, intentando despertar a la gente. Y al ver que no funcionaba tocó la campana.

---Bueno ---dijo el profe---, tiene su lógica, Luis siempre ha sido de convicciones firmes. Pero, a qué se refieren con que se sacrificó.

---Cuando las rosas de su invernadero fueron alcanzadas por la neblina cobraron vida, es decir, sé que las plantas están vivas, pero estas se movían como si pensarán ---siguió Jo---. Atraparon al padre Luis, y él no opuso resistencia. Dejó que las enredaderas lo cubrieran y clavaran sus espinas. Y no dejó de gritar por el dolor en todo ese rato.

---Cientos de espinas clavándose en tu cuerpo deben ser dolorosas ---dije.

---Pero esto es diferente. Esas rosas fueron poseídas por el ser profano, y el padre Luis no sucumbía a su control. Cuando yo me pinché el dedo con una de esas espinas no me dolió. Al contrario, el dedo perdió sensibilidad por unos minutos, y empecé a sentir sueño.

---Si Luis hubiese sido como ustedes ---dijo el profe---, no habría sentido dolor y se habría dormido luego del pinchazo de las primeras espinas.

---Sí ---dijo Cornelio---. A mí me pasó lo mismo que a Jo cuando me pinché el dedo con una de las espinas.

---Luis se sacrificó con la idea de una visión profética en mente. En su visión uno de ustedes es capaz de vencerla. Por eso ella está tan interesada en ti ---dijo el profe al verme directamente a los ojos---. Te tiene miedo.

---¿De qué habla? ---preguntó Jo.

---Esta madrugada ella envió a una de sus zombis para que tentara a Rúbe y lo hiciera salir del círculo de protección.

---¿Tentar? ---dijo Jo.

---¿Una zombi? ---dijo Cornelio.

---¿Círculo de protección? ---dijo Irving.

El profe lanzó un largo suspiro. Seguro que él lo tenía claro en su cabeza, pero nosotros seguíamos sin saber nada.

---No fue nada ---dije, tratando de restarle importancia al asunto.

---Ella envió una chica zombi desnuda. Quería que Rúbe volviera a la neblina ---dijo el profe.

---Yo no me quejaría si quiere venir a tentarme a mí, pues ---dijo Cornelio. Su hermana le dio un golpe en el hombro.

---Ella ya tiene la sangre de ustedes dos ---dijo el profe señalando a Jo y a Cornelio---. Y por lo visto a ustedes no los considera peligrosos, pues al parecer no le interesa buscarlos. Pero algo le debió alertar de Rúbe.

---¿Algo como qué? ---quiso saber Irving.

---Cuando Luis se "sacrificó" debió estar pensando en su visión. Eso la alertó del peligro. La mente de ella es, después de todo, primitiva. No debe distinguir entre lo real y lo ficticio. Quizá por eso no pudo contra la fe de Luis.

---Mire profe ---dijo Cornelio---. Ya sabe que me cae bien y todo eso. Usted es de mis profes favoritos y así. Pero ya me cansé de todo este manoseo y de jugar a meter nomás la puntita. Así que, mejor vamos a meterla toda hasta adentro y díganos contra quien nos enfrentamos.



---ESTÁ BIEN ---dijo el profe---. Pero no quiero preguntas, pues no tengo las respuestas. Acepten lo que les diga y ya. Estamos de acuerdo.

Irving, Jo y Cornelio asintieron, al verlos asentí también.

---Nos enfrentamos a una planta. Yo la llamo "Primal Rosa". La bauticé así por su antigüedad. En español es "Rosa Primitiva".

»La encontré hace tiempo en la mina de carbón. Y tal vez sea un poco responsable de su crecimiento desmedido. Pero, para mi defensa, yo intenté advertirles a todos del peligro. Claro que nadie me escuchó, me llamaron loco y me quitaron mi trabajo.

»En realidad fue poco lo que logré estudiarla, pues pronto se volvió peligrosa y ya no pude acercarme.

---¿Dice que nos enfrentamos a una planta? Qué tontería ---dijo Cornelio.

El profe se quedó en silencio un momento, contemplando a Cornelio como si estuviese contemplando una obra de arte abstracto. Así contemplaba la gente las piezas que se exponían en el museo cuando papá me llevó.

---Claro, la estupidez más grande del mundo ---dijo---. Por ello no tendrás inconveniente en traerme leña del bosque. Después de todo no hay nada a lo que temerle.

---Yo no dije eso, pues ---siguió Cornelio---. No sé si es una planta o un demonio. Pero cualquier cosa que sea es una pasada.

---Sígueme ---dijo el profe y se levantó de su asiento.

Nos guio hasta la habitación que dijo que era su oficina. Ahí estaban su escritorio y su computadora, con acceso a internet según dijo. Se aproximó a una pizarra blanca colgada en la pared. Tenía escritas muchas cosas con pinta de ser importantes, sin embargo, tomó el borrador y lo quitó todo sin el menor

empacho. Borró y borró hasta que la pizarra quedó limpia.

---Trataré de explicar esto de manera fácil, para que me entiendan. Si voy rápido díganmelo para bajar el ritmo.

Con el marcador negro dibujó la silueta de una cabeza y dentro lo que parecía ser la silueta de una nuez.

---El cerebro humano tiene un funcionamiento complejo; pero a la vez es simple. Pensamientos, recuerdos, acciones, emociones y sensaciones, son manipuladas por una serie de químicos y estímulos eléctricos.

»Se genera una chispa eléctrica que lleva el peso de la reacción. Cuando sienten frío, cuando sienten hambre, cuando se preocupan por sus seres queridos, cuando fantasean cosas. Esa descarga viaja por el cerebro de neurona a neurona. A esa interacción se le conoce como sinapsis. Y para poder hacer una sinapsis el cerebro se vale de una serie de líquidos llamados neurotransmisores.

El profe no dejaba de dibujar en la pizarra, llenando la silueta de la nuez con un montón de líneas hechas con marcadores de distintos colores.

---¿Y eso que tiene que ver con la planta? ---dijo Cornelio.

---Bien. Trataré de explicarlo de forma más sencilla aun ---dijo el profe-- -. Esos toques y esos líquidos que hay en el cerebro son los responsables de hacer que ustedes se muevan, actúen, piensen y sientan. Cierto que en general ustedes son los únicos que controlan el funcionamiento interno de su cerebro. Pero piensen, qué ocurriría si alguien más pudiera manipular esas descargas eléctricas y esas segregaciones de químicos.

---¿Podría controlar lo que hacemos? ---dijo Irving.

---Exacto ---siguió el profe---. Y no solo lo que hacen, sino también lo que piensan o lo que sienten.

»Esto es algo que se observa en la naturaleza desde hace mucho tiempo. Claro que normalmente los responsables son parásitos. Hongos por lo regular,

aunque también lo hacen algunas bacterias e incluso algunos insectos. Esta sería la primera planta capaz de hacer algo así.

---Los hongos son plantas, ¿no? ---dijo Jo.

Al escucharla Cornelio volteo a verla y luego puso los ojos en blanco, como con mucho fastidio.

---Los hongos no son plantas, tonta ---dijo.

---A mí no me llames tonta, idiota ---repuso ella y le dio un golpe en el brazo.

---De cualquier forma, esos parásitos solo son capaces de afectar sistemas nerviosos poco complejos, al menos en comparación con el humano.

---Entonces enfrentamos a una planta con la habilidad de controlar la mente ---dijo Cornelio---. Con razón dijeron que estaba loco.

---La amenaza es real ---siguió el profe---. Utiliza esa neblina para capturar nuevos huéspedes y usarlos de alimento. Por medio de ella envía sus órdenes y controla a sus víctimas.

---¿Entonces estamos entre ser el bocadillo de una planta carnívora o deambular desnudos por la madrugada atrayendo a nuevas víctimas? ---dijo Cornelio.

---Algo así ---dijo el profe---. Sólo que no es una planta carnívora propiamente dicha. Más bien establece una relación simbiótica. Se alimenta de la sangre, y a cambio mantiene al huésped vivo y sano.

---¿Y qué ocurre con las personas? ---dijo Jo.

---Esta es una teoría, pero por lo poco que he observado deduzco que sólo captura a aquellas que no tienen una voluntad fuerte. Por ejemplo, la fe de Luis lo hizo inmune a los estímulos de la planta. En cuanto a las personas capturadas, deben vivir cerca de ella para otorgar su sangre y recibir su dotación de nutrientes esenciales. Dudo que tengan consciencia de lo que les ocurre.

---¿Cómo sabe eso? ¿Cómo sabe que no tienen consciencia? ---dije.

El profe tapó el marcador rojo que usó para representar a la neblina de afuera. Miraba con mucha concentración hacia un punto en la pared a nuestras espaldas. Tuve que resistir con todas mis fuerzas el impulso de voltear y buscar qué era eso que miraba con tanta fijeza. Seguramente solo estaba pensando, o recordando.

---Hace dos años me interné por primera vez en las minas de carbón --- empezó a contar---. Ustedes saben que estas tierras son ricas en metales preciosos, y supongo eso era lo que buscaban ahí adentro en un principio, pero la suerte quiso que sólo encontraran carbón. Suerte, porque la mina está tan cerca del pueblo, que si hubiesen seguido explotándola tarde o temprano nos habría afectado. Pero al final el proyecto fue incosteable. Nadie de fuera quería venir a trabajar acá, y nadie de acá quería meterse a la montaña a sacar carbón. Después de todo los arboles mutantes eran un negocio más lucrativo que el ordinario carbón mineral.

»No sabría decir qué era lo que esperaba encontrar ahí adentro. Supongo que estaba aburrido y lo que quería era hacer algo diferente, para variar. Fue difícil para mí la muerte de Elena.

»Sabía, por historias que pasaron de boca a boca, sobre los fósiles supuestamente antidiluvianos que salpicaban las paredes de la cueva. Nada extraordinario considerando que de esos hay en todas partes. Pero yo quería verlos con mis propios ojos y, si tenía suerte, traerme un poco de carbón mineral como recuerdo. O tal vez solo entré en crisis y ocupaba despejar la mente.

»Entré a la cueva cargado con mil quinientos metros de cuerda roja y me aventuré a las entrañas de la montaña. En realidad, no fue tan emocionante como imaginé. De niño realizaba esa clase de excursiones con mis amigos y recordaba que habían sido aventuras geniales, pero ahora no era lo mismo. Tal

vez era mi estado de ánimo o tal vez era que estaba solo. Caminé por varios túneles y no encontré nada más que paredes frías y los vestigios de lo que anteriormente fue la actividad minera.

»Me hice de uno de esos cascos con lámpara que caracterizan a los mineros y de un pico. Admito que eso si me divirtió un poco. Seguí caminando y adentrándome más y más.

»Claro que vi fósiles, pero no eran nada fuera de lo ordinario. Simples trilobites y plantas que se quedaron fundidos en la roca. Lo que en realidad me interesaba era el carbón. Era una especie de reto personal, no me iría de esa mina sin un trozo del mineral.

»Finalmente localicé el mineral en un muro al final de un túnel. Supuse era donde se quedó el corte cuando abandonaron la mina. Empuñé el pico y me puse a golpear el muro una y otra vez.

»Cayó un trozo de carbón a mis pies, luego un trozo más grande, luego otro trozo casi del mismo tamaño que el anterior. Y con eso habría sido suficiente como trofeo para mi aventura, pero no me detuve. Golpear ese muro era tan reconfortante. Golpee y golpee hasta que el pico se hundió en el muro y se quedó clavado.

»Bastaron un par de tirones para que un considerable hueco se abriera en aquel muro, lo suficiente para dejar pasar a tres personas al mismo tiempo. En automático a mi nariz llegó aquel penetrante perfume, casi tan rápido como mis pies fueron envueltos por la neblina.

»El hueco daba a una gran cámara, al centro de la cual se erigía la rosa más extraña que vi en mi vida. A su alrededor, en perfectos círculos concéntricos, se agrupaban una suerte de pequeños mamíferos peludos de largas trompas y de rabo inexistente. Desde luego que esos mamíferos no se parecían en nada a cualquier animal.

»Estuve volviendo por varias ocasiones para investigar más sobre el



asunto. Así es como descubrí que las criaturitas eran mamíferos. Me parecía rara la forma en que se agrupaban en pos de la flor, como si le rindieran alguna clase de adoración. Y estudiando a estas criaturas es que descubrí que no actuaban por su propia voluntad, sino que eran controladas por algo más grande.

»Traté de asociar su comportamiento con hormigueros o con colmenas. Pero había diferencias. Estos mamíferos no tenían rangos ni reina. A no ser que la flor al centro de la cámara fuera la reina. Además, encerrados en un espacio reducido, no parecía haber fuente de agua o alimento. Y fue entonces que empecé a notar las ramas y las espinas.

»Fue intentando acercarme a la flor que ella envió a su grupo de defensa. Varios de los animalillos me atacaron. Desde luego que no podían hacer gran cosa contra mí, pero uno de ellos logró morder mi tobillo y hacerme sangrar.

»Tan pronto el animal probó mi sangre sus ojillos blancos se tornaron rosa, y al mismo tiempo la flor se agitó y empezó a expandir su perfume con mayor ímpetu. Debió gustarle mi sangre, pues no reparó en enviar a toda la colonia entera para atacarme. Apenas y pude huir.

»La última vez que fui me encontré con una escena espantosa. Obligaba a los animalillos a reproducirse, seguro que con la intención de tener más fuentes de energía para expandirse. Ya dominaba gran parte de la mina. Sabía que era cuestión de tiempo para que saliera de los túneles y se apoderara del pueblo.

»Y bueno, el resto de la historia ya la conocen. Intenté advertir al pueblo, pero nadie me creyó. Me quitaron mi empleo, mancharon mi reputación con todos esos rumores, incluso me amenazaron con enviarme a un manicomio si seguía hablando del asunto. Y aquí están las consecuencias.

---¿Qué haremos ahora? ---dijo Irving---. Si esa rosa es como dice no sólo el pueblo está en peligro, sino las ciudades de alrededor.

---Imagino el gobierno tendrá los recursos para erradicar a una plaga así. Basta con matar a la planta. En teoría es frágil, todo es cuestión de burlar a sus guardianes. Esta clase de parásitos recurren a guardianes porque no pueden protegerse a sí mismos ---dijo el profe---. Por otra parte, se ocuparía de la sangre de muchísimas personas para que las feromonas de la rosa lleguen a la ciudad más cercana.

---Pues si ya organizó una orgía de mamíferos prehistóricos, ¿qué la detiene de hacer lo mismo con la gente del pueblo? Después de todo ya demostró no tener dificultades para desvestir a los zombis, pues ---dijo Cornelio.

El profe se quedó en silencio por un rato, como meditando en las palabras de Cornelio.

---Tienes razón ---dijo---. Si no queremos un crecimiento descontrolado en la demografía del pueblo, tenemos que detener a la rosa antes de que empiece con sus orgías.

---Si no es que ya las hizo ---dijo Irving.

La declaración de Irving fue seguida por el silencio. El profe se ocupaba en contemplar los garabatos en la pizarra, como si en ellos se ocultara la respuesta a todos sus problemas, mientras que nosotros nos ocupábamos en contemplarlo a él, como si en él se encontrara la respuesta a todos nuestros problemas.

---Bueno ---dijo el profe para romper con ese silencio---, si ese es el panorama al que nos enfrentamos entonces será mejor que nos movamos rápido.

---¿A dónde? ---dijo Jo alzando la voz.

Me asusté un poco al escucharla, pues la tenía a mi espalda y su reacción fue tan repentina como su voz estridente. Y es que no la esperaba pues hacía rato que permanecía callada, justo después de que su hermano se burlara de

ella por lo de los hongos.

---El clima nos favorece el día de hoy ---siguió el profe---. Tenemos dos opciones. Buscar un auto y huir del pueblo, o trabajar en un plan de ataque para acabar con esa perra de una buena vez.

---¿Perra? ---dijo Cornelio enseguida---. Como que a usted no le sientan bien esa clase de insultos profe.

## 8.



NOS TOMAMOS un minuto para asimilar la información y sopesar las opciones. Yo personalmente no me sentía inclinado a huir, lo que prefería hacer era rescatar a mi papá, a como diera lugar. Además, de escapar como un cobarde, ¿con quién me iría?, mi papá era lo último que me quedaba.

---No podemos irnos del pueblo ---dijo Irving---. Llegaríamos a la ciudad al anochecer. ¿Y qué haríamos?

---Avisar a la policía, pues ---dijo Cornelio.

---¿Y nos van a escuchar? ---dijo Jo---, yo no pienso abandonar a Pino dentro de esa mina.

---Jo tiene razón ---dije---. No tenemos pruebas con las cuales demostrar lo que le pasa al pueblo. Aunque lleguemos a la ciudad y vayamos a la policía, lo más probable es que no nos hagan caso.

---En eso están en lo cierto ---dijo el profe---. Yo tenía pensado salir del pueblo a la primera de cambios y tratar de convencer a alguien de que estábamos en peligro, a como fuera. Pero si nuestras sospechas son ciertas y la planta tiene la intención de ir más allá del pueblo, entonces nuestras familias, amigos y vecinos están en peligro.

---¿Peligro? ¿Peligro cómo? ¿Qué clase de peligro? ---dije.

---Si la planta quiere ir más allá de la montaña ocupa de más personas, con el pueblo no le basta ---dijo el profe---. Desde luego que ya sabes cómo se hacen las personas.

---¿Es lo que decían de las orgías? ---dije---. ¿En verdad puede hacer eso? A decir verdad, no me quedaba claro que era una orgía, pero seguramente era algo sexual muy enfermizo.

---Para ser honesto no sé me ocurrió hasta que el joven Méndez planteó la

posibilidad. Pero cierto es que, si ya lo hizo una vez con los animalillos, justamente para salir de la mina, igual pudiera repetirlo con la gente del pueblo para intentar salir de la montaña.

---Qué asco ---dijo Jo, y luego dio otro golpe en el hombro a su hermano--  
-. ¿Por qué siempre dices cosas sucias, idiota?

Cornelio hizo un teatral gesto de dolor al recibir el golpe.

---¿Qué? Si yo fuera esa planta eso haría, princesa ---dijo---. Además, es de lo más natural del mundo. Así te hicieron a ti y así me hicieron a mí. ¿Y qué no dices que te gustan mucho los niños? Podrías tener un nuevo hermanito o hermanita.

Al escuchar eso Irving se adelantó un paso con los ojos muy abiertos.

---Yo no quiero un hermanito ---dijo---. Así estoy bien.

---Las cosas no serían de esa forma ---dijo el profe en tono serio---. Dudo que la planta entienda las convenciones del matrimonio, la familia y la mayoría de edad; o los peligros genéticos que implicaría el incesto. En todo caso todo varón capaz de engendrar y toda mujer capaz de ser preñada serán candidatos, sin importar si son o no pareja, si tienen o no la edad, o si comparten o no la misma sangre.

---Eso sería horrible ---dijo Jo.

---Bastante horrible ---concluyó el profe---. Así que mejor nos movemos ya.

## 9.



EL PROFE se dirigió a su escritorio, tomó su chaqueta del respaldo de la silla y se la puso. La barba crecida le daba una apariencia desaliñada que acentuaba su condición como el loco del pueblo.

Nos pidió que le siguiéramos, así que fuimos tras él. Al pasillo, a la estancia y así hasta llegar afuera. El sol apenas empezaba a salir, pero nubes grises encapotaban el cielo, de modo que no se distinguía tan claro el círculo de luz.

---No irá a nevar, ¿o sí? ---dije al ver el cielo.

---Para nada ---dijo el profe---. El termómetro sólo marca menos uno. Quizá caiga algo de escarcha o agua nieve. Nada significativo.

La linterna seguía encendida, tirada en el suelo. Me apresuré a levantarla, y justo cuando iba a apagarla la luz se desvaneció. La batería debió acabarse.

---¿Y eso? ---dijo Irving al verme alzar la linterna y luego volver a tirarla al suelo.

Seguíamos al profe de cerca, nos guiaba devuelta al pueblo. La neblina rosa por su parte descansaba al ras del suelo, no alcanzaba ni a cubrir la suela de mis zapatos.

---Se me cayó ayer en la noche ---dije---. Ya no sirve.

---Ah, sí ---dijo Cornelio al escucharme---. Cuando vino a intentar raptarte la chica desnuda. ¿Te habrías dejado? Te podría pasar lo mismo que al chico de mi historia.

---Cállate, idiota ---dijo Jo en seguida y dio un golpe a su hermano.

Las casas se alzaban a nuestro alrededor señalando al cielo con sus tejados. Prácticamente todas eran de una sola planta. Aunque la mayoría parecían tener ático, y seguramente que también sótano para la caldera. Casi

todas las puertas estaban abiertas de par en par, de modo que la neblina se colaba al interior de las casas. En algunas incluso los televisores seguían encendidos. Por más que trataba no me podía imaginar a toda la gente del pueblo saliendo de casa para internarse en el bosque.

---¿Qué tanto piensas? ---dijo Irving al verme tan ensimismado.

---Nada ---dije---. Es que me parecen algo curiosos los techos de las casas. En la ciudad los techos de las casas y edificios son planos.

---Ah, eso ---dijo---. Es por la nieve. Si los techos de las casas fueran planos entonces la nieve se acumularía y las casas se caerían por el peso. Por eso son tejados inclinados.

---Se llaman techos de dos aguas, ignorantes ---dijo Cornelio.

---¿Y cae mucha nieve?

---No mucha ---dijo Jo---. Pero aquí las casas son todas de madera y de tablaroca y materiales así. Por eso no aguantan tanto peso.

---Sí me fijé ---dije.

---Es como que cae la nieve suficiente como para tirar abajo una casa, sólo eso.

Llegamos a la plaza y ahí el profe se detuvo. Sacó una pequeña libreta de papel y una pluma del bolsillo de su chaqueta y se puso a escribir. Se veía bastante concentrado en eso. Era obvio que estaba escribiendo una lista. Tuvo que reescribirla hasta tres veces antes de estar completamente convencido de que era la correcta.

---Joven Méndez ---dijo al extenderle la lista a Cornelio---. Vaya a la tienda y surta esto. Si no hay cuerda los tendedores también valen.

Cornelio tomó la lista con algo de timidez. Se la quedó contemplando con mucha extrañeza, no tanto lo escrito sino la hoja de papel color amarillo.

---No pierda tiempo joven Méndez, que es lo que menos tenemos ---apremió el profe. De inmediato Cornelio se marchó en dirección a la tienda.

Volvió a escribir en su libreta, una nueva lista. Al parecer ya tenía las ideas más claras pues esta vez sólo tuvo que escribirla una vez.

---Joven Carrillo ---dijo al extender la nueva lista a Irving---. Vaya a la oficina de su padre. Ocupamos un arma. En la hoja le pongo cuál y qué tipo de cartuchos ocupamos.

---Pero ---dijo mi amigo con duda ---, papá no me deja entrar al cuarto de las armas. Y lo tiene bajo llave de todas formas.

---Hay una llave de repuesto pegada con cinta adhesiva debajo del escritorio de su padre.

---¿Cómo lo sabe? ---dijo mi amigo con recelo.

---Siempre ha estado ahí ---repuso el profe---. Ahora vaya, que el tiempo lo tenemos en contra.

Tras eso mi amigo se marchó corriendo en dirección a la oficina de su padre, donde sea que quedara eso. Después de lo cual el profe se dedicó a la redacción de una tercera lista.

---Ustedes dos ---dijo al darme la hoja de papel ---. Vayan al centro de salud. Ocupamos todo el alcohol etílico que puedan cargar, de preferencia de noventa grados, y todo lo demás de la hoja.

---¿Iremos nosotros dos juntos? ---dije nervioso.

---Puedes llegar solo al centro de salud ---dijo el profe. Debía ser una pregunta.

---No ---confesé.

---Ni hablar. Váyanse ya.

El profe siguió su propio camino, dejándonos solos en medio de la plaza.



## 10.



---¿TE QUEDAS ahí? ---dijo Jo.

Volteé a verla. Caminaba en dirección contraria a la escuela; yo en cambio permanecía inmóvil, como estatua. Estaba visiblemente nervioso. Pero eso no tenía sentido. La culpa era de Cornelio, por sus tontos celos, por hacerme decir esas cosas horribles. Jo era una chica genial que bien podría ser mi amiga.

---Ya voy ---dije, y fui tras ella.

Caminamos por una extensa avenida que atravesaba al pueblo, desde la plaza central hasta el bosque. Según Jo me explicó, si viera el pueblo desde arriba, distinguiría dos grandes avenidas que lo atraviesan formando una enorme cruz. La plaza está justo al centro de esa cruz. Al parecer el pueblo solía tener otra disposición, pero en algún momento todas las familias se juntaron y cambiaron la distribución de las tierras.

El centro de salud quedaba por la avenida de la piedad, en contra parte con la escuela. Ahí trabajaban una doctora, dos enfermeras y un enfermero. El enfermero, de nombre Simrí, era su primo de parte de su mamá.

---¿Y cómo se supone que vamos a entrar? ---dije.

---Por la puerta ---respondió.

Y en efecto, bastó empujar la puerta doble para entrar al vestíbulo del centro de salud. A ambos extremos, pegadas a la pared, se alineaban una serie de sillas. Al fondo se encontraba un escritorio y sobre el escritorio una computadora. También al fondo se extendían dos pasillos que comunicaban con el resto de habitaciones del lugar.

---¿Dejan las puertas abiertas? ---dije algo sorprendido.

---Hay personal las 24 horas, para atender emergencias.

Corrí al escritorio y encendí la computadora. Me causó mucha ilusión ver cómo se cargaba el sistema operativo. Pero la emoción terminó cuando vi que me pedía una contraseña.

---¿Para qué quieres eso? ---dijo Jo al verme.

---No lo sé ---confesé---. Pensé que podría enviarles un email a mis primos.

---¿Tus primos?

Intenté tecleando la palabra "contraseña", pero obviamente no era la correcta.

---Pedro y Carlos. Son gemelos, menores que yo por un año. Nos llevamos bien. Su mamá es la tía que tiene el jardín lleno de rosas.

---En casa tengo mi cuaderno. No el de la escuela, sino uno personal. Y mi casa no queda lejos. Si quieres podemos ir después de tomar lo de la lista. Para que les envíes el email a tus primos.

---¿Entonces tú si usas internet?

---Qué pregunta tan estúpida.

---No lo digo en mal plan. Irving, por ejemplo, no usa internet. Y me consta que tiene computadora en su casa. Se la pasa leyendo todo el rato; pero no libros normales, sino esos de los de papel. Son un desperdicio de espacio enorme. Si yo tuviera internet hablaría todos los días con mis primos.

---Corni hace lo mismo que Irving ---dijo---. Se pone a leer la enciclopedia que le compró mamá. Y sí, ocupa mucho espacio. Yo prefiero usar internet, en Wiki encuentro todo.

---Así que Cornelio lee.

---Casi todo el día. Bueno, en verano es más de vagar por las calles. Pero durante los meses fríos en eso se le va el tiempo.

---Qué raro ---dije.

---¿Raro por qué?

---No quise decir raro. Sólo que yo me imaginaba que tenía otros pasatiempos. Además, él ya tiene catorce, hace un año que puede tener perfiles en redes. Yo así estoy esperando a cumplir los trece para que me dejen crear mi perfil.

Jo se acercó y tecleo una contraseña. Desde luego que tampoco era correcta.

No se veía por ningún lado el lector de huella digital.

---Yo creo que tienen miedo. Por lo de las purgas.

---¿Tú crees en eso? ---pregunté.

Jo volvió a teclear una contraseña. Nuevamente fue incorrecta.

---Está en la historia. Acabó con un tercio de la población, la mayoría niños.

---No me refiero a esa purga ---aclaré---. Ya sé que esa sí pasó. Más bien hablo de que siga ocurriendo, de que siga muriendo gente por eso.

Jo se enderezó y estiró los brazos. Debió cansarse de estar inclinada sobre el teclado de la computadora.

---He visto vídeos que hablan de eso. Dicen que las muertes siguen pasando pero que ahora los gobiernos no hablan de ellas para no generar pánico. Pero hay evidencias de que la gente sigue muriendo. Casi siempre chicos de entre trece y veinticinco años, aunque también muchas chicas.

---Papá dice que depende de qué es lo que hagas en internet. Durante la gran purga sólo murieron los que hacían cosas malas ---dije.

Jo se apartó del escritorio un par de pasos. Del escritorio o de mí. Quizás de mí porque me veía con gesto de disgusto.

---A ver si me explicas cómo un chico de trece años va a hacer algo tan malo que merezca morir ---dijo enfadada.

---Oye, perdón si dije algo que te molestara. No era mi intención.

Se me quedó viendo largo rato, concentrada en sus propios pensamientos.

Apretaba los puños con fuerza, y al parecer removía ansiosa los dedos de los pies dentro de sus zapatillas.

---Déjalo. No debí enojarme ---dijo al fin, aunque su tono seguía siendo de enfado---. Es que me chocan las personas que defienden a esos asesinos. ¿Sólo gente que hacía cosas malas? Tonterías. Todos hacemos cosas malas y cosas buenas. Eso no justifica matar, mucho menos a niños.

---Perdón. No quería decir eso. Yo lo que decía es que es posible estar en internet sin que te pase nada. Es sólo de actuar normal y ya, sin hacer cosas raras. Después de todo fueron más las personas que siguieron vivas.

---Ya cállate ---dijo molesta---. No quiero hablar de eso.

Dio media vuelta, y a punto estuvo de marcharse cuando se escuchó el ruido.

Las bocinas de la computadora emitían una suerte de zumbido, como la estática en los televisores antiguos. Una vez vi uno con papá en el museo.

---Jo ---dije en un hilo de voz. Ella enseguida volteó.

La pantalla se tornó oscura, y al centro apareció un enorme ojo rojo hiperrealista. El ojo miraba a todas las direcciones, como si en realidad pudiera ver a través de la pantalla.

---¿Qué está pasando? ---dijo Jo alzando la voz.

---No lo sé ---respondí.

El sonido se volvió todo lo fuerte que las bocinas de la computadora permitían. El zumbido era tan estridente que empezaba a sentir que me sangraban los oídos; aunque repetidas inspecciones me desmintieron. Por más que me llevaba las manos a los oídos y luego a los ojos, y vuelta a repetir, al final sólo era un sonido molesto.

---¿Qué fue lo que hiciste? ---dijo Jo.

---Nada ---repuse.

Entonces la pantalla se tornó roja, del tono oscuro que adopta la sangre

luego de un rato de haber salido del cuerpo, y al centro se escribió en gruesos caracteres blancos aquella extraña frase.

«Un círculo de sal protege. Un círculo de sal contiene. Un círculo de sal destruye.»

---¿Eso qué significa? ---dije al señalar el mensaje.

Las letras se borraron, y al parecer se escribiría otra cosa, pero no alcancé a verlo pues la computadora se apagó de improviso.

---Debe ser alguna cosa esotérica o algo así ---dijo Jo. En la mano sostenía la clavija de la computadora. La desconectado---. Los esotéricos siempre usan sal y círculos.

Me levanté de la silla, aún asustado. No podía dejar de temblar.

---Pero, ¿qué era eso? Ni siquiera pudimos acceder a la computadora. ¿Por qué apareció eso? ---dije.

---Deben ser los depuradores ---dijo---. Esos en los que no crees. Imagino que ahora me dirás que te has portado tan mal que merezcas que te persigan.

---¿Qué? Eso no es justo. Yo sólo utilizo mi cuenta de email, y sólo escribo a Pedro y Carlos.

Jo me dedicó una larga mirada, ya no de enfado sino de pena. Después soltó la clavija y se marchó por el pasillo de la izquierda.

---Espérame ---dije aún asustado, y corrí para alcanzarla.

Aquello no me gustaba nada. Papá me dijo que no había nada que temer. Que las purgas ya no pasaban y que únicamente atacaban a la gente mala. Y yo para nada era malo. A los diez años pude tener mi primera cuenta de correo, como todos los chicos, pero siempre la usé bien. Bueno, una vez busqué pechos de chicas, pero puse la navegación privada, y en el último momento me arrepentí y cerré la ventana antes de que el navegador me arrojara algún resultado. Pero eso no era tan malo, ¿o sí? Otros chicos lo hacían.

---Oye, estás demasiado cerca ---dijo Jo al apartarme---. No me dejas

caminar.

---Perdón ---dije enseguida---. Es que tengo mucho miedo, por favor no me dejes solo.

Se me quedó viendo un momento. ---Ven aquí ---dijo, y me extendió los brazos para ofrecerme un abrazo.

Me acerqué y me dejé asir, aunque sin corresponder al abrazo. Supongo que en verdad estaba asustado.

---No era verdad lo que dije de los depuradores. Sólo lo dije porque estaba algo molesta. Pero piensa que ellos no saben que estás aquí o quién eres tú. Además, según los videos que vi ellos no atacan de esa manera.

Dejó de abrazarme y me tomó del rostro. Sentía el calor de sus manos en mi piel, bajo las orejeras de mi gorra. Como era más alta que yo tuvo que levantarme el mentón para verme a los ojos.

---Debió ser algo que ya estaba en esa computadora. Tal vez un virus o qué sé yo.

---Me asustaste mucho ---dije entre balbuceos.

De inmediato me soltó y se apartó.

---Ya, no seas llorón. Se supone que eres hombre, ¿no? ---dijo, y siguió caminando.

A diferencia del resto de edificios, el centro de salud parecía ser de concreto o algo así, no es que sea un experto en construcción. Al fondo del pasillo estaba una puerta con un letrero que decía almacén.

---Aquí debe estar todo ---dijo Jo, y abrió la puerta.

En efecto había anaqueles repletos de material. Gasas, vendas, agujas, algodón; y por supuesto, mucho alcohol etílico.

---No hay de noventa grados, todo es de setenta ---dije luego de examinar varios galones.

---Tendrá que ser ese ---dijo Jo.

Despejó parte del escritorio y colocó la bata que estaba colgada sobre el respaldo de la silla. Después se dedicó a poner sobre la bata los frascos que solicitó el profe en su lista. Veinte frascos de cristal, de los que utilizan para tomar muestras. Ya con todo en su sitio hizo un hatillo con la bata.

---Anda, toma el alcohol y vámonos ---dijo.

Tomé un galón y se lo di a Jo, para que lo cargara con la mano que le quedaba libre. Yo tomé dos galones para mí, que era lo que podía cargar, uno en cada mano.

En ese momento la computadora que estaba sobre el escritorio se encendió. Esta tenía las bocinas apagadas, por lo que no hubo zumbido, pero si pude ver a aquel horrible ojo demasiado realista contemplándolo todo desde el centro de la pantalla.

---Ahí está de nuevo ---dije.

De inmediato el ojo desapareció y la pantalla volvió a ponerse rojo sangre.

«Hola» se escribió en grandes caracteres. «No se asusten, intentamos ayudarlos».

Jo dejó el hatillo con los frascos y el galón de alcohol sobre el escritorio. Y se puso de cuclillas, seguro que buscando la clavija para desconectarla.

---Espera ---dije---. Mira, es como si nos hablara.

«Dibujen un círculo de sal» apareció en sustitución a las palabras anteriores, «ella está cerca».

Y casi como una confirmación a las palabras de la pantalla, se escuchó aquella risa.

---¿Qué fue eso? ---dijo Jo al escucharla. Parecía la risa de una niña, o más bien, de una adolescente.

---Rúbe ---dijo la voz de la chica que me visitó esa madrugada---. ¿Estás aquí?

---No dejes que me atrape Jo ---dije asustado---. No quiero que me haga lo que en la historia de Cornelio. No podría resistirlo.

---Qué sucio eres ---dijo molesta---. ¿Por qué los chicos sólo piensan en eso? No te va a violar, idiota. A lo mejor sólo quiere matarte.

---Eso no me tranquiliza. Tal vez deberíamos hacer lo de la sal.

Jo se puso a mirar todo en derredor. Su ceño no dejaba de estar fruncido, aunque dudo por preocupación, era más de enfado.

---¿Esto se ve como un restaurante o algo así? ---dijo---. Aquí no hay sal.

---Rúbe ---siguió la chica---. Sé que estás ahí.

Jo tomó el hatillo con los frascos y el galón de alcohol. Me dedicó una extraña mirada de enfado o reproche; y sin decir nada salió de la habitación.

---Espérame ---dije, y fui tras ella.

---¿Vienes? Creí que te quedarías ahí a esperar a esa chica ---dijo.

---Se escribieron más cosas en la pantalla ---dije---. Creo que eran instrucciones.

---¿Y qué decía? ---preguntó.

---No lo sé, no alcance a leer.

Avanzamos poco pues de pronto Jo se detuvo en seco y me empujó al interior de una de las habitaciones. Era amplia y tenía tres camas alineadas, pegadas a la pared y separadas por mamparas.

---Está en el vestíbulo ---dijo.

---No dejes que me atrape, Jo, por favor ---dije enseguida---. Me da mucho miedo.

---No te va a atrapar ---aseguró mientras miraba por el resquicio de la puerta---. Y ya compórtate. No tienes cinco años.

---Lo siento ---dije apenado. Después me acerqué a su espalda para intentar ver también por la rendija---. ¿Y está desnuda?

Al instante Jo se irguió y me empujó con su brazo para que me alejara de



la puerta. Entonces volteó a verme enfadada.

---¿Es lo único que te interesa? ---dijo---. Eres igual a todos los chicos. No sé por qué creí que serías diferente.

---Es sólo una pregunta, no sé por qué te enojas tanto.

Colocó su carga sobre una de las camas y se puso a ver a su entorno, como buscando algo. Entonces tomó esa misma cama y empezó a estirla. De inmediato dejé el alcohol en el suelo y me acerqué para ayudarlo. Movimos la cama para trabar la puerta.

---Así no podrá entrar ---dijo.

---Así no podremos salir ---apunté.

---¿Tienes una mejor idea? Quizás debería ir por ella y decirle que estás aquí. Después de todo no es a mí a quien busca.

---No hagas eso por favor.

---¿Por qué no? ---siguió diciendo enfadada---. Es lo que quieres, ¿no? Qué esa chica desnuda venga y te haga esas cosas sucias. No has dejado de pensar eso en todo el rato.

---No es verdad. Al contrario; no quiero que me atrape.

Jo me sostuvo la mirada por largo rato, sin quitar esa expresión de enfado. Y seguro que habría seguido así de no ser por los golpes.

---Rúbe, ¿estás ahí? ---dijo la chica.

No dejaba de golpear la puerta de la habitación con taimada insistencia. Con cada golpe la cama se estremecía, lo que hacía tintinear los frascos dentro del hatillo que Jo hizo con la bata.

---Jo, por favor, no dejes que me atrape ---dije, sin evitar derramar algunas lágrimas de tan asustado que estaba.

Jo tomó la cama y empezó a moverla para liberar la puerta.

---¿Qué haces? ---dije al verla, y corrí al otro extremo de la cama para detenerla.

---Es una gran tontería el que nos ocultemos de ella ---dijo---. Nosotros somos dos, ella sólo una. ¿En verdad crees que puede detenernos?

---Jo ---dijo la chica al dejar de golpear la puerta---. ¿Estás ahí también? Puedes venir con nosotros si lo deseas.

Jo dejó de empujar la cama después de escucharla.

---¿Qué es lo que quieres? ---preguntó, y pegó el oído a la puerta, como tratando de adivinar qué era lo que ocurría del otro lado.

---Llevarlos a un lugar mejor ---dijo la chica---. Podría llevarte con tu mami y tu papi, y con tu hermanito.

---¿Dónde están? ¿Qué les has hecho? ---gritó Jo.

---Nada malo ---siguió la chica---. Ahora están bien, bien. Conmigo son felices, ¿sabes? Ven con nosotros, Pino te extraña mucho. Él piensa en ti todo el tiempo. Tuve que prometerle que te llevaría, me destrozaba el corazón decirle lo contrario. Debiste haber visto su sonrisa al enterarse de eso. No querrás decepcionarlo, ¿o sí?

---Jo... cuidado ---dije y la aparté de la puerta de un tirón.

Por uno de los resquicios se colaba una de esas ramitas. Estuvo a punto de pinchar la mejilla de Jo. De la punta de la espina manaba un líquido rojo espeso, seguramente sangre.

---¡Maldita bruja! ---gritó Jo bastante alterada---. ¡Devuélveme a mi familia!

Al grito de Jo le siguió el estruendo de un fuerte trueno. Eso la dejó sin habla, y eso también detuvo los golpes de la chica de afuera.

---Me tengo que ir ---dijo la chica---. Ya nos veremos después. Saben que gradualmente los haré venir conmigo. No intenten resistirse.

Pasaron sólo dos minutos antes de que Jo volviera a empujar la cama para retirarla de la puerta.

---Espera ---dije---. Puede seguir ahí.

---Habrá tormenta ---dijo al tomar su carga de encima de la cama---. Corni está solo, y teme mucho a los truenos.

Enseguida salió corriendo de la habitación y se encamin  a toda prisa a la recepción. Fui tras ella cargando los galones de alcohol. Me tranquilizó no encontrar rastro de aquella chica.

Tan pronto llegamos a la puerta Jo la apart  de una patada y salió a toda prisa. No pude hacer otra cosa más que seguirla de cerca, aunque sin dejar de inspeccionar todo a mi alrededor. No quería que esa chica nos atrapara por sorpresa.

---Jo, no corras ---dije---. Es tormenta eléctrica. Si corres te alcanzará un rayo.

Desde luego que Jo no escuch . Lo bueno es que la lluvia todavía no empezaba a caer. Pero los relámpagos y los truenos ya hacían acto de presencia, como presagiando una gran tormenta.

## 11.



YA TODOS estaban en la plaza esperándonos. El profe, Irving y también Cornelio. Este último se veía bastante nervioso. Cada que divisaba el destello de un rayo tensaba todos los músculos a la espera del trueno.

---Tardaron mucho ---dijo el profe al vernos.

---Mucho ---secundó Cornelio al sujetarme del cuello de la camisa de forma amenazante.

El destello de un rayo le hizo soltarme. No tardó en llevarse las manos a los oídos a la espera del trueno.

---La amiga de Rúbe volvió ---dijo Jo enseguida. Después puso su carga en el suelo y se apresuró a abrazar a su hermano.

---¿La chica de anoche? ---dijo Irving---. ¿Y estaba desnuda?

Jo no respondió a la pregunta, aunque sí que dedicó una mirada de enfado a mi amigo. Eso hizo que la cara de Irving se pusiera roja.

---Bien ---dijo el profe---. Ya que estamos todos juntos de nuevo lo mejor es que nos refugiemos antes de que comience la tormenta.

Emprendió el camino hacia ningún sitio concreto, y cuál patitos le seguimos de cerca en perfecta fila india. Era claro que no sabía a dónde ir, pues primero fue a un lado del parque, pero luego fue a otro y después a otro.

---Lo tengo ---musitó finalmente, y esta vez redobló el paso con bastante seguridad.

Nos guio presuroso por la avenida más extensa, la que daba directo a la iglesia. Andábamos por en medio de la calle, más corriendo que caminando rápido. Incluso tropecé varias veces pues el peso de los galones de alcohol me desequilibraba.

Desde luego que sospechaba que nos dirigíamos a la iglesia, pero seguía

sin explicarme el por qué. Apenas y llegamos a los peldaños de madera que daban a la puerta. Lo que inició como unas ocasionales gotas de lluvia terminó siendo una tormenta en toda regla.

---El termómetro marca dos grados ---me dijo el profe al entrar al recinto---. Será sólo lluvia, esta vez no habrá aguanieve.

Reparé en el termómetro que el profe señalaba. Yacía adherido al marco de la puerta de entrada. Lo vi con interés, y en efecto marcaba dos grados centígrados.

---¿Qué hacemos en la iglesia? ---preguntó mi amigo después de persignarse.

El profe no respondió. Se dirigió a la parte de enfrente del recinto y se puso a empujar las primeras bancas para despejar el área.

---Dame la sal ---dijo a Cornelio. Pero este último estaba más ocupado cubriéndose los oídos por un estridente trueno.

---Oh, tu ridícula fobia ---siguió el profe---. La había olvidado.

Hurgó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un bote de plástico lleno de píldoras.

---Ten, tómate dos ---dijo al ofrecer el bote a Cornelio.

---¿Qué es eso? ---Preguntó él.

---Dulces, ¿no te jode? ---repuso el profe con sarcasmo.

---No le puede dar drogas a mi hermano ---dijo Jo molesta.

---Drogas controladas ---dijo el profe enseguida---. Diazepam, fenelzina, paroxetina, butonalzetina y lianeticitina. Te harán sentir tan feliz y relajado que ningún ruido te molestará. No estoy seguro de que sean cien por ciento legales, pero son las que me dieron cuando me diagnosticaron locura extrema por decir que una planta se quería comer al pueblo.

---No lo sé ---dijo Cornelio al agarrar el bote.

---Si no estás seguro tómate sólo una. Ve cómo te sientes, y luego ya

decides.

---No lo hagas Corni ---dijo Jo.

Un nuevo trueno estremeció a Cornelio. El bote cayó de sus manos y rodó a mis pies.

---Ten ---dije al devolvérselo.

Lo abrió y tomó dos de las cápsulas. Se las pasó así, sin agua. Luego intentó devolver el bote al profe, pero este lo rechazó.

---Quédatelo, está nuevo. Yo nunca las usé ---dijo mientras buscaba la sal en la mochila con las cosas que trajo Cornelio.

Ya con sal en mano el profe pasó a dibujar un extenso perímetro a nuestro alrededor, un círculo.

---¿Para qué es la sal profe? ---dije.

---Evitará que ella se acerque ---dijo al terminar de cerrar el círculo.

---No creo que sea correcto hacer estas cosas en la casa de Dios ---dijo Irving.

El profe se irguió tan alto era y le dedicó una larga mirada a mi amigo. Irving le veía con gesto retador. El profe se limitaba a verlo con indiferencia, como si contemplará un bicho aplastado.

---¿Y en verdad eso funciona? ---pregunté---. Lo de la sal, digo. ¿En verdad puede detenerla?

---Esa sal es como esta casa ---dijo el profe sin apartar la mirada de mi amigo---. Si lo vez con lógica la sal es tan inútil como esta casa. Lo importante es lo que creas que puede hacer. Así como hay quienes creen ciegamente que este antro es la guarida de Dios, esa estúpida planta se cree que no puede ir más allá de la sal.

Tan pronto terminó de decir eso me señaló el suelo. La neblina que cubría el ras del suelo ahora se recortaba rodeando el círculo de sal. Todo el suelo dentro del círculo permanecía limpio.

---Bueno ---siguió el profe---. Sólo denme las cosas que les encargue y háganme espacio. Tengo que ponerme a trabajar.

---¿Qué haremos nosotros? ---dijo Jo.

---No lo sé, cualquier cosa, sólo déjenme trabajar.

Nos quedamos callados luego de escuchar al profe. Se veía bastante ocupado en sacar las cosas y disponerlas a su alrededor, como si acomodara las piezas de un ajedrez. De momentos se detenía, contemplaba todo con atención, como tratando de recordar algo importante, después seguía sacando, acomodando y re acomodando las cosas a su alrededor.

---Qué aburrido ---chilló Cornelio---. Yo me voy a comer. Tengo mucha hambre ---entonces se marchó a la cocina.

---Espérate ---dijo Jo y se fue tras su hermano---. A la cocina no, allá está el padre.

Luego de dos minutos Jo volvió al recinto. ---Tienen que ver esto ---dijo.

Irving y yo intercambiamos una mirada, luego fuimos tras ella. En el pasillo ya no había rastro de las ramitas de la rosa trepadora. Al parecer se secó y se volvió polvo, pues en algunos rincones persistía un polvillo gris.

En la cocina estaba Cornelio devorando una pieza de pan con bastante voracidad. Los truenos seguían estremeciéndolo, pero era más como una reacción inconsciente, pues parecía no darle importancia. Seguía concentrado en su pieza de pan.

---Miren ---dijo Jo al señalar afuera por la puerta de la cocina.

Apenas podía distinguir el exterior con tremenda cortina de lluvia. Pero no tardé en identificar lo que quería que viéramos. Él cuerpo del padre Luis no estaba donde lo habíamos dejado la última vez.

---¿Qué le pasó? ---dijo Irving.

---Ella debió habérselo llevado ---dijo Jo de inmediato---. Eso es lo que quiere, llevarnos a todos a su cueva.

Nos quedamos en silencio meditando, aunque no por mucho tiempo, pues la risa nos espantó.

---¿De qué te ríes idiota? ---dijo Jo---. Me asustaste.

---De sus caras, princesa. Ya relájense ---dijo Cornelio.

---Relájate tú ---repuso Jo.

---Yo estoy tranqui, pues. ¿Que no ves?

Dicho eso Cornelio tomó otro pan y se puso a devorarlo como el primero.

---Oye, yo también quiero ---dije, y me acerqué.

Cornelio se levantó y acomodó una silla para que me sentara, después me dio un pan.

---¿Te dije que le gustas a mi hermana? ---me dijo en un susurro al inclinarse sobre mi espalda---. Pero ahora le caes mal. Seguro algo le hiciste.

---¿De qué hablan? ---preguntó Jo al acercarse.

---De nada ---dijo Cornelio.

Se levantó y fue a donde su hermana para acomodarle la silla también a ella. Después le dio un pan y le plantó un beso en la frente.

Se disponía a ir a donde Irving también, pero mi amigo lo frenó.

---Yo me puedo sentar sólo ---dijo.

---Sólo iba acomodarte la silla ---dijo Cornelio al ofrecerle un pan---. Los besos nada más se los doy a mi hermana.

Así volvió a su asiento y siguió devorando su pan.

---Es mejor así ---siguió diciéndome. Su rostro estaba tan cerca que me escupía migajas de pan al hablar---. Si no hubiese tenido que golpearte para alejarte de ella. Lo que sería una lástima porque me caes bien.

Me quedé quieto mientras Cornelio se acomodaba en su asiento. Volteé a verlo, y se limitó a sonreírme. También Volteé a ver a Jo. Me miraba con gesto inquisitivo. Me encogí de hombros y le dije en silencio que Cornelio no dijo nada. No debió quedar convencida, pues me dedicó una réplica igual en



silencio, pero como nunca fui bueno leyendo los labios, simplemente no le entendí.

---Ahora quiero hacer popó ---dijo Cornelio de improviso.

Me encontraba a medio camino de morder mi pan, pero evocar esa imagen me hizo perder un poco el apetito.

---Cállate, sucio ---dijo su hermana---. Sólo ve y ya. No es necesario que nos digas.

---Disculpa, princesa. Se me olvidaba que tú no ocupabas ir al baño nunca, pues.

De inmediato Cornelio se levantó de su silla y salió de la cocina a toda prisa. Nosotros nos dedicamos a terminar nuestro pan. En verdad tenía hambre.

Según confirmó Irving su reloj marcaba las doce del mediodía. Nos encontrábamos sentados en una de las bancas que el profe apartó para crear su perímetro de seguridad. La lluvia menguó, de modo que sólo caía una llovizna desenfadada. El profe por su parte seguía trabajando en aquella extraña manualidad.

---Es una bomba ---dijo Cornelio divertido. Después hizo el sonido de una explosión mientras extendía mucho los brazos. Por el exagerado ademán me golpeó el rostro.

---Perdón ---me dijo enseguida, y puso su mano izquierda en mi espalda y su mano derecha en mi pecho, como si intentara detenerme de un balanceo imaginario. Cuando estuvo seguro de que me encontraba lo bastante quieto me soltó y luego me dio tres palmaditas en la cabeza.

---¿Estás bien? ---preguntó Jo.

---Sí está bien, no le pasó nada, palabra ---repuso Cornelio de inmediato.

---Me refiero a ti, idiota.

---Yo estoy bien, mira ---dijo y extendió ambos brazos hacia el frente. Para

contemplar primero el dorso de sus manos y luego ambas palmas.

En total eran cinco paquetes, cada uno compuesto por cuatro frascos, con cada uno de sus frascos medio lleno de un líquido de diferente color, y con un cronómetro adherido, conectado a unos cables que se ataban a pequeñas láminas que a su vez se sumergían en el interior de los líquidos.

---Creo que sí son bombas ---dije.

---¿Verdad que sí? ---dijo Cornelio emocionado---. Vamos a volar esa mina hasta la luna, pues. Y a machacar a esa jodida flor y a comérsela en ensalada, para que vea lo que se siente que se coman a uno.

Después de eso Cornelio se dirigió a la esquina del recinto, donde se encontraba el órgano, y se sentó en el banquillo frente al teclado. Hurgó en su bolsillo y sacó la fotografía de esa señora, la que dijo era la virgen, le dio un beso y después la volvió a guardar, entonces se puso a tocar.

La música lo envolvió todo. Una melodía suave, alegre y a la vez melancólica. Nunca he sido el más entendido en música, pero me pareció una canción bella. Empezaba en notas bajas e iba subiendo poco a poco, como un espiral ascendente. La música parecía abrazarme, y me transmitía una agradable sensación de tranquilidad. Al menos hasta llegar a las notas más altas, que extrañamente me hacían sentir un fuerte nudo en el pecho o en la boca del estómago, como si estuviese a punto de llorar. Pero antes de llegar a derramar alguna lágrima, la melodía volvió a suavizarse, dándole a la sensación de alivio y sosiego un peso aun mayor que el sentido en un principio.

---Ave María, de Gounod. Escrita sobre la base de "el clave bien temperado" de Bach ---dijo el profe---. De la letra no se puede decir nada, es sosa.

---No tenía idea de que supiera tocar eso ---dijo Jo.

---No es una interpretación perfecta ---siguió el profe---. Pero tampoco es

mediocre. Según me contó Luis viene cada año a tocarla o algo así. Me abordó preguntando por él. No pude más que decirle la verdad.

---¿Qué verdad? ---quiso saber Jo.

---Que era un chico con problemas. Así que difícilmente querría participar más activamente en las actividades de la iglesia.

La música se detuvo tan de improviso como empezó. De inmediato Cornelio volvió a sentarse en su sitio entre Jo y yo. Se le veía más sereno. Incluso sonrió a su hermana.

---Bueno, ya terminé ---anunció el profe.

Había puesto el último agregado a lo que presumiblemente eran sus cinco bombas. Pequeñas mangueras de plástico que unían a tres de los frascos con el cuarto frasco, y un envoltorio de cinta aislante que parecía contener un juego de cuatro baterías doble "A", todo conectado con pequeños cables en una suerte de extraño enredo.

---¿En verdad son bombas? ---preguntó Irving, dejando su libro de lado.

---Algo así ---convino el profe---. No exactamente bombas, pues no explotan. Pero serán letales.

---¿Letales en qué sentido? ---preguntó Jo.

---En el sentido de que matarán a todo lo que esté vivo.

---¿A todo? ---dije---. Es decir, ¿a todos?

---Estas bombas no son el plan de ataque, Rúbe. Estas bombas son el seguro.

---No lo entiendo ---confesé.

---Que, si la rosa nos da por el culo y no salimos vivos para desactivarlas, nos mata a todos, pues ---dijo Cornelio---. Estiramos la pata, pero también la rosa. Así no hace daño a nadie más.

---No pude haberlo dicho mejor ---apuntó el profe.

Hubo un incómodo intercambio de miradas. El ambiente era tenso. Hacía

mucho que la situación nos superaba. Jo se cobijó en los brazos de su hermano, Irving se cobijó en sus propios brazos, yo hice lo mismo que mi amigo.

---No es tan malo ---dijo Cornelio a su hermana---. Ya una vez lo íbamos a hacer, ¿recuerdas? Bajamos del árbol creyendo que moriríamos. Pero ahora al menos tenemos la expectativa de salvarlos a todos.

Jo asintió y sumergió más su rostro en el pecho de su hermano.

---Pues ya tenemos el plan "B", así que mejor nos ponemos a trabajar en el plan "A" ---dijo el profe para romper con la tensión.

Tomó su mochila y se puso a buscar algo de su interior. Batalló un poco en localizarlo. Lo depositó en el suelo, justo al centro de su círculo de sal y lo encendió. Era un proyector.

---¿De dónde sacó eso? ---dijo Irving asombrado.

---De la cantina ---dijo el profe. Y sacó una tableta del bolsillo de su pantalón para establecer la conexión.

---No sabía que hubiera un proyector en la cantina. ¿Para qué lo usarían de todos modos? ---concluyó mi amigo.

Yo igual no me imaginaba para qué querían un proyector en la cantina. Claro que los conocía. En la ciudad abundaban. El museo, por ejemplo, estaba lleno de ellos. Hacía unos diez años que los zoológicos sólo exhibían proyecciones. Los usaban en los centros comerciales, para proyectar divertidos carteles. ¿Pero en una cantina?

---Qué teto eres ---dijo Cornelio---. Es para ver viejas en pelotas.

---Cállate, idiota ---dijo Jo molesta.

---El joven Méndez tiene razón ---apuntó el profe---. De sobra está decir que no hay bailarinas de mesa en el pueblo. La proyección es por tanto una solución tan legítima como sana. Una imagen intangible no molesta a nadie.

---¿Y tú cómo lo sabías, idiota? ---cuestionó Jo a su hermano.

---Porque la he visto. ¿Cómo si no?

---Se lo diré a mamá.

---¿y qué hará? ¿Obligarme a confesarme? ---dijo Cornelio---. El padre ahora mismo es un enorme colador. Dudo que pueda escucharme, pues.

---Creo que necesita baterías nuevas ---dijo el profe, ignorando por completo la discusión de Jo y Cornelio---. Alguien tendrá que ir a la tienda a buscar más baterías.

---Yo paso ---dijo Irving, y volvió a sentarse para seguir leyendo. No dejaba de sorprenderme su facilidad para desconectar con todos y meterse en su máscara de indiferencia. Volvía a adoptar el mismo rostro que puso cuando nos quedamos solos en la casa club.

---Yo iría profe, pero Ada me da un poco de miedo ---dijo Cornelio.

---Quién ---inquirió el profe.

---Ada ---confirmó Cornelio---. Está en la puerta.

Volteamos a la entrada principal. Hasta Irving despegó la vista del libro y levantó la mirada.

Y ahí estaba. Su figura delgada era recortada por la luz del día. Usaba unas pequeñas bragas y un sujetador. Su espeso cabello negro le cubría parte del rostro, revelando solo aquel ojo rosa, aquella nariz tan fina y aquellos labios tan rojos. Las ramitas le rodeaban piernas y brazos, resaltando tan verdes eran sobre aquella piel tan pálida. No estaba todo lo desnuda que esperaba, pero aun así estaba desnuda, y eso no dejaba de provocarme.

---Rúbe, dame el agua bendita ---dijo el profe, con tanta firmeza, profundidad y convicción que llegó a confundirme.

---¿Qué? ---exclamé sin entender qué era lo que el profe esperaba.

---El agua bendita ---volvió a decir el profe, esta vez guiñándome un ojo.

Tardé unos segundos en reaccionar. Después me incliné y tomé uno de los galones de alcohol. Estaba a la mitad. Era lo que quedó después de que el

profe armara sus bombas.

Con alcohol en mano el profe se adelantó a la puerta y roció el suelo de la entrada, sin que el alcohol tocara a la chica.

---Atrás demonio ---dijo en voz fuerte, casi un grito---. Sal de la casa De Dios.

Al escucharlo la chica retrocedió indecisa; lo mismo que su neblina. Entonces el profe volvió a rociar alcohol, para asegurar el terreno ganado.

---Atrás ---volvió a decir.

Un nuevo relámpago iluminó el cielo, un nuevo trueno anunció la tormenta que se negaba a marcharse. La chica volteó al cielo con gesto espantado.

---Dios del cielo ---gritó el profe---. No permitas que este demonio profane tu casa.

Como respuesta hubo un nuevo relámpago y luego un nuevo trueno. Eso fue suficiente para que la chica se marchara corriendo, alejando su neblina de la construcción hasta formar un círculo perfecto a todo en derredor.

---¿Qué fue todo eso? ---pregunté al profe al verlo entrar al recinto.

---Dices que era Adasah Galindo ---dijo el profe, ignorando por completo mi pregunta---. Cómo lo sabes. Yo no pude reconocerla.

---Ada tiene un lunar en el pecho, debajo del ceno izquierdo. Su hermana no ---dijo Cornelio.

---¿Y tú cómo sabes eso, idiota? ---gritó Jo.

---Una vez jugué con ellas al póker. Apostábamos prendas ---dijo él---. De cualquier forma, ellas fueron las que ganaron. Creo que me hicieron trampa porque yo fui el único que terminó en pelotas. Además, son unas calentapichas. Nomás me prendieron y luego me dejaron así. Y eso no se hace, luego te da un dolor bien jodido en la panza y en las bolas que no se te quita por nada y te dura varios días.

---Bueno joven Méndez, seguro que tiene mucho que contarnos sobre sus

frustradas experiencias sexuales, pero por ahora tenemos problemas más serios.

Volvimos al fondo del recinto. Esta vez el profe se aseguró de que la puerta quedara cerrada. El círculo de sal sobraba, considerando que la planta terminó por replegar su neblina, así que al profe no le importó pisarlo y romperlo. Se veía más preocupado en hacer funcionar el proyector.

---Definitivamente ocupamos baterías nuevas ---dijo---. Uno de ustedes tendrá que ir a buscarlas a la tienda, quiera o no quiera.

---Yo voy ---dijo Cornelio---. Ada ya se fue, y si me baño en agua bendita seguro que no se me acerca.

---Eso no es agua bendita, idiota ---dijo Jo---, es alcohol.

---Pero eso es algo que ella no sabe ---repuso el profe---, así que podría funcionar.

De inmediato el profe tomó el bote con las sobras del alcohol, quedaban apenas unas cuantas onzas. Lo destapó y lo vació sobre la cabeza de Cornelio.

---El alcohol se evapora rápido. Si yo fuera tú mejor me daría prisa ---dijo el profe.

Cornelio salió del recinto por la puerta principal.

---¿Y deja que se vaya así nada más? ---dijo Jo---. Repito que eso no era agua bendita, sólo era alcohol.

---Por favor señorita Méndez, use la razón ---dijo el profe---. Qué hace que el agua bendita sea agua bendita. Qué hace que esta casa sea la casa de Dios. O mejor aún, qué hace que Dios sea Dios.

---El agua bendita es... ---titubeo Jo---. Pues no lo sé, pero sé que no es alcohol.

---Lo mismo que hace que, para usted, ese alcohol no sea agua bendita, es lo mismo que hace que, para ella, ese alcohol sea agua bendita.

---Está chiflado ---concluyó Jo---. La gente del pueblo tenía razón. Está

loco.

---Lo ve señorita Méndez. Lo hizo de nuevo ---dijo el profe---. Me convirtió en un loco de un momento a otro.

»Creer es la clave. Mientras usted crea que yo soy un loco, pues lo seré. De esa misma manera, mientras ella crea que el alcohol es agua bendita, pues lo será. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar las creencias que ella tenga?



## 12.



---¿Y CUÁL es el plan exactamente? ---dijo Irving.

El profe no respondió. Se limitó a estirar los brazos y la espalda. Seguro que le dolían por pasar largo rato inclinado mientras armaba las bombas. Entonces se sentó en una de las bancas y empezó a mover los pies.

---Sí, ¿cuál es el plan? ---pregunté también.

El profe nos dedicó una mirada, con su semblante de profunda indiferencia.

---El plan es engañarla ---dijo---. Distraerla lo suficiente para llegar a su cámara y matarla. Tal vez la quememos con queroseno, tal vez la sequemos con sal, o tal vez solo la desarraigemos de raíz. Lo que resulte mejor, cualquier cosa funcionará. Lo complicado será llegar.

---¿Y para eso es el proyector? ---dijo Irving.

---Por alguna razón que desconozco nuestra rosa primitiva es creyente. Así que hay que aprovecharnos de eso para distraerla.

Pasado un rato Cornelio volvió. Entró al recinto tan de improviso que nos espantó a todos, incluso al profe. Traía consigo varios paquetes de baterías nuevas. Escurría de agua por la tormenta, aunque tuvo la precaución de hacerse con un impermeable nuevo, el cual al parecer le iba un poco grande. También traía una bolsa llena de frituras y refrescos.

---Para que vean que no me olvido de ustedes ---dijo sonriendo.

Jo se acercó a él enfadada, seguramente para reprenderlo, pero antes de que pudiera decir palabra alguna su hermano le puso entre las manos un brazalete plateado.

---¿Qué hiciste, idiota? ---dijo ella.

Irving y yo dábamos cuenta de la comida chatarra. No era aficionado a

ella, pues mi tía Verónica la odiaba a muerte, pero vaya si me apetecía comer algo diferente a aquellos insípidos panes.

---No pasa nada ---dijo Cornelio---. Si salvamos al pueblo seremos héroes, y no creo que a alguien le importe una pulsera de fantasía. Y si fallamos, no habrá nadie que nos reclame.

Todos comimos de las cosas que trajo Cornelio, a excepción del profe, que permanecía absorto en una tarea en su tableta. En más de una ocasión le ofrecimos, pero cada vez declinó.

---Ya terminé ---dijo el profe.

Pidió a Irving que consiguiera un espejo grande. Después fabricó una suerte de chaleco improvisado con cuerdas para ceñirme el proyector a la espalda.

---¿Para qué es esto? ---pregunté.

---Ya verás ---dijo el profe.

Tan pronto Irving trajo el espejo y lo puso frente a mí el profe activó el proyector. Al instante un par de alas se materializaron a mi espalda.

Retrocedí un par de pasos sorprendido. Y es que tardé un poco en descifrar que aquellas alas eran una proyección.

---Tú serás nuestro ángel protector ---dijo el profe---. Nuestra alma más pura según la visión de Luis. Y como ella se lo cree a pie juntillas, pues no tenemos más que hacer que darle la razón.

Me entregó su reloj, un smartwatch que, según explicó, podía utilizar para activar y desactivar mis alas. El procedimiento era bastante sencillo, bastaba con presionar un botón en la pantalla.

El profe pasó a explicarnos el plan. Nos adentraríamos a la cueva y él nos guiaría hasta la cámara de la Rosa. Si en el camino surgían problemas bastaría con que encendiera mis alas y me hiciera pasar por un ángel para espantar a los compinches de la Rosa, así como él lo hizo con la supuesta agua bendita.

También sincronizamos relojes que sonarían cada quince minutos a partir de las cinco de la mañana del día siguiente. Según el profe exactamente dos horas antes de que las bombas químicas liberasen su vapor mortal. Supuestamente tendríamos suficiente tiempo para detener a la planta y salir para desactivar las bombas. Y desactivarlas era fácil. Bastaba con cortar la energía de las baterías o con desmontar las mangueras. Claro que, si no lo lográbamos, de modo que la Rosa nos atrapara, las bombas se encargarían de matarnos a todos, Rosa incluida, para evitar que se expandiera más allá de la montaña. Llegados a este punto el profe nos explicó que, aún y si matábamos a la Rosa, era probable que nuestras familias y el resto del pueblo no volviera a ser como antes. En cuyo caso lo más sano y humano era librarlos de cualquier sufrimiento, obviamente que eso sería con la muerte.

Esta última noticia desató las lágrimas de Jo. Y también las lágrimas de Irving, aunque vaya si hizo un gran esfuerzo por no sollozar y romper a llorar. Aquello hizo que también me pusiera a llorar. Y quizás contagiado por la ola de llanto, Cornelio también lloró.

El profe nos dejó desahogarnos por espacio de cinco minutos. Después nos pidió que nos serenáramos para ponernos en marcha a la mina. Él cargaba las cinco bombas letales en su mochila. Irving cargaba la pistola de bengalas que el profe le pidió tomara de la oficina de su papá. Jo y Cornelio cargaban rudimentarias bombas a base de queroseno. Y yo cargaba una bomba de insecticida llena de una mezcla química que, según aseguraba el profe, era capaz de matar a la Rosa.

Cierto que la mina estaba relativamente cerca, sin embargo, preferimos tomar prestado el auto del padre Luis para llegar lo antes posible. Avanzamos por una carretera accidentada. Vaya si le faltaba mantenimiento.

Luego de poco más de cinco minutos de viaje, llegamos a un claro que daba a la montaña; y puesta ahí, en la montaña, tan artificial como los

travesaños de madera que la dibujaban, una abertura entre la roca, tan grande como para dejar pasar un enorme camión de tres y media toneladas. Algunos camiones incluso yacían abandonados fuera de la mina, así como una gran bodega y varios edificios, todos hechos de frío metal.

Bajamos del auto del padre Luis. No tuve que preocuparme por el fango, ya que todo el descampado estaba asfaltado. Me daba la impresión de que era más parecido a una instalación militar que a las instalaciones propias de una mina abandonada.

El profe nos guio a una enorme bodega en uno de los edificios cercanos, de donde obtuvimos algunos cascos con linternas.

---No hay peligro de toparnos con emanaciones de gases tóxicos ---dijo el profe---. La cámara de ella no se encuentra en las zonas inferiores. Sin embargo, me sentiría más a gusto si utilizan estos filtros nasales. Es probable que no sirvan para nada contra el perfume de ella, pero nada perdemos con intentar prevenir.

Tan pronto me puse el filtro descubrí que era mucho más fácil respirar con él, pues emanaba una suerte de lubricante que hacía que mis fosas nasales se abrieran por completo. Seguro que era para hacer un poco menos incómodo el tener un objeto extraño invadiendo las paredes interiores de mi nariz. Apenas era visible desde afuera, casi imperceptible.

---Saben que yo no soy creyente ---dijo el profe---. Pero respeto mucho las creencias de todas las personas. Así que, si quieren un momento para rezar, el momento es ahora. Los espero allá afuera.

Jo se puso de rodillas y rezó la misma plegaria que rezara en la iglesia. Irving hizo lo propio. Se arrodilló junto a Jo y se unió a su rezo. Cornelio también rezó, sólo que rezaba a la mujer de su fotografía. Me sentí un intruso en aquel sitio, así que salí a donde el profe para esperarlos. Afuera volvía a caer una llovizna ligera. Quizás pronto se volvería a recrudecer la tormenta.

---Tengo miedo ---dije al profe.

Él volteó a verme y me dedicó una de sus largas miradas llenas de indiferencia.

---El miedo es bueno ---dijo al fin---. Te hace darte cuenta de que estás vivo.

---¿Vivo? ---musité; y el profe debió escucharme a pesar del balbuceo.

---Cuando ya no sientas temor ni dolor. Cuando ya no sientas pesar por la incertidumbre de lo que te deparará el día siguiente. Date por enterado que es porque estás muerto ---dijo.

No entendía bien el significado de esas palabras. Y estaba a punto de preguntarle por ellas cuando Jo, Irving y Cornelio salieron a nuestro encuentro.

La enorme entrada de la mina inspiraba respeto. Me sentía como tragado por la montaña. Al fondo de la gran entrada se extendían pasillos y más pasillos, todos iguales, todos invitándote a perderte entre ellos. Y el suelo, como era de esperar, estaba cubierto por una neblina mucho más densa que la neblina que cubría el suelo fuera de la mina.

---Es por acá ---dijo el profe; y nos guio a una puerta doble en la pared izquierda.

Antes de entrar se aseguró de activar unas cuantas palancas que dotaron de luz toda la entrada de la mina, lo mismo que a los túneles según se advertía a primera instancia.

Tan pronto cruzamos la puerta los precarios vestigios de civilización desaparecieron casi por completo dando lugar a un inquietante panorama de muros de roca pelada. La mayoría de las bombillas que se sujetaban con grapas al techo de piedra estaban fundidas o quebradas, generando una sofocante atmosfera a media luz. Lo más conveniente era valernos de nuestras propias luces.

A nuestro paso las puertas volvieron a su sitio, encerrándonos en aquella insana penumbra. De pronto el perfume de rosas resultaba más intenso e insoportable. Seguro que la Rosa sabía que ya estábamos ahí, pues su neblina comenzó a oscilar de forma nerviosa.

---Instalaré las bombas aquí ---dijo el profe.

Se descolgó la mochila de la espalda y la depositó con mucho cuidado en el suelo. Sacó las mencionadas bombas del interior de la mochila y las acomodó en algunos de los nichos que se formaban caprichosos en los muros de piedra.

---Traten de memorizar donde están ---dijo el profe---. De eso dependerá que continuemos vivos en caso de que la vencamos.

El profe activó los cronómetros en las bombas. Si he de ser honesto, no entendía como aquellos extraños mecanismos podían ser letales. Imaginaba que, llegado el momento, los líquidos de los tres frascos subirían por las mangueras y se depositarían en el cuarto. ¿Y luego? Supongo que alguna reacción química. Algún vapor similar a la neblina, sólo que lo suficientemente letal como para matar a personas y plantas. ¿Cómo es que algo así podía formarse con ingredientes sacados de una tienda? Claro que existían antecedentes. Los atentados terroristas en las estaciones de metro que se lanzaron simultáneos en muchas ciudades europeas. Mecanismos incluso más simples que los que controlaban a estas bombas. Pero aun así seguía sin entenderlo.

Una vez activa la quinta bomba el profe se irguió y se estiró. Encendió la linterna de su casco y nos animó a continuar con el camino. El resto también encendimos las linternas.

---Sabe que estamos aquí ---dije.

Era obvio que lo sabía. La neblina se agitaba con más violencia a nuestros pies, aún con más violencia que como cuando recién entramos al túnel.

---Hace frío ---dijo el profe---. Eso nos favorece. La debilita.

---¿Cómo es eso? ---preguntó Irving con interés.

---Debe subsistir de una época en la que la Tierra era caliente. Su cámara, de hecho, es cálida. En parte fue afortunado que esta zona resultara fría. Se imaginan cuán rápido se habría esparcido en una zona caliente. Hubiese sido atroz.

Nadie respondió, no hacía falta; nuestro silencio confirmaba la reflexión del profe.

---Creí que iba a enviar a sus zombies para taparnos el paso. Pero no lo hace ---siguió el profe---. Debe tenernos miedo, mucho miedo. Eso nos pone en una posición privilegiada.

Seguimos sin responder al profe. Todos lucían atemorizados. Yo mismo estaba completamente aterrado.

---Quiero hacer pipí ---dije luego de avanzar otro trecho.

El profe volteó a verme.

---Haz en cualquier parte ---dijo.

Me fui a un rincón que se formaba entre una de las protuberancias de la pared rocosa. El profe y mis amigos avanzaron algunos cuantos pasos más para darme mi espacio. El espeso líquido amarillo salió de mi cuerpo para caer directamente sobre la roca. Sacudí mi pene varias veces hasta que quedé libre del exceso de orina; y fue ahí que me di cuenta. De pronto la neblina dejó de moverse de esa forma convulsa. Desde la primera vez que la vi comportarse así no dejaba de recordarme a las aguas del mar. Era como el movimiento de las olas. Pero ahora permanecía quieta.

Acomodé mi ropa y alcancé al resto. Jo me ofreció un poco de gel antibacterial que cargaba en el bolsillo de su suéter. Agradecí y me desinfecté las manos.

---Sólo a ti se te ocurre mear en este momento ---dijo Cornelio.

---Hace frío ---refuté.

---Algo no anda bien ---dijo el profe.

Y ya no escuché nada más. De pronto todo a mi alrededor se tornó rosa. Un perpetuo e inescrutable color rosa.





## CUARTA PARTE: LA CONFRONTACIÓN

*Martes 27 de agosto del 2041.*

## 1.



DESPERTÉ LANZANDO un fuerte grito. Sudaba a chorros y mis cobijas eran una masa de tela informe amontonada a mis pies. Respiraba con dificultad, como si el aire a mi alrededor se negara a entrar a mis pulmones, por más que lo aspirara, aunque diera grandes bocanadas como un pez fuera del agua.

Apenas podía distinguir las formas a mi alrededor. A mi costado derecho debía estar lo que era mi mesita de noche. Al fondo debía estar la cajonera donde guardaba mi ropa, tan alta e imponente como la espalda de un luchador de sumo muy gordo. A la izquierda, pegado a la pared, debía estar mi escritorio; y sobre él debía estar mi computadora, ese aparato que me causaba tanta curiosidad como profundo temor. Y a los pies de mi cama, como un animal agazapado, debía estar mi baúl.

---¿Qué pasa? ---dijo papá al cruzar la puerta a toda prisa.

La habitación se llenó de luz, aquella que se colaba por la puerta desde el pasillo, con tanta rapidez que todo en mi cuarto se dibujó nítido.

---¿Estás bien bebé? ---dijo mamá al verme. Seguía a papá de cerca.

---Tuve un sueño horrible ---dije---. Hacía mucho frío, y había una rosa que comía personas, y papá no estaba y tú...

Me quedé mudo al evocar esa imagen en mi mente. ¿Mamá muerta? Aquello no podía ser. En mi sueño mamá estaba muerta. Sólo pensar eso me anegó los ojos en lágrimas.

---Ya, tranquilo ---dijo mamá al sentarse en mi cama---. Fue un mal sueño ---entonces me abrazó.

---Era tan real ---dije---. Se llevó a todas las personas.

---¿A qué personas? ---dijo papá. Se encontraba sentado en la cama, a mis

pies. Puso su mano en mi pierna y la presionó, como para demostrarme que ahora estaba despierto y que no había nada que temer. Pude sentir la suavidad de su palma en mi pierna desnuda, y eso logró tranquilizarme un poco.

---No lo recuerdo ---dije---. Pero sé que era importante.

---Te traeré un poco de leche tibia ---dijo papá y se marchó de la habitación.

Mamá se limitó a mecarme y a tararear una canción. Una melodía suave que hasta entonces escuchaba, y que sin embargo me parecía familiar.

---Tenía mucho miedo ---dije y me puse a llorar de nuevo.

---Ya bebé ---dijo ella---. Ya pasó todo. No hay nada que temer.

Secó mis lágrimas con la palma de su mano. Era más suave que la mano de papá. Cuando ya no hubo lágrimas que secar me dio un beso en la mejilla. Después me volvió a abrazar. Yo igual la abracé con todas mis fuerzas. No quería separarme de mamá. El sólo pensar en ella, y tenerla así entre mis brazos, y escuchar su voz mientras me cantaba aquella nana, me hacía sentir ganas de llorar otra vez. No entendía por qué. Las lágrimas salían sin control.

Al poco rato volvió papá con un vaso lleno de leche tibia. Me dedicó una sonrisa, como las que pocas veces me dedicaba, y me dijo que pronto me sentiría mejor.

Ambos esperaron a que bebiera toda la leche. Con bastante paciencia, pues en verdad tardaba mucho, ya que la bebía a pequeños sorbos, tomándome todo mi tiempo. De cualquier forma, fue el tiempo suficiente como para dejar de llorar.

Mamá me pidió que me recostara y después volvió a arroparme con mi cobija. Hasta me hizo reír por las cosquillas al meter los bordes de la cobija bajo mi cuerpo, para que ya no la aventara a los pies. Terminado aquello se inclinó para darme un beso en la frente.

---Vuelve a dormir ---dijo sin dejar de sonreír.

Papá también se inclinó y me dio un beso en la frente antes de irse.

Pronto la penumbra llenó cada recoveco de mi habitación, desdibujando todas mis cosas y transformándolas en toda suerte de espantos.

Sollozaba de vez en cuando, encogido sobre mi cama, con la cabeza dándome vueltas. No me abandonaba esa sensación de que me olvidaba de algo importante. Y la creciente sensación de ser asechado por un montón de monstruos no me permitía concentrarme. Temía que la criatura agazapada a los pies de mi cama de pronto se irguiera y se dispusiera a atacarme. O que la mole al fondo de la habitación de pronto se diera la vuelta e intentara quebrarme como un mondadientes entre sus manazas. O que la computadora de pronto se encendiera y me dijera que yo era el próximo en morir.

Pero a pesar de todo el sueño terminó venciéndome. Aunque fue bastante ligero e intranquilo, tanto que dudo que haya descansado en serio. Cierto que ya no recordaba aquella horrible pesadilla, pero lo que si recordaba era lo mal que me hizo sentir, y ese recuerdo no dejaba de estremecerme.

Ya plenamente convencido de que era imposible pretender seguir durmiendo, abrí los ojos y vi el reloj que tenía sobre mi mesita de noche. Marcaba las nueve de la mañana en punto. Me incorporé de súbito y a como pude me deshice de la cobija que me apresaba. El despertador no sonó.

Como la cajonera con mi ropa ya era una simple cajonera y no un monstruo de amplia espalda, no tuve reparo en acercarme a ella y hurgar en sus entrañas. Me despojé de los pantaloncillos cortos de mi pijama y me embutí en los pantalones rojos del uniforme de la secundaria. También me quité la camiseta del pijama y la sustituí por la camisa blanca del uniforme. Casi me rompo la crisma poniéndome los calcetines, lo mismo que los zapatos. Tomé mi mochila y mi corbata, y bajé las escaleras corriendo. Cosa nada fácil cuando encima vas anudando una corbata.

Mamá preparaba el desayuno.

---Te vas a desnucar, Rúbe. No corras en las escaleras ---dijo desde la cocina.

---Se me hizo tarde para la escuela ---dije ---tendrás que llevarme.

Mamá se tomó un momento para verme. En realidad, no debía tener mi mejor aspecto, considerando que no tuve tiempo ni de lavarme ni de peinarme.

---Desactivé la alarma ---dijo al volver a poner la sartén en el fuego---. Anoche lo pasaste tan mal que creí que era mejor si no ibas hoy a la escuela.

Me descolgué la mochila de la espalda y la acomodé junto a la barandilla de la escalera. Aproveché también para quitarme algunas lagañas que seguían molestándome en los ojos. A decir verdad, no me apetecía faltar a la escuela. Eran los primeros días de clases. Y estuve esperando con muchas ansias a que iniciara el primer año de secundaria. Quería ir para ver a mis amigos. Seguro que verlos me hubiera ayudado a deshacerme de la horrible sensación que me dejó aquella pesadilla. Pero la decisión ya estaba tomada.

Me acerqué a la barra del desayunador y trepé a uno de los banquillos. Tal vez no resultaría tan mal el faltar un día. Después de todo no era como que faltara todo el tiempo. Además, me gustaba ver a mamá mientras cocinaba, y por regla general solo tenía oportunidad de verla los sábados. Bailaba y tarareaba canciones mientras meneaba la comida de la sartén. Con bastante ritmo debo agregar, como si llevara la música por dentro. Al darse cuenta que la veía sonrió divertida y empezó a hacer movimientos más teatrales.

---Ya que tenemos todo el día ---dijo---, ¿qué te apetece hacer hoy?

Me encogí de hombros en un gesto de duda. No se me ocurría nada.

Mamá sirvió dos platos y puso uno frente a mí, el otro se lo quedó ella. Me dio un tenedor y me sirvió un poco de jugo de naranja. No era jugo natural, sino de ese que viene en cajas de cartón. A diferencia de la tía Verónica mamá no era tan quisquillosa con esas cosas.

---Vamos, dime ---insistió---. Podemos ir a comprar ese videojuego nuevo

que querías. ¿Cómo se llamaba? Era una cosa de metal o algo así. O si lo prefieres podemos ir a montar a caballo. Te gustan mucho los caballos, ¿verdad? O podemos ir al observatorio para que veas a Marte. Tal vez ahora si te dejan entrar a la sala de gravedad cero, creo que creciste como veinte centímetros en el último año.

---Ya mamá, no te burles de mí ---dije. Era tan absurdo que obviamente quería tomarme el pelo.

Al instante el semblante de mamá cambió. Se quedó pensativa.

---¿Estas bien? ---pregunté.

Parpadeó un par de veces y volvió a sonreír divertida.

---Ya, en serio ---dijo poniendo cara de niña traviesa---. Podemos ir un rato a casa de tu tía Verónica.

Me emocionó la expectativa de ir, aunque la emoción me duró poco.

---Pero ahora mismo Pedro y Carlos deben estar en la escuela ---dije.

---Ya sé tontito, pero no van a estar ahí todo el día ---apuntó mamá.

---Pues no, ¿verdad? ---reconocí.

Zanjado el asunto de los planes para el día de hoy no tuve más reparos para comer mi desayuno. Dos huevos fritos, algunas tiras de tocino y un pan tostado. Todo delicioso.

Tan pronto acabamos ayudé a mamá a lavar los trastes sucios. También le ayudé a sacudir las repisas y los muebles de la estancia. Cuando hacía cosas así se ponía contenta, y a mí me gustaba verla contenta.

Una vez estuvimos conformes con los resultados y concluimos que la casa no podía estar más limpia me fui directo al baño para ducharme. De pronto me sentía tan feliz que me puse a cantar a todo pulmón usando la pastilla de jabón como micrófono. Seguro que me escuchaban hasta la casa de los vecinos, pero eso no me importaba.

Me enjaboné todo el cuerpo y me tallé a conciencia. Hasta me puse un

poco de la colonia de papá para oler como él. Era como si papá me acompañara todo el tiempo. Por alguna razón este día no podía sacármelo de la cabeza.

Me envolví en una toalla y abrí un poco la puerta del baño para asomarme al pasillo. Mamá no estaba, así que salí y corrí a mi habitación, tan rápido que casi pierdo la toalla en el camino. Tenía poco que empezaba a salirme bello en algunas partes de mi cuerpo. No es que fuera mucho, era más bien una pequeña pelusilla. Pero al comprobarlo al espejo noté que eso era suficiente para lucir muy diferente. No sabría explicarlo, solo no quería que mamá viera eso. Me daría mucha vergüenza.

Me puse unos calzoncillos limpios y un par de calcetines. Volví a embutirme en unos pantalones, esta vez unos jeans azules, y seleccioné una camiseta roja que combinaba bien con mi par de tenis Nike.

El reloj en mi mesita de noche marcaba las once de la mañana, lo que significaba que faltaba sólo hora y media para que mis primos salieran del colegio. Y como se hacía una hora con diez minutos de mi casa a la casa de mis primos, pues el tiempo que los esperaría sería mínimo.

Fui a donde mamá para comentarle eso. Me escuchó divertida y me dijo que tenía razón, y que, según mi lógica, entre más nos entretuviéramos en irnos menos sería el tiempo que tendría que esperarlos. Supuse que intentaba tomarme el pelo de nuevo, así que reí.

Salí de la casa corriendo muy emocionado. Casi envisto a la señora Soraya que volvía estirando su carrito con las compras.

---Perdón ---le dije apenado.

Me miró con gesto de desaprobación.

---Como que ya va siendo hora de que te comportes como un hombrecito --  
-dijo---ya no tienes cinco años. ¿Oíste? Ya no tienes cinco años.

---Dispénselo, doña Soraya, además ya se disculpó de buen modo ---dijo



mamá al alcanzarme.

Nos despedimos con las debidas cortesías y nos encaminamos a la parada del autobús. Iba más agachado que de costumbre, mirando las puntas de mis Nike con cada paso que daba. Ni siquiera me importaba pisar las líneas que separaban los segmentos de banqueta.

---No vayas así o te lastimarás el cuello ---dijo mamá---. Dime que te pasa.

Medité un ratito antes de responder. Muchas cosas daban vuelta dentro de mi cabeza, tantas que era incapaz de darles forma.

---¿Te parece que no soy "hombre"? ---dije al fin.

---Cielos ---dijo mamá algo incomoda---. Eres mi niño, desde luego. Un varoncito bien hecho, y de eso no tengo ninguna duda. Pero, ¿por qué lo preguntas? ¿Tú no te sientes así? Sabes que me puedes contar cualquier cosa, yo lo entenderé. No importa cómo te sientas; como hombre o no; yo siempre seré tu mamá, y siempre te querré.

---No, mamá ---dije---. Yo hablo de la forma en que me comporto. Si te parece que sea de niño pequeño, o de hombre.

---A mí me parece que tú eres tú. Me encanta como eres y jamás te cambiaría, por nada en el mundo ---me dijo sonriente---. Además, tú aún eres un niño. Y aunque tuvieras bigote y crecieras más alto que yo, igual seguirías siendo mi hermoso bebé.

---Dices eso porque eres mi mamá ---dije, y sonreí también. Con mamá cerca era imposible sentirse triste.

---Disfruta de ser niño, que se es niño sólo una vez.

Corrimos al ver que el autobús llegaba a la parada. Por suerte el conductor nos vio y nos esperó. Subimos a toda prisa y me fui directo a asegurar dos asientos mientras mamá pagaba los pasajes. Me puse en el lado de la ventanilla pues me gustaba ver la ciudad.

---No sé por qué ponen el aire acondicionado tan fuerte ---dijo mamá mientras se frotaba ambos hombros---. No me gusta nada el frío.

Al oírla la abracé y le di un beso. Luego reparé en la forma en que me veían los demás pasajeros y la solté apenado.

No disfruté mucho del paisaje, pues al cabo de unos minutos me quedé dormido.

En mi sueño todo era de un color rosa pálido. Tanteaba con las manos en busca de alguien. Cuando al fin lo encontraba lo atraía hacia mí con todas mis fuerzas y me lo llevaba a otro sitio. Un sueño bastante confuso.

---Ya llegamos ---dijo mamá al despertarme.

Bajamos del autobús y nos encaminamos a casa de la tía Verónica. Vivía en un fraccionamiento muy chulo, con casas grandísimas, del doble que la mía. Mi tío era abogado o algo así. Una cosa de esas. El caso es que siempre vestía de saco y corbata.

Me apresuré a presionar el timbre. Tocar timbres era de las pocas cosas que me chiflaban en serio. Al poco rato salió mi tía para abrirnos la puerta de reja.

Al verme me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Luego volteó a ver a mamá, y su rostro cambió, como si dudara. Se quedó así un rato, sin decir o hacer nada.

---Hola Vero ---dijo mamá---. No mandé a Rúbe a la escuela hoy, así que vinimos de visita. ¿Verdad que si Rúbe?

---Sí mami ---dije.

Tras esas palabras el rostro de mi tía cambió y volvió a sonreír. Nos abrió la puerta y nos invitó a pasar.

---Los chicos aún no llegan, pero ya no tardan ---dijo mi tía.

Mamá se sentó en el sillón de la sala y yo me senté a un lado de ella. Mi tía se sentó en el sillón de enfrente.

---¿Y cómo te va en la secundaria? ---preguntó.

---Bien ---dije---. No es tan difícil como pensé.

---Apenas son los primeros días. Lo difícil vendrá después, ya verás.

Como no se me ocurriera que decir simplemente sonreí.

Deje a mamá y mi tía para que platicaran sus cosas. Tarde o temprano mamá contaría lo de la pesadilla, y no quería estar presente cuando eso pasara, así que me fui al patio para esperar a los gemelos.

Me entretuve en el columpio. Cuando estaba más chico era mi favorito. A los gemelos jamás les gustó. Eran más de jugar con figuras de acción; yo prefería la acción real.

---Hola Rúbe ---dijeron a coro.

Bajé del columpio de un salto y corrí para saludarlos. Los abracé a ambos y los atraje hacia mí. Las lágrimas volvieron a brotar, no sé por qué.

---¿Qué pasa? ---dijo Pedro algo extrañado.

Ese saludo no era el más normal de todos, aun así, me devolvieron el abrazo.

---Nada, es que me hace feliz verlos.

Los solté y ambos retrocedieron un paso. Se me quedaron viendo con el mismo gesto suspicaz. Cada uno el reflejo del otro.

---Estás raro ---dijo Carlos.

Retrocedí varios pasos avergonzado, hasta que mi espalda topó contra el nogal. Tenían razón. Yo mismo me sentía muy raro.

---No importa ---dijo Carlos y cambio el rostro de desconfianza por una sonrisa.

Pedro también pretendió sonreír, aunque sin mucho éxito.

Ambos vestían el uniforme de la escuela primaria. Pantalón y corbata azul, camisa blanca, zapatos negros. Cualquiera diría que eran la misma persona, yo en cambio ya podía diferenciarlos.

Sonreí a modo de respuesta. A pesar de todo siguieron callados. Tuve que sacarles las palabras a tirabuzones. Pero poco a poco se fueron relajando hasta que volvieron a ser los de siempre.

Ya en confianza se dedicaron a bombardearme con preguntas sobre la secundaria. Qué se sentía tener compañeros tan grandes, qué se sentía tener más de un profesor, si las chicas eran lindas, que si era verdad que ya no usaban shorts bajo las faldas y que si le había visto las bragas a alguna.

Traté de darles respuesta a todas sus preguntas, lo mejor que pude; aunque siendo honesto, ahora que me concentraba en acordarme de los últimos días, todo me llegaba confuso y de forma lenta. No sabría explicarlo.

---Los más grandes no nos hacen mucho caso ---dije---. Solo me junto con los chicos de mi salón. Y los maestros casi no nos hacen caso. Llegan y se van tan rápido que si no les pones atención no se te queda nada.

---¿Y las bragas? ---preguntó Pedro.

---No es como que esté todo el rato intentando verles las bragas a las chicas ---dije---. Ni tampoco es como que ellas se dejen.

---Te lo dije ---apuntó Carlos dándole un codazo a Pedro en las costillas.

---Además, si lo hiciera seguro que me expulsan.

De cualquier forma, no me dejaba la sensación de que sí que vi a una chica en bragas. Pero por más que apretujaba mi memoria nomás no podía acordarme dónde y cuándo.

Nos llamaron para comer, así que fuimos directo a lavarnos las manos. No tenía mucha hambre, pero no iba a ponerme huraño siendo la visita. Además, la comida era pasta con salsa de tomate y albóndigas, la especialidad de la tía Verónica. Aun así, pedí a mamá que no me sirviera mucho. Aunque no debió escucharme pues me sirvió igual que a mis primos.

Mientras comíamos, en un momento Pedro volteó a verme y sonrió mostrando todos los dientes. Algunos trozos de pasta incluso se cayeron de su

boca.

---Qué asco ---dijo Carlos y le dio un codazo en las costillas.

Repetí el gesto. Me llevé una porción de pasta a la boca, mastiqué y luego sonreí. Era asqueroso pero divertido. Carlos rio la gracia, Pedro solo puso cara de extrañeza o asco, quizá ambas.

---¿Té pasa algo? ---preguntó mamá. Seguro porque me quedé muy pensativo.

---No, nada ---dije.

---Pues ya dejen de hacer eso y coman.

Tan pronto terminamos salimos al patio para jugar con la pelota. Como sólo éramos tres, y no había forma de hacer equipos, nos dedicamos a quitárnosla los unos a los otros. Nunca fui bueno en el fútbol, lo mismo que mi primo Pedro, así que al poco rato ya sólo estábamos corriendo tras Carlos para tratar de quitarle el balón.

---Esto es aburrido ---chilló Pedro. Su cara estaba toda roja, no tanto por el ejercicio sino por el enfado---. Hay que jugar a otra cosa.

---Yo si quiero jugar con la pelota ---replicó Carlos, haciendo el mismo tono chillón que su hermano, aunque no de forma natural sino en una clara imitación de burla---. Y Rúbe también.

Pedro volteó a verme, como indagando en mi rostro si la afirmación de su hermano era cierta. Y algo debió ver, porque en seguida se dirigió al nogal y empezó a trepar.

---Si rompes la camisa o el pantalón del uniforme mamá te va a regañar ---dijo Carlos al acercarse al nogal.

---No me importa ---dijo Pedro, y siguió trepando hasta llegar a la casa en el árbol.

---Que llorón es ---dijo Carlos en tono burlón.

Volteé a verlo, y su sonrisa se borró al ver que yo no reía. Sabía que aquel

era un ridículo berrinche, pero igual burlarse no ayudaba en lo absoluto.

---Yo no le hice nada ---se defendió---. Es un llorón ---entonces se encogió de hombros.

Me acerqué al árbol y me puse a trepar. Batallé un poco pues las suelas de mis Nike eran lisas y no me daban el suficiente agarre, pero pronto llegué arriba. Me asomé al interior de la casa del árbol y una extraña sensación me estrujó el pecho, como si me faltara el aire.

---Cuidado --- dijo Pedro al sujetarme de la camiseta; luego me estiró hacia adentro.

---Háganme un cancho ---dijo Carlos al empujar a su hermano.

La casa ya nos quedaba pequeña. Mi tío la construyó cuando mis primos tenían seis años, y ya doblábamos esa edad. Así que cada uno ocupó una esquina, para poder acomodarnos bien dentro de la reducida caja de madera.

---Tienes que irte ---dijo Pedro.

Tardé un poco en procesar sus palabras. ¿En verdad me estaba corriendo?  
---No entiendo ---le dije.

---Yo no quiero que se vaya ---dijo Carlos enseguida.

---No seas egoísta, sabes que no se puede quedar aquí ---siguió Pedro, esta vez visiblemente enfadado.

---¿De qué están hablando? ---dije.

Hubo un incómodo intercambio de miradas. Era obvio que me ocultaban algo; algo que sin duda era importante; algo que no pretendían compartir conmigo.

---Tú lo sabes ---dijo Pedro---. No podemos decirlo, porque no quieres que lo digamos.

---Cállate ---interrumpió Carlos---. Sólo dices tonterías.

---Tienes que darte cuenta ---insistió Pedro---. Por ti mismo.

Deshizo el nudo de la corbata y la quitó de un tirón. Después desabotonó

la camisa de su uniforme, aprisa, y se la quitó; lo mismo que la camiseta interior.

---¿Qué haces? ---dije incómodo al ver cómo se quedaba desnudo de cintura para arriba.

---Le diré a mamá que estás haciendo cosas raras ---dijo Carlos y se marchó.

---Mírame ---dijo Pedro---. No hay mucho tiempo. Sólo mírame y te darás cuenta.

Se puso de rodillas y extendía los brazos a sus costados para que pudiera ver su torso desnudo con libertad.

---Esto no me gusta ---le dije, y bajé del árbol.

Para entonces Carlos venía devuelta con la tía Verónica y mamá siguiéndole de cerca.

---¿Qué pasa? ---dijo mi tía.

---Nada ---dijo Pedro. Se asomaba por la puerta de la casa del árbol. Ya vestía la camiseta interior y la camisa, aunque esta última seguía desabotonada.

---Se estaba quitando la ropa, yo lo vi ---dijo Carlos.

---¿Es eso cierto? ---preguntó mi tía.

---Pues quitar no ---dijo Pedro---. Me desabotoné la camisa, porque tengo calor.

---¿Qué te he dicho de decir mentiras? ---dijo mi tía enfadada.

---No dije ninguna mentira ---se defendió Carlos.

---Pues yo tampoco ---apuntó Pedro.

Nos dedicaron extensas miradas, tanto mi tía como mamá, hasta que estuvieron seguras de que no pasaba nada extraño.

---De cualquier forma, ya no quiero que se metan ahí. Le diré a su papá que quite esa cosa. Se puede venir abajo en cualquier momento.

El resto de la tarde la pasamos jugando videojuegos en la sala de la casa. En esto tanto Pedro como Carlos se defendían bien, por lo que los berrinches fueron sustituidos por una cruda competencia. La tía Verónica para nada era de dejarnos jugar con la consola por tanto tiempo, pero supongo que querían tenernos en un lugar donde pudieran vigilarnos.

Al punto de las cinco de la tarde nos despedimos; mamá quería llegar a casa antes de que volviera papá del trabajo. El camino fue bastante incómodo debo agregar.

---¿Hay algo que deba saber? ---preguntó mamá. Nos faltaba poco para llegar a casa, y el autobús estaba casi vacío, lo que nos daba cierta intimidad.

---No lo creo ---dije, y volví a retreparme en mi asiento. Por alguna razón me sentía muy nervioso.

Mamá acomodó uno de los mechones de su flequillo detrás de la oreja, seguro que para ganar tiempo antes de seguir hablando. Igual se veía nerviosa, quizás tanto como yo.

---Sé que estás pasando por muchos cambios y que tal vez te puedas sentir algo confundido ---dijo---. Pero quiero que sepas que puedes confiar en mí para cualquier cosa.

---¿De qué hablas? ---dije. Y vaya si no entendía lo que quería decirme.

---Si de pronto sientes curiosidad por ver otros cuerpos, o por comparar el tamaño de tus partes con otros chicos, quiero que sepas que eso es normal y no tienes por qué sentirte extraño, o sentir que eso te hace menos hombre.

---No, mamá, no pasa nada de eso ---dije enseguida. Sentía como el calor subía a mis mejillas y me ruborizaba. Ahora mi cara debía estar roja, eso seguro.

---No tiene por qué darte vergüenza ---insistió---. Es parte de crecer. A veces los chicos...

---Má... ---interrumpí de inmediato---, ya dije que no pasa nada de eso. No



sigas.

Se quedó en silencio por un momento, como meditando lo que acababa de decir; o peor aún, lo que diría a continuación.

---Tengo una idea ---siguió---. Pediré a tu padre que hable contigo. Una charla de hombre a hombre. Así estarás más cómodo.

---¿Qué? ¡No! ---grité. Los pocos pasajeros voltearon a verme, incluso el conductor se tomó el tiempo de dedicarme una mirada por el retrovisor---. No hagas eso por favor. Todo fue un mal entendido. Es por las peleas de Pedro y Carlos. Nada más. No está pasando nada de eso que dices.

---Está bien ---dijo en tono condescendiente---. Calma, yo te creo.

Y así siguió el incómodo viaje. Mamá no dejaba de verme. No decía nada, pero igual no apartaba sus ojos de mí. Y yo para nada que cruzaba la mirada con ella. Me encontraba apenado por las cosas que me dijo.

Llegamos a la casa poco antes de las seis y media. No quería que mamá siguiera viéndome de esa forma y para nada quería que volviera a hablarme de esas cosas vergonzosas, así que me fui directo a mi habitación. Crucé la puerta, me descalcé y me eché sobre la cama. La conmoción del día me dejó cansado, de modo que me quedé dormido tan pronto toqué el colchón.

Volví a tener ese extraño sueño en el que todo era rosa. En mi sueño buscaba y buscaba, desesperado. Tanteaba las paredes con mis manos, sin importar que las lajas de la superficie rocosa me hicieran cortes o raspones. Buscaba y buscaba hasta dar con aquellas extrañas cosas, y entonces mordía los cables de colores hasta reventarlos.

Me despertaron los golpes en la puerta. Eran insistentes, rítmicos, como si siguieran un patrón. El reloj en mi mesita de noche marcaba las ocho y media, lo que significaba que hacía una hora que papá volvió del trabajo.

---Pasa ---dije al incorporarme y sentarme en la cama.

En efecto era papá, ya lo sabía. Entró a mi cuarto y se sentó en la esquina

de mi cama. Me vio y sonrió. Yo bostecé dos veces para despertar del todo, después sonreí. O más bien intenté sonreír, no era como que me encontrara tan a gusto que digamos.

---Mamá me pidió que hablara contigo ---dijo---. Piensa que tienes dudas sobre tu hombría.

---Eso no es cierto ---dije.

---Lo sé ---reconoció papá---. Pero me contó algo que pasó hoy. ¿Quieres hablarme de eso? Me gustaría escuchar tu versión.

Negué con la cabeza y bajé la mirada.

---Si me hablas de lo que pasó seguro que eres capaz de entenderlo.

Alcé la mirada para ver el rostro de papá. No parecía que quisiera reírse de mí.

---¿Entender qué? ---dije.

---El por qué pasó eso.

Cerré los ojos y respiré profundo varias veces. Era difícil empezar a hablar.

---No quiero que te enojas. Ni que pienses mal de mí ---dije---. Tampoco quiero que te enojas con Pedro.

---No me enojaré ---aseguró papá.

---Dijo que tenía que ver algo, y entonces se quitó la camisa.

---¿Sólo eso?

---Sí, de verdad. Sólo la camisa.

---Me refiero a que si no hizo algo en especial.

Me puse a pensar.

---Extendió los brazos ---dije---, como formando una cruz.

---¿Y qué viste?

---No lo sé, nada más eso. Extendió los brazos y dijo que lo viera. Y ya. Fue extraño.

---Entonces algo tenías que ver ---insistió papá---. Dime qué viste.

---No sé...---dije---. Realmente no tiene nada de extraordinario ahora que lo pienso. Los he visto sin camiseta muchas veces. Es hasta absurdo. Yo...

La idea tardó en aterrizar en mi cabeza, como si algo le impidiera instalarse. Realmente no tenía nada de asombroso que lo viera sin camiseta. En las albercas, por ejemplo, no podemos usar camisetas; y habíamos ido juntos a las albercas muchas veces. Igual cuando me quedé a dormir en su casa. En fin, que ocasiones no faltaban.

---Si los has visto sin camiseta muchas veces, ¿que hace que esta vez sea diferente? ---dijo papá.

---Tenía un lunar en el pecho ---dije---. Ese lunar no estaba ahí antes.

---Los lunares son marcas de nacimiento ---dijo papá.

---Sí, lo sé, no pudo aparecer después ---confirmé---. A menos que...

---¿A menos que qué? ---dijo papá.

---A menos que él no sea Pedro.

Papá asintió con la cabeza, como corroborando mi deducción.

---Entonces, ¿tú no eres mi papá? ---pregunté.

---No lo soy ---dijo---. Pero estoy aquí para protegerte.

---¿De quién?

---De la intrusa.

La declaración me recorrió el cuerpo en la forma de un escalofrío, de la punta de los pies a la cabeza. De pronto pude notar todo aquello que no terminaba de encajar en ese extraño mundo. Mi habitación no era mi habitación; mi cama no era mi cama; incluso ese hombre que se parecía tanto a mi papá no era mi papá. Todo era tan igual y, a la vez, tan diferente.

No pude evitar sentir miedo. No pude evitar sentir frío. No pude evitar sentirme solo y vulnerable. No pude evitar llorar.

---No me gusta este lugar ---dije entre sollozos---. Quiero irme ---seguro

que no se me entendía nada por los temblores.

---Calma ---dijo el hombre que se parecía a papá. Intentó abrazarme, pero le dije que se alejara, y obedeció sin chistar.

A mis quejidos se sumó un ruido más. Pude escuchar sus pasos, cómo avanzaba a todo galope por las escaleras y por el pasillo, martillando la duela del piso con sus tacones. Cada paso suyo resonaba con impaciencia.

---¿Estás bien mi cielo? ---dijo esa señora.

También intentó abrazarme. Así que le dije que se alejara. Pero ella no obedeció.

---Suéltame ---dije mientras me debatía entre sus brazos.

Al poco tiempo me soltó. Pero no por voluntad propia. El hombre que se parecía a mi papá la sujetaba de ambos brazos. Se los doblaba en la espalda, en ángulos poco naturales, ángulos que seguro debían ser dolorosos; y así se evidenciaba por los gestos que hacía.

---Rubén, me lastimas ---dijo en tono quejumbroso---. ¿Te volviste loco? Suéltame.

Lloraba. Su rostro se veía asustado y desencajado.

---Rúbe, ayúdame ---dijo---. Tu padre se volvió loco. Llama a la policía.

---¡No! ---grité---. Ya no me engañas.

---Ayúdame ---volvió a gemir---. Por favor. Me lastima. Ayúdame.

Titubee un momento. Su rostro en verdad reflejaba dolor, angustia y mucho miedo. Eso me hacía sentir incómodo. Y debió notarlo, porque de pronto sus gestos y gemidos de dolor se agudizaron.

---Tú no eres real ---dije---. Me mentiste. Y eso es cruel.

No podía detenerme de llorar. Los espasmos y temblores por los sollozos me hacían imposible el hablar o el mantener la mirada fija. Cosa que me ayudó a desprenderme de esa imagen llena de sufrimiento que tanto me atormentaba.

---Tú no eres mi mamá.

---Claro que soy tu mamá. ¿No me reconoces? ---dijo.

¿En verdad lo era? No podía recordarlo. No podía concentrarme. Su rostro era, ¿parecido? Era, ¿igual? Quizá diferente, quizá cualquier rostro.

---Ella me dijo que iba a estar bien ---musité---. Dijo que no tuviera miedo. Que no me iba a pasar nada. Acarició mi mejilla con su mano. Y pintó mi cara de rojo. El rojo lo cubría todo. En sus manos y en su cara, y en su cuerpo. Me dijo que no me durmiera, que no debía dormirme por nada en el mundo, y yo no me dormí; pero ella sí se durmió, y ya no despertó. Y grité mucho, fuerte, hasta que ya no pude gritar. Pero no despertaba. Y moví su hombro con la punta de mis dedos, y toqué también su cara, y le supliqué que abriera los ojos; pero ya no los abrió. Y no podía acercarme para abrazarla, porque quería un abrazo, pero estaba amarrado a mi asiento. Y ya nunca la abracé, porque ya no despertó, nunca más.

---No, cariño, estás confundido ---dijo---. Los hombres blancos nos sacaron a los dos. Por eso estoy aquí contigo. Y si me ayudas podré abrazarte.

---Eres una mentirosa ---le dije---. Sólo puedes mirar mis fantasías, lo que guardó mi mente de niño pequeño.

---Me estás asustando cariño. Por favor, dile a tu papi que me suelte.

---¿Qué eran los hombres blancos? ---pregunté.

---Héroes ---respondió.

Un nuevo acceso de llanto nubló mi vista y mi mente.

---Te odio ---le dije---. Tomaste el recuerdo de ella. Me lo robaste. Y era mío, sólo mío. Y tú me lo robaste.

---Rúbe, por favor. No me dejes, quédate conmigo. Te daré todo lo que quieras.

---Sal de mi mente.

---Rúbe, por favor.

El hombre que se parecía a papá estiró más fuerte los brazos de la mujer,

hasta que cedieron con un chasquido seco, como una ramita al quebrarse. En eso la criatura a los pies de mi cama se irguió tan imponente como era.

---Rúbe, no me dejes ---siguió chillando la mujer.

---Es mi mente ---le dije---, son mis reglas.

La criatura empezó a clavar sus garras en el pecho de ella, hasta que quedó cubierta de sangre. Su rostro, su cabello, su pecho. Roja y espesa sangre, así, justo como la recordaba.

## 2.



DESPERTAR NO fue sencillo. Me dolía mucho la cabeza y todo me daba vueltas, además de tener un regusto extraño en la boca. Aún quedaban leves reminiscencias de aquel enfermizo sueño; si dentro de lo que cabe fue un verdadero sueño. Como sea, sueño o no terminó por dejarme sensible, al menos en lo que a lo emocional refiere.

Al intentar secar las lágrimas que persistían en mis mejillas me di cuenta de los mecates rojos que se enredaban a mi mano. Y no fue hasta que la neblina rosa se replegó por completo que pude ver a mis amigos atados de la cintura al otro extremo de esos mecates. Debía ser obra mía. Seguro lo hice de forma inconsciente, o semiconsciente, o de alguna forma, al fin y al cabo. Del que no había señal alguna era del profe loco. probablemente a mi inconciencia no le apeteció resguardar a aquel extraño hombre. En lo poco que lo conocí no consiguió generarme ninguna clase de simpatía.

Me encontraba cerca de una de las bombas del profe. Estaba completamente destruida; o bueno, no completamente, quizá solo inutilizada. Los cables que hacían funcionar al mecanismo estaban rotos y las mangueras fueron arrancadas sin nada de delicadeza. Aquello debía ser el extraño regusto en mi boca. La mayoría de los cables fueron literalmente ruñidos. ¿Y quién hizo eso? Pues yo, obviamente.

---Despierten ---dije a mis amigos.

Estaban idos, sumergidos en sus propias fantasías personales. Era cuestión de tiempo para que espabilaran. La neblina se replegaba a lo más profundo del túnel, lo que los dejaba por completo libres de la influencia de la Rosa. Si el profe tenía razón y la neblina funcionaba como un conductor, sin neblina quedaban libres del control de ella. Los desaté y les di varias palmadas en el

rostro. El sedante de la Rosa para nada era tan fuerte como el sedante que usaba el profe, pues pronto reaccionaron. El primero en despertar fue Irving, después Cornelio y por último Jo.

Permanecieron algo confundidos por un rato, inmóviles en su lugar, aunque volteando la cabeza a los lados con cierto temor, como tratando de reconocer su entorno, pero sin querer reconocerlo de súbito. A resumidas cuentas, daban una apariencia algo chistosa. Aunque lo cierto era que en ese momento no me encontraba de humor para nada chistoso.

---¿Qué está pasando? ---dijo mi amigo.

Me adelanté un par de pasos para acercarme a él. Planeaba explicarle lo poco que sabía, al menos lo poco que deduje a partir de mi experiencia personal. Se quedó en planes, pues Cornelio pasó a mi lado a toda velocidad y me empujó con violencia para que me quitara de su camino. Todo ocurrió tan rápido. De un momento a otro Cornelio estaba sobre el pecho de Irving. Sus rodillas aplastaban los brazos de mi amigo, de modo que lo inmovilizaba por completo.

---Déjame ---dijo Irving---. Quítate de encima.

Era obvio que mi amigo aún no terminaba de despertar del todo. Pero en cuanto a Cornelio vaya si se veía despierto. No perdió oportunidad en llevar su mano derecha hacia atrás y empezó a palpar la cintura de Irving hasta que dio con la pistola de bengalas. Después quitó el seguro y le puso el cañón en la sien. Fue tan rápido; aunque con movimientos más bien temblorosos; como si hubiera una prisa acuciante por encañonarlo.

---¡No te acerques! ---gritó Cornelio, al parecer me lo decía a mí---. Si te acercas disparo, pues. Y esta madre debe hacer mucho daño a esta distancia.

Desde luego que no planeaba acercarme, y por lo visto Jo tampoco.

Irving removi6 un poco los hombros. Cosa inútil pues Cornelio lo aplastaba.



---Puedes intentarlo, pues ---siguió Cornelio. Esta vez hablaba directamente a Irving---. Pero no creo que seas más rápido que esta madre.

El cañón de la pistola se clavó aún más en la sien de Irving.

---¿Por qué haces esto? ---preguntó mi amigo, pero no recibió respuesta.

Cornelio seguía sosteniendo la pistola de bengalas, y la apretó todavía con más fuerzas a la sien de mi amigo, si acaso era eso posible.

---Cierra los ojos ---dijo al fin---. Contaré hasta tres y luego dispararé.

Varias de las lágrimas de Cornelio cayeron sobre el rostro de Irving. Esto pareció activar algún interruptor en la mente de mi amigo, uno que normalmente se encontraba desactivado, pues desde que lo conocí siempre se mostró indiferente a su entorno inmediato. Pero ahora parecía hacerse consciente de la magnitud de la situación en la que se veía envuelto.

---No lo hagas ---suplicó mi amigo---. Por favor.

---Uno ---dijo Cornelio.

Irving cerró los ojos, los apretaba fuerte.

---Dos ---siguió Cornelio.

Jo se acercó y hundió su rostro en mi pecho. Pude sentir como sus manos se cerraban en apretados puños aferrados a mi chaqueta.

---Tres.

Cerré los ojos también, y abracé a Jo con todas mis fuerzas. No tenía idea de cómo era, jamás vi el disparo de una pistola de bengalas, ni siquiera en televisión, en alguna película o serie. No tenía idea de lo desastrosas que pudieran llegar a ser, mucho menos a esa distancia tan cercana a la cabeza de una persona.

El estruendo del impacto me estremeció, tanto que me abracé a Jo con más fuerza. Ella gritó y apretó más sus puños, incluso llegó al punto de pellizcar la piel de mi pecho.

Pero aquella no fue una explosión.

Abrí los ojos asustado, con el deseo de ver, pero con el deseo de no ver nada. La pistola yacía a mis pies. Una pistola de apariencia rudimentaria, de diseño escueto. Un simple tubo metálico con un mango, un gatillo y poco más. Cornelio la había lanzado a la pared.

Irving también abrió los ojos, y al ver que ya no corría peligro su rostro cambió. Pasó del miedo a una expresión de cansancio y de pena, como si fuera presa de una gran tristeza. Entonces dobló su cuerpo en una flexión casi imposible, como si no tuviera costillas, y atrapó el cuello de Cornelio con sus pies. La fuerza de la inercia para el regreso de su cuerpo a una posición más natural le bastó para quitarse a Cornelio de encima de un solo tirón.

Cornelio rebotó en la pared de piedra y luego cayó al suelo. Se quedó ahí un momento, el suficiente para que Irving se incorporara. Después se levantó, no sin dificultad, y salió corriendo a la entrada de la mina.

He de admitir que aquello me dejó impactado. No solo la destreza de Irving para realizar tal movimiento, sino todo lo ocurrido.

---¿Estás bien? ---preguntó Jo.

---Claro que sí ---dijo Irving molesto---. El que no está bien es tu hermano. Está loco. Deberían encerrarlo en una clínica, por el bien de él y de los demás.

Jo se inclinó y tomó la pistola de bengalas. Después la devolvió a Irving.

---No es su culpa ---dijo.

Irving tomó la pistola y volvió a ponerla en su cinturón.

---¿Que no es su culpa? ---dijo---. ¿Y qué hay de mí? ¿Es acaso mi culpa? Desde que tengo memoria siempre me está molestando. Agradece que soy pacifista, porque muchas veces tuve la oportunidad de partirle la cara, y no lo hice.

---Sé que eres diferente a ellos, Irving ---dijo Jo molesta---. Yo nunca voy a dispararte, ni intentaré hacerlo. En realidad, no me interesa hacerte ningún

daño, como no me interesa molestarte. Pero eso no significa que me simpatices.

Dicho eso dio media vuelta y se puso en marcha rumbo a la entrada de la mina.

---Espera, ¿a dónde vas? ---le dije.

---A ver a mi hermano ---respondió.

Jo dio varios pasos, firmes y sonoros, clara muestra de su nivel de enfado. Aunque no avanzó mucho. En seguida Irving le dio alcance y la detuvo. Le puso la mano en el hombro, con suavidad, como para llamar su atención, pero sin ser invasivo o autoritario.

---¿Por qué me dices eso? ---dijo---. Yo nunca les he hecho nada malo.

Jo volteó a verlo. Lanzó un gran suspiro y luego se encogió de hombros. El movimiento hizo que la mano de Irving se resbalara del hombro de Jo, quizá con esa intención hizo el ademán.

---Supongo que es justo que lo sepas ---dijo---. Sabía que mi hermano no dispararía; pero tú no lo sabías. Debiste asustarte mucho.

---¿Qué es lo que tengo que saber? ---dijo Irving.

Jo volvió a suspirar. También cerró los ojos y dedicó un momento a respirar para calmarse. Como si se estuviese preparando para algo importante, algo particularmente difícil.

---Pasó hace mucho tiempo ---dijo---. Sabes que mi casa está junto al puente que cruza el río, ese que da al claro dónde está el viejo aserradero. Corni y yo solíamos ir a jugar ahí. Entonces yo tenía unos cinco años, lo que significa que Corni tendría unos siete años más o menos.

»Ya sé que aquel no era lugar para que un par de niños pequeños jugara, por las sierras oxidadas y todo eso, pero en realidad nunca nos metimos a la vieja nave. Solíamos andar afuera, donde están los contenedores y los viejos camiones. Un escenario que, si fueran otras las circunstancias, aún hoy día me

parecería interesante.

»Ocurrió durante las vacaciones de verano. El día estaba caluroso. Era de esos días que invitaban a pasarlos a fuera corriendo y explorando. Con veinticinco grados hasta se antojaba bañarse en el río, y quizás hubiese sido mejor que hubiésemos decidido eso; pero mamá no nos dio permiso, y hay que decirlo, fuera de cualquier cosa Corni y yo somos obedientes. Así que, sin más que hacer, fuimos al viejo aserradero.

»Llegamos desde temprano en la mañana. Salimos de casa tan pronto terminamos el desayuno, y además llevábamos bocadillos para el almuerzo, por lo que suponía todo el día para corretear por el claro. Mamá nos tenía prohibido entrar al aserradero, pero no dijo nada sobre estar en los alrededores que, propiamente dichos, seguían formando parte del claro.

»Pasamos la mañana jugando a los zombis. Con todo tan viejo y destruido no hacía falta usar mucho la imaginación para sentirse en un escenario pos apocalíptico. Correteábamos por aquí y por allá. Incluso armamos un fuerte para protegernos de las hordas de muertos vivientes.

»Después del almuerzo, y cansados de huir de los zombis imaginarios, decidimos jugar a las escondidas. Un lugar así daba mucho sitio para esconderse, ¿sabes?

»El primero en ocultarse fue Corni. Lo busqué por largo rato, en todos los escondites que se me ocurrieron, hasta que lo encontré dentro de uno de los viejos camiones. Se delató solo. El tonto no pudo aguantar la risa de que me fuera tan difícil verlo. Como el camión era alto él podía espiarme desde la ventana, mientras yo andaba de allá para acá buscando debajo de cualquier cosa. Cuando lo encontré reímos mucho por eso.

»El problema comenzó cuando fue mi turno de esconderme. Le dije a Corni que cerrara bien los ojos y que no hiciera trampa. En seguida me fui corriendo, en busca del mejor escondite de todos, un escondite mejor que el

que encontró Corni. Y estaba en eso, concentrada, cuando al doblar la esquina en donde estaba uno de los enormes contenedores topé con alguien.

»Caí al suelo de culo, tan fuerte que casi me pongo a llorar. Bueno, honestamente no estoy segura de si lloré o no lloré, lo que sí es seguro es que me dolió mucho.

»Al levantar el rostro vi que eran dos muchachos grandes. De hecho, echada en el suelo como me encontraba, se veían mucho más altos de lo que en verdad eran. Y era obvio que no estaban nada bien, pues sus ojos se veían rojos y sus movimientos eran extraños. Además, olían mucho a alcohol. Y uno de ellos, el menor de los dos, tenía la camisa desabrochada, mostrando su pecho desnudo completamente empapado en cerveza. Cosa que me pareció desagradable.

»Había topado con el mayor de los dos muchachos. Este usaba una camiseta de cuello redondo, que igual estaba empapada de cerveza. Al verme apuró el contenido de la lata que traía en la mano, de un solo trago, y luego la tiró al suelo.

»El otro igual estaba bebiendo, pero además de la lata de la que sorbía como retrasado, cargaba un paquete con otras seis latas llenas. Cuando el mayor le masculló unas cosas que no entendí, el menor dejó el paquete de latas en el suelo, aunque siguió sorbiendo de su lata.

»Ya con las manos vacías el mayor me ayudó a levantarme. No me preguntó si estaba bien ni nada, y me miraba de forma rara, pero igual le di las gracias.

»Me preguntó cuántos años tenía, y se lo dije, deseando terminar lo antes posible con ese intercambio de información. La verdad es que quería irme de ahí cuanto antes. Al ver que no reaccionaba a mi respuesta, pues se quedó como embobado meditando en mi edad o en cualquier otra cosa enfermiza, hice seña de querer irme.

»Claro que no permitieron que me marchara tan fácil. El muchacho me sujetó del hombro, con mucha fuerza, y me atrajo hacia sí. El tirón me dolió mucho, y ese sí que me arrancó varias lágrimas. Aparte me atrajo cerca suyo, incómodamente cerca, y enseguida empezó a acariciarme la cara de una forma que no me gustó nada. El otro muchacho seguía bebiendo su cerveza a sorbos, como un imbécil. Era como si no estuviese realmente concentrado en lo que estaba pasando. Aunque algo debía entender, porque a pesar de todo reía como demente.

»El mayor me dijo que me quedara a jugar un ratito con ellos. Me da escalofríos sólo de recordar la expresión de su rostro. Claro que entonces yo no entendía nada. De lo único que estaba segura era de que no me gustaba la forma en que acariciaba mi cara. Y no, no tenía idea de qué clase de juegos podría jugar con ese par de enfermos.

»Afortunadamente, al menos para mí, estaba jugando con mi hermano y él me estaba buscando. Obviamente Corni hizo trampa. No contado hasta el treinta, y poco que me importaba. Él me encontró. Embistió al muchacho y lo hizo caer al suelo de forma ruidosa. Le pegó con la cabeza fuerte, directo al vientre.

»Todo pasó tan rápido. Corni me dijo que corriera, así que salí disparada al bosque. Corrí y corrí con todas mis fuerzas, sin mirar atrás, hasta que ya no pude correr más.

»Llegué al bosque que separaba el claro del río. El descubrirme entre los pinos me hizo sentir segura así que llamé a mi hermano, pero Corni no estaba.

»Según me contó después lo atraparon cuando intentaba levantarse para escapar. Yo volví en mis pasos al darme cuenta de su ausencia. Y lo encontré. Aunque no pude acercarme pues tenía mucho miedo. Seguían ahí, en el mismo lugar.

»El menor de los dos sujetaba a Corni en un fuerte abrazo. La cara de

Corni estaba roja por el esfuerzo que debía estar haciendo para intentar liberarse. Se retorció entre aquellos brazos que lo apresaban. Pero no había forma de escapar.

»Desde donde estaba no podía ver bien lo que pasaba. Mientras el menor de los dos lo sujetaba el otro le gritaba cosas a la cara. Sólo Dios sabrá que cosas le dijo, Corni nunca me habló de eso. Además, no dejaba de darle cachetes en el rostro. Seguro que no tan fuertes, al menos yo no vi que fueran golpes fuertes, pero sí bastante molestos. Imagino debieron ser humillantes para Corni.

---Eso es horrible ---dijo Irving.

A mí no se me ocurrió nada que decir.

Jo le dedicó una larga mirada a mi amigo. Tal vez solo se estaba dando un respiro, agarrando fuerzas para poder continuar con su relato.

---Como ya dije, desde donde estaba no se podía ver mucho, y no sé cuánto fue suprimido o cambiado por mi memoria. Además de que Corni nunca quiso hablar de eso. Ni conmigo ni con nadie. Pero lo que pasó después superó por mucho a todo lo anterior.

»Para ese momento Corni ya no parecía tener voluntad, pues cuando ese muchacho lo soltó se quedó así, quieto. Entonces el más grande le tomó del cabello y le obligó a acercarse. Frotó el rostro de Corni en su entre pierna, de forma repulsiva debo agregar. Desde luego que yo ignoraba que estaba haciendo, sólo sabía que eso era malo y asqueroso. Como sea, aquello duró muy poco. En seguida lo apartó de sí, muy molesto. Le pegó en el hombro, tan fuerte que le tiró al suelo.

»El otro no dejaba de reírse. No sé si de Corni o del mayor. Seguro que del mayor porque este también empujó varias veces al muchacho más joven.

»Luego de una discusión el menor volvió a sujetar a Corni. Esta vez de las manos, para alzarlo en el aire. Corni intentó patear, pero aquello fue inútil,

ambos muchachos le superaban en tamaño y fuerza. Pataleó por un rato, hasta que terminó aceptándolo. Ya no peleó, simplemente se resignó.

»Como dije, no tengo idea de que fue lo que le dijeron o lo que pasaba por la mente de mi hermano en ese momento. Y no sé hasta donde habrían llegado las cosas o qué consecuencias habrían tenido de haber ocurrido de otra manera. Pero las cosas pasaron, tal cual les digo.

»Cuando Corni dejó de patalear el mayor de los dos muchachos intentó tocarlo. Porque hay que ser honestos, eso era lo que pretendía. Extendió su mano y tomó a Corni de los pantalones, en su entrepierna. Pero en ese momento, quizás por el miedo, o quizás de forma premeditada, Corni mojó sus pantalones. La orina escurrió por sus piernas hasta el suelo, y de paso mojó la mano del muchacho, esa con la que intentó tocarlo.

»El muchacho apartó la mano, asqueado, y se puso a vociferar. No estoy segura de que cosas dijo, pues no sé si no alcancé a escucharlas o si simplemente las olvidé, pero lo que sí es seguro es que estaba muy enojado.

»Arrebató a Corni de las manos del otro muchacho y lo aventó al interior de uno de esos contenedores metálicos. Corni no luchó, al menos no hasta que vio como el otro muchacho ponía la tapa del contenedor. No pudo hacer mucho. Pusieron una enorme piedra sobre la tapa, y luego otra, y luego otra, hasta que fue imposible para Corni salir de ahí.

»Yo estaba agazapada en el suelo, oculta en el interior de un enorme tubo de concreto, rogando con todas mis fuerzas que aquellos muchachos se fueran para poder sacar a mi hermano de su prisión. Las lágrimas me escurrían por la cara. No podía creer las cosas que había visto. Aunque no las entendía del todo, sabía que eran cosas malas. Y la verdad no me imaginaba lo mal que debía estarla pasando mi hermano en la oscuridad de aquel contenedor.

»Claro que mis súplicas no fueron escuchadas. Los muchachos no dieron señas de querer irse. Se encontraban enojados, sobre todo el mayor. Tanto que



el menor decidió dejar de burlarse de él.

Jo hizo una larga pausa. Estaba llorando, pues seguro que no debía ser nada fácil acordarse de todo eso.

---Empezaron con los palos. Cada uno tomó un palo y se pusieron a golpear el contenedor. El ruido era fuerte. Yo lo escuchaba fuerte, hasta allá donde estaba, en mi escondite. Para Corni debió haber sido insoportable. Un golpe tras otro, un golpe tras otro, un golpe tras otro. Golpes furiosos. Golpes tan fuertes que terminaron abollando el contenedor. Golpes y golpes, hasta que se cansaron de golpear.

»No les tomó mucho reponer fuerzas. Se sentaron sobre viejos neumáticos y se dedicaron a lanzar piedras al contenedor. En eso se les fue toda la tarde. Charlaban sus pláticas amenas, como si no les importara la persona que estaban torturando con sus pedradas. ¿Pero qué digo? Claro que no les importaba. Se reían, se hacían confianzas, se molestaban, se reconciliaban. Y mientras tanto no dejaban de lanzar piedras. Incluso se turnaban para ir a recuperar todos los proyectiles cada que los agotaban.

Otra larga pausa.

---Y luego se levantaron y se fueron ---siguió Jo---. Así nada más.

Jo cayó de rodillas al suelo, llorando profusamente. Se abrazaba a sí misma, repitiendo la misma frase una y otra vez. ---Lo dejaron ahí solo --- decía.

Me acerqué y me arrodillé a su lado, después la abracé. No se me ocurría que cosa podía decirle, y no quise empeorar las cosas diciendo una tontería, así que me quedé callado.

---Esperé un rato largo después de que se fueron. Tenía mucho miedo de que regresaran. Tenía mucho miedo de que mi hicieran eso mismo a mí.

»Cuando me acerqué pude escuchar a Corni. Estaba llorando, quedito, como si él mismo no quisiera hacer ruido. Y yo no sabía qué hacer. Yo no

sabía...

Jo hundió su rostro en mi pecho y siguió llorando. Esta vez con quejidos audibles. Pude sentir el calor de su aliento en mi pecho, y su cuerpo temblando entre mis brazos.

---Me puse a hablarle. Le dije que ya se habían ido, le dije que el cielo se estaba poniendo rojo y que ya teníamos que ir a casa. Pero no me respondió. Seguía llorando. Era algo que tenía que resolver yo sola.

»Al principio intenté quitar las piedras, pero apenas las alcanzaba, con menos razón iba a poder cargarlas.

»También intenté empujar el contenedor, pero era demasiado pesado para mí.

Hizo otra larga pausa.

---Para no enredarme tanto, sólo puedo decir que en ese momento vino a mi mente lo que me había enseñado mi hermano sobre las palancas. Busqué un palo largo y lo clavé de bajo del contenedor. Rodé una piedra grande para usarla de apoyo y me dejé caer con todo mi peso.

»Al principio parecía que no lo lograría, pero luego de mucho intentarlo el contenedor cedió y se volcó.

»Corni no dejaba de llorar. Pero no era un llanto normal. Era diferente. No lloraba como las otras veces.

»Batallé mucho para convencerlo de que debíamos ir a casa. Él no quería volver.

»Se metió al río con toda su ropa y ahí se lavó, pues sus pantalones olían a pipí. Y aún del agua me costó mucho sacarlo. Era como si intentara retrasar lo más posible el regreso a casa.

»Cuando volvimos ya casi estaba oscureciendo. Mamá nos regañó por eso. Y regañó especialmente a Corni porque se supone que era el más grande y debía cuidarme. Lo regañó por no venir antes y por llegar con la ropa toda

mojada.

»A partir de entonces ya no fue el mismo. Era como si lo hubiesen cambiado por otro.

Irving se arrodilló frente a nosotros y clavó su mirada en el rostro de Jo.

---Lamento mucho que hayan pasado por eso ---dijo---. Es horrible, y no me imagino el trauma que debió suponerles. Pero no debieron quedarse callados.

Jo no respondió a las palabras de Irving. No de inmediato. Se tomó su tiempo para serenarse. Secó las lágrimas de su rostro, se enderezó y acomodó su blusa y su suéter.

---¿Qué caso habría tenido hablar? ---dijo finalmente.

Irving despegó las rodillas del suelo y se puso de cuclillas, como preparándose para levantarse.

---Lo que hicieron esas personas está mal, pues. Desde donde sea que lo veas. Debieron denunciarlo a la policía. Mi papá los habría metido a la cárcel ---dijo.

---No podíamos ---siguió Jo---. Teníamos miedo.

---¿Pero por qué? ---insistió mi amigo.

---Porque esos muchachos eran tus hermanos.

Irving tardó en reaccionar. Se quedó pasmado después de la afirmación. Como si le fuese difícil entender esas palabras.

---Es mentira ---dijo luego de un rato.

Jo suspiró al escucharlo. Tal vez ya se esperaba esa respuesta.

---Es verdad. Ellos lo hicieron ---dijo---. Ignoro que le dirían a mi hermano, pero tenía mucho miedo. No quiso decírselo a nadie, ni a mi papá, ni a mi mamá, mucho menos al policía del pueblo.

---No sé qué decir ---reconoció mi amigo. Después se sentó sobre la gravilla.

---No tienes que decir nada ---dijo Jo.

Unas cuantas lágrimas comenzaron a asomarse en el rostro de Irving. En su rostro se adivinaba una expresión de asco y turbación.

---No lo entiendo ---dijo---. Beto y Lalo no son así. Yo... yo creí que los conocía.

Me levanté y estiré los brazos y la espalda. Igual le ayudé a Jo a levantarse.

---¿Estás bien? ---le dije.

Asintió con la cabeza, después se dedicó a acomodar su ropa y a sacudir la gravilla que se le pegó al suéter.

---¿Por eso se comportaba así conmigo? ---dijo Irving, continuaba en el suelo.

---Supongo que hay mucho de eso ---dijo Jo.

---Aún no es tarde ---siguió Irving---. Aún pueden decirlo.

Jo negó con la cabeza.

---No lo sé ---dijo---. Ya pasó tiempo. Ya todo se enfrió. Ya no significa lo mismo. Ya aprendimos a vivir con eso.

---Pero ---interrumpió Irving---. No es justo. Eso no es lo que nos enseñó mi padre. El señor nos enseñó a ser justos. Nos enseñó a proteger y a respetar lo correcto.

---Todo eso está bien, supongo ---siguió Jo---. Pero el tiempo ha pasado. Ya no tiene caso volver a abrir esas heridas.

---Pues yo no creo que estén cerradas ---dije, y vaya si lo creía. Lo que Cornelio intentó hacer era malo. Jamás se amenaza a nadie de muerte, ni de palabra, mucho menos con un arma.

---Tal vez esto era lo que faltaba para que terminara de cerrar ---dijo Jo.

---¿Terminar de cerrar? ---dije.

Jo se abrazó a sí misma y clavó la mirada en algún punto en la pared.

Estuvo así un rato, incluso sin parpadear. Llegó a preocuparme, pero me tranquilicé cuando vi que empezaba a jugar con los faldones de su suéter.

---Sé que suena extraño, pero lo único que Corni quería era una venganza --dijo---. Y ya sé que no es lo correcto, y pueden reprobarlo todo lo que quieran. Pero es la verdad. Él sólo quería sentir que ya no era ese niño indefenso.

---¿Por eso me molestaba a mí? ---dijo Irving---, ¿porque no podía hacerles nada a ellos?

Jo volteó a ver a mi amigo. Sus labios temblaron, no sé si en un intento de sonrisa, o como consecuencia de algún tic nervioso. A lo mejor un poco de ambas cosas.

---Ni a ellos ni a ti. Y te consta. Sólo te molestaba con palabras. Por eso siempre estaba frustrado. Porque sabía que en una pelea nunca podría ganarte --dijo.

---¿Qué? ¿Sabes kung fu, o karate? ---dije---. Porque no me lo parece.

---Ni kung fu ni Karate; es kravmagá ---dijo Irving---. El señor me enseñó. Lo practico desde los cinco años. Pero eso no quiere decir que busque peleas o que las continúe. Es defensa, no ofensiva. Y en realidad no soy tan bueno en eso.

---Si eres una máquina de pelea, ¿cómo es que no te deshiciste de mi cuando te cubrí los ojos en la casa del árbol?

---Aquello no era ninguna amenaza. Sólo me hacía sentir incómodo, porque estabas muy cerca.

Jo relajó los hombros y los movió, junto con su cabeza, para tronar los huesos del cuello y de la espalda. Evidentemente estaba tensa. Aún tenía los ojos hinchados por llorar, y su nariz y sus mejillas seguían rojas. No me gustaba verla así, tan vulnerable. Pero tuve que reprimir mis impulsos de ir a abrazarla. No se vería bien, por más buenas intenciones que dijera tener. Ya la

había abrazado mucho, y no volvería a tentar a la suerte. Quizás ahora si me rechazaría.

---Como sea ---dijo---. Tengo que buscar a Corni.

---Espera ---se apresuró a decir mi amigo---. Déjame ir a mí primero. Si hay que cerrar esto, esa herida que dicen, pues mejor que sea aquí y ahora.

---¿De qué hablas? ---dijo Jo.

Irving no respondió. Sorbió los mocos y limpio los últimos vestigios de lágrimas que le quedaban con las palmas de su mano. Tampoco es que haya llorado mucho. Después salió del túnel sin atender ningún llamado. Y claro que no intentaría detenerlo de ninguna manera, seguro que me patearía el trasero en menos de cinco segundos. Así que fuimos tras él, a una prudencial distancia. Atravesamos la gran galería que servía de entrada a la mina. Ya sin neblina era posible ver el asfalto que recubría todo el suelo, hasta donde alcanzaba la vista, ni siquiera tenía baches. Debieron abandonado la mina sin haberla explotado del todo.

Cornelio se encontraba más allá, justo en la entrada, bajo la enorme viga que servía de dintel. Encogido, de cuclillas. Se veía tan pequeño e insignificante, o a lo mejor así era como lo veía yo tras escuchar la historia. No lo sé. La mina era tan descomunamente grande que cualquiera de nosotros lucía insignificante en su interior.

---Lo sé todo ---dijo mi amigo tan pronto llegó a donde Cornelio. Sin nada de tacto debo agregar.

Cornelio alzó la cabeza y le miró con algo de aprensión. Quizá indeciso de si debía correr o quedarse ahí. O tal vez esa era mi impresión por recién conocer las habilidades de mi amigo. Quién sabe.

---Sé lo que te hicieron. Y créeme que lo lamento mucho. Créeme que me gustaría tener el poder para hacer algo al respecto. Y si salimos de esta con vida, créeme que te apoyaré en todo lo que pueda y aún más; te apoyaré si es

que decides acusarlos.

Cornelio se levantó y enderezó la espalda. Primero nos dirigió la mirada a Jo y a mí. Una mirada inquisitiva que iba más bien dirigida a su hermana. De inmediato Jo se encogió de hombros, probablemente reconociendo haber contado toda la historia. Imagino se habían prometido no contarla nunca o algo así.

Vistos los dos ahí de pie era fácil notar como Cornelio le sacaba cabeza y media a mi amigo. Y si he de ser completamente honesto, me era difícil creer que Irving era más fuerte y hábil que Cornelio. Porque, venga, Irving no era la clase de chico por el que uno daba algún quinto. Siempre distraído, como metido en su propio mundo. Siempre directo, sin ninguna clase de delicadeza para decir las cosas. Siempre tan derecho, como si fuese alguna clase de robot. Demasiado religioso y demasiado conservador para mi gusto. Aun su pasatiempo de leer a cada rato ya era demasiado para mí. Al menos, sin conocerlo, yo no apostaría nada a su favor. Cualquiera diría que es la clase de chico al que se puede molestar fácilmente. Solo le faltaba usar lentes.

---Yo no soy como ellos. Y la verdad es que no puedo hacer mucho --- siguió Irving---. Pero, si esto en verdad te hace sentir mejor, te prometo que no me defenderé.

Cornelio se acercó un par de pasos; como dudando; como tanteando el terreno.

---Mis hermanos no son dignos de llevar el nombre de mi familia. Lo han manchado. Porque la forma en que actuaron no es algo que se enseñe en mi casa; y me da mucha vergüenza que tengan mi sangre.

»Pero yo estoy aquí; y estoy dispuesto a resarcir.

Cornelio levantó los brazos y empujó a Irving. No agresivo, era más como para probarlo. Mi amigo retrocedió varios pasos. Tres o cuatro, no los conté bien. Pero no cayó al suelo, aunque tampoco opuso resistencia.

Ya con más confianza Cornelio volvió a acercarse, y esta vez le lanzó un fuerte puñetazo. Un golpe directo al rostro, tan fuerte que Irving volvió a retroceder algunos pasos. Un hilo de sangre manó de su labio inferior, del lado derecho. Nuevamente, no opuso resistencia, ni se defendió. Y vaya si era resistente. Por un golpe así yo ya estaría en el suelo llorando. Es en serio, incluso lloraría por menos de eso.

Cornelio volvió a acercarse. Hizo el intento de dar un golpe más, pero no lo concretó. Se detuvo en el último momento. Quizá al contemplar el rostro de Irving, ese rostro resignado del que está dispuesto a soportar cualquier cosa. Porque eso dijo que haría, no se defendería. Iba a resarcir, sea lo que sea que eso signifique.

Y así Cornelio se le quedó contemplando, con el puño alzado, hasta que poco a poco fue relajando la mano y poco a poco fue bajando el brazo. Esta vez no lo golpeó, esta vez se acercó a él y lo abrazó.

---Perdóname ---le dijo---. He sido un imbécil toda mi vida. Tú no tenías la culpa. No la tienes.

Jo intentó acercarse, avanzó unos cuantos pasos, pero la detuve. No debía intervenir, lo presentía. Además, era una nueva oportunidad para abrazarla. Y desde luego que no opuso resistencia. En cuanto a Irving, permanecía en la misma posición de firmes, como el soldado de plomo de la historia, aunque obviamente Irving sí tenía sus dos pies. Los brazos de Cornelio lo rodeaban y lo apretaban con fuerza, imposibilitándole moverse o disponer de sus propios brazos; para, por ejemplo, corresponder el abrazo. Así que no se podía mover. O bueno, al menos en apariencia, porque seguro que podría doblarse de cualquier manera para liberarse. Seguro que Cornelio solo quería abrazar, no ser abrazado. O algo así, en realidad no estoy seguro.

---Es que estaba enojado ---siguió Cornelio---. enojado. Y no sabía qué hacer.



»Quería sentir que era fuerte, que era importante, que nada me lastimaba.

»Perdóname. Por favor.

Cornelio hundió su cara en el cuello de mi amigo. Sollozaba como nunca había visto sollozar a una persona, ni siquiera en el funeral de mamá y los abuelos Irving viró un poco la cabeza, de modo que sus labios quedaron cerca del oído de Cornelio, entonces le susurró unas palabras. No sé qué le dijo, pues no alcancé a escuchar, pero debió ser algo para tranquilizarlo. A lo mejor sí había algo entre ellos. Yo no estaba en esa situación, pero aun así me incomodaba mucho verlos tan cerca de esa manera. No es que sea homofóbico ni nada, pero es que no me gustan esas cosas.

Eso me recordó que seguía abrazando a Jo. Así que fui soltándola despacio, disimuladamente, sin sacarla del trance en el que estaba por contemplar aquella escena. Al final no se dio cuenta. Me quedé de pie a su lado como si nada.

Cornelio se irguió y soltó a Irving. Enjugó las lágrimas que aún le quedaban con la manga de su chaqueta, sorbió los mocos con la nariz y luego sonrió. Su sonrisa no era nada agradable, se veía mejor con la cara seria o fastidiada. Tal vez era que ya estaba acostumbrado a verlo así.

---La verdad es que, como enemigos, llegamos a conocernos bastante bien, ¿no crees? ---dijo Irving---. Así que, ¿qué dices? ¿Amigos? ---y extendió la mano para sellar el trato.

Cornelio se le quedó viendo a la mano por un momento, como meditando si aceptar o no.

---Es pronto, pues ---dijo al fin---. Que quede en "conocidos cordiales".

Se estrecharon la mano, quizás por un poco más de tiempo de lo habitual, y luego se soltaron.

### 3.



EL SILENCIO se prolongó lo suficiente como para volverse incómodo. Afuera el cielo lucía despejado y el viento terminó por menguar hasta quedar en completa calma.

---¿Y ahora qué? ---dijo Jo para romper con ese silencio.

Para estas alturas, ya me encontraba desecho, completamente agotado. Si bien no físicamente; aunque algo había de eso; sí que me encontraba cansado emocionalmente. Era demasiada información para procesar. Y supongo que algo parecido ocurría con mis amigos. Tenían muchas cosas que asimilar. Fueron momentos intensos, claro, pero ahora cobraba factura el bajón de adrenalina. Cada dolor llegaba a mi conciencia de manera abrupta, como el repentino pinchazo de una aguja. El frío congelaba mis orejas, mis mejillas, mi nariz y mis labios. La temperatura debió bajar después de semejante tormenta. Bastaba ver las nubes de vaho que se formaban con cada respiración y con la pronunciación de cualquier palabra.

Me abracé a mí mismo y puse mis manos en mis axilas, con la intención de calentarlas un poco. Claro que me encontraba incómodo. Y ya no era tanto el frío o los recuerdos dolorosos. La verdad es que todo este asunto ya nos superaba. No estábamos listos para esto, y dudo que alguien pueda estar listo para esto. Después de todo seguíamos siendo niños. Por más precoces que pretendiéramos ser, por más complejos que intentasen ser nuestros razonamientos, al final sólo éramos un grupo de niños asustados. Y era así como me sentía, como un niño asustado, con frío y con hambre; como un niño que lo único que quiere es sentirse seguro en los brazos de su papá; como un niño que lo único que necesita es sentirse protegido y tener la promesa de que todo saldrá bien.

---¿No dicen nada? ---siguió Jo---. No podemos quedarnos de brazos cruzados. Tenemos que hacer algo.

Cornelio se adelantó unos cuantos pasos para acercarse a su hermana. La miró al rostro, como analizando las arrugas que se formaban en su seño por esa mueca de preocupación. Una expresión que me parecía adorable, debo agregar. Entonces la rodeó con sus brazos y le plantó un beso en la frente.

---Claro que haremos algo ---dijo---. No abandonaremos a nuestra familia ahí. Ya que hemos visto lo que hace, no los dejaremos.

Al escucharlo la expresión de Jo se relajó. Pretendió corresponder al abrazo, pero para entonces su hermano ya se estaba alejando de ella.

Al escuchar las palabras de Cornelio Irving retrocedió un paso. El ruido de sus tenis al trabarse en el asfalto consiguió llamar nuestra atención. Su rostro se mostraba turbado.

---¿Lo que hace? ---dijo enseguida---. ¿Y qué es lo que hace exactamente? ---siguió con un leve temblor en su voz, como titubeando.

---¿Qué hace? ---dijo Cornelio molesto--- Me regresó en el tiempo, a aquel horrible día en el viejo aserradero. Me dio las fuerzas para enfrentarme a tus hermanos. El poder para humillarlos incluso más de lo que ellos me humillaron a mí.

---Corni ---interrumpió Jo. Quizás sorprendida por la ligereza con que Cornelio abordaba aquel tema.

---Me hizo sentir bien ---siguió Cornelio sin hacer caso a los reclamos de su hermana---. Me hizo desear quedarme ahí el resto de mi vida. Me hizo creer que las cosas podrían ser diferentes. Me hizo olvidar lo ocurrido en los últimos siete años, como si ese tiempo nunca hubiera existido.

»¿Ahora sí ya notas lo que hace, pues? ¿Ahora sí te das cuenta?

»¿Tienes idea de lo difícil que fue para mí pasar hoja? Me tomó mucho tiempo superarlo, y a mi manera ya lo había olvidado, pero ella revivió cada

cosa en mi mente. Volvió a hacerme sentir todo ese dolor y toda esa desesperación.

»¿Pero sabes qué es lo peor? Lo peor es que yo no quería irme. Si Rúbe no me hubiera despertado, yo me habría quedado gustoso, viviendo esa fantasía enfermiza. ¿Lo imaginas? Repitiendo la misma retorcida fantasía una y otra vez, hasta el hartazgo, hasta la muerte. ¿Y crees que eso es vida? Porque yo no lo creo. Eso no es vida.

El rostro de Irving enrojecía con cada palabra de Cornelio. Miraba al suelo, como si le avergonzara cruzar la vista con alguien. Aun su respiración se hizo más rápida y sonora de lo normal.

---A mí me hizo creer que mi mamá seguía viva ---dije---. Y fue doloroso para mí sentirla tan cerca y saber que era falsa.

---A mí también me regresó a aquel día en el aserradero ---dijo Jo---. Pero me hizo creer que el incidente nunca pasó. Tuvimos un día perfecto, hasta jugamos en el río. Sólo que nada de eso era real, y de alguna forma lo sabía, aunque también, de alguna forma, parecía ignorarlo. Estábamos rodeados de hadas, duendes, elfos, unicornios y sirenas. Ya sé que dicho así suena como una tontería, pero en ese momento todo me parecía de lo más natural.

Irving apretó los puños, tanto que hizo un desgarré en la manga derecha de su chaqueta. ---Yo no soy malo ---dijo---. Perdón por lo que diré, pero es la verdad. Mi papá y mi mamá están con vida y me quieren y me cuidan. Tampoco tengo traumas por cosas malas que me hayan pasado. Porque yo siempre he sido bueno, todo el tiempo.

Una lágrima resbaló por su nariz y luego cayó al suelo. A esa lágrima le siguió otra, que igual cayó al suelo.

---Ella me hizo hacer cosas malas ---siguió---. Cosas en las que ahora pienso y de las que me arrepiento.

»Pero lo que más me duele, es que en ese momento yo no quería

detenerme. Hacía esas cosas porque quería hacerlas.

---¿Dé qué hablas? ---dije.

---Me siento sucio.

---No puedes negarte a tus deseos ---dijo una voz---. O, mejor dicho, no debes.

Volteamos al origen de la voz. Una de las puertas del fondo estaba abierta y de ella se asomaba una chica. Debía ser Abi, porque era idéntica a la chica que nos había espiado en la iglesia, sólo que esta no tenía el lunar bajo el seno izquierdo. Además, Abi no usaba sujetador, aunque algunas ramitas y algunas hojas le cubrían los pezones; cosa que, si he de ser completamente honesto, me pareció más excitante que si hubiera visto sus pezones. Después de todo la curva de sus senos apenas empezaba a dibujarse.

---No es correcto ---se defendió mi amigo.

---Di lo que viste Antonio ---siguió la chica---. Di como recreaste tus fantasías con esa mujer de la escuela. Deja de fingir que eres el niño perfecto. Deja de fingir que eres la imagen de la castidad y la rectitud. Di la verdad, tus manos han sido inquietas, lo mismo que tu mente; sobre todo tu mente.

Con cada palabra la turbación en el rostro de Irving crecía, y luego se transformaba en ira. Y su ira se reflejaba en sus puños, en la forma en que sangraban por las uñas que se clavaban con fuerza en sus palmas.

---No la escuches ---dije.

Irving parecía estar entrando en trance.

---Deja de luchar y ven conmigo Antonio. Tal vez ellos no pertenezcan aquí, ese es asunto suyo. En lo que a ti concierne, sabes que no encontrarás nada parecido a lo que yo te ofrezco en ninguna otra parte. Conmigo no hay consecuencias, yo no te juzgo ni te reprimo.

Irving comenzó a avanzar. Al principio con pasos indecisos, después con determinación.

---No lo hagas ---dijo Cornelio al intentar detenerlo. Pero Irving lo apartó sin problema y siguió avanzando.

---¡Detente! ---Grité justo en el momento en el que mi amigo estaba a punto de tocar las espinas que rodeaban la mano de Abi.

Ella al instante retrajo la mano, alejando las espinas de mi amigo.

---¿Qué tengo yo que ver contigo ángel del cielo? ---dijo la chica con rabia---. Llévate a tus amigos y déjame en paz.

---Él también es mi amigo ---dije.

---En ese caso deberías elegir mejor a tus amigos ---dijo la chica.

Irving volteó a vernos. Sus ojos eran color rosa, aunque aún no tocaba las espinas. Nos sonrió, aunque seguramente ya no era él quien sonreía, y luego siguió su camino hasta desaparecer en el interior del túnel.

---Váyanse ---siguió la chica---. No los quiero en mi montaña. Váyanse y déjenme tranquila. Estoy en paz con tu Dios, pues no tengo a nadie que no quiera estar aquí, ni tengo a nadie que no merezca estar aquí. Así que váyanse.

Dicho eso la chica desapareció en el interior del túnel.

---¿Se lo llevó así de fácil? ---dijo Jo.

Cornelio dio unos cuantos pasos en dirección a la puerta por donde se marcharon. Alzaba la cabeza, como pretendiendo ver más allá a través de los cristales de la puerta.

---Sabía que a Irving le gustaba Miriam, pues. Pero no creí que al grado de caer en una tentación tan absurda. Ni siquiera se está echando a la Miriam de verdad.

---Cállate, idiota.

---¿Estás bien? ---dijo Cornelio al levantarle el mentón a su hermana.

---Estoy cansada ---dijo ella---. Pero no es nada. Tenemos que sacarlos de ahí.

No dijeron nada más. Cornelio se limitó a abrazarla y a mecerla, justo

como ella solía mecerlo a él cuando la fobia al ruido le paralizaba. Tal vez no tenía nada que decir. Seguramente era eso. Al final no tenía nada que decir.

---No será fácil ---dije.

Traté de no sonar tan negativo. Fallé en el intento. ¿A quién engañaba? Para nada me sentía positivo. ¿Cómo pues iba a sonar positivo?

---Ya no tenemos armas para enfrentarla ---seguí---. No hay rastros de los filtros nasales, ni de sus cascos con lámpara, o de las bombas de queroseno con las que pretendíamos quemarla, o el químico con el que supuestamente la secaría.

---Es verdad ---reconoció Cornelio.

---Ya ni siquiera sirven las bombas que hizo el profe ---dije---. Todas están destruidas. Y del profe no hay ni huella.

Jo se me quedó viendo, con una mezcla de indignación y decepción. Cruzó los brazos en un intento de mostrarse enojada, pero finalmente terminó abrazándose a sí misma, bastante consternada.

---No te pongas así ---le dijo Cornelio.

Jo volteó a ver a su hermano, esta vez haciendo un puchero, casi a punto de llorar.

---¿No lo ves? ---dijo---. Estamos solos. No podremos sobrevivir solos al invierno. No podremos bajar solos la montaña hasta la ciudad. No podremos enfrentarla nosotros solos.

Al escucharla Cornelio se acercó a ella. Creí que volvería a abrazarla, pero no lo hizo, solo se plantó frente a su hermana y cruzó los brazos.

---¿Terminaste? ---dijo.

Jo levantó la vista, después asintió con la cabeza, como titubeando.

---Ya sé que piensan que soy un tonto, pues ---siguió Cornelio---. Y tal vez sea cierto, al menos en algunas cosas. Pero les juro por la virgen que mi cerebro funciona bien y, hasta donde sé, no estoy tan tonto como imaginan.

---Al grano ---interrumpió Jo.

Cornelio suspiró. Luego se apartó unos cuantos pasos de su hermana para contemplarnos a los dos. ---La idea suicida del profe sonaba bien, o eso fue lo que me pareció cuando tenía esa droga dándome vueltas en la cabeza. Pero no tenemos que enfrentarla nosotros ---siguió---. La tienda surte en la primera quincena de cada mes. Basta esperar que venga alguno de los tráileres con la mercancía. Ellos nos llevarán a la ciudad y servirán como testigos de lo que está pasando.

---¿Y ese es tu plan? ---dijo Jo---. ¿Esperar a que vengan a surtir la tienda? Faltan veinte días para eso.

---Diecinueve ---corregí---. Hoy es 27 de agosto ---incluso le mostré el calendario en el smartwatch que me prestó el profe.

---Como sea, es mucho tiempo.

Cornelio se quedó en silencio un momento.

---No hay otra opción, pues ---dijo al fin---. Ya lo dijiste, no podemos enfrentarla solos. Y no hay manera de salir del pueblo. Aunque hay muchas camionetas ninguno de nosotros sabe conducir; al menos no tan bien como para sortear los caminos en la montaña sin volcarnos.

Un escalofrío me recorrió todos los huesitos de la columna vertebral al escuchar la referencia a un accidente. Aun me encontraba algo sensible respecto a eso.

---¿Alguno de ustedes tiene un celular o una tableta con cámara para grabar lo que está pasando y enviarlo como evidencia? Podríamos pedir ayuda por internet.

Cornelio se encaminó a la entrada de la mina. El sol empezaba a descender, revelando lo avanzado del día. Negó con la cabeza mientras miraba ese cielo.

---Yo no tengo ---dijo---, Aquí de nada me serviría. Y sabes que las



tabletas y notebooks perdieron fama después de la gran purga. En Rosa no iba a ser la excepción. Son pocos los que se conectan a la red, y la mayoría lo hace desde cuadernos.

---Es una tontería. Papá dice que la red es segura si la sabes usar ---dije algo molesto.

En realidad, lo que me frustraba era la descarada ausencia de tecnología.

---Tu padre es de la generación adicta ---dijo Cornelio enseguida---. Claro que ama la red y todo lo que tenga que ver con ella, pues. Seguro que pasó toda su niñez y adolescencia conectado. O mejor dicho desconectado del mundo real. No me extraña que te diga esas cosas.

---Eso no es verdad ---refuté, aún enfadado---. Mi papá no es adicto a nada. Los adictos son los que...

No pude continuar hablando. Jo me veía con un semblante destrozado. Entonces recordé la diferencia que tuvimos respecto este mismo tema.

---Ya no discutan ---dijo con la voz algo quebrada---. Debe quedar alguna cámara por algún lado. Solo hay que buscarla, tomar las fotos y enviarlas. Lo que sea para que vengan pronto para salvar a nuestras familias y amigos.

---Perdóname ---le dije---. Yo sólo decía que mi papá no era adicto a la red, yo sólo...

---No importa Rúbe ---me interrumpió---. Ya déjalo. Sólo vámonos de aquí.

Cornelio se encaminó al exterior de la mina, sin dejar de contemplar el cielo. El sol yacía oculto atrás de una densa nube. El cielo sin embargo ya se encontraba casi completamente despejado.

---¿Y qué prueba esperan obtener? ---dijo---. No sé si ya se dieron cuenta, pero la Rosa se replegó al interior de la mina, pues. Recogió por completo toda su neblina.

Salí de la mina también y Volteé al cielo, al lugar donde Cornelio miraba.

No había nada, sólo el cielo. También pude ver el extenso claro dónde se alzaban las oficinas y las grandes bodegas de la mina. Era una extensión de terreno enorme, más grande que el tamaño de dos campos de fútbol juntos. Hasta los grandes camiones se veían pequeños en medio de esa gran plancha de asfalto.

---Por más fotografías que tomen ---siguió Cornelio---, ¿qué será lo suficientemente contundente como para llamar la atención de la policía o de quién sea? Ya ni siquiera está la neblina. Sólo serán fotos del pueblo y ya, sin ningún contexto de nada.

Después de eso nos quedamos callados. Ya no se me ocurría nada más.

---Alguien de afuera sabe lo que está pasando ---dijo Jo.

Cornelio volteo a verla, apartando al fin la mirada del cielo. Yo también Volteé a verla extrañado por lo que decía.

---Recibimos un mensaje en las computadoras del centro de salud --- siguió---. Nos advirtieron sobre el peligro y nos sugirieron usar sal. Hacer un círculo.

---Es verdad ---reconocí.

---Al principio creí que era un virus o algo así ---continuó Jo---. Son comunes los mensajes de broma diciéndote que eres el próximo en morir. Tanto que la gente ya no les hace caso. Pero...

Cornelio se adelantó dos pasos a donde su hermana y la interrumpió.

---En la iglesia el profe Jaime uso sal para hacer un círculo ---dijo.

---Exacto ---continuó Jo---. Eso significa que es probable que el mensaje haya sido real, enviado por alguien que sabe lo que está ocurriendo en el pueblo.

---Pero si eso fuera cierto ---dije---, ¿por qué no ha venido alguien a salvarnos?

---No lo sé ---reconoció Jo---. Ya han pasado varias horas de eso. Tal vez

vengan en camino.

---¿Por qué no dijiste nada de esto antes? ---dijo Cornelio.

---Ya te dije que al principio creí que se trataba de una de esas bromas de mal gusto que circulan por la red ---dijo Jo---. He recibido muchas en mi cuaderno.

---Pues sea como sea ---siguió Cornelio---, si esas personas saben algo hay que ponernos en contacto cuanto antes.

---No parecía que quisieran hacernos daño ---dije---. Pero la forma en que se presentaron; la verdad es que me dio mucho miedo.

---¿Eso qué significa? ---dijo Cornelio.

---Fue raro ---intervino Jo---. Por eso te dije que los confundí con uno de esos molestos mensajes basura. Pero, no sé. Ya sabes que tampoco soy de navegar por la red.

Cornelio se encaminó al auto del padre y se asomó para asegurarse de que las llaves continuaban puestas en su sitio.

---El cielo ya pardea ---dijo---. Lo mejor será volver a casa y dormir en una cama. Ya mañana decidiremos que hacer.

#### 4.



NOS DISPONÍAMOS a irnos cuando algo llamó mi atención.

---Hay una luz, allá ---dije.

Jo y Cornelio voltearon a donde señalaba. En uno de los edificios, en la tercera planta, brillaba una luz blanca. A cada momento era más nítida, conforme el cielo se oscurecía.

---Debe haber alguien ahí ---dijo Cornelio.

Jo se adelantó un paso y achinó los ojos, como si por eso fuera a ver mejor el rectángulo luminoso en aquella mole de concreto.

---Creí que este lugar estaba abandonado ---dijo.

---Se supone que lo está ---siguió Cornelio---. Pero esa luz no se encendió sola.

Di unos cuantos pasos en dirección al edificio, movido por la curiosidad, pero en seguida Cornelio me alcanzó, me rodeó con su brazo y me encaminó devuelta al auto del padre.

---No podemos ir así nada más ---dijo---. El terreno es enorme y suele engañar, en realidad está lejos.

---Aparte sería una tontería ---siguió Jo ---. Es obvio que esa luz se encendió cuando echamos a andar el generador que alimenta la iluminación de la mina. ¿Verdad Corni?

Cornelio se subió al auto del padre Luis y lo encendió. De inmediato Jo se subió al asiento del copiloto y yo al asiento de atrás. Ignoraba si Cornelio sabia manejar; era lo más probable, aun así, ajusté bien el cinturón de seguridad, por si las dudas. Jo hizo lo mismo.

Cornelio arrancó sin ningún contratiempo, y demostró maniobrar bien el volante. Aunque no se dirigió a la carretera que regresaba al pueblo, sino a

donde los edificios, específicamente al de la luz encendida.

---¿Qué haces? ---dijo Jo---. Debemos ir a casa.

Cornelio no respondió enseguida. Bajó la velocidad y aparcó el auto frente a la entrada del edificio, con esos movimientos mecánicos propios de los estudiantes primerizos de la escuela de manejo, luego apagó el motor. Me causó un poco de gracia como miraba a los lados y usaba los espejos, como si fuéramos a toparnos a algún peatón o a otro vehículo en aquel lugar olvidado de Dios.

---La luz ---dijo al fin---. La línea que alimenta a la mina no es la misma línea que alimenta los edificios. Eso sería una tontería, pues.

Jo infló las mejillas en ese gracioso gesto de disgusto que tanto me gusta.

---Pasan de las siete y media ---dijo---. En menos de media hora estará completamente oscuro. Y te recuerdo que no tenemos linternas. Además, estoy cansada, tengo mucho sueño.

Cornelio bajó del auto.

---Qué insensible eres ---dijo mientras inspeccionaba la puerta del edificio---. ¿Tan rápido olvidaste a nuestra familia y amigos? Me pregunto en qué clase de fantasía enfermiza los tendrá amarrados a ellos.

---¡Cállate! ---gritó Jo---. Sé que nos necesitan, pero ahora mismo no podemos hacer nada. Hay que tratar de pedir ayuda. Y descansar para reponer energías. Además, quiero darme una ducha, me siento sucia.

---No seas dramática ---dijo Cornelio---. Te falta una semana y media para que venga a visitarte tu amiga, así que no me salgas conque te sientes sucia.

El chasquido se amplificó en el vacío de aquel lugar. Un golpe seco y firme, seguramente más doloroso de lo normal debido al frío y la humedad. Los dedos de Jo incluso se quedaron marcados en la mejilla de Cornelio.

Por un momento ninguno de los dos se animó a hablar.

---Ya, perdóname ---dijo Cornelio luego de largo rato---. Lo que la jodida

Rosa me hizo me dejó alterado. Perdóname.

Jo no respondió. Regresó al auto enfadada, abrió una de las puertas traseras y empezó a hurgar. Luego de un momento salió de vuelta cargando el extintor. Apenas nos dio tiempo para alejarnos. Lo lanzó al cristal de la puerta y este cedió hecho añicos.

---Ya pueden entrar ---dijo. Después recogió el extintor y se marchó de vuelta al carro, supongo que a colocar el extintor en su sitio.

Entramos al edificio, tenuemente iluminado por la luz que se colaba por las cristaleras. Era un lobby enorme que abarcaba la planta baja casi a su totalidad.

---¿Qué es este lugar? ---pregunté.

---Es la caja de zapatos ---dijo Cornelio. Examinaba todo a su alrededor, con interés.

---En realidad no se llama así ---se apresuró a decir Jo, venía entrando---. Pero así le dicen en el pueblo.

Cornelio continuó hasta atravesar al otro lado del Lobby.

---Qué desperdicio de espacio ---dije.

---Ni que lo digas ---dijo Cornelio---. La caja de zapatos fue hecha para los trabajadores de la mina, pues. Aquí pueden vivir hasta cuatrocientas personas, o poco más.

Me señaló el ventanal que estaba al otro extremo del edificio. Daba a una especie de plaza gigantesca que se encontraba rodeada por cuatro construcciones. En verdad parecía una caja. La vegetación que se apoderaba de toda esa área daba buena cuenta del tiempo que tenía abandonada.

---¿Y que hay aquí?

---De todo ---dijo Cornelio---. Escuela, guarderías, hospital, un supermercado, hasta un cine.

---¿Y todo esto por una mina de carbón? ---dije. No era que esperara una

respuesta; solo pensaba en voz alta.

---Mi papá dice que querían oro y plata. Y al parecer sí encontraron algo, pero no lo suficiente. Y como nadie quería venir aquí, pues lo mandaron todo al carajo. Lo que es una lástima, porque los del pueblo podían venir al cine.

---Pero dejaron todo aquí.

---Es como quitarle un pelo al gato ---siguió Cornelio---. Así funciona el mundo de los negocios, pues. A veces se gana, a veces se pierde. ¿Te imaginas cuantas de estas hay por todo el país? Seguro que la construcción se pagó sola con lo poco que alcanzaron a extraer cuando estuvo funcionando. Además, dice papá que el dueño es el mismo que maneja el cultivo de madera. Ofreció al pueblo el edificio, pero nadie lo quiso. En cambio, asfaltó todas las calles, remodeló la escuela y construyó el centro de salud.

---También ayudó con la remodelación de la iglesia ---apuntó Jo.

---Sí, eso. Tumbaron el tejaban que usaban de iglesia y levantaron una nueva.

---Ya, vale. Al dueño no le importó dejarlo ---dije---. Pero es que está todo.

Y vaya si estaba todo. El equipo de minería, los camiones; aun el lobby conservaba los muebles; y presumiblemente lo mismo debía ocurrir con el resto del mobiliario en este y los otros edificios.

---En el pueblo se cree que el lugar está embrujado ---dijo Jo---. Solo los chicos que dudan de su hombría y quieren demostrar que tienen pantalones vienen acá. Y no es como que seamos un pueblo de ladrones como para saquear este sitio sólo porque está abandonado. No ocupamos nada de aquí.

---Por supuesto ---dije.

Me quedé contemplando esa especie de jardín central. Era como esos palacios de diseño español que visitamos cuando estaba en tercero de primaria. Una reliquia de monumentos arquitectónicos. Claro que esos

palacios no eran tan grandes como esta enorme mole de piedra; y esos viejísimos edificios tenían un diseño mucho más bonito.

La repentina claridad me sacó de mi abstracción, de un momento a otro todo el lobby se iluminó con luz blanca.

---No es que sea desconfiado, pues ---dijo Cornelio---. Pero prefiero las escaleras al elevador. Después de todo este lugar ha estado abandonado desde antes de que yo naciera.

Cornelio se encaminó a las escaleras. Le di alcance para ir a la cabeza. Me dejó pasar sin rechistar; después de todo el no pretendía impresionar a nadie. Comenzamos el ascenso a pasos cortos, como descubriendo las escaleras por vez primera. Yo, luego Jo, después Cornelio quién vigilaba la retaguardia.

En el primer piso todo era oscuridad. Apenas brillaba tenuemente la luz de emergencias en las esquinas de las paredes, dibujando formas extrañas en los pasillos.

El segundo piso estaba en iguales condiciones. Aunque no por mucho, pues Cornelio volvió a hacer que la luz iluminara toda la planta.

---¿Qué se supone que era aquí? ---dijo Jo.

---Parecen oficinas ---dije.

---Tal vez si eran oficinas, pues ---dijo Cornelio---. ¿Tan difícil era administrar una mina?

---¿Tú que vas a saber? ---dijo Jo.

---No creo que fueran de la mina ---dije,

---¿Por qué lo dices? ---preguntó Cornelio.

Señalé la placa de metal en la pared, estaba detrás de un escritorio que debía fungir de recepción.

---Mi tía Sofía trabajaba en esa empresa, Obviamente no aquí, sino en la ciudad. Es de telemarketing o una cosa de esas.



Seguimos caminando hasta llegar a la habitación que había llamado nuestra atención. Se trataba, de hecho, de una amplia oficina con múltiples cubículos. Cada uno con su respectivo escritorio, su archivero y su computadora. Todo perfectamente alineado, y perfectamente cubierto de polvo.

Decidimos dividirnos para inspeccionar toda el área. Por separado podríamos abarcar más espacio y mucho más rápido. Así que me fui recorriendo la oficina, asomándome al interior de cada cubículo, confirmando que no había más que un escritorio con viejísimo equipo de oficina cubierto de polvo. Ya se me hacía que después de todo aquello solo era una pérdida de tiempo, pues el lugar ni siquiera resultaba interesante, cuando Cornelio nos llamó.

---Aquí hay alguien ---dijo.

Corrí a toda prisa a donde Cornelio, que no dejaba de llamar con insistencia. Cuando llegué Jo ya estaba ahí.

---Es... ---dije, y luego me quedé callado.

---¿Lo conoces? ---dijo Cornelio.

Al principio tardé en reconocerlo, era verdad que sin barba lucía mucho más joven.

---Es ---seguí, con un horrible nudo en la garganta---. Es Dante.

---¿Quién? ---preguntó Cornelio.

---Creo que lo he visto antes ---dijo Jo---. Estaba en el río, dibujando, cuando llegó y dijo que compraba mi pensamiento por una moneda.

---¿Qué te dije de hablar con extraños?

---Creí que era el profe Jaime, hasta que lo vi bien. Es que, vestía igual.

---No era el profe, era un músico. Rentaba un cuarto en casa de doña Inés. Y seguro te preguntó eso porque vino para escribir canciones. Buscaba inspiración ---dije.

---Pues encontró algo más que inspiración ---dijo Cornelio.

Se acercó e intentó tocar una de las cadenas que mantenían suspendido al pobre Dante. Las cadenas bajaban del techo y surgían del suelo, y daban la impresión de atravesarlo en varias partes de su cuerpo, aunque no como si se clavaran entre su piel y sus músculos al grado de hacerle sangrar y exponer el tejido sensible al rojo vivo, sino como si estuvieran sobrepuestas en su cuerpo, como si las cadenas fueran fantasmas que lo atravesaran limpiamente, sin tocarlo.

## 5.



JO RETROCEDIÓ un paso y se ocultó tras uno de los muros falsos que servían de división a los cubículos.

---¿Está muerto? ---dijo, casi en un susurro.

---Ya lo creo ---siguió Cornelio---. Es obvio que está bien muerto.

---Pero, ¿por qué está así? ---dije.

La única vez que estuve frente a un muerto fue en el funeral de mamá y los abuelos. Mis tías al principio se empeñaron en impedir que los viera, ahí tendidos en sus féretros, pero papá convino que lo mejor era que los viera. Después de todo tarde o temprano tendría que enfrentarme al hecho de que ya no estaban y, ver su ausencia, seguro que ayudaría. Y vaya si ayudó. No era que se vieran apacibles; era que, en realidad, no resultaban tan distintos a una mesa o una silla. Simples objetos inanimados. Mi tía dijo que parecían dormidos; no sé cuál de todas, alguna lo dijo. Pero a mí no me lo pareció. No es que sea insensible, en ese momento me dolió hasta lo más profundo de mi corazón. Pero como todo, siempre te deja una enseñanza. Las personas, cuando duermen, no pueden evitar aparentar vida. Lo ves en su respiración, en el movimiento de sus ojos, en la forma en que su piel reacciona al clima del ambiente. Sabes que van a despertar en cualquier momento, que esa pasividad no será para siempre. ¿Pero alguien muerto? No hay punto de comparación. Los muertos están muertos, carentes de cualquier vestigio de vida, por mínimo que sea. Y Dante, en realidad no daba la impresión de estar muerto. Percibía su ausencia, la frialdad de su cuerpo inerte, el mutismo de su respiración y del latir de su corazón, la parálisis de sus ojos y la indiferencia de su piel. A resumidas cuentas, bien pasaba por un muerto. Y sin embargo a mí no me parecía que estuviera muerto del todo.

---La pregunta, pues ---dijo Cornelio---, no es por qué está así. La pregunta es, más bien, quién le hizo eso.

Cornelio siguió extendiendo la mano hacia las cadenas, como con la intención de tocar alguna, pero sin llegar a tocarlas en realidad; cosa que no dejaba de ponerme tenso.

Las cadenas, después de todo, no se veían tan firmes como cabría esperar de unas cadenas que mantuvieran al cuerpo de un adulto más bien robusto suspendido de aquella forma tan poco natural. Me daban la impresión de que, si las tocaba, se romperían. Y seguro que esa misma impresión debía transmitirle a Cornelio, razón por la cual no se atrevía a tocarlas.

---¿Qué vamos a hacer? ---dijo Jo.

No se me ocurría nada. La verdad es que, de todo lo que pudiéramos haber encontrado, un cadáver con la facultad de aparentar vida era lo que menos esperaba, sobre todo si ese cadáver era el de Dante. Así que no respondí, no tenía nada que responder.

---Es obvio que alguien lo mató y luego lo puso ahí ---dijo Cornelio.

---Pero, ¿quién? ---dijo Jo.

---¡Yo qué sé! Algún loco. Eso seguro. Un asesino psicópata. ¿Cómo le decían en esa ridícula serie? Un psycho killer; ya sabes, una mariconada de esas.

Me acerqué al cuerpo, incluso más cerca de lo que Cornelio se había acercado, lo que me ponía a la cabeza como el más temerario de todo el grupo. Y claro que me encontraba nervioso. Por más vivo que me pareciera las evidencias se empeñaban en decir otra cosa.

---No lo toques ---dijo Jo, como si intuyera mis intenciones.

---A mí tanto me da que lo toques o no, pues ---dijo Cornelio---. Pero como mínimo lleva dos semanas muerto, y no creo que sea higiénico tocar un cadáver en ese estado.

---Estado ---dije, más para mí mismo---. ¿Cuál estado? Hasta donde sé los muertos apestan, y este no apesta mucho que digamos.

---Seguro es el frío ---dijo Jo---. Debe conservarlo en buen estado.

---¿El frío? ---dijo Cornelio con desdén---. No es que sea experto en cadáveres y así, pero la temperatura media de estos últimos días ha sido de dieciocho grados centígrados. Ya sé que este verano no ha sido particularmente caliente, pues. Pero, dieciocho grados no es como una temperatura muy fría. Es decir, ya visto bien, debería apestar a ---hizo una pausa---... a muerto, pues.

Dante, sin embargo, no apestaba; al menos no a muerto. Y no es que haya oído un muerto antes. Pero eso era lo que rezaba el dicho, ¿no? "Los muertos a los tres días apestan". Así que, si era un muerto, pues este no era un muerto normal. De hecho, este en particular pasaba inadvertido, al menos en lo que a aromas refería.

---Pues si no apesta por algo ha de ser ---dije---. Tal vez siga vivo.

En verdad deseaba que siguiera vivo.

Cornelio asintió con aprobación tras escuchar mi conclusión. Cosa que se me hizo rara. Me esperaba que me aguijoneara con algún comentario sarcástico debido a la obviedad de mi comentario.

---Esto no me gusta---dijo Jo---, mejor vámonos.

Cornelio no dio señal de querer irse, al contrario, veía a Dante con expresión seria, ignorando por completo la petición de su hermana.

---Está disecado ---dijo al fin---. Una vez leí sobre eso. Hará unos trece años que dejó de ser legal, pero vaya si hay información sobre cómo disecar animales. Y supongo que, en teoría, una persona no es muy distinta a los animales. Después de todo somos mamíferos.

---¿Disecado? ---dije con interés. La verdad es que esa palabra no terminaba de evocar nada en mi mente.

---Antes la gente lo hacía, cuando la caza aún era legal ---siguió Cornelio--. Bueno, primero se prohibió la taxidermia, después se prohibió la caza. Pero una cosa iba con otra.

Jo salió un poco más de su escondite, apenas lo suficiente para ver el cadáver.

---Sigo sin entender ---dije.

Cornelio me dedicó una larga mirada, como evaluando si era verdad lo que le decía. Debió parecerle una completa tontería que ignorara tales cosas. Pero siendo honesto, jamás me interesé los animales. Sabía lo de esa ley. Los zoológicos, por ejemplo, hacia largo tiempo que ya no exhibían a animales reales. Los únicos lugares con animales encerrados eran las reservas, pero éstas estaban más bien dedicadas a intentar preservar a aquellas especies en peligro de extinción. En fin, un largo capítulo en la clase de historia universal al que apenas puse atención. Claro, una ley aprobada antes de que yo naciera, la culminación de una larga batalla que duró décadas. Los animales de los circos y así. No me imaginaba a un animal en un circo. ¿Qué harían?, ¿malabares? ¿Algún acto de magia? ¿Cómo iba a acordarme de algo tan tonto? No sé nada que tenga que ver con los animales, si acaso solo que algunos están sabrosos en guiso o asados al carbón.

---Qué teto eres ---dijo Cornelio, exasperado por todo el tiempo que invertía en mis absurdas divagaciones---. La taxidermia es el arte de disecar animales, lo que básicamente viene a ser el sacarles todo lo de adentro y rellenarlos de algodón o una cosa así, como a un oso de peluche.

Traté de hacerme una imagen de eso, pero me era difícil concebirlo. Los animales están rellenos de vísceras y huesos; cosas así. Si estuviesen rellenos de algodón seguro que se deformarían.

---O sea que los animales quedaban como si estuvieran vivos, pero sin podrirse. Lo que es de notar porque en realidad ya estaban muertos ---siguió,

Me quedé en silencio, probablemente con cara de perplejidad.

---Como una estatua, pues ---dijo exasperado---. Pero de piel y pelo; o plumas; depende del animal. Algunos hasta disecaban peces... creo.

---Qué tontería ---dijo Jo, resumiendo bastante bien mis pensamientos.

---Eso hacía la gente, pues ---dijo Cornelio---. Tampoco es como que intente justificarlos. Ellos disecaban animales y luego los exhibían como trofeos.

---Trofeos de caza ---aventuré.

---Trofeos de caza ---convino Cornelio.

---Pues sigue siendo una tontería ---concluyó Jo.

Me acerqué aún más a Dante para contemplarlo de cerca. Definitivamente no olía a muerto. Podía ver cómo se dibujaban los poros de su piel, con un realismo perturbador. Claro que debía ser un hombre de verdad. Visto así para nada que parecía un oso de peluche.

---Entonces ---dije---, ¿piensas que Dante fue disecado?

---Es lo más lógico ---apuntó Cornelio.

---Como un oso de peluche ---insistí---. Relleno de algodón y todo.

---Desde luego ---aseguró Cornelio---. De algodón o de cualquier otra cosa así. Tampoco es que sea un experto en taxidermia. Solo sé lo poco que leí; y a todas luces este se ve como un hombre disecado.

---Entonces, ¿ahora es como un muñeco? ---dije.

---En cierta forma, sí, puede decirse que lo es ---dijo Cornelio a su vez.

Lo contemplé por un momento más. Podía distinguir la forma en que su barba, esa barba que apenas oscurece, como la barba de papá cuando pasa un día sin rasurarse, salía por los poros de su rostro. Incluso podía distinguir el borde del iris de sus ojos, de un café claro, quizá amarillo, aunque se empeñaban en ocultarse en su cuenca.

---Ya vámonos ---volvió a suplicar Jo.

---Sí, pues. Deberíamos conseguir una cámara y fotografiar esto ---dijo Cornelio---. Así seguro que la policía viene pitando.

Era extraño, porque, aunque sentía que debía ponerme triste, que debía conmovirme al ver a Dante muerto, no podía sentirme mal. No era que se hubiera vuelto mi amigo, ni nada, apenas intercambiamos unas cuantas palabras. Pero, por favor, era una persona muerta; una con la que incluso llegué a hablar. ¿Por qué no podía sentirme mal?

El tirón fue fuerte y doloroso. Cornelio me rodeaba de la cintura y me alejaba del cadáver.

---¿Qué te pasa? ---dijo alzando la voz, casi gritándome.

Me puse a forcejear para liberarme de sus brazos, pero no lo conseguí.

---Suéltame ---le dije.

Continué forcejeando con todas mis fuerzas, pero seguía siendo inútil.

---Estás loco ---siguió Cornelio

---Yo no...

En realidad, no lo sé. Tal vez sí. Dejé de pelear. Relajé los brazos y la espalda. Dejé que mis pulmones se llenaran de aire. Así hasta aparentar docilidad.

---Te quedaste embobado, como hipnotizado ---dijo Cornelio.

Luego de un momento Cornelio también se relajó y bajó la guardia. Enseguida me solté de sus brazos. Lo empujé con fuerza. Él cayó al suelo de culo y se golpeó la cabeza con uno de los muros falsos que separaban los cubículos. Al ver que se levantaba sin problema y que no sangraba supe que estaba bien. Así que corrí a donde Dante, tan rápido como me fue posible, y extendí mi mano para tocarlo. No sé por qué, solo sabía que debía hacerlo.

En el preciso momento en el que mi mano tocó su rostro las cadenas que lo sostenían estallaron en cientos de esquirlas, como las luces de bengala que papá me dejaba quemar en navidad. Se esparcieron a todo en derredor, incluso



chocando contra mi cuerpo, aunque sin llegar a dañarme, y después se desvanecieron en el aire, como si nunca hubieran estado ahí.

Dante permaneció en la misma posición por un momento, quizás unos tres segundos. Por ese tiempo no se movió ni un milímetro, a pesar de estar en una posición imposible sin nada que le sostuviera. En ese instante su piel recuperó el color y pasó de un mortecino tono oliváceo a un bronceado de apariencia mucho más saludable. Era como si su cuerpo se descongelara. En seguida cayó de rodillas y terminó a gatas con ambas palmas posadas en el suelo. Tosió un par de veces, de manera enérgica, como si hubiera algo obstruyendo su garganta. También parecía respirar con dificultad.

Durante todo ese proceso había escuchado los gritos de Jo y de Cornelio. El sonido de sus pasos me hizo consciente de que se habían marchado corriendo; e igual me hizo consciente del momento en el que volvieron, seguro que por mí. Pero en cuanto a mí, no podía marcharme así nada más. Era mi deber quedarme. Lo sentía en lo más profundo de mi corazón.

---¿Estás bien? ---dije a Dante. Mi voz sonó quizás un poco más preocupada de lo normal.

---Lo hiciste bien ---dijo con dificultad---. Ya no tienes que preocuparte.

Y así la aprensión que sentía en el pecho desapareció. Sentí como unas cuantas lagrimas se aglutinaban en mis ojos.

---Perdón---siguió ---. Es un efecto secundario. Te impactó verme así, yo solo no te dejé llorar. Pero ya puedes llorar si quieres.

Alcé la vista lentamente y traté de verlo al rostro. Las lágrimas no dejaban de brotar así que no pude distinguir gran cosa.

---Rúbe ---dijo Cornelio.

Pretendía alzar la voz mientras susurraba, lo que hacía que su llamado fuera más como una especie de chillido.

---Tenemos que irnos ---insistió.

---¿Disecado? ¿Es en serio? ---dijo Dante.

Hablaba en voz alta, lo suficientemente alta como para que Jo y Cornelio la escucharan en donde sea que se encontraran escondidos.

Ni Jo ni Cornelio respondieron.

---No sé qué hacen aquí; y la verdad es que es un poco vergonzoso que me hayan encontrado de esta forma ---siguió Dante---, pero gracias. No era mi intención asustarlos, y no pretendo hacerles daño.

No hubo respuesta por parte de mis amigos.

---No debería decirles esto ---continuó---, pero hay personas peligrosas interesadas en este pueblo. Ya me vieron cautivo así que ya deben hacerse una idea de cuan peligrosas son esas personas.

---No te muevas ---dijo Cornelio.

Tenía los ojos cerrados así que no podía ver lo que pasaba, pero agudicé el oído. Me sobresalté un poco al sentir el abrazo de Jo. Me recargó sobre su regazo y se dedicó a secar mis lágrimas con la manga de su suéter.

Abrí un poco los ojos y pude distinguir a Cornelio. Estaba frente a nosotros encarando a Dante. Empuñaba el palo de una escoba o un trapeador, alguna cosa de esas. Claramente no encontró un arma más efectiva.

---¿Qué le hiciste? ---dijo.

---Nada, en realidad ---repuso Dante---. El chico guarda muchos traumas.

Pude escuchar el crujido de los nudillos de Cornelio mientras apretaba aquel palo con más fuerza, y el sonido de sus zapatos al afianzarse con mayor aplomo en el suelo cerámico.

---Cállate.

Se hizo el silencio, uno particularmente incómodo, hasta que Dante soltó una risilla. Eso hizo que Cornelio crujiera más sus nudillos al apretar el palo con más fuerza aun, casi como una reacción refleja.

---Lo siento, pero no te considero una amenaza. Con ese palo o sin él. ¿En

verdad crees que puedes hacerme algún daño? ---volvió a reír---. Escuchen, aquí está pasando algo raro; raro, grande y pesado. Agradezco mucho que me hayan liberado, pero tengo muchas cosas que hacer. Así que, si me disculpan...

---No puedes irte así nada más ---dijo Jo.

Pude escuchar el rechinado de las botas de Dante en el suelo cerámico, como si se hubiera detenido de repente.

---¿Seguro que está bien? ---siguió Jo.

---No es mi culpa que el chico sea tan sensible ---dijo Dante---. De hecho, me sorprende, no imaginé que fuera tan chillón.

---Estoy bien ---dije, ya no lloraba.

---¿Tú papá sabe que estás acá? ---dijo---. Este lugar es peligroso.

Sentí ganas de llorar otra vez al escucharlo nombrar a papá. Pero me contuve.

---Él... ---dije.

---Está en la mina, junto con todo el pueblo ---replicó Cornelio.

Dante achinó los ojos con recelo.

---¿De qué hablas?

---¿Cuánto tiempo estuviste ahí colgado? ---dijo Cornelio molesto---. Todo el pueblo está vacío. Hasta donde sabemos la gente está en la mina. Nosotros somos los últimos que quedan. Una planta se los está comiendo.

---¿Una planta? ---dijo Dante.

Se quedó pensativo.

---¿En verdad no sabes nada? ---dije.

---Después del tercer día perdí la cuenta. He estado cautivo todo este tiempo. No sé nada sobre ninguna planta.

Le conté lo que sabía sobre la Rosa y sobre las personas del pueblo. El resumen más rápido y conciso que pude dar. Dante me escuchó con atención, asintiendo y gruñendo de vez en cuando, como para confirmar que seguía el

hilo de la conversación.

---Entonces la Rosa los tiene presos ---dijo.

---Eso mismo ---confirmé.

---Esos mecates son porque tienes atado un proyector a tu espalda, que dibuja un par de alas de ángel porque la planta le teme al dios judeocristiano y cree que tú eres uno de sus ángeles.

---Básicamente.

Dante se quedó meditando por un rato, después asintió con semblante resuelto.

---¿Tú nos crees? ---dijo Jo.

---Desde luego ---confirmó---. ¿Por qué, si no, vendría hasta acá? Desde hace rato que se detectó actividad psíquica en el pueblo, de una naturaleza extraña. La existencia de la rosa aclara muchas cosas. Afortunadamente para ustedes tenían al chico-ángel de su lado.

---¿Eso qué significa? ---dijo Cornelio.

Dante se irguió tanto como lo fue posible, estirando cada vertebra de su espalda, incluso alzó su cuerpo parándose sobre la punta de sus botas. A su espalda resplandecieron un par de alas, incluso mejor diseñadas que las del profe.

---¿Qué mierda? ---dijo Cornelio, resumiendo lo que todos pensábamos.

Volvió a plantar las suelas de sus botas al piso y las alas desaparecieron.

---No son reales, obviamente ---dijo---, pero si los engañó a ustedes.

---Eres un ángel ---preguntó Jo.

---No ---reconoció---. Por lo pronto salgamos de aquí. Este lugar es peligroso.

---¿Nos ayudarás? ---pregunté.

---A eso vine. Yo me encargo. Ustedes pueden esperar fuera de la mina.

Cornelio señaló a Dante con el palo, en una postura claramente

amenazante.

---Sin engaños, ¿vale?

Dante sonrió como toda respuesta, luego se puso en marcha. Apenas dio unos cuantos pasos cuando comenzó el ruido.

---Ruido rosa ---dijo. Y siguió hablando, diciendo muchas otras cosas más, pero para entonces ya era imposible escucharle.

Era difícil concentrarse con semejante sonido bombardeando nuestros oídos. Y por si eso no fuera poco, de pronto las lámparas de la oficina explotaron sumiéndonos en una completa oscuridad. Ni siquiera funcionaban las luces de emergencia. Aquello debía ser lo más cercano a la sensación de estar ciego y sordo.

Busqué a tientas en la oscuridad, hasta que encontré una mano fría y delgada. Era más grande que mi mano, así que supuse se trataba de Cornelio. La búsqueda también me hizo toparme con una tela suave, definitivamente el suéter de Jo. Los atraje a mí, y nos quedamos quietos.

La oscuridad comenzaba a tornarse insoportable cuando encendieron las luces de emergencia. Una horrible luz roja proveniente de lámparas fluorescentes en las esquinas. A eso se le sumó la tenue luz proveniente de los monitores de las computadoras dispersas en los cubículos. En suma, una mortecina luz roja que apenas era capaz de dibujar las siluetas de los objetos a nuestro alrededor.

Jo me dio un par de palmadas en el rostro, lo mismo que a Cornelio, para llamar mi atención. Dijo algo, pero no le entendí. No sabía leer labios. Señaló el monitor más cercano, el que estaba a espaldas de Dante. No me sorprendió mucho ver lo que aparecía en la pantalla. De alguna forma puede decirse que ya me lo esperaba. Era aquel horrible ojo rojo, volteando a todas direcciones, como si en verdad pudiera ver algo.

Cornelio llamó la atención de su hermana e hizo una serie de signos. De

seguro preguntaba si aquello era de lo que le hablamos, pues Jo le respondió con enérgicos asentimientos de cabeza.

En la pantalla el ojo rojo siguió haciendo de las suyas, moviéndose sin control a todas direcciones, hasta que la imagen pasó a ese tono rojo oscuro tan parecido a la sangre cuando ha coagulado. Y acto seguido se escribió un mensaje en gruesos caracteres.

«SI NO ESTÁS CON NOSOTROS ESTÁS EN NUESTRA CONTRA».

A la luz roja y al insoportable ruido se sumaron esporádicos destellos púrpuras en lo alto del techo. Tal combinación me provocaba náuseas.

Dante llamó la atención de Cornelio, entonces hizo una serie de signos. Se movía rápido. Pero Cornelio negó con la cabeza e hizo algunos signos como respuesta.

No tenía idea de qué era lo que decían, sin embargo, fuera lo que fuera, la respuesta no le sentó nada bien a Dante. Su rostro parecía cada vez más angustiado.

Jo llamó la atención de Dante y le dijo algunas cuantas cosas con el mismo lenguaje. Aquello lo tranquilizó un poco. Se movió con particular premura para decir todo lo que tenía que decir con los signos. A lo que Jo asintió enérgica.

Los destellos púrpuras eran cada vez más frecuentes, de hecho, ya iluminaban gran parte de la oficina. Incluso comenzaron a formar vórtices luminosos en lo alto del techo.

Dante volteó a ver los vórtices. Dijo algunas cosas más a Jo, luego sacó un objeto de algún lugar de su cinturón y se lo entregó. Al recibir el objeto Jo lo guardó en el bolsillo de su suéter. Intercambiaron unos cuantos mensajes más con ese código.

Quedaba claro que Dante quería decir más, pero se detuvo en seco. De los vórtices emergían extremidades; piernas y brazos de un color negro profundo y

de un largo nada natural.

Cierto que no conocía el lenguaje de señas, pero el último signo de Dante sí que lo entendí bien. Debíamos irnos rápido.

Emprendimos la carrera con Jo por delante. Atravesamos las nubes de polvo y los papeles que volaban por todas partes. Sorteamos las sillas, escritorios y demás materiales de oficina que yacían tirados en el suelo. Corrimos y corrimos con todas nuestras fuerzas, hasta que todo aquel caos se quedó atrás.

Apenas y tuve oportunidad de dar un vistazo a la oficina cuando entramos al cajón de las escaleras. Dante estaba sobre uno de los muros falsos que separaban los cubículos. Empuñaba lo que parecía ser una espada y daba un giro para hacerle un tajo a un extraño ser de cuerpo negro. La escena me acompañó durante toda la carrera por el cubo de las escaleras.

Una vez abajo corrimos directo al auto del padre y nos trepamos. Jo en el asiento del copiloto, yo en el asiento de atrás. Cornelio en cambio tardaba en subir. Seguía cargando aquel palo. En un lapsus de claridad arrojó el palo al edificio y se acomodó en el asiento.

---Arranca ---apremió Jo.

Me alegré mucho de poder escucharla.

---En eso estoy, pues ---dijo Cornelio.

En la pantalla del tablero apareció el ojo rojo.

---¡Mierda! ---gritó Cornelio al verlo.

Al ojo siguió la pantalla roja con una advertencia.

«VÁYANSE, NO SE ENTROMETAN».

Y el auto arrancó. Cornelio pisó el acelerador a fondo, ignorando cualquier etiqueta de comportamiento propia de las escuelas de manejo.

## 6.



AVANZAMOS HASTA abandonar el terreno de la mina, entonces el auto se detuvo y se apagó. Nuevamente aparecía un mensaje en la pantalla.

«COLOCA TU DEDO SOBRE EL LECTOR».

---¿Qué?

---No lo hagas Corni---dijo Jo---. O sabrán quién eres.

«CON NOSOTROS O EN NUESTRA CONTRA».

Cornelio estiró la mano y acercó el dedo índice al lector.

---No ---dijo Jo.

El dedo se posó sobre el lector y este hizo su trabajo.

«VUELVE A CAZA, CIERRA PUERTAS Y VENTANAS Y NO SALGAS».

El auto encendió.

«SI PUEDES, RODEA TU CASA CON SAL».

---¿Por qué lo hiciste? ---dijo Jo. Cornelio no respondió.

«DIRECTO CASA, NO INTENTES ENGAÑARNOS».

En la pantalla apareció el mapa del pueblo con la ruta marcada desde la posición del auto hasta la que debía ser la casa de Jo y Cornelio. Entonces se activó el piloto automático y se aplicaron los seguros de las puertas.

---No puedo controlarlo ---confirmó Cornelio.

---Las puertas no abren ---dijo Jo.

---Nos harán daño ---dije.

Cornelio sonrió, luego comenzó a reír histérico; carcajadas que más bien parecían sollozos.

---¿Qué tienes? ---preguntó Jo angustiada.

---Siempre supe que me atraparían, tarde o temprano, tus jodidos hackers.



---No sabes si son ellos.

---De nada sirvió que me abstuviera de conectarme. Ellos te encuentran.

---No son ellos, ¿o sí? ---dije.

Desde que estaba en quinto año de primaria, cuando se tocó el tema en la clase de historia, siempre fue un motivo para sentir miedo. Ellos estaban ahí, vigilando cada cosa que hacías, juzgándote con la más sensible de las balanzas, midiéndote con la más estricta de las reglas.

---Papá dijo...

Cornelio dio un golpe al volante.

---Papá dijo, papá dijo, papá dijo... Tu papá no está aquí, acéptalo. Ellos jodieron al mundo y ahora nosotros pagamos las consecuencias. ¿Te enteras?

---No ---dijo Jo, lloraba en silencio---. Fueron los asesinos los que jodieron al mundo. Nosotros somos sus rehenes.

Se quedaron callados por el resto del camino. Aún sus respiraciones se volvieron acompasadas. Naturalmente que yo tampoco dije nada, me dio la sensación que decir cualquier cosa hubiera sido irrespetuoso.

La casa de Jo y Cornelio estaba cerca del río. De hecho, bastaba cruzar la calle para llegar al agua. Aquí mismo estaba el puente para cruzar al otro lado, como contó Jo en su relato. En cuanto a la casa, era de una sola planta, como la mayoría del resto de casas del pueblo. Aunque esta era más bien pequeña. Al igual que las otras casas era de madera y tablaroca.

---¿Vamos a entrar, o qué? ---dijo Cornelio luego de largo rato.

Seguíamos sentados en silencio, a pesar de que el auto hacía rato que estaba detenido y que las puertas se encontraban sin seguro. Finalmente bajamos del vehículo y nos encaminamos a la puerta de entrada. Estaba abierta, como estaban abiertas las puertas de las otras casas.

---Pasa ---dijo Jo.

Vaya si era una casa pequeña. La habitación más grande parecía ser la

estancia, un cuadro perfecto sin más decoración que una vieja pantalla de las planas y un sillón con tres plazas. A la estancia se le unían una cocina con una pequeña mesa con cinco banquillos sin respaldo. Un cuarto de baño. Una recámara principal y un pasillo que al parecer daba acceso a dos recámaras pequeñas.

Era obvio que la familia estaba compuesta por cinco integrantes, así lo sugerían los banquillos. Cinco personas viviendo en una casa que era apenas la mitad de grande que la planta baja de la casa de Irving.

Cornelio cerró la puerta, después nos sentamos en el sillón sin decir nada. Contemplábamos la pantalla en la pared, tan negra como la noche, reflejando nuestros rostros asustados.

---Lo que pasó, ¿pasó de verdad? ---dije.

---Claro que pasó ---dijo Cornelio---. Seguro eran demonios o algo así.

Hurgó en su bolsillo y sacó la fotografía de aquella señora. Le dio un beso, luego la guardó.

---Él las llamó sombras ---apuntó Jo---. Me pareció extraño; aún en este momento me parece extraño; pero esa fue la expresión que usó.

Sacó el objeto que Dante le dio.

---¿Qué es eso? ---preguntó Cornelio.

Jo extendió el brazo y sujetó el objeto frente a nosotros. Era una cajita de plata, como un encendedor.

---Según dijo es una señal de alarma. Como una bengala.

---Pues no se ve como una bengala ---dije.

Jo se encogió de hombros. Miraba el objeto, quizá tratando de descifrarlo. Después de un rato levantó la tapa. En lugar del mechero de un encendedor tenía un botón rojo.

---Dijo que nos alejáramos del edificio, hasta que ya no se escuchara ruido ---siguió---. Y que después la activáramos, para pedir refuerzos.

---¿Crees que funcione? ---dije.

Jo presionó el botón. No pasó nada. Lo presionó otras tres veces más. Siguió exactamente igual. Aunque pensándolo bien, ¿qué exactamente era lo que esperábamos que sucediera?

---Estoy cansada ---dijo Jo---, quiero dormir.

Cornelio volteó a verla.

---¿No comerás nada? ---dijo.

Jo se quedó en silencio, como pensando.

---No ---dijo al fin---. Sólo me ducharé, y luego me iré directo a la cama.

Decidido eso se levantó del sillón, puso el objeto del botón en mi mano, y se fue directo al cuarto de baño.

---¿Tú no tienes hambre? ---preguntó Cornelio.

---No realmente ---dije. Y era verdad. Sentía el estómago revuelto.

---Está bien, yo tampoco ---dijo---. Ven, te daré ropa limpia, por si quieres ducharte.

Dejé el objeto sobre el sillón y seguí a Cornelio por el pasillo que daba a las recámaras pequeñas. Entramos a una de ellas. No era grande, pero estaba bien acomodada. Pegada a la pared estaba una cama individual perfectamente tendida. Tenía dos almohadas y un osito de peluche sentado en la esquina más alejada. También había una cajonera, seguro que con ropa. Un librero repleto de libros de papel de pastas blancas, al parecer la enciclopedia que mencionó Jo. Un pequeño escritorio con un banquillo sin respaldo. Y junto a la puerta un pequeño baúl.

---Jamás me habría imaginado que tenías un oso de peluche ---dije.

---No es mío, es de mi hermano. Compartimos habitación, pues.

---¿Y los dos caben en esa cama?

Cornelio se inclinó y tomó la base. Estiró y sacó un segundo colchón de debajo del primero.

---Son dos camas en realidad ---dijo. Luego devolvió la segunda cama a su sitio.

---No me quiero morir ---dije.

Cornelio rebuscaba en la cajonera con la ropa. Gradualmente sacó unos calzoncillos blancos, unos pantalones azules de algodón, una camiseta gris oscuro de cuello redondo y un suéter gris con el bordado de la cara de un oso.

---Nadie quiere morirse ---dijo---, nadie en su sano juicio.

---Tampoco quiero que me maten.

---Todo está limpio ---siguió, y puso la ropa en mis manos---. Sólo ---hizo una pausa---, trata de ya no pensar en eso, ¿quieres?

---¿Nos matarán?

Suspiró.

---No lo sé Rúbe. Créeme que no lo sé.

---Perdón, ya me callo ---dije.

Intenté quitarme los mecates que sujetaban el proyector a mi espalda. No podía.

---¿Quieres ayuda? ---dijo.

Asentí con la cabeza, resignado. Cornelio se acercó y se puso a mi espalda. Sentir los fuertes tirones que daba para aflojar las cuerdas, hasta que la presión se liberó. Soltó los mecates y estos se desplomaron al suelo.

---Me quedaré con esto ---dijo al mostrarme el proyector, y lo puso sobre su cajonera.

La espalda me dolía, pero también sentía un gran alivio.

---¿Qué tienes? ---preguntó.

---No sé ---dije.

Me quité la chaqueta, y por órdenes tuyas me quité también la camisa. En la camiseta interior blanca se marcaban algunas líneas rojas. Sangre. Levanté la camisa para descubrir mi espalda.

---Si te apretaba, ¿por qué no dijiste nada?

---No sé.

En realidad, al aspecto se sumaban los moretones que me dejaron las cuerdas con las que el profe loco me ató, y seguramente fueron las causantes de que la piel me quedara tan sensible.

---Mierda ---dijo Cornelio.

---Qué ---dije asustado.

---Sí que estás flaco.

Devolví la camiseta a su sitio.

---No te rías ---dije.

Se sentó en el banquillo junto a su escritorio y tomó un lápiz para equilibrarlo con la nariz.

---A mí no me gustan los chicos ---dije.

Volteó a verme. Con el movimiento perdió el equilibrio. El lápiz cayó al piso.

---Menos mal. ¿Por qué lo dices?

No supe cómo responder. Era incómodo.

---Es que ---mascullé---, el profe loco dijo que...

---¿Dijo qué? ---siguió al ver que ya no decía nada.

---No importa.

---¿No importa? ---continuó---. Pareces quinceañera a punto de ser desvirgada. Relájate.

---No sé qué es eso. Sólo, no importa.

---¿En verdad crees que soy gay?

---Yo...

---Si lo fuera, ¿qué te hace pensar que me fijaría en ti?

No dije nada.

---No soy gay ---siguió---. Ya te lo había dicho.

---Perdón.

---¿Por qué? ---dijo---. Mira, no pasa nada. Quiero darme un baño, ¿sabes? Iré a ver si Jo ya terminó. Si quieres puedes dormir en la cama de mi hermano. O si lo prefieres en el sillón.

Tomó ropa de su cajonera, al azar, y se marchó.

Me sentía como un estúpido. Seguro que me vi demasiado vanidoso diciendo esas cosas, como si creyera que Cornelio pretendía hacer algún movimiento conmigo, como si todo mundo gustara de mí. Ahora mismo debía estar burlándose, creyendo que seguramente sí que me gustan los chicos por tratar de negarlo de esa forma tan absurda.

Pasó un largo rato antes de que Cornelio volviera a la habitación. Ya estaba vestido, aunque aún se estaba secando el cabello con una toalla. Yo solo tomé la ropa que me dio y me fui directo al cuarto de baño para ducharme.

No era amplio, cosa que ya esperaba. Puse la ropa sobre el retrete y terminé de desnudarme. Después me metí al gabinete de la ducha. Afortunadamente aquí si había agua caliente. La ducha fue reconfortante, hacia días que no me aseaba a consciencia. Tallé bien todo mi cuerpo y lavé bien mi cabello. Y, aunque sabía que no era correcto, me relajé un buen rato bajo la lluvia de agua tibia. No mucho, cuando me sentí mejor cerré la llave y dejé de desperdiciar el agua. Luego me sequé con una de las toallas del toallero.

La ropa me iba algo grande, pero era mejor que nada. Tuve que sujetar bien los pantalones de algodón con el cordel. Debía verme chistoso. El suéter igual me iba enorme. La abertura del cuello me llegaba a medio pecho, las mangas sobrepasaban mis brazos como por quince centímetros y de largo me llegaba a mitad de las piernas.

---Tu ropa me queda muy grande ---dije al entrar a la habitación, pero no recibí respuesta.

Cornelio ya estaba acostado; echado de lado, en posición fetal, dándole la espalda a la puerta. Según parecía abrazaba al osito.

---Creí que no era tuyo ---dije, más para llamar su atención.

---Eres hijo único ---dijo, seguía en la misma posición---, tal vez por eso no lo entiendes.

---¿Entender qué?

---Lo que es tener hermanos ---siguió; y giró para quedar boca arriba---. Me preocupo por ellos, ¿sabes? A veces no lo parece, pues. Pero yo me preocupo por ellos, porque los quiero.

---¿Hablas de Pino y Jo?

---Sí ---convino---. Sé que Jo es fuerte y que se puede cuidar sola, pero Pino no. Él es pequeño, y flaco, y muy inocente. Además, tiene eso.

Me acerqué para sacar la otra cama.

---¿Qué cosa? ---dije mientras acomodaba la almohada y la cobija.

---Él no escucha, es sordo ---dijo.

Me quedé en silencio, sin saber que decir o cómo reaccionar. Desde luego eso explicaba que Jo fuera tan hábil en el lenguaje de signos.

---Lo siento ---dije.

---No tienes por qué sentirlo ---siguió---. Tal vez exagero, ¿sabes? Porque es un niño listo, y jamás se ha detenido solo porque no escuche. Pero para mí es raro. Hablamos poco. Yo sé que me quiere y que me admira. Pero... apenas intercambiamos palabra.

---No me lo imagino ---reconocí.

---En las noches se acuesta ahí donde estás tú, y no dice nada. No hace ningún sonido. A veces me le quedo viendo, la forma en que brillan sus ojos al ver el techo de la habitación, o la forma en que abraza con más fuerza a su osito cada que siente miedo. Él simplemente no intenta hablarme. También sé que me observa cuando estoy en casa y estoy leyendo. A veces finge hacer otra

cosa, como cuando toma un libro y simula leer. Otras veces solo me ve, como tratando de adivinar mis pensamientos.

---¿Y ya intentaste hablarle tú?

Cornelio giró la cabeza para verme.

---La verdad es que no. Pero eso no significa que no lo note, o que no lo quiera, o que no me preocupe por él, o que no lo extrañe.

Estiró el brazo a la cabecera de la cama, para presionar el interruptor de la luz. De un momento a otro la habitación quedó a oscuras.

---Buenas noches ---dijo.

---Buenas noches ---respondí.

Después de eso ya no dijo nada más.

Era extraño estar ahí, en la oscuridad. Escuchaba los sollozos de Cornelio, la forma en que sorbía los mocos. Desde luego que él pretendía no ser escuchado, pero siempre tuve un buen oído. Lloró así por largo rato, seguro que abrazando el osito de su hermano. Luego se quedó en silencio. Su respiración era suave y acompasada. Me hizo sentir un poco mal. Yo también pasé por eso, el llorar hasta quedar dormido.



7.



---NO MOLESTES a tu abuelo ---dijo mamá.

En mis manos sostenía un dibujo. Garabatos, mejor dicho. Por alguna razón, al verlo, era consciente de que tal dibujo representaba a un león.

---Es un león mami ---dije.

Por extraño que parezca no podía reconocer mi voz, como si fuera otra, una distinta.

---Es un león ---probé a decir nuevamente.

---Es bonito ---dijo la abuela.

Vi el dibujo. Un conjunto de garabatos al centro de una hoja blanca. Estaba orgulloso de él. Porque en mi interior sabía que el dibujo era mío. Intenté dárselo a mi mamá, pero se me soltó de las manos. La hoja hizo una pirueta en el aire, luego cayó al suelo del auto, debajo del asiento donde estaba la abuela.

---Mi dibujo ---dije consternado.

Intenté estirar las manos lo más que pude, pero era inútil. No podía tomar mi dibujo. Mis brazos eran cortos. Además, opresivas correas rodeaban mi cuerpo, correas que me mantenían fijo a un asiento que ya se me había quedado pequeño. Y era verdad que ya se me había quedado pequeño. Incluso me dolía el trasero por tenerlo oprimido en tan reducido espacio.

---Quiero mi dibujo, mami ---dije.

---No te muevas tanto compañero ---dijo el abuelo. Estaba sentado a un lado de la abuela.

---Pero quiero mi dibujo ---insistí.

---Ya aplácate Rubén ---dijo mamá algo molesta---. Lo recoges cuando lleguemos a casa.

Me quedé quieto unos segundos, y trataba con todas mis fuerzas el seguir quieto, pero no pude. No era solo que quisiera mi dibujo, ahora además quería bajarme de esa horrible silla. Así que seguí forcejeando.

---Ya no quiero esta silla mami ---dije con todas mis fuerzas, un quejido que casi era un grito. Hasta me puse a estirar las correas que me sujetaban---. Ya soy grande, se hacer pipí de pie como mi papá. Ya no me gusta aquí.

Me sobresaltó más el sonoro chasquido que el dolor. Y es que fue tan repentino.

---Y si no te quedas quieto de una buena vez ---dijo mamá--- llegando a la casa te voy a dar uno más fuerte.

Tardé un momento en identificar con exactitud donde sentía el dolor. Según me informaban mis terminales nerviosas ---y mi oído--- el dolor provenía de mi mano izquierda. Así lo confirmaba la reconstrucción de los hechos que mi imaginación se empeñaba en traer a mi mente, mamá me dio un fuertísimo golpe en el dorso de mi mano.

A la mueca del puchero le siguió un llanto inconsolable. No podía creer que mi mami me hubiera pegado tan feo en mi manita. Y encima seguía diciéndome que me pegaría aún más fuerte si no dejaba de llorar, en lugar de abrazarme y darme un beso ahí donde me dolía.

---Tranquilo compañero ---dijo el abuelo.

Yo, sin embargo, para nada que podía tranquilizarme.

---Ya, está bien, yo te lo doy ---dijo mamá.

Desabrochó su cinturón y se inclinó para recuperarlo.

Mientras tanto el abuelo me miraba por el espejo retrovisor.

---Los niños grandes no lloran ---dijo.

Entonces el dolor de mi mano dejó de importar.

Yo pude verlo, pero el abuelo no. Porque el abuelo estaba ocupado viéndome a mí. Vi cómo el auto se desvió un poco a la izquierda, y cómo ese

otro auto que venía de frente no pudo hacer nada por esquivarlo. El impacto hizo que el cuello del abuelo tronara con un chasquido seco, como una ramita al quebrarse. Entonces el auto se levantó de la parte de atrás y dio la vuelta entera quedando panza arriba. En ese momento el camión que venía atrás de nosotros nos envistió, arrastrándonos una gran distancia antes de detenerse. Las varillas que sujetaba se soltaron de sus amarres y se deslizaron a gran velocidad incrustándose en el auto del abuelo. Tres de ellas se clavaron en el cuerpo de la abuela, como los alfileres que ella clavaba en el cojín de su taller de costura. Una de esas varillas pasaba cerca de mi cabeza. Las otras dos se clavaron en mamá también.

---Mami ---dije.

Me encontraba amarrado a mi asiento, colgando de cabeza. Mamá estaba acostada en el techo del auto, panza arriba, así justamente como estaba el auto.

---Mami ---dije.

Una varilla le atravesaba el vientre, la otra le atravesaba la clavícula. Esas varillas empezaban a escurrir la sangre de la abuela. Pintaban de rojo a mamá, la pintaban rápido.

---Mami ---repetí.

Estiraba mis brazos tanto como podía. Quería abrazarla.

---No te duermas bebé ---dijo mamá.

Extendió su brazo y me acarició la mejilla. Me pintó de rojo, así como estaba pintada ella.

---Mami ---dije---. Te quiero.

Mamá intentó hablarme, pero su boca también se llenó de sangre. Tosió un par de veces, intentó girar la cabeza a un lado para dejar fluir la sangre, pero no fue suficiente. Dejó de moverse.

---Mami ---grité. Una, dos, tres, muchas veces.

Me parecía que debía gritar fuerte para hacer que se despertara. Así que

grité, tanto como mi pecho y mi garganta me lo permitieron. Grité hasta que mi boca se negó a seguir emitiendo algún ruido, hasta que los ataques de tos se hicieron tan violentos que casi me asfixiaban. Pero mamá no despertó.

---Mami ---seguía articulando con mis labios, aunque ya no emitían ningún sonido.

---Mami...

Tiré con todas mis fuerzas. A la sensación de estar atado, como si los cintos del asiento me enredarán por completo, incluidos brazos y pies, se le sumó la repentina oscuridad. Fue el grito el que me hizo consiente.

---Mami...

Y, sin embargo, cuando sentí el frío en mi vientre y en mis piernas, supe que el grito en realidad no salió de mi boca, supe que no estaba atado a una silla. Respiré profundo, relajé todo el cuerpo y me di cuenta de en donde estaba. Con cuidado me deslicé fuera del suéter que me apresaba. Tanto movimiento terminó por enredarme entre las mangas, como si de una camisa de fuerza se tratara. Algo parecido ocurría con mis piernas; el pantalón ya estaba casi a las rodillas. Lo estiré para ajustarlo a mi cintura y apreté aún más el cordel. De paso me tomé el tiempo de meter las tobilleras en los calcetines. Pensaba quedarme así, pero el frío me obligó a ponerme de nuevo el suéter y a cubrirme con la cobija.

---Oye ---dije. Supuse que tanto escándalo había despertado a Cornelio.

¿Por qué no decía nada? Solo despierto podía estar tan callado. No dormía. Cuando me quedaba en la casa de mi tía solía dormir en un colchón inflable en medio de las camas de mis primos. Ambos roncaban, no ruidosamente, pero sí de forma notoria. Pedro, que dormía de lado y abrazando su almohada, solía hacer un ruido parecido a un siseo, como un resoplido desenfadado. Carlos, que dormía bocarriba y con brazos y piernas extendidas, como intentando ocupar cada centímetro de su cama, solía hacer

una especie de gruñido cada que aspiraba aire con la boca. Cornelio no dormía. Las personas no son silenciosas al dormir. Ronquidos y flatulencias suenan con toda libertad. Sino, cuando menos una respiración constante y sibilante, como el sosiego con el que dormía Jo en casa del profesor. El silencio, sin embargo, era absoluto. Cornelio no dormía.

Me levanté del todo y me incliné sobre la cama de él. Fui bajando la mano lentamente, donde debería dar con su pecho o su espalda, aunque con la certeza de que encontraría la cama vacía; y así fue. De poco sirvió deslizar la mano por todas partes, como si Cornelio fuera a refugiarse en algún rincón alejado. Su cuerpo era más grande que el mío, claro que no estaba ahí.

Trepé a su cama y a tientas localicé el interruptor sobre la cabecera. El repentino brillo me obligó a cubrirme los ojos. Tardé en acostumbrarme a la luz. La habitación estaba sola. Éramos yo y el tonto oso de peluche. Me miraba desde un rincón de la cama de Cornelio, como burlándose del enorme suéter que vestía, que encima traía al revés por ponérmelo tan a la carrera. Saqué ambos brazos de las mangas, giré el suéter y volví a meter los brazos en su lugar.

Bajé de la cama de Cornelio, no quería que me encontrara ahí al entrar de improviso. Debía estar en el baño o algo así. Yo no tenía ninguna urgencia de esa naturaleza. Me recosté de nuevo, estaba exhausto. El sueño, sea cual sea el que haya sido, no me dejó descansar en serio. Cerré los ojos y traté de dormir. Ya apagaría la luz Cornelio cuando regresara.

Fue inútil. Al principio culpé a la luz, pero no, no era la luz. Era una certeza, la certeza de que estaba solo en la casa. Cornelio no estaba en el baño, o en la cocina comiendo algún refrigerio. Él simplemente no estaba, lo mismo que Jo. Ninguno de los dos estaba en la casa. Lo sabía, aun desde el momento mismo en que me desperté. No podía quedarme ahí echado. Me armé de valor y me levanté. El corazón me latía con fuerza; algo que no terminaba

de gustarme. Me acerqué a la puerta, la abrí y salí de la habitación. La casa estaba sumida en una profunda oscuridad.

El temor no tardó en asaltarme. ¿Cómo pude quedarme dormido tan tranquilo? ¿No vi esas cosas con mis propios ojos? No era una tonta planta en una cueva, eran demonios en toda la extensión de la palabra. El padre Luis tenía razón. Seres inmundos habitaban el pueblo, frente a nuestras narices. Por Dios, las vimos. Y yo durmiendo como si nada pasara, como si por un instante no sintiera temor; como si fuera indiferente ante al peligro.

No me atrevía a dar ni un paso. La luz de la habitación de Cornelio apenas iluminaba el pasillo, como si algo le impidiera avanzar más allá. A la luz, o a mí. Y quizá no me habría animado de no ser por el parpadeo. Esa luz rojiza que se adivinaba en la estancia, apenas perceptible.

Avancé en silencio. El parpadeo era cada vez más visible y apremiante, como si me llamara. Y yo, obediente, me acerqué. Venía del sillón, más específicamente del objeto parecido a un encendedor que Dante dio a Jo. Además de la luz el objeto emitía un pitido contenido.

Lo alcé para verlo mejor. La luz también parecía contenida. Levanté la tapa. Lo que brillaba era el botón. Con cada parpadeo la estancia se iluminaba por completo. Era una clara invitación, así que presioné el botón. La luz dejó de parpadear y el pitido se detuvo. El silencio dejaba en evidencia mi sospecha, la casa estaba sola. Bastaba revisar el cuarto de baño y la habitación de Jo para confirmarlo.

Me dirigí a la cocina, encendí la luz y bebí agua del grifo. Sentía una extraña aprensión en el pecho. De vuelta a la estancia, ya con la luz de la cocina, noté que la puerta principal estaba entreabierta. Claramente Jo y Cornelio salieron. ¿A dónde? Ni idea.

Me acerqué a la puerta y me asomé afuera. Por un momento me quedé sin aliento. Ahí estaba él, de pie debajo de una de las lámparas de luz mercurial.

---Papá ---dije.

Tan pronto recuperé la movilidad mi primer impulso fue correr a él, con el deseo de abrazarlo como nunca antes lo abracé, de decirle cuanto lo quería y lo mucho que lo necesitaba, lo mucho que lo eché de menos. Y, sin embargo, me detuve a medio camino.

El agua del suelo empapaba mis calcetines y congelaba mis pies. La brisa soplaba, despacio pero constante, y enfriaba mis mejillas húmedas. Lloraba, lágrimas que se escaparon sin avisar, se deslizaron hasta mi cuello y murieron en algún lugar bajo el enorme suéter.

---Aquí lo tienes ---dijo.

Era papá el que movía los labios, era el sonido de su voz, pero no era él quien hablaba. Vestía apenas unos raídos pantaloncillos de algodón que dejaban entrever su ropa interior y unas viejas sandalias de andar por casa. Su torso y pecho desnudos eran atravesados por pequeñas ramitas, con hojitas verdes y con espinas que se clavaban a su piel. En su rostro se dibujaba una sonrisa de felicidad, una que tenía años sin ver; que recordaba vagamente de tiempos pasados e inalcanzables; que me era tan familiar, y a la vez tan ajena.

---Quédatelo y márchate ---siguió---. Es lo que buscabas, ahora déjame en paz.

Las hojitas verdes empezaron a secarse y a volverse polvo. Al mismo tiempo cambiaba el rostro de papá. Sus ojos y su boca dejaron de sonreír, se transformaron en un rictus de dolor. Las espinas se desclavaban de su piel y se desvanecían en el aire, sin dejar marcas.

Papá cayó al suelo de rodillas. Se abrazaba y se encogía en sí mismo. Gemía de forma lastimera, como si experimentara un dolor grandísimo, insoportable.

Aparté la vista. No podía verlo así. Cerré los ojos con fuerza, conteniendo un insípido llanto que asomaba en la forma de una única lágrima. Tenía que

enfrentarlo.

---Papá ---musité. La voz me salió en un hilo.

Él levanto la vista. Su rostro estaba desecho en tristeza. Me miró así por largo rato, como si le costara reconocermelo, como si le costara reconocerse a sí mismo.

---Ya no está ---dijo, y se deshizo de nuevo en sollozos---. No era ella. Ya no está. Se fue.

Corrí a abrazarlo y lo apreté con fuerza. Volví a cerrar los ojos y tensé la mandíbula, hasta que los dientes me dolieron. Él tardó en devolverme el abrazo, pero finalmente lo hizo. Me rodeo con el brazo izquierdo, apenas presionando, como si temiera que me quebrara, o que me desvaneciera. Dejé de abrazarlo cuando noté que temblaba de frío. Me quité el suéter y se lo di. Le iba pequeño, pero le quedaba que era lo importante.

---Estás muy grande ---dijo al acariciarme la mejilla con su pulgar.

Sonreí, sin embargo, no me sentía feliz. Papá aún era presa de una gran tristeza, como si algo en su interior se hubiera quebrado para siempre.

---¿Dónde estamos? ---dijo, y levantó la vista por encima de mi hombro.

---Esa es la casa de Jo y Cornelio.

Papá tardó en reaccionar.

---Vamos a casa ---dijo al fin.

---¿Con doña Inés? ---pregunté.

Asintió como toda respuesta, aunque con cierta reticencia.

---Sólo, espérame un momento ---dije.

Volví a la casa y busqué mi ropa en el cuarto de baño. Me puse los pantalones sucios, lo mismo que la camisa y la chaqueta. Me quité los calcetines mojados y así me puse los zapatos tenis. Igual tomé mi gorra y me la puse, a pesar de que ya olía muy mal. Después corrí a la habitación y tomé las cuerdas y el proyector. Lo acomodé a como pude y comprobé que encendiera.



Funcionó, aunque no sabría decir si las alas estaban alineadas o no.

---¿Qué está pasando? ---preguntó al verme salir.

Lucía más espabilado. De hecho, ya lo hacía cuestionando mi aspecto, pero igual se vio a sí mismo, que estaba peor que yo, así que no dijo nada.

Le pedí que me siguiera. La oscuridad, junto con la soledad y el mutismo de las calles y las viviendas, hacían que el ambiente fuera tétrico. El cielo estaba nublado, así que la única luz era la de alguna que otra casa o la de alguna farola solitaria de las pocas que aun funcionaban.

---¿Me dirás que está pasando? ---insistió papá.

---Ella quiere que nos vayamos ---dije. No reaccionó.

Me detuve cuando llegamos a la iglesia. Las puertas estaban abiertas de par en par, las lámparas estaban encendidas. Todo el recinto se adivinaba un desastre visto desde el exterior. Papá miraba a todas partes, realmente confundido. El círculo de sal, los galones vacíos de alcohol, las bolsas de frituras y las botellas de refresco.

---Ya, dime ---volvió a insistir.

---Ella quiere que nos vayamos ---repetí---, pero no podemos irnos.

Mi teléfono estaba ahí, sobre una de las bancas. No tenía carga. Lo tomé y lo guardé en bolsillo de la chaqueta.

---¿En dónde está todo el mundo?

---Están en peligro ---dije---, por eso no podemos irnos.

Me dirigí a la cocina con papá siguiéndome de cerca. Sorteé la mesa y salí por la puerta que daba al patio de atrás de la iglesia. El invernadero estaba ahí, hecho añicos. Las rosas también estaban ahí, como cualquier otra rosa en el mundo, dóciles e indefensas, quizá algo tristes por el frío. Encendí la linterna del Smartwatch que me prestó el profe loco y conduje a papá a casa de doña Inés por el camino entre el bosque.

---Debo entender lo que pasa, para ayudarte ---sentenció papá.

No tenía humor para contar la historia, tampoco el tiempo.

---Rúbe...

---Papá ---interrumpí---. ¿Confías en mí?

Papá asintió, aunque no muy convencido.

Llegamos a casa de doña Inés, desde luego que la puerta estaba abierta.

---Necesito que me esperes aquí ---dije---. Yo, debo hacer algo.

---No ---dijo papá.

---Por favor. Es algo que debo hacer. Solo, préstame el auto, y volveré enseguida.

---No tienes edad para conducir.

---Pero sé hacerlo ---dije---. De verdad sé hacerlo.

---No creo que sea correcto Rúbe.

Apreté los puños, con fuerza. Incluso mordí mi labio inferior, hasta que sentí que la piel cedía a la presión.

---Estabas con ella, ¿verdad? ---dije.

---¿Qué?

---Con mamá ---seguí---. Sólo mamá te hacía sonreír así. Sólo con ella eras feliz. Y habrías seguido feliz si yo no la hubiera matado.

---Tú no la mataste hijo, fue un accidente.

---Yo estaba ahí. Fue mi culpa. Siempre lo supe, aunque no quise reconocerlo. Murieron porque no hice lo correcto. Y cientos de personas morirán si no hago lo correcto.

---Rúbe, yo...

---Tienes que confiar en mí. Sólo yo puedo traerlos de vuelta.

Papá se quedó callado. Se sentó sobre el escalón de la puerta, apoyó los codos en las rodillas y hundió la cara entre sus manos. Resopló, luego se enderezó y se abrazó a sí mismo.

---Si te dejas ir, sé que ya no volverás ---dijo.

---Ya una vez me atrapó y pude salir. Te envió de vuelta conmigo porque quiere que me vaya, me tiene miedo. Por eso soy el único que puede detenerla.

---¿Tú en verdad sabes qué es lo que se llevó a la gente?

Asentí.

---Iré contigo.

---No ---dije enseguida---. No puedes. Tengo que hacerlo solo. Tú eres lo único que me haría desear regresar. Si sé que me estás esperando, ella no podrá atraparme.

---¿No entiendes Rúbe? No haré nada que te ponga en peligro.

---No, tú no entiendes papá. He pasado los últimos días tratando de recuperarte. Dormí en el suelo, pasé frío y hambre, además de mucho miedo. Estoy adolorido, y cansado, y lleno de morados por todo el cuerpo. Pero esto es algo que debo hacer, que sólo yo puedo hacer. Mis amigos también perdieron a sus familias, y ahora ella los atrapó. No puedo dejarlos ahí. Tú lo dijiste, no tenemos a donde ir, este es nuestro hogar. Yo, no puedo darles la espalda.

Papá me sonrió, una sonrisa llena de duda y de lastima.

---Eres fuerte ---dijo---. El auto no usa llave, enciende con el lector.

---Gracias ---dije.

---Tienes dos horas. Si no has vuelto, sabré a dónde has ido, e iré a buscarte.

---Volveré antes.

Subí al auto, antes de que papá se arrepintiera e intentara detenerme. Seguía desorientado, pero la confusión no le duraría mucho. Abroché el cinturón, enderecé la espalda, puse ambas manos sobre el volante y comprobé que alcanzaba los pedales. Fue necesario acercar el asiento para tener todo a mano, después de todo papá era más alto y robusto que yo. Coloqué el dedo sobre el lector y el auto encendió, cómo dijo papá. El problema es que el

sensor de los asientos identificó que yo era el único en el auto, lo que activó el bloqueo de avance.

En la pantalla aparecieron mis datos, incluidos nombre, edad y parentesco con el dueño del vehículo. Al parecer información precargada por papá.

---Hola Rubén, soy el asistente. Lamentablemente no cuentas ni con la edad ni con el permiso para conducir. ¿Deseas activar el protocolo de emergencia?

---¿Qué es eso?

---Indica el lugar de destino en el mapa, no puede ser a más de quince kilómetros. El piloto automático te llevará; sin embargo, este movimiento será notificado al señor Rubén Morales Acosta. Si este no confirma en los próximos diez minutos el recorrido se cancelará. Podrás solicitarlo cuantas veces sea necesario.

Volteé a la entrada de la casa. Papá ya no estaba ahí. Debía saber sobre esa medida de seguridad, seguro programada por él mismo.

---Muéstrame el mapa.

En la pantalla apareció el mapa del pueblo, mostrando el auto como el centro de los quince kilómetros permitidos. La mina quedaba dentro del rango. Seleccioné el destino y presioné iniciar recorrido. Sorprendentemente en menos de un minuto el motor encendió y el auto arrancó.

---Nueva notificación de papá: "Dos horas". ¿Deseas responder?

---No.

Pasados doce minutos el auto se detuvo en la bifurcación que daba al terreno de la mina. Según indicó el asistente tenía dos horas para regresar al auto antes de que el piloto automático lo llevara de vuelta al punto de origen. Quedaba claro que papá hablaba en serio cuando dijo que vendría a buscarme si me tardaba. Bajé y me puse en marcha.

Una explosión luminosa se extendió por los alrededores. A esa le

siguieron un par de explosiones más, aunque con menor intensidad. La ausencia de sonido confirmaba que no eran explosiones comunes. Encendí la linterna del Smartwatch y corrí rumbo a la mina para ver lo que ocurría. Tan pronto me acerqué a la gran abertura de la montaña me sorprendió otro estallido de luz. Ahora si podía escuchar los silbidos de la espada al cortar el aire. La repentina luz me dejó ver por un instante la figura de un hombre y la figura de monstruo de cuerpo negro que le doblaba en estatura. Un estallido más iluminó el descampado, pero considerablemente lejos del estallido anterior. El hombre era Dante. Intenté aluzarlo con la linterna del Smartwatch, pero ya no estaban en ese sitio. Ocurrieron tres estallidos más, siempre en lugares distintos, siempre cada vez que la espada de Dante golpeaba las garras del monstruo.

Entonces ese sonido, como de carne al desgarrarse, y ese alarido de dolor.

Alucé a la procedencia del grito. Tardé un poco en encontrarlo. El monstruo atravesaba a Dante por el estómago. La sangre escurría al suelo.

---¡No! ---grité.

La criatura volteó a verme, un par de siniestros ojos blancos que brillaban de forma amenazante con la luz de la linterna. Juraría que algo parecido a una sonrisa se dibujó en su rostro. Pero la sonrisa le duró poco. Dante levantó la espada, con mucho esfuerzo a juzgar por el nuevo alarido, y la clavó en el cuello de la criatura. Esta se desplomó al suelo, lanzando su propio chillido de dolor.

---La espada ---dijo Dante, en lo que debía ser el intento de un grito.

Corrí a recuperar la espada e intenté dársela.

---No ---siguió, escupía sangre al hablar---. Tú... al corazón.

El tajo en la criatura, que se extendía desde el cuello hasta la mitad del vientre, revelaba un extraño órgano purpura en el interior de su pechó. Lo que debía ser su carne empezaba a cerrar, y ya se adivinaban algunos movimientos

espasmódicos en sus garras.

---Rápido ---apremió Dante.

Levanté la espada. A pesar de su aspecto era sorprendentemente ligera. No podía dejar de temblar. Me sentía como fuera de mí, me sentía suspendido, como si un montón de cintos me ataran a una silla. Dante tosió, arrojaba sangre. Intentó decir algo, pero no pudo.

Hice descender la espada con todas mis fuerzas, y grité como jamás había gritado. La espada se clavó al corazón de la criatura, como si se hundiera en mantequilla; aún más allá, hasta hundirse en el asfalto. La criatura lanzo un último alarido, quizá más fuerte que mi grito.

---Lo hiciste bien ---dijo Dante. La extraña cuchilla orgánica que le atravesaba el estómago ya casi se desvanecía por completo, lo mismo que el resto del cuerpo del monstruo.

---Ocupo coagulante ---siguió y señaló su bota ---. En el tacón.

Me acerqué a sus pies, pero no estaba muy seguro de qué era lo que debía hacer.

---Busca en el tacón o empezaré a arrojar mierda por el estómago.

Me incliné para buscar en su bota derecha, pero movió el pie para indicar que no era la correcta. ---La otra ---masculló.

Pasé a la bota izquierda. Tenía una suerte de botón a media suela. Lo presioné, pero no pasó nada. Entonces caí en cuenta de lo rudimentario del dispositivo; no era un botón sino un seguro. Volví a presionarlo, y así deslicé para abrir un pequeño compartimento.

---Amarilla ---dijo.

Supuse se refería a las inyecciones. Tomé una amarilla e intenté dársela.

---Tú... junto a la herida.

El cuerpo de la criatura terminó de desvanecerse, como si fuese humo. La herida quedó completamente expuesta. Me acerqué a su vientre y levanté con

cuidado la camiseta. Podía ver parte de sus intestinos. El dolor debía ser insoportable.

---Amarilla, luego azul ---dijo, y se desmayó. Perdía sangre a raudales.

Sin pensarlo mucho coloqué el cilindro en su estómago, a un lado de la herida, y presioné el botón. Las agujas se clavaron en su piel e inyectaron el líquido amarillo. Casi al instante el flujo de sangre se detuvo.

---¿Dante? ---dije, pero no recibí respuesta. Seguía inconsciente.

Volví a buscar en el compartimiento de su bota. Tomé la inyección y, a falta de instrucciones, la inyecté en la pierna izquierda, a un costado. Por un momento no ocurrió nada. Y ya pretendía agarrar otra cuando Dante se irguió aspirando una gran bocanada de aire. Del susto caí de culo lejos de él.

Se veía pálido, quizá gris, lo que es mucho decir considerando que su piel era más bien morena. Tal vez era la luz de la linterna. Como sea, no dijo nada. Se flexionó para tomar tres inyecciones rojas del interior de su bota, esfuerzo doloroso según se veía en su expresión. Incluso la herida lanzó un profuso chorro de sangre. Sin pensarlo mucho clavó las tres inyecciones en su brazo izquierdo. Primero una, luego otra y luego otra. Lo mismo tomó una inyección verde, pero esta vez la puso a un lado de la herida.

---Buen trabajo ---dijo, y se dejó caer en el asfalto, sobre el charco de su propia sangre.

---Dante.

---Estoy bien ---dijo enseguida---. Sólo estoy cansado.

Se incorporó, no sin mucho esfuerzo, y cerró el compartimiento en su bota. La herida ya no sangraba, en su lugar se aglutinaba una plasta negra que debía ser sangre seca.

---Ten ---dijo al sacar unos goggles del bolsillo de su pantalón---. No te asustes.

Me levanté del suelo y tomé los goggles de su mano. Dudé, pero finalmente

me los puse. Todo se aclaró. Eran lentes de visión nocturna. Apenas alcance a dar un vistazo alrededor. De inmediato me los quité.

---No grites.

El corazón me latía con fuerza. Decenas de esas criaturas nos rodeaban.

---No nos harán daño ---dijo---. Al menos a ti no.

---¿Qué quieren?

---El contrato terminó. Vienen a mostrar sus respetos, después se irán ---siguió---. Sugiero apagues la luz y no te pongas los goggles hasta que te lo diga. Y, por tu padre, quédate quieto.

Apagué la luz, así como dijo Dante y me quedé muy quieto. Podía sentir como aquellas cosas se movían a mi alrededor. Ocasionales rallos de luna que se colaban por entre el cielo nublado dibujaban sus figuras.

Me estremecí un poco al sentir la mano que se hacía a la mía. Me apretaba con firmeza, como transmitiéndome su valor. Yo, sin embargo, estaba muerto de miedo.

---Por nada en el mundo vayas a gritar ---murmuró Dante, y clavó una de sus inyecciones en mi cuello.

Al principio el líquido quemaba, pero después desapareció cualquier rastro de dolor o cansancio en mi cuerpo. Justo a tiempo, pues algo parecido a un escarpelo se hundió en frente. Dibujaba algo, no en la piel sino en el hueso. Podía escuchar el sonido de la cuchilla rasgando mi cráneo. La sangre escurría por mi rostro, tibia y espesa. El dolor debería ser insoportable, pero no lo era. Apenas una ligera molestia, algo que se puede ignorar. El proceso tardó un minuto, más o menos. Después de eso las criaturas se fueron.

---No dejará marca ---dijo Dante---. Ya puedes ponerte los goggles.

Me los puse. Estábamos completamente solos, ni rastro de los monstruos.

---¿Qué fue lo que me pusiste?

---Sedante, obviamente ---dijo.



Cayó de rodillas, por el dolor. Extendió su mano para que no me acercara. Maldijo en un idioma que no entendí, y se levantó haciendo un gran esfuerzo.

---Escucha ---siguió ---. Es grave, pero viviré. Me salvaste la vida, así que estoy en deuda.

---Yo...

Extendió otra vez la mano, esta vez para pedirme silencio.

---La ayuda viene en camino, pero no puedo esperarlos aquí o moriré. Regresa a casa y espera en tu habitación. No entres a esa mina, ¿entiendes? La ayuda ya viene.

Dio unos cuantos pasos hasta pararse en medio del charco de agua más grande. Este no tardó en teñirse de rojo por la sangre que aun supuraba la herida. Era sorprendente la cantidad de sangre que tenía. Sacó algo parecido a un bolígrafo del bolsillo de su pantalón y empezó a hacer trazos en el aire, hasta formar un intrincado patrón. Jamás vi algo semejante, como no fuera una proyección holográfica. Y así, en un abrir y cerrar de ojos, se hundió en el charco hasta desaparecer.

Corrí hasta el lugar y palpé el suelo en busca de algo; una abertura, lo que sea. Pero no encontré nada, salvo el frío y duro asfalto. De no ser por la sangre o la espada que seguía clavada al suelo no habría forma de creer lo ocurrido.

Me tomé un par de minutos para asimilar las cosas. Tiempo que me sirvió para limpiar la sangre de mi frente, con aquel pañuelo que me dio el padre Luis en la iglesia. Después agarré la espada del puño y la levanté sin problema, en verdad era ligera, así como filosa a juzgar por la hendidura en el asfalto. A pesar de todo parecía una espada ordinaria, salvo por el peculiar interruptor en el mango. Lo descorrí con el pulgar y al instante la hoja se replegó, transformando la espada en una empuñadura discreta, quizá un poco más grande que una navaja suiza. De esa forma cabía perfectamente en mi

bolsillo.

## 8.



ABRÍ LA PUERTA que daba al túnel por el cual la rosa se llevó a mi amigo. Ese debía ser el camino correcto, considerando que fue el mismo que tomamos la primera vez cuando el profe loco intentó guiarnos. Entré y la luz meegó. Los goggles me permitían ver perfectamente en la oscuridad, dibujando cada objeto con gran nitidez, incluso respetando sus colores naturales. Pero el túnel no estaba a oscuras sino iluminado por aquella luz rosácea. El suelo otra vez era cubierto por la neblina, y de ella emanaba el brillo, a ratos intenso, a ratos ligero. Me quité los goggles y los puse sobre mi frente. Quería tenerlos a mano por si se requerían después.

El túnel se extendía a todo lo largo, tanto que parecía no tener final. Descendía en una cuesta apenas pronunciada. Seguí andando, viendo a mi alrededor. Salvo por la neblina, no encontraba señal de vida por ninguna parte. De hecho, esta comenzó a ondear, como recordándome que se trataba de un ser vivo, como anunciando que reconocía mi presencia. Sin embargo, no subió como en las últimas veces. Se quedó al ras del suelo, como agazapada.

Fueron los destellos, esta vez más intensos, los que me revelaron la marca. Una flecha que señalaba en dirección a un túnel. Brillaba con luz propia cada que la luz de la neblina bajaba de intensidad. Seguí la flecha. Sentía que ese era el camino correcto. Este otro túnel se mantenía al mismo nivel. Luego de un buen trecho bajaba hasta llegar a otra intersección, pequeña y angosta; y volvía a subir. Encontré otra marca al llegar a la tercera intersección. Fui por ahí. Y así seguí las marcas por un intrincado camino de túneles, cada vez más laberintico, cada vez más enredado.

Finalmente, las marcas me llevaron a una gran cámara, parcialmente iluminada por la luz de la neblina. Y es que la neblina no cubría todo el suelo,

sino que dejaba algunos huecos, como si rodeara esas porciones de tierra. Me hizo recordar el terreno de la casa del profe loco; tierra muerta libre de neblina.

Me puse los goggles para ver mejor. En medio de una de las islas de tierra se encontraba la bomba de insecticida que me había dado el profe. Seguramente el químico era el que mantenía a raya a la neblina.

---No te das por vencido, ¿o sí? ---dijo una voz.

Alcé la vista para confirmarlo. Era Jo, o al menos su cuerpo y su voz. Vestía un pantalón de algodón y una blusa de mangas muy cortas que además dejaba ver su ombligo. Esa debía ser su pijama. Las ramitas y espinas le ceñían la ropa al cuerpo.

---Te llevaste a mis amigos ---dije.

Jo, o, mejor dicho, la rosa, sonrió. Se acercó sin importarle pisar el suelo empapado de veneno. Pisó con el pie descalzo muy cerca de un trozo de vidrio, peligrando cortarse.

---Te regresé a tu papá, ¿no fue suficiente?

Caminó hasta quedar a centímetros de mí, y sin quitarme la vista de encima extendió el brazo y me agarró de la entrepierna. No me lo esperaba. Mi primera reacción fue intentar retroceder, pero no pude. Me sujetaba con fuerza de los testículos.

---Me lastimas ---chillé.

Me soltó algo confundida.

---¿Qué? ---dijo---. Creí que te gustaría.

No respondí. Me llevé ambas manos a la ingle y me doblé de cuclillas por el dolor. Apretaba los dientes con fuerza, intentando no llorar.

---Soy nueva en esto. Pero, tal vez quieras enseñarme.

Levanté la cabeza luego de un rato, cuando el dolor más fuerte pasó. Ella seguía ahí observándome, con una mezcla de curiosidad y deseo.

---Ni siquiera lo intentes ---dije---. No puedes tentarme con eso, conmigo no funciona.

---¿Funcionar? ¿Tentar? No sé de qué hablas ---dijo---. Sé que este cuerpo te gusta, por eso lo escogí. Yo no quiero tentarte. Realmente quiero estar contigo.

---¿Estar conmigo?

---Ya sabes. Como hombre y mujer. He visto mucho de eso, pero no termino de entenderlo. Por eso quiero sentirlo.

Estiró la mano para acariciar mi mejilla. Intenté alejarme, pero al pretender levantarme tropecé y caí de espaldas.

---Estás loca ---dije---. No me toques.

Se inclinó sobre mí, aprovechando que estaba tendido en el suelo.

---Tengo a muchos hombres; de todos tamaños y formas, pero todos son ordinarios. Terminan siendo uno conmigo, siendo yo. En cambio, tú eres diferente. Sigues siendo tú mismo, ajeno a mí. Sólo contigo podría sentirlo. Eso que llaman amor, o placer.

Intenté escapar, pero ya estaba completamente sobre mí. Su mano forcejeaba para desabotonar mi pantalón cuando me plantó un beso. Cerré los labios con fuerza. Cosa inútil pues su lengua terminó por abrirse paso al interior de mi boca. Ni siquiera podía levantar los brazos, sentía todo el cuerpo adormecido.

---Hazlo.

Dijo una voz.

---Hazlo.

Sonaba artificial, como salida de una bocina vieja. Todo era oscuridad. El sonido venía de un rectángulo trémulo dibujado en una pared.

---Hazlo.

Mis ojos se adaptaron a la débil luz del ambiente. Estaba en una pequeña

habitación. Los muebles eran siluetas que apenas podían adivinarse.

---Hazlo.

Caminé al rectángulo de luz, era una puerta que se comunicaba a otra habitación, una exactamente igual a ésta. En esa otra habitación había una chica. Se encontraba sentada en un banquillo frente a la pantalla de una computadora.

---Hazlo.

---Hola ---dije.

La chica volteó a verme. No dijo nada.

---Hazlo.

Sus facciones eran ambiguas. Sin embargo, no me dejaba la sensación de que la conocía. La forma de su cuerpo, sus movimientos. Era extrañamente familiar.

---Hazlo.

Levantó un objeto con la mano derecha, y antes de que pudiera distinguir de que se trataba lo clavó repetidas veces en su cuello. La sangre salpicó con violencia, empapando el monitor, el escritorio y el suelo a su alrededor.

---¡No! --- grité, pero fue demasiado tarde. La silueta de la chica cayó al suelo.

Me llevé las manos a la cabeza en un gesto de desesperación. Los goggles seguían ahí, sobre mi frente. Las manos me temblaban, lo mismo que las rodillas. Aun así, conseguí poner los goggles en su lugar. Al instante todo se aclaró. La chica en el suelo era Jo. Su garganta destrozada continuaba manando sangre. Caí de rodillas, abrazándome a mí mismo, y me puse a llorar.

---Hazlo.

La voz me alertó. Venía de la otra habitación. Volteé la cabeza, lentamente, y ahí estaba, la misma escena. Me levanté y crucé la puerta. Gracias a los goggles la imagen estaba nítida. Jo sentada en el banquillo, oyendo a alguien a

través de la computadora.

---Hazlo.

---Jo ---grité.

Me dedicó una mirada de reojo, como si no quisiera perder detalle de lo que ocurría en la pantalla.

---Hazlo.

---No lo hagas Jo.

---Hazlo.

Otra vez levantó el objeto, un cuchillo de cocina, y lo clavó repetidas veces en su cuello, hasta perder el conocimiento, hasta morir.

---No.

---Hazlo.

El cuerpo de Jo no terminaba de desangrarse y ya se repetía la escena en la otra habitación. Otra vez la invitación, otra vez la súplica, otra vez el cuchillo reventando arterias y ligamentos, otra vez Jo desangrándose en el suelo.

---No lo hagas, por favor ---dije.

Jo no se molestó en voltear.

---Hazlo.

---Por favor. Te necesito.

---Hazlo.

---Nadie me necesita ---dijo, y se apuñalo tres veces en el cuello.

---Hazlo.

---Yo te necesito ---dije,

---Hazlo.

---¿Por qué? ---preguntó, y volvió a apuñalarse.

---Porque... me gustas.

---¿Yo? ---dijo---. Pero soy fea.

La voz de la computadora dejó de hablar.

---No eres fea ---dije---. Para nada. Al contrario. Yo creo que eres muy bonita.

---Lo dices por lástima. A ti te gustan esas dos zorras. Apuesto a que te harían todo lo que quisieras. Tienen esa fama.

---No. Eso no me interesa. A mí me importas tú, por quién eres, no por esas cosas que piensas.

Volvió a apuñalarse.

---Por favor, ya no lo hagas ---dije.

---Ellos quieren que lo haga. Yo no importo en este mundo. ¿Quién me extrañaría?

---Yo te extrañaría.

Nuevamente, tres tajos al cuello.

---Por favor, ya no ---supliqué.

---No quiero hacerlo ---dijo---, pero tengo que hacerlo. De todos modos me quedaré sola.

---Me tienes a mí.

---¿Cuánto tiempo estarás aquí? ¿Un año? ¿Dos? ¿Tres? Te irás lejos y me olvidarás. Y aquí no hay nada para mí.

---Entonces moriré contigo ---dije.

Me acerqué a ella y alcé el mentón para dejar el cuello al descubierto.

---No puedes morir, yo ya lo intenté muchas veces ---dijo.

Me arrodillé a su lado. Jo me tomó del rostro con ambas manos y acaricio mis mejillas con sus pulgares, como intentando adivinar su forma. Yo la veía a ella con claridad, pero ella no me veía a mí.

---Rúbe, sabía que eras tú ---siguió---. Por un momento lo dudé.

---¿Quién más podría ser?

No respondió la pregunta. Apartó sus manos y encendió la luz de la lámpara del escritorio. Me quitó los goggles. Tan pronto me vio comenzó a



llorar.

---Yo... ---sollozaba---. Yo jamás te haría daño.

---Lo sé ---dije.

Tardó un rato en serenarse. Las lágrimas le escurrían por el rostro, sin dar tregua. De tanto en tanto intentaba limpiarlas con sus manos; pero era inútil, seguían saliendo.

---¿Es verdad? ---preguntó cuándo al fin logró calmarse---. Lo que dijiste. ¿Sí te gusto?

Asentí. Ella sonrió, o hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa. Su cara estaba hinchada y roja, y sus ojos amoratados por tanto tallarlos.

---Nunca antes le gusté a alguien. Me da un poco de pena.

---Creo que eres muy bonita.

---¿Más que las gemelas? ---quiso saber.

---Incluso más que ellas ---confirmé.

---Entonces, ¿me habrías pedido que fuera tu novia?

---No lo sé. Seguramente sí.

---Yo te habría dicho que sí.

Intenté sonreír, aunque mi cara debía ser más bien de angustia.

---¿Te cuento algo? ---dijo---. Al cabo, ya no importa.

---¿Qué cosa? ---dije.

---Desde la primera vez que te vi me llamaste mucho la atención. Desde ese momento estaba decidida a acercarme a ti, para conocerte.

---¿En serio?

---No pienses mal, ¿quieres? Es sólo que, aquí todos los chicos se parecen. Pálidos e insípidos, como hechos con molde, todos iguales. Pero tú eres diferente.

---¿Lo dices por mi color de piel? Qué racista.

---Ya, perdón ---dijo enseguida---. Sí sonó mal. Pero no lo digo por eso.

Verás, a mí me agradas por cómo eres, no por cómo te ves. Eres alegre, y espontáneo, y hasta tierno, a veces.

---Ya no intentes arreglarlo.

---Lo digo en serio.

---Entonces, ¿crees que soy tierno?

---Bobo, o bobito, mejor dicho ---sonrió, una sonrisa angustiada---. Y eso es tierno.

Sonrió un poco más, después comenzó a reír. Aunque era una risa nerviosa. Yo también reí, con una risa igual de nerviosa, hasta que su carcajada se transformó en sollozos, y luego en un llanto sosegado.

---¿Qué caso tiene? ---dijo---. Ya nada importa.

Tomé sus manos entre las mías.

---No te rindas, tenemos que salir de aquí.

Suspiró.

---Te digo que no hay forma. Lo intente antes. Ni siquiera la muerte te saca de aquí.

---No ---seguí---. Es solo un sueño, puedes controlarlo.

---Un sueño ---dijo---. ¿No es esto el infierno o el purgatorio?

---Claro que no. Estás con vida, pero soñando.

Se soltó de mí y llevó las manos a su rostro, para sentirlo, para confirmar que el tacto era real. Y, al igual que el dolor que debió sentir con cada muerte, ese tacto debía sentirse muy real.

---No te creo ---dijo.

---¿Confías en mí?

Hizo una ligera inclinación de cabeza y se encogió de hombros. Me puse de pie y le extendí la mano para ayudarla a levantarse. Tomó mi mano y se incorporó.

---Sólo confía ---dije.

Sin soltarla metí su mano en mis pantalones. Sentí el contacto frío de su mano en mis genitales. Una sensación extraña y nada agradable. Jo se sorprendió, con justa razón. Pero antes de que pudiera reaccionar le di un beso.

Sacó su mano de mis pantalones y despegó sus labios de los míos. A punto estuvo de darme una cachetada, pero se detuvo al entender la situación. En lugar de eso buscó a su alrededor, hasta que dio con un trozo de cristal y se puso a cortar las ramitas que me sujetaban al suelo. No eran muchas, pero sus espinas se clavaban en mi piel y me inyectaban de ese líquido que me mantenía adormecido.

---Lo siento, yo...

---No fuiste tú ---dije mientras abrochaba mis pantalones---. Fue la rosa.

---¿Nosotros no...?

---Claro que no ---dije enseguida---. Apenas comenzabas. Logré traerte de vuelta antes de que llegaras más lejos. Aunque creo que si mojé mis pantalones.

Miró su mano, en su rostro se dibujó una expresión de asco. La limpió en el pantalón de su pijama; nada significativo realmente, aún era transparente y algo escaso, lo que no quitaba lo viscoso y algo asqueroso. De pasó se sacudió las cenizas de las ramitas que le envolvían el cuerpo, para entonces se habían secado todas.

---No se lo cuentes a nadie, por favor.

Asentí. De todas formas, no pretendía contarle.

---¿Ves esa marca? ---dije.

Jo parpadeó dos veces. La tensión era insoportable. Batalló un poco, pero la encontró.

---Alguien las puso, no sé quién ---seguí---. Siguiéndolas es que llegué hasta aquí.

Jo asintió.

---Deben ser del profe Jaime ---dijo.

---Tal vez ---convine---. Ahora, lo mejor será que las sigas de vuelta para que salgas de la mina. En la carretera está el auto de mi papá. Espéranos ahí. Si no hemos vuelto en menos de una hora y media, el auto te llevará a casa de doña Inés. Entonces, por favor, consigue ayuda.

---No pienso dejarte solo, voy contigo.

---No ---insistí---. Si no salgo de la mina con el resto del pueblo, tú podrás conseguirnos ayuda. Ese es nuestro único seguro. ¿Puedo contar contigo?

Jo se quedó en silencio, observándome fijamente, como titubeando.

---¿Fue verdad? Lo que dijiste ---preguntó---. ¿O sólo fue para sacarme del sueño?

---Sí me gustas---confirmé.

Intentó sonreír, sin mucho éxito. Se acercó a mí, con movimientos torpes, y me dio un rápido beso en la mejilla.

---Ten cuidado, por favor. Yo estaré esperando afuera. Y, lo que sea que haya pasado entre nosotros hace un momento, no volverá a repetirse, ¿vale?

---De acuerdo.

Me dedicó una última mirada, como si le costara marcharse, dio media vuelta y se fue siguiendo el mismo camino que hice para llegar aquí.

Esperé hasta perderla de vista, hasta que el sonido de sus pasos fue distante, y sólo entonces inspeccioné con más detalle los alrededores. Como sospechaba la nueva marca señalaba al túnel por el que Jo vino a mi encuentro, así que tomé esa dirección. Era un túnel angosto que apenas dejaba paso a dos personas. Se fue abriendo conforme avanzaba hasta volverse espacioso, lo que me hacía sentir pequeño y vulnerable. Aunque me costara dimensionarlo, lo cierto es que me encontraba en lo profundo de la montaña, y

de alguna forma tal idea me resultaba terrorífica. Pero no podía darme por vencido.

Seguí andando hasta llegar a una intersección marcada con la flecha y di vuelta a la derecha para continuar por ese camino. En este punto la neblina brillaba con mayor intensidad y el perfume de rosas era casi insoportable. Tenía el estómago revuelto y las náuseas me provocaron algunas arcadas, pero mi panza estaba vacía así que no hubo nada que botar.

---¿Qué haré contigo? ---dijo la rosa. Me hablaba a través del cuerpo de Cornelio. Me esperaba recargado en la pared, oculto en uno de los innumerables nichos que se formaban entre las rocas.

No respondí.

La rosa caminó a mí, a pasos lentos, con un andar femenino que resultaba chocante en el cuerpo de Cornelio. De hecho, todos sus movimientos y ademanes, así como el sonido de sus palabras, tenían esa cualidad, esa delicadeza, ese dejo a feminidad.

---No te me acerques ---dije, y me alejé temiendo que intentara aprovecharse de mi como lo hizo con el cuerpo de Jo.

La rosa, sin embargo, no se detuvo. Me dio alcance, y antes de que pudiera hacer cualquier cosa extendió su mano y me sujetó del cuello, con tanta fuerza que un par de lágrimas me brotaron de los ojos. Me empujó hasta arrinconarme contra la pared, y llevó su otra mano a mi cuello para ahorcarme.

---Definitivamente estás roto. Y así no me sirves ---dijo---. No es mi estilo, pero tendré que desecharte. No puedo alimentarme de ti, y no estás dispuesto a entretenerme. Eres basura.

Lo pateé en las espinillas con todas mis fuerzas, igual intenté darle algunos golpes en los costados y en los brazos, pero fue inútil. A parte de que el dolor parecía no importarle, la desesperación por la falta de airé se llevaba gran

parte de mis fuerzas. En un último intento activé el proyector. Las alas aparecieron, aunque intermitentes, pues el proyector topaba con la pared.

---Sé que son falsas ---dijo---. Tú no eres ningún ángel del cielo. Tu dios te abandonó. Pero pronto te reunirás con él.

El aire estaba viciado, era sofocante. Busqué los goggles sobre mi cabeza y los ajusté a mis ojos. Me encontraba hecho nudo en el interior de un recipiente cilíndrico, y conmigo se encontraba un niño, de unos siete años. Lloraba y se cubría los oídos. Intenté moverme, pero como mis piernas estaban entrelazadas a las suyas en aquel reducido espacio el niño lanzó un quejido y se redujo más en sí mismo. Procuraba inútilmente alejarse de mi todo lo que le era posible.

---No te asustes ---dije.

Me quité los goggles y encendí la lámpara del smartwatch. El niño se cubrió los ojos ante la repentina luz. Tardó un rato en acostumbrarse y descubrirse el rostro.

---No voy a lastimarte.

Me veía con una mezcla de curiosidad y angustia, cómo si intentara reconocerme, pero desconociéndome por completo. Pretendí levantarme y enseguida topé con una superficie metálica. Debía estar en el interior de un contenedor, y aquella superficie seguramente era la tapa.

---Si me ayudas talvez podremos salir de aquí ---dije--- Hay que empujar juntos.

El niño negó repetidas veces, esta vez muy asustado.

---Vamos. No podemos quedarnos aquí.

---Ellos están afuera ---dijo---. Si sales te lastimarán.

Intenté abrazarlo, pero volvió a encogerse en sí mismo, completamente espantado.

---No dejaré que te hagan daño.

Alzó un poco la cabeza, para verme. En sus mejillas aun escurrían algunas lágrimas. Sorbió los mocos y limpió su cara con el brazo derecho.

---¿Por qué estás aquí? ---dijo.

---Vine por ti ---dije.

---Ni siquiera soy tu amigo.

---Sí lo eres.

El aire se sentía cada vez más viciado, más denso.

---Vamos, Cornelio ---dije---. Sé que no quieres estar aquí.

Parpadeó un par de veces, después se levantó para empujar junto conmigo. Era pesado, y realmente batallamos mucho, pero el esfuerzo rindió frutos y logramos mover la tapa. Esta cayó al suelo causando un gran estrépito, cosa que asustó a Cornelio. Puse ambas manos en los bordes del contenedor y me impulsé para salir.

---Sigues tú ---dije.

No recibí respuesta. Me asomé al interior del contenedor; se encontraba vacío.

---¿Cornelio?

No se veía por ninguna parte.

---No... ¡Suéltame!

Era la voz del niño, el Cornelio de siete años. Venía de cerca, al otro lado de unos camiones. Corrí para ver que ocurría. Estaban estos dos tipos. El más grande sujetaba a Cornelio del brazo. El pobre gritaba cada que el grandulón se lo torcía.

---Oye, déjalo ---grité.

El otro sujeto me encaró, interponiéndose entre Cornelio y yo.

---No te metas ---dijo.

---No lo molesten ---dije; con algo de duda, pues los tipos se veían fuertes y amenazantes.

---¿Te crees muy fuerte, ratón? ---dijo el tipo más grande, ignorándome por completo. Con la mano libre le daba de cachetes a Cornelio, como retándolo.

---No, me duele ---chilló Cornelio.

---Mira microbio. Pídeme perdón y te suelto.

---Perdón ---dijo Cornelio enseguida.

---¿Perdón por qué?

---Perdón ---siguió diciendo Cornelio---, perdóname.

---¿Perdón por qué? ---insistió el tipo.

---Perdón por pegarte.

---¿Té parece que fue sincero? ---preguntó el grandulón.

---No lo creo ---repuso el otro sin quitarme la vista de encima.

---Ya oíste, ratón. Quieres engañarme.

Le retorció otra vez el brazo. Cornelio gritó por el dolor.

---Déjalo, bestia ---dije.

El impacto fue brutal. Me zumbaron los oídos, como si mi cabeza estuviera hueca. La vista se me nublo por un instante. El ardor y el dolor pronto se apoderaron de mi cara, uno tan intenso que no importó el golpe al caer al suelo, lo único que podía sentir era el golpe del rostro. La sangre escurría de mi nariz, como una cascada.

---No te metas ---me recordó el otro tipo.

El grandulón soltó el brazo de Cornelio, pero lo sujetaba del cabello.

---Haz que me lo crea y te suelto.

---Por favor, perdóname ---dijo Cornelio, la voz se le quebraba por el llanto.

---Ya, está bien ---dijo el tipo.

Atrajo a Cornelio hacia sí para abrazarlo. Lo miraba con condescendencia, como si en verdad se creyera que le estaba enseñando una lección importante. Le daba una que otra palmada en la cabeza, como para tranquilizarlo, aunque



el rostro de Cornelio mostraba más miedo que tranquilidad. Era obvio que estaban intoxicados a juzgar por las latas de cerveza desperdigadas por doquier.

---No está bien que vayas por ahí, pegando a los mayores ---siguió el gigantón---. Aprende a respetar o serás un muerto de hambre como tu papá. ¿O quieres ser un bueno para nada toda tu vida?

---Mi papá no es lo que dices ---dijo Cornelio en voz bajita, apenas pude oírlo.

---Lo digo por tu bien mocoso. Los buscapleitos como tu papá nunca progresan, se quedan jodidos toda su vida. Sólo mírate; dejarlos a ti y tu hermana corretear por ahí como un par de salvajes; eso es de viciosos inútiles, como el inútil de tu papá. Ahora vete que me das asco.

El tipo soltó a Cornelio, pero Cornelio no se movió de lugar. Apretaba los puños con fuerza, lo mismo que los dientes y los ojos. Tomó impulso y le dio un fuerte cabezazo en el vientre. El grandulón retrocedió un par de pasos. La primera reacción del otro tipo fue burlarse del más grande, aun así, no perdió tiempo y atrapo a Cornelio, levantándolo de los brazos. Por más que Cornelio pataleaba no podía zafarse.

El grandulón se acercó a Cornelio muy enojado.

---¿Muchos huevos, machito? ---gritó y lo sujetó de los pantalones, de la entrepierna.

Cornelio gritó; y tal vez por el miedo, tal vez por el dolor, mojó los pantalones.

---Qué asco ---dijo el sujeto y apartó la mano empapada en orina.

Su mirada llena de odio lo decía todo. Levantó el puño y lanzó un fuerte golpe. El otro tipo, sin embargo, consiguió girar a tiempo para recibir el puñetazo en el hombro.

---¿Estás loco? Joder. Que si le das lo matas.

El más grande se tomó un momento para respirar profundo.

---No eres más que un imbécil ignorante, como el inútil de tú papá. Pero ya te enseñaré algo que no se te va a olvidar nunca.

El gigantón tomó a Cornelio de la camiseta y lo arrebató de manos de su hermano.

---Déjalo ---dije. Aún me daba vueltas la cabeza, pero ya podía tenerme en pie.

Tomé una piedra y se la lancé el tipo, pero el otro sujeto la interceptó con una mano, y con la misma destreza me la lanzó de vuelta, golpeándome a un costado de la cabeza. La sangre no se hizo esperar.

---No, por favor, ya no ---chilló Cornelio, esta vez con verdadero terror y desesperación.

Rodearon el camión a donde el contenedor, y depositaron a Cornelio dentro. Se le veía pálido, más que de costumbre, y temblaba sin control.

---Te digo que lo dejes ---grité y corrí para investir al más grande. Intenté lanzar algunos golpes, pero ninguno acertó. Los que si acertaron fueron los suyos. De un momento a otro ya estaba en el suelo, con el grandulón encima de mí, presionándome el cuello con sus enormes manazas.

Para entonces ya me era imposible respirar, era cuestión de segundos para que perdiera el conocimiento. Así que volteé a donde Cornelio e intenté sonreír, tratando de dibujar un adiós con los labios.

No perdí el conocimiento, aunque a punto estuve. De pronto la presión en mi cuello se liberó. Caí al suelo tosiendo, sintiendo la garganta destrozada.

---Rúbe ---dijo Cornelio, su voz volvía a ser la del chico de catorce años--. Perdón, yo, yo no quería.

Alcé una mano para tranquilizarlo.

---No pass... ---la voz no me salía.

Se arrodilló junto a mí y me abrazó.

---Perdóname, yo no quería lastimarte. Por favor, perdóname.

No podía dejar de toser; y en algunos tosidos incluso lanzaba algo de sangre. Mi garganta debía estar destruida, era así como la sentía. Traté de relajarme, sin soltarme de los brazos de Cornelio, boqueando por la falta de aire que a duras penas atravesaba mi garganta.

---Estoy bien ---dije. Aunque mi tono de voz denotaba completamente lo contrario. Se oía lastimado, y muy seguramente de una forma irreversible.

---Jo espera afuera. Está asustada. Ve con ella. Sigue las flechas.

Cornelio me soltó y se levantó, después me ayudo a ponerme de pie.

---¿Tú la despertaste?

Asentí.

---¿Sufrió mucho?

Volví a asentir.

---Gracias por venir por nosotros. Siempre estaré en deuda contigo.

---Vete ---dije---Yo tengo que sacar a los demás.

Puso sus manos en mis hombros y me vio directo a los ojos.

---Eres el hombre más fuerte y valiente que jamás haya conocido, y el mejor amigo que nadie pueda tener. Que nadie te diga lo contrario ---dijo, luego se fue.

Aguardé unos cinco minutos, hasta que la garganta se abrió lo suficiente como para respirar con normalidad, si a eso se le podía llamar normalidad. Cada bocanada de aire dolía un montón, lo mismo cada que intentaba pasar saliva. Pero no era el momento para quedarse ahí lamentándose, en medio de la montaña, tan lejos de papá. Reprimí las lágrimas que empezaban a salir y me enderecé. Aproveché el descanso para deshacerme del proyector, después de todo ya no servía para nada. Desamarré los mecates y lancé todo al suelo.

## 9.



SEGUÍ MI camino hasta toparme con otra marca, la última de ellas, que señalaba a una gran abertura en la pared. Conectaba con una amplia cámara, toda ella forrada por aquellas ramitas de hojas verdes y espinas puntiagudas. Al fondo, sentada en una roca que debía hacer las veces de trono, o que al menos esa impresión daba, se encontraba una chica, de algunos diecisiete o dieciocho años, tal vez más, no sabría decirlo. Ella me miraba y me sonreía con picardía, como para confirmarme que me estaba esperando.

---Dime, Rúbe. ¿Qué exactamente esperas lograr viniendo hasta aquí?

Caminé al centro de la gran cámara. Me quede de pie ahí, a una buena distancia del trono de piedra. La neblina se replegó dejando libre el suelo a mi alrededor; lo que, más que tranquilizarme, me hizo aguzar aún más los sentidos.

---Libera a la gente---dije, o pretendí decir, la voz me salía en un hilo.

---¿Qué dices? ---dijo, y se inclinó hacia enfrente.

---Que ---carraspeé--- los libres.

---Ellos son felices conmigo ---dijo, y volvió a erguirse en su asiento, extendiendo los brazos para enfatizar el "ellos"---. Tú también podrías ser feliz. Te daría todo lo que quisieras.

---Jo y Cornelio ---hice una pausa para descansar la garganta--- no eran felices.

---¿Tus amigos? ---dijo, y sonrió divertida--- No es nada personal, ¿sabes? Pero tienen que entender que sus acciones y su actitud tienen consecuencias. No los iba a premiar por traicionarme, así como no los iba a dejar ahí eternamente. Era un pequeño castigo.

---Estás loca.

---Yo no usaría esa palabra para describirme.

Alzó la mano para llamar a alguien.

De detrás del trono salieron las gemelas, no vestían más que unas raídas bragas, el resto de sus cuerpos, en especial sus pechos, eran cubiertos por pequeñas hojas.

---Son mis hermanas. ¿Verdad que son monas? Ellas aceptaron estar conmigo, porque me aman, y yo las amo a ellas. Y ahora ellas te mostrarán de lo que son capaces. De lo que podrías ser capaz si lo quisieras.

Se tomaron su tiempo para examinarme, podía sentir sus miradas analizando cada centímetro de mi cuerpo. Satisfecha su curiosidad, avanzaron; al mismo tiempo, con los mismos movimientos. Primero la pierna derecha, luego la pierna izquierda, luego vuelta a repetir. Eran movimientos hipnóticos. Movimientos elegantes, sutiles, femeninos, sugestivos.

---Aléjense ---quise decir, pero apenas me salía la voz.

---No te harán daño ---siguió la rosa---. Ni siquiera intentarían asimilarte. Ya les dije que eres mío. Ellas seleccionaron otro juguete; lástima que lo liberaste antes de que se los pudiera regalar. Seguro podremos recuperarlo. O bien les regalaré otro. Hay mucho de donde escoger.

---Queremos ayudar, Rúbe ---dijo una de ellas, no sabría decir si Ada o Abi.

Se adelantó y puso sus manos en mis hombros. Me miró directo a los ojos y sonrió, después me rodeó sin despegar sus manos de mi cuerpo, dibujando las líneas de mis clavículas. Un escalofrió me recorrió la columna vertebral. Se quedó a mi espalda, con sus manos firmemente aferradas a mis hombros.

---Confía en nosotras ---dijo la otra.

Avanzó hasta ponerse frente a mí. No despegaba su mirada de la mía. Fue bajando la cremallera de mi chaqueta lentamente, prolongando la acción lo más posible. Ni siquiera parpadeaba. Podía sentir la temperatura de mi cuerpo

elevándose sin control, lo mismo que el latir de mi corazón, cada vez más aprisa.

---No estés tan nervioso ---dijo la chica a mi espalda, y aló de la chaqueta para destrabarla de mis hombros.

La chaqueta cayó al suelo por su propio peso. Enseguida la chica metió sus manos por debajo de la camisa y la camiseta, para acariciar mi espalda lastimada. Pude sentir las ramitas clavándose en mi piel, mitigando el dolor.

---Todo está bien ---dijo la chica frente a mí.

Hasta ese momento lo noté. En su pecho había una abertura, un acceso al interior de su caja torácica. Piel y músculo cicatrizaron para formar el hueco. Sobresalían las costillas, la única protección visible para su corazón. Una flor muy parecida a una rosa se enraizaba en él. Sus pétalos eran transparentes y brillaba ligeramente con cada palpitar. El acceso no lucía infectado. Tampoco sangraba o supuraba. Lo que no le quitaba lo repulsivo.

Intenté retroceder, asqueado, pero la chica a mi espalda me lo impidió. De hecho, apenas y podía moverme, sentía todo el cuerpo adormecido.

---Queremos ayudar, no te resistas.

La chica frente a mí me levantó el mentón y me abrió la boca. Se inclinó para lanzarme su aliento dentro. Este se tornó rosado como la neblina, y expelía el mismo aroma a rosas. Al principio sentí algo de confusión, pero pronto mi mente se aclaró. Aunado a eso, el dolor de la garganta fue menguando, hasta desaparecer por completo.

---Es más fuerte que nosotras.

No podía distinguir de donde venía la voz. Me encontraba en medio del salón de clases. El interior se pintaba de rosa por la neblina de afuera, cubría las ventanas por completo.

---No podemos enfrentarla.

Di media vuelta. Estaban ahí, en sus sillas de siempre, una al lado de la

otra. Se pusieron de pie tan pronto hicimos contacto visual. Llevaban vestidos purpuras, ceñidos a la cintura por un listón. Vestidos idénticos, como idénticas eran ellas.

---Ayúdanos Rúbe, sólo tú puedes detenerla ---dijeron a una sola voz.

---¿Cómo? ---quise saber---. No hay manera de enfrentarla.

---La hay; es muy sencilla. En el fondo ella es frágil. Es vulnerable.

Ambas cruzaron los brazos y desprendieron los vestidos de sus hombros, para hacerlos descender.

---No lo hagan ---dije, y agaché la cabeza.

---Debes ver esto, es importante.

---Yo... ---cerré los ojos---, no quiero que hagan eso.

---¿Hacer qué?

---Pues... no sé, lo que hacen.

---¿Cosas sucias? ---siguieron---. Sabemos lo que dicen de nosotras. Pero no es verdad. Hay chicos a quienes les gusta inventar rumores para sentirse bien consigo mismos. Les hace sentir importantes, deseados, especiales. Bueno, honestamente no sabemos qué es lo que les hace sentir. Pero todo es mentira.

Abrí los ojos y levanté la vista. Aun sostenían sus vestidos.

---Empezó cuando ella se fue. Dijeron que había escapado con un hombre, alguien que conoció en internet, y que nosotras éramos igual a ella, como si en verdad supieran cómo era ella.

---¿Entonces es mentira?

---Como lo oyes. Es realmente estresante. Cada cosa que hacemos o decimos, incluso lo que no decimos, es como si creyeran que todo es para provocar. ¿En verdad crees que gustamos de ti?

---Seguramente no.

---Ese día en la tienda---siguieron---. No quisimos ignorarte. Es sólo que

no sabíamos tus intenciones. Creímos que nos hablabas por los rumores.

---No sé qué decir.

---No digas nada, lo arruinarías ---hicieron una pausa---. Mira, eres un chico lindo, de verdad. Pero no la clase de chico lindo que nos gusta.

Traté de sonreír.

---Sólo queremos que nos ayudes.

Terminaron de bajar el vestido. Usaban sujetador, lo que no impedía ver el acceso en su pecho.

---Para nosotras ya es tarde. Lo más probable es que muramos aquí. Pero si existe una posibilidad para las personas del pueblo, estamos dispuestas a aprovecharla.

Pasé saliva.

---Entonces, ¿qué hay que hacer?

---Apunta al corazón ---dijeron, señalando sus propios corazones---. Sólo así morirá. ¿Lo entiendes?

Asentí.

---Y por favor. Dile a Corni que... ---hicieron una pausa---... que lo queremos; qué fue el mejor amigo que pudimos tener.

De un momento a otro volví a estar en el interior de la montaña, en esa gran cámara frente al trono de piedra.

---¿Te sientes mejor? ---dijo la chica detrás de mí.

Retiro sus manos de mi espalda y recuperé la movilidad.

---Te podemos hacer sentir mucho mejor ---dijo la chica frente a mí.

---Apártense de él ---intervino la rosa desde su trono.

Las gemelas se retiraron, no sin antes dedicarme una de sus famosas sonrisas.

---Si te quedas conmigo te daré lo que me pidas. Podría incluso hacerte inmortal, como a mis hermanas ---siguió la rosa.



---No me quedare contigo ---dije---. Libera al pueblo ya mismo.

Rio divertida.

---¿Con qué derecho me exiges algo? ---dijo---. No te sientas tan especial.

Alzó la mano. Poco después empezaron a emerger dos cuerpos de las paredes. Cayeron al suelo al mismo tiempo, eran el profesor y el padre. Se veían maltrechos, con sus ropas desgastadas y sus rostros demacrados.

---¿Qué les hiciste? ---dije.

---Rúbe ---dijo el profe al verme. Apenas podía levantar la cabeza.

El padre Luis también levantó la vista. Su semblante pasó de cansancio a turbación.

---No lastimes al niño ---dijo.

---Tal vez debería usarte a ti ---dijo la rosa al levantarse del trono---. Después de todo, eres lo que llaman virgen, igual que él.

Se acercó al padre y le pasó un pie por la mejilla. Una suerte de caricia. El padre intentó apartar el rostro sin mucho éxito.

---Te presento a mis juguetes ---siguió la rosa---. Como a ti, es imposible asimilarlos. La pregunta es, ¿quieres ser un simple juguete, como ellos, o quieres formar parte de mi familia, como mis hermanas?

---No metas al niño en esto, deja que se vaya ---insistió el padre---. Yo haré lo que me pidas, pero a él déjalo ir.

A duras penas logró incorporarse, incluso se tambaleó varias veces antes de tomar control de su equilibrio. Parte de sus ropas cayeron al suelo.

---Oh, qué sacrificado ---la rosa rio con sarcasmo---. Llegará tu turno de todas formas. El turno de ambos. Por eso es que siguen con vida.

El profesor también se puso de pie.

---Deja que se vaya el niño, no seas necia ---apuntó---. De todas formas, no te servirá, no para lo que sugieres. Pierdes el tiempo planta estúpida.

---No hablen si no les doy permiso.

La rosa volvió a hacer un ademán con su mano. Las gemelas se acercaron para abrazarlos, cada una a uno de ellos.

---Que no muevan ni un solo músculo.

Las gemelas asintieron.

---No seré tu juguete, ni me quedaré contigo ---dije.

---Supuse que dirías algo así. Pero te aseguro que puedo ser muy persuasiva.

La rosa inclinó la cabeza un poco a la izquierda. La señal sirvió para que una de las gemelas hiciera avanzar unos cuantos pasos al profesor. Lo sostenía con la mano derecha, de la cual salían ramitas que se clavaban al brazo de él.

---Profesor Jaime, ¿cierto? Una leyenda en este lugar ---dijo la rosa---. ¿Te conté que ella estuvo enamorada de ti por mucho tiempo? Desde niña. Tal vez por eso no me he deshecho de ti. A mi particularmente me caes mal, y aun así te encuentro algo atractivo.

---Cuando quieras, perra.

Del suelo salieron lianas que se clavaron en el cuerpo del profesor. Le perforaban de las piernas, de los brazos y del torso. Sangraba, pero la sangre era absorbida tan rápido que ninguna gota alcanzó a derramarse en el suelo. El dolor debió ser tan repentino violento que la gemela que lo sostenía retrocedió al instante lanzando un grito. Acariciaba su mano como si de alguna forma hubiera experimentado el mismo dolor.

El profe trataba de resistir. Apretaba la mandíbula con fuerza. Eso no evitaba que resoplara con furia, o que se quejara con gemidos nasales. Aguantó tanto como pudo, hasta que lanzó un fuerte grito, mismo que pronto se transformó en carcajadas.

---Solo eso tienes, perra ---dijo, y siguió riendo.

Sus ojos pasaban del rosa luminoso a su color natural, y viceversa, clara muestra de la lucha por mantenerse consciente, por no ceder al dominio de la

rosa. Hasta que el dolor fue tanto que se desmayó.

Las lianas se replegaron y volvieron a perderse en la tierra. El profe cayó al suelo desangrándose. La gemela no tardó en acercarse para traerlo de vuelta y sanar sus heridas.

---¿Ves cómo puedo ser muy persuasiva? Cuando termine contigo suplicaras mi ayuda. Entonces decidiré si me apiado de ti o te dejo morir.

Volteé a donde el padre. Se encontraba agachado rezando. En cuanto al profe, aun no volvía en sí, pero ya estaban sanando sus heridas.

---Ven aquí ---dijo la rosa en voz más alta de lo normal. Acompañó la petición con un nuevo ademán. Evidentemente no me hablaba a mí.

El profe despertó. La gemela que lo atendía notó que los miraba, así que dijo algo, gesticulando de forma exagerada, como con la intensión de que leyera sus labios, pero no entendí.

El crujido llamó mi atención. Las ramitas de uno de los muros se movían. Saldría alguien más. Pronto fue revelada una nariz, seguida del resto del rostro. Era Irving. Salió su pecho, apenas cubierto por una camiseta llena de rasgones. Y siguió saliendo hasta emerger por completo. Sus pantalones también estaban rotos, sujetos a duras penas por su cinturón. El movimiento al caminar le hizo perder una de las perneras, y la mitad de la otra.

---Los está digiriendo ---dijo el profe.

Seguía en el suelo, sus heridas parecían haber sanado, al menos a simple vista, pero la gemela seguía concentrada en reparar su cuerpo, por lo que probablemente aún estaba mal por dentro.

La rosa volteó a verlo enfadada.

---Cállate ---dijo---. Digerir es una palabra muy fuerte. Digamos que los estoy asimilando de una forma más íntima.

---No puedes comértelos. Libera a mi amigo, y al pueblo también ---dije.

La rosa volvió a sentarse en su trono.

---¿Qué lo libere? ---rio---. Ese chico ya estaba cautivo de sí mismo aun desde antes de que lo asimilara. Me parece, más bien, que ya lo he liberado.

Me puse en guardia en el momento en que Irving adoptaba la posición de combate. No hubo mucho tiempo para reaccionar. Intenté cubrirme lo mejor que pude al ver que corría hacia mí. En menos de cinco segundos ya me encontraba en el suelo con un labio reventado. La sangre caía a raudales.

---Podrás ser odioso, Rúbe, pero tu sangre es una delicia ---dijo la rosa. Absorbía mi sangre desde el suelo.

Intenté tocar mi rostro. Tratar de adivinar hasta donde llegaba el daño. Pero antes de que pudiera moverme Irving me tomó de ambos brazos y los estiró hacia atrás. Con su rodilla presionaba mi espalda, como pretendiendo destrozarme la columna. Varias vértebras crujieron por la presión. Entonces giró levemente mis muñecas y aló con fuerza. Un tirón bastó para que ambos hombros se desprendieron de sus cuencas. El dolor fue horrible, como un montón de cuchillas clavadas a mis brazos. Caí al suelo retorciéndome y temblando, con los pantalones empapados en tibia orina. No sólo era el dolor en los hombros, además sentía el peso de mi amigo clavándome la rodilla en la espalda.

Tardé en distinguir en dónde estaba. El ambiente era apenas iluminado por una luz ambarina. Me encontraba sentado dentro de lo que debía ser un jacuzzi. El agua me llegaba hasta la cintura. Volteé a todas partes, pero no reconocía el lugar. Era una estancia grande llena de cadenas que colgaban del techo. Las paredes, cubiertas de papel tapiz con un patrón que combinaba el rojo, el naranja y el amarillo, aunado a las moquetas negras del suelo y techo, volvían claustrofóbico el lugar, a pesar de su tamaño. En el fondo había una cama, y sobre ella lo que parecía ser la silueta de una persona.

Salí del agua, despacio. Cada movimiento me dolía en todo el cuerpo. El dolor debía venir de fuera del sueño. Además, el lugar no me daba buena

espina, de hecho, me asustaba.

---¿Quién está ahí? ---dijo una voz.

Salte por la impresión. Era la voz de un chico, uno muy asustado. Debía ser Irving.

Me acerqué a la cama, haciendo tintinear las cadenas. Con cada paso el chico chillaba histérico.

---No te acerques ---decía---. No me hagas daño. Por favor. Ya no.

Era él, mi amigo, recostado sobre la cama. Vestía apenas unos calzoncillos, tan ajustados que dejaban muy poco a la imaginación. Fuera de eso estaba desnudo de pies a cabeza. Si a eso se le podían decir pies.

---Rúbe ---dijo al verme---. No me mires, por favor ---y cerró los ojos.

No creo que le preocupara su desnudez, jamás me pareció esa clase de chico. Debía ser, más bien, por sus extremidades. Piernas y brazos fueron sustituidos por prótesis de madera. Lo que, evidentemente, le impedía moverse de la cama.

---Tienes que salir de aquí ---siguió---. Qué no te atrape.

Me acerqué para ayudarlo a levantarse. Logró incorporarse, pero por sus gestos revelaba estar soportando un gran dolor. De hecho, se encontraba recostado en un charco de su propia sangre. Cosa extraña considerando que no tenía ninguna herida visible.

---No puedes conmigo, vete tú. No tarda en venir.

---No voy a dejarte aquí, en este horrible lugar.

---Yo... ---comenzó a llorar.

Intentaba decirme algo, pero era imposible entenderle.

---¡Ya basta! ---grité.

Se calló.

---¿Qué es esto? ---seguí---. ¿O qué se supone que eres? ¿Una clase de juguete sexual? No te creo que tú hayas pensado en todas estas cosas.

---No sé de qué hablas ---musitó en un hilo de voz.

---Tú no eres así. ¿O sí? Nunca me lo pareció.

---No me conoces.

Lo tomé del rostro y lo obligué a que volteara a verme. Hasta entonces había estado evitando mi cara. Su rostro se puso rojo. No pudo sostenerme la mirada por más de dos segundos, cerraba los ojos con fuerza.

---¡Mírame! ---grite de nuevo.

Relajó el rostro y abrió los ojos lentamente. Eran de un tono café muy claro, quizá amarillos, quizá verdes, quizá sólo era la luz ambarina del ambiente. Brillaban por las lágrimas que seguían escurriendo por sus mejillas.

---No sé si te conozco todo lo que debiera conocerte, pero no creo que esto sea lo que represente tu mente. Lo poco que conozco de ti, me habla de un chico muy bueno, educado, fuerte y abnegado.

---Yo...

Lo besé en la mejilla. Pude sentir la forma en que aguantaba la respiración, la forma en que apretaba los labios con aprensión para mantener la boca bien cerrada.

---No hay nada malo en ti ---dije---. Tú no eres como tus hermanos. Y si bien tus hermanos son unos patanes, no creo que sean la clase de patanes que te imaginas, como no creo que la historia que contó Jo sea del todo fiel. He estado en la mente de Cornelio y las cosas tomaban otra dirección.

---Pero...

---Tienes que despertar ---seguí---. ¿Lo entiendes? Tienes que salir de este horrible sueño.

El dolor me hizo desplomarme. Cayó mi amigo a la cama, sobre el charco de su sangre, y caí yo sobre él. Podía escuchar el latido de su corazón, galopaba con fuerza.

---Me lastimas ---dije.

El sonido de las cadenas me alertó. La criatura se arrastraba despacio, con parsimonia, regodeándose de sí misma. Era extraordinariamente alta, más de dos metros seguro.

---Ya viene ---chilló mi amigo histérico.

Todo su cuerpo era de madera, como un maniquí, a excepción de sus dedos, que eran cuchillas. Las hacía tintinear en las cadenas, cada movimiento sacaba chispas.

---¿Qué es esa cosa?

---Vete ---chilló---. Vete ya.

Irving temblaba. Estaba más pálido que de costumbre. La expresión de su rostro era de verdadero terror.

---No te dejaré aquí ---dije.

Me levanté aprisa e incorporé a Irving nuevamente. Me puse a su espalda, no sin dificultad, y tomé sus prótesis.

---Lo siento ---seguí.

Mi amigo intentó voltear a verme, sin entender lo que pasaba. Debía pensar que lo estaba traicionando, pues se puso a llorar como nunca antes lo vi hacerlo.

Apoyé la rodilla en su espalda y tiré de sus prótesis de madera con todas mis fuerzas. Tiré hasta que cedieron con una serie de crujidos, hasta que la piel se desgarró reventando músculos y ligamentos, hasta que la sangre brotó empapándolo todo, al tiempo que mi amigo lanzaba un agudo grito de dolor.

---Rúbe.

Soltó mis brazos.

---No, no, no, no, no, no...

Hablaba con miedo y desesperación. Desde mi posición no podía verlo, pero por el sonido de sus pasos debía estar dando vueltas muy ansioso.

---¿Cómo lo trajiste de vuelta? ---dijo la rosa.

Irving tomó mi brazo izquierdo. Con su mano derecha palpó mi hombro amoratado e inflamado. Se había desgarrado de algunos puntos, así que sangraba. Lo acomodó de alguna forma, jamás fui muy entendido al respecto, y empujó con fuerza. Fue un solo chasquido, pero entró en su sitio, lo que disminuyó un poquito el dolor. Lo mismo hizo con el otro brazo. A pesar de todo el dolor seguía siendo intenso. No podía concentrarme.

Se echó sobre mi espalda. Me abrazaba y lloraba, sin dejar de suplicar perdón.

---Estoy bien ---dije para tranquilizarlo.

Al oírme me ayudó a incorporarme. Con cuidado me quitó el gorro y los goggles, e intentó limpiar el sudor de mi frente. También me quitó la camisa y la camiseta interior. No debía tener buen aspecto, a juzgar por la forma en que veía mis hombros desgarrados.

---Cómo lo soporta ---apuntó el profesor---. El dolor, cómo lo soporta.

---Hay algo en su sangre ---dijo la rosa---. Una droga tal vez, puedo sentirla.

---Es su sangre ---dijo una de las gemelas---. Su sangre es la droga.

La rosa no apartaba su mirada de mí.

---No debes dejarlo morir ---señaló la otra---. No si no quieres perder su deliciosa sangre.

---Cállense ---ordenó la rosa.

Se levantó de su trono para acercarse.

---Déjalo en paz ---dijo mi amigo y adopto la posición de combate.

La rosa lo ignoró por completo, venía directo a mí, con paso decidido. Una serie de lianas salieron del muro y capturaron a mi amigo. Intentó resistirse, pero fue inútil. Entró en trance. Las lianas tiraron para guiarlo, él retrocedió hasta perderse entre la vegetación del muro.

---¿Qué es lo que eres? ---dijo la rosa---. Tú no eres como ellos.



Señaló al profesor y al padre Luis.

---Sus voluntades son fuertes, o eso es lo que dijo ese odioso hombre de Dios. Podría decirse que esa es su única virtud. Descubren el engaño y despiertan una y otra vez. Pero tú eres diferente. Ni siquiera sé si estás durmiendo o no.

Me tomó del rostro.

---Respóndeme ---insistió.

Hice una mueca de dolor en el momento en que me alzó el mentón para verme a los ojos. No sólo me dolían los hombros desgarrados, también me dolía el cuello y la espalda, y el labio reventado.

---Que respondas.

Hice la cabeza a un lado y escupí. Casi me ahogo con mi propia sangre. Saltaron cuatro dientes. Al verlos se me encogió el corazón. No volverían a salirme nuevos, esos ya eran los definitivos.

Volvió a alzarme el mentón, con más violencia de la habitual, entonces me besó.

---Deja al niño en paz, monstruo ---gritó el padre Luis.

Estiró a la rosa para alejarla de mí. Ella cayó al suelo confundida.

---Se escapó ---dijo la gemela.

El padre Luis se posicionó entre la rosa y yo, y extendió los brazos en un gesto de protección.

---¿Qué consigues con esto? ---dijo la rosa y rio divertida.

Del muro salieron ramitas que no tardaron en someter al padre Luis. Gritaba por el dolor, y al mismo tiempo luchaba por resistirse.

---Me encargaré de ti más tarde, ya te lo dije. Sólo espera tu turno.

Las ramitas lo atrajeron al muro, cientos de ellas, pues el padre no dejaba de reventarlas con cada tirón. Finalmente quedó atrapado en el muro. Lo único visible era su rostro.

---Quiero que observes todo ---le dijo la rosa.

El padre seguía crujendo los dientes por el dolor.

Intenté moverme, pero fue imposible, las ramitas ya me envolvían los pies, y sentía todo el cuerpo adormecido. De hecho, ya no sangraba, ni sentía más dolor.

La rosa se levantó del suelo y se acercó de nuevo a mí.

---En lo que estábamos.

Me tomó del mentón para levantarme el rostro, y volvió a inclinarse para besarme. La inflamación de los labios y encías bajó, y los desgarres en los hombros empezaron a cerrar.

El ambiente era oscuro, pero un oscuro distinto. Era la penumbra de lo profundo del bosque. La luz apenas llegaba, filtrada por las agujas de pino. En los árboles había marcas, parecidas a las marcas en los muros de la mina. Flechas de pintura fluorescente. ¿Eran las mismas flechas de la mina?

Todo el bosque lucía igual, se viera a donde se viera. El suelo cubierto de agujas y piñas, los pinos frondosos y altos. El viento silbaba a su paso por entre los troncos, como arrastrando palabras, como intentando decirme algo.

Las marcas me condujeron hasta un claro en medio del bosque. Ahí estaba ella, la rosa, sentada en el centro de un pentagrama.

---¿Quién eres tú? ¿Cómo llegaste aquí? ---preguntó.

Hablaba como ella, se veía como ella, pero no parecía ser ella.

---Yo... ---titubeé.

---¿Eres nuevo en el pueblo?

---Sí.

---Estas muy chico para andar solo en el bosque. Podrías perderte.

---Lo sé. Yo, seguí las flechas.

Se levantó y me sonrió.

---Yo las puse, para mí. No se me ocurrió que alguien más podría seguir las

---dijo---. Conozco este bosque, pero no hay que subestimar a la madre naturaleza.

---¿Qué haces?

---¿Esto? ---extendió los brazos---. Soy Wicca, ¿sabes?

Me acerqué un par de pasos. Definitivamente no sonaba como la rosa, ni tenía ese desagradable acceso en el pecho. Al menos no visible.

---¿Creí que estaban extintos? ---dije.

---Bueno, no Wicca exactamente.

Salió del pentagrama y me ofreció un teléfono celular. Me acerqué corriendo para tomarlo.

---Eres muy bajito ---sonrió, de hecho, consiguió que me sonrojara---. ¿Cuántos años tienes?

---Doce ---dije.

---Vale ---volvió al centro del pentagrama---. Tengo dos hermanas, son gemelas, tienen once años. O sea, uno menos que tú. Pero son más altas ---rio---. Las quiero, pero no nos llevamos muy bien.

Se quitó el suéter que usaba; ahora sólo llevaba un vestido blanco bastante ligero.

---¿Podrías grabarme? Aprovechando que estás aquí ---dijo---. Creí que tendría que grabarme sola, pero quedará mejor si me ayudas. Vas a alucinar cuando veas esto.

---¿Qué cosa? No harás nada raro, ¿o sí? ---dije.

---Antes de empezar ---dijo---, sí eres una persona real, ¿verdad?

---Claro ---confirmé.

---Ya sé que sonó extraña la pregunta. Pero pronto entenderás por qué lo digo. Si lo que haga es raro o no, depende del cristal con que se mire.

Abrí la aplicación de cámara y me puse a grabar. La chica se irguió, respiró profundo, y se puso a hablar.

---Hola, mi nombre es Dina, tengo dieciocho años y quiero formar parte de ustedes. Quiero ser un paladín rojo.

Hizo una pausa, como si las palabras se le hubieran borrado de la cabeza. Volvió a respirar profundo, y retomó el hilo.

---Bien ---titubeó---. Yo sé que tengo potencial, y lo demostraré. Abriré una puerta, aquí y ahora. Presten atención.

Me hizo una seña para que me acercara.

Fue a donde su mochila, fuera del pentagrama, y de su interior sacó un espejo de buen tamaño, y algo parecido a un encendedor. Volvió al pentagrama y puso el espejo al centro, en el suelo.

---Desde pequeña me han fascinado los espejos ---dijo, obviamente a la cámara---. Por eso escogí uno.

Lo que creí era un encendedor resultó ser una navaja. La desdobló para liberar el filo.

---Graba esto. Y por favor, no te asustes ---dijo en un susurro.

Me acerqué para enfocar su mano derecha. Temí que cortara sus venas, pero no. Sí que hizo un corte, o más bien un pinchazo, en su dedo índice. Lo suficientemente profundo como para hacerlo sangrar, pero no como para ser peligroso. Con su sangre se puso a dibujar figuras geométricas en el espejo, una suerte de mandala, como los de la revista de mi tía Sofia.

Al terminar me hizo una seña para que me alejara. Supuse que quería que la enfocara de cuerpo completo. Se irguió, lo que me obligó a retroceder más para que entrara a cuadro. Extendió los brazos y volteó al cielo. Entonces recitó unas palabras en voz muy bajita.

Tan pronto terminó de mover los labios el espejó se oscureció.

---Lo logré ---chilló emocionada---. ¿Lo ven? Fueron años de búsqueda, años de esconder mis pasos. Y lo logré. Ahora tienen que aceptarme.

No sabía que decir o hacer.

---Tienen que aceptarme ---volvió a decir, en voz baja, como para sí misma.

Bajó los brazos, lo mismo que la mirada. Y sin más dio un paso al frente, al espejo, al abismo.

---¿Qué? ---exclamé en el momento en el que desapareció.

## 10.



DEL SUELO salieron raíces que me envolvieron por completo y me estiraron hasta que la tierra me tragó. Pude sentir mis huesos cediendo a la presión, astillándose y perforando la piel. El dolor fue fugaz, un par de segundos a lo mucho. Después todo fue oscuridad y una gran paz.

---Así que estás aquí ---dijo.

Volteé a todas partes, pero era imposible distinguir algo en medio de esa oscuridad. Además, la voz sonaba con eco, y parecía venir de todas direcciones.

---Buen intento ---siguió---. Pero a diferencia de tus amiguitos, a ella no la puedes aislar de mí. Porque ella y yo somos una, de una forma especial, de una forma única.

Destellos rosas aparecieron en el suelo, y fueron aumentando de intensidad y cantidad, hasta iluminar el lugar. Era una suerte de caverna, aunque no había señal alguna de puerta o acceso. Una cámara cerrada, sin escape.

---Querías despertarla. Qué iluso ---rio.

Definitivamente era la rosa. Lo revelaba el acceso en su pecho, esa flor enraizada en su corazón.

---¿Qué le hiciste? ---dije.

---¿Hacerle? ¿Además de salvar su vida? Ella estaba sola cuando la encontré. Sola y desesperada, a punto de suicidarse. Un completo desperdicio.

Extendió el brazo derecho a un costado. La neblina entre nosotros empezó a ondular. Cambiaba de forma, moldeaba figuras. Era una representación del claro del bosque. En el centro se encontraba la chica.

---¿Es...?

---Observa con atención ---siguió la rosa---. La vi en el bosque, ese día.

Perdió el control de su misma, el control de su mente.

La chica golpeaba el espejo, frustrada. Los puños le sangraban por las esquirlas del cristal. Se levantó, intentaba dibujar el mismo patrón, esta vez en el suelo del claro, un dibujo mucho más grande. Cortó sus muñecas para obtener más sangre, hasta que la debilidad le hizo caer al suelo.

---¿Te imaginas qué hubiera pasado si no hubiera estado ahí para ayudarla? Me acerqué a ella cuando la vi caer. La pobre sufría mucho dolor. No el físico, sino un dolor distinto. Uno que nunca antes había sentido.

La figura de un conejito salió del bosque, corrió directo a la chica, directo a la sangre que derramaba, y su puso a beber de ella.

---Era buena. Era deliciosa. El tipo de sangre que no debes dejar correr, que no debes verter en el suelo de esa manera. No podía seguir desperdiciándose.

El conejo saltó sobre la chica, con sus dientes roía su pecho.

---¿Y qué si iba a morir? Las personas mueren todo el tiempo ---dije---. Las personas, se quitan la vida todo el tiempo. Ellos ---titubeé---. Ellos sólo se van...

---¿Sólo se van? ¿Así y ya? Qué insensible eres. Yo le di lo que quería. Era una chica simple después de todo. Le ayudé a que entrara a su espejo.

---No le diste lo que quería, la estás engañando. No es libre, y no entró a ningún espejo. Tú no puedes decidir por los demás, ni cuándo mueren, ni cuándo viven. Eso es cosa de cada quien. Y, de todas formas, lo que le das no es vida. Ni siquiera es lo contrario. Es una abominación.

La rosa bajó el brazo y las figuras de neblina desaparecieron.

---Supongo que nunca estaremos de acuerdo ---dijo---. Es una lástima. Pero yo te arreglaré, aunque me odies el resto de tu vida. Te arreglaré y tendrás que obedecerme. Ahora sal de mi mente.

Grité a causa del dolor, grité con todas mis fuerzas. Me sentía otra vez

como un niño de cinco años, colgando de cabeza, atado a aquella horrible silla.

---Déjalo, no lo hagas ---gritaba el padre.

Apenas podía darme cuenta de lo que pasaba. Los músculos no me respondían, me era imposible moverme. La rosa me tenía cautivo. Con su mano izquierda me sujetaba la cabeza, del cabello. Mientras tanto, con su mano derecha cortaba mi pecho, con la misma navaja que vi en el sueño. Deslizaba lentamente, cortando las capas de piel, grasa y musculo.

---Pronto dejarás de sufrir ---dijo---, y verás las cosas como las veo yo. Tal vez me odies al principio, pero descubrirás que lo hice por tu bien. Aunque no lo creas, siento que te amo.

Fue un alivio cuando apartó la hoja de mi pecho, aun así, el dolor era intenso.

---¿Qué hacen? ---dijo la rosa.

El padre Luis estiraba a la rosa, había conseguido escapar de las ramas que lo apresaban. Enseguida se le unió el profesor. El padre sujetaba a la rosa del brazo derecho, y el profe del brazo izquierdo.

---¡Reacciona! ---gritó el profesor---. ¡Tienes que matarla!

---Suéltense simios estúpidos.

La rosa se retorció, con la intención de liberarse. También clavaba sus espinas a los cuerpos del padre y el profesor. Ellos intentaban resistir.

---¡Date prisa!

---Que me suelten...

Vóltee a mi alrededor, la navaja no se veía por ningún lado.



## 11.



FUE RÁPIDO. Sentí el impacto y cómo nos elevábamos por los aires. El impacto me dejó una lesión en la columna que jamás sanó del todo. Lo intentaba, pero no podía andar derecho. Sus ojos pasaron del extraño tono rosa a un negro profundo. Los ojos de mamá eran marrones, no negros. Ella me miró hasta el último momento. Pero no vi amor, lo que vi fue miedo. Pude ver el instante en el que despertaba, cuando se daba cuenta que todo había sido un sueño, cuando se daba cuenta que había vivido una pesadilla, cuando se daba cuenta que se desvanecía. Supo en ese momento que se iría, y me sonrió. Sus labios me sonreían, pero no sus ojos. Vi cuando murió. La vi teñirse de rojo, la vi exhalar su último aliento.

---Ya pasó ---dijo el profe.

Intentó quitarme la espada de las manos. No podía soltarla, no quería soltarla. Me abrazó. Pretendí devolverle el abrazo. En verdad lo pretendí con todas mis fuerzas, pero no podía. Mi cuerpo temblaba, sin mi permiso, temblaba sin detenerse.

---Ya todo pasó ---insistió.

Mis manos al fin soltaron la espada. Cayó al suelo haciendo mucho ruido. El profe tomó mis manos y las sujetó con su abrazo, porque no podía dejar de moverme, no podía dejar de temblar.

---Calma...

Los labios me temblaban. Aún escurrían sangre directo de las encías, donde antaño tenía cuatro dientes perfectamente alineados con los demás. La herida del pecho también sangraba, más de lo que me habría gustado admitir.

---Está bien, ya pasó, hiciste lo correcto.

---Gracias ---dijeron las gemelas desde algún lugar lejano---. Nuestra

hermana ya no sufre.

No pude responder.



## EPÍLOGO

*Rosa, Guanaceví, Durango, México.*

# 1.

*Miércoles 28 de agosto de 2041 5:28h*



LA MUJER sujeta al niño del cabello. Con una navaja le corta su pecho. Se toma su tiempo para deslizar la navaja. Disfruta ver como se desgarran cada capa de piel, cómo se desgarran el músculo y la grasa. Se dibuja una sonrisa en su rostro cuando descubre el corazón. Palpita desbocado.

---¡No! ---grita el hombre desde la pared.

Está cubierto de cuerpo entero, apenas y sobresale su rostro. Le rodea una planta nada convencional. No sólo clava sus espinas, sino que aprieta cada vez más sus lianas. Sin embargo, no grita por el dolor que siente, sino por la escena que ve. La desesperación le lleva a tirar con todas sus fuerzas, hasta que logra liberar su brazo derecho, después su brazo izquierdo. No puede seguir viendo a aquella mujer torturando al niño. El chico no deja de gritar por el dolor, el hombre no deja de gritar por la impotencia. Con sus manos libres tira de las lianas que lo apresan. No le importan las espinas que no dejan de clavarse a su cuerpo; o a sus propias manos, esas con las que tira. Poco a poco las lianas van menguando, abriéndole paso para liberarse por completo.

La mujer no se da cuenta de la situación. Está concentrada en el placer que le produce rebanar cada capa de piel, hasta llegar al corazón, y retirar la grasa que le rodea. En su propio corazón se prepara la semilla que plantará en el nuevo anfitrión. Un ser creado a su imagen y semejanza, un hijo según las costumbres humanas.

El hombre de la pared corre hasta donde la mujer. La atrapa del brazo con el que maniobra la navaja. El tirón consigue que la mujer suelte el arma, la cual cae lejos.

Cerca de ahí un segundo hombre es custodiado por una jovencita.

---Las heridas aun sangran, no estás listo ---dice la chica.

Este hombre, sin embargo, no puede esperar más. Corre a ayudar a su compañero. Toma a la mujer de su otro brazo, consiguiendo que suelte al niño.

---¡Reacciona! ---grita el segundo hombre---. ¡Tienes que matarla!

---Suéltense simios estúpidos ---dice la mujer.

Se retuerce con violencia. Está asustada.

Del suelo emergen lianas similares a las que cubren los muros. Apresan a los dos hombres, clavan sus espinas. Estas, no obstante, no parecen tener el efecto deseado. Eso asusta a la mujer aún más.

---¡Date prisa! ---apremia el segundo hombre.

---Que me suelten...

El niño no reacciona, hasta entrar en trance. El color de sus ojos se va, pasando de ese negro profundo a un gris tan claro que parece blanco. De un momento a otro deja de sufrir por las heridas, a pesar de que su pecho a un sangra profusamente.

Un movimiento de su mano derecha hace emerger una empuñadura del bolsillo de su pantalón. Esta se engrosa hasta ajustar a su mano, después hace surgir una hoja metálica de unos sesenta centímetros de largo.

El chico empuña la espada con firmeza, con tanta fuerza que hace crujir sus nudillos. Levanta la hoja y la pone en posición de ataque, entonces corre a donde la mujer.

La hoja atraviesa el corazón de ella. Está expuesto por un desagradable acceso a su caja torácica. La flor enraizada en éste deja de brillar, y se apaga por completo en el momento en el que deja de latir.

## 2.

*Miércoles 28 de agosto de 2041 6:00h*

ॐ

EL HELICÓPTERO de avanzada sobrevuela el área de la mina. Lo conduce Sophie, es su primera misión desde que se recibiera del instituto, una misión no oficial. Absurdo, como todo en su vida. Por si fuera poco, tiene que ser guiada por una niña, una civil.

---Es aquí ---dice la mocosa.

Sophie hace descender el helicóptero y aterriza cerca de la entrada. Baja de un salto, después ayuda a la niña a descender. Repara en la ingente cantidad de sangre derramada, brilla con la luz del sol que apenas se levanta.

---Quédate cerca del vehículo ---ordena.

Da unos cuantos pasos, a la busca de un buen lugar. Se decide por un área libre de charcos de agua y manchas de sangre, junto a la entrada de la mina. Coloca el portal en el suelo y presiona el botón. El disco escanea la zona, luego se abre para formar un gran rectángulo vertical. En un parpadeo se abre la puerta.

Sale el primer grupo, diez internos que no demoran en acomodar el campamento. Levantan tres enormes carpas blancas cerca de las bodegas de la mina, lejos de las manchas de sangre. Después de estos sale el segundo grupo con los materiales esenciales para la limpieza, y ya por último el grupo de los médicos. Todos se apresuran a ocupar sus puestos según recibieron instrucción.

Sophie voltea a ver a la niña. Un interno la atiende. Puede despreocuparse de ella.

---Su nombre ---dice un hombre a su espalda, es el director Díaz.

Ella se sobresalta al escucharlo.

---Sophie ---responde al dar media vuelta---. Agente Sophie, de Hipnos.

---¿Usted hizo el reporte?

---Sí.

---¿Para qué fue asignada a esta zona?

---No ---dice Sophie---. Es decir, no estoy en misión. Respondí al llamado de auxilio de un excompañero de instituto. Estaba en Paris, en descanso.

---¿Vino desde Paris hasta acá?

---Lo más rápido que pude.

---Director ---interrumpe un interno.

Corre con una tableta en la mano. Se detiene a un metro del director y se toma unos segundos para recuperar el aliento.

---Tenemos el informe ---dice el interno algo agitado---. A esta zona fue asignado el agente Yasin, de Hipnos. Tiene más de una semana sin reportarse. Según su último informe estaba investigando actividad psíquica inusual. Según dice no creyó necesario llamar a un inercial.

---Pues ya vemos que si era necesario ---apunta el director---. Busquen a ese agente, quiero su reporte completo ahora.

---No está por ningún lado.

Los tres retroceden al verlo surgir de un charco cercano. Aun sangra profusamente.

---El niño, está en la mina ---dice, después se desploma.

---Es Yasin ---dice Sophie, y corre para atender a su amigo. Saca coagulante de su tacón y lo aplica cerca de la herida, lo mismo tres ampolletas de estimulante para ayudarlo a producir más sangre.

---Médico ---grita el director. No tardan en acercarse dos internos con una camilla.

Los tres van tras los internos del equipo médico. Estos se dirigen a paso veloz a la primera de las carpas.

---¿Qué clase de nombre es Yasin? ---dice el director.

---Es de la India ---señala Sophie.

---¿Alguien me puede explicar por qué tenemos a un indio en mi territorio?

---Fue asignado por el instituto ---dice el interno---. Era su primera misión oficial, es decir, su última misión de entrenamiento.

---Aquí hubo una masacre, tenemos a todo un pueblo desaparecido y resulta que al instituto se le ocurrió mandar a un novato a atender la misión. ¿Por qué no lo enviaron a la India a hacer sus prácticas? Esto llegará al consejo.

---El caso fue descatalogado ---farfulla el interno.

---¿Qué dices?

---El caso ---confirma el interno---. Fue descatalogado por nuestra zona. Por eso el instituto lo tomó como terreno de pruebas. Se asignó por sorteo.

---¿Y se puede saber quién fue el idiota que lo descatalogó?

---Ya mismo lo investigo, director ---dice el interno y se marcha.

Trasladan al agente herido a una de las camas, enseguida dos médicos se acercan para atenderlo. Lo ponen de lado y colocan un recipiente para recibir la sangre que no deja de supurar.

---El coagulante jamás hará su trabajo con tanta sangre en su organismo ---señala la médica en jefe---. El exceso de sangre buscará salida de forma natural, y la salida más próxima es la herida. No podemos operar en estas condiciones.

---Lo siento ---dice Sophie---. Cuando lo vi mi primera reacción fue aplicar refuerzos.

---¿Cuántos exactamente?

---Tres ampolletas.

---Es demasiado ---sentencia la médica---. Una habría sido suficiente.

---Novatos ---farfulla el director.

---Esto tomará un tiempo, hay que esperar a que se drene ---concluye la



médica y se retira a atender otros asuntos.

El interno regresa y se acerca con actitud nerviosa. Hace seña de querer hablar, pero se reprime.

---Director ---dice después del cuarto intento.

---Habla ---dice el director.

---La misión. Es decir, la incidencia, fue usted quien la descatalogó.

Se hace un silencio incómodo. La médica incluso se toma el tiempo de alzar la vista de su tableta y voltear a donde el grupito se congrega en pos del herido.

---Si es todo, ya te puedes ir ---dice el director.

El interno se marcha aprisa. En la carrera golpea una mesa con su zapato haciendo tintinear los instrumentos quirúrgicos.

---Yo ---dice Sophie---. Escuché una historia sobre lo que pasó. Podría contarla, o tal vez prefiera que vaya por el civil que me la contó.

---¿Civil?

---Un chico de catorce años. Estaba junto a su hermana y el profesor de la escuela. Parece inteligente, pero se puso como loco con el ruido del helicóptero, por eso su hermana es la que me guio hasta acá.

---¿Y su hermana conoce la historia?

---Sí, pero hace un momento que empezaron a limpiarla.

---Bien ---dice el director---. Trae al niño entonces.

### 3.

*Miércoles 28 de agosto de 2041 10:00h*

ॐ

DOS DE los médicos intentan inútilmente ayudar al agente herido. No lo dicen, pero los daños son graves, tanto que podrían ser incurables. Del otro lado de la mampara el director habla con un jovencito.

---¿Lo que dices es que tu amigo, un niño de doce años, entró a esa mina para enfrentar a una planta carnívora?

---Sí, señor ---confirma el chico.

---Bueno, Cornelio. Lo que dices es una completa locura. No tenemos registros de que exista una criatura con las características que nos describes --hace una pausa---. Sin embargo, la realidad es que toda la gente del pueblo estaba en esa mina. Y de alguna forma tu amiguito debió hacer algo importante, pues no ha dejado de salir gente de ahí por su propio pie.

---Él es especial ---dice Cornelio.

---Ya lo creo.

---Lo digo en serio, él me trajo de vuelta. Lo he estado pensando mucho, y eso no es normal; lo normal habría sido que se quedara enganchado, como los otros.

---Sí, bueno. Imagino ya has dicho todo lo que tenías que decir.

---¿Ustedes trabajan para el gobierno? ¿Son de la guardia o algo así? Nunca había visto esos uniformes.

El director voltea a la mampara que los separa de la operación. El agente herido sigue inconsciente.

---Eres un chico listo, Cornelio. Entenderás que si te respondiera esa pregunta tendría que matarte.

El chico retrocede hasta topar con una mesa. Salta al oír el tintineo de los instrumentos quirúrgicos. El temor no es tanto por lo dicho por el director,

sino por el charco de sangre que empieza a extenderse por debajo de la mampara.

---No lo espante ---dice Sophie.

---¿Qué están haciendo? ---pregunta el chico.

---¿Eso? ---dice el director al notar el charco de sangre---. Uno de nuestros hombres está herido, está muriendo. Los médicos intentan ayudarlo.

El director aparta la mampara para revelar al hombre herido y a los médicos que intentan reconstruir sus vísceras. Estos últimos continúan con su trabajo sin distraerse, a pesar de la interrupción.

---¿Ya me puedo ir?

El director vuelve a acomodar la mampara en su lugar.

---Descuida jovencito ---dice---. No te pasará nada. Para mañana todo habrá vuelto a la normalidad. Pero mira. Fuiste honesto conmigo, así que saciaré un poco tu curiosidad, aunque no sirva para nada, pues de todas formas no recordarás esta conversación.

---No pueden hacer eso ---dice Cornelio. Intenta mantener la calma, pero los nervios lo traicionan.

---¿Hacer qué?

---Eso, borrar mis recuerdos.

---Ocurre todo el tiempo, más de lo que me gustaría admitir. Hay cosas que es mejor que jamás se conozcan. Cosas que es mejor que jamás hayan pasado. Cosas que causarían daño, que podrían acabar con todo y con todos. Así que no, no trabajamos para instituciones tan burdas como lo son los gobiernos. Esas quimeras ilusorias vienen y se van, nacen y mueren, y jamás perduran. Y no, no somos de la patética guardia nacional.

El chico voltea a su alrededor, de forma discreta. Apenas mueve la cabeza, pues no quiere llamar la atención. Se vale de su vista periférica para analizar el entorno.

---¿Qué tanto borraré? ---pregunta.

---Lo suficiente ---dice el director.

---¿Y cuánto es lo suficiente?

---No tientes a la suerte, muchacho. Empieza a agotarse mi paciencia. ¿Entiendes que en este momento ya no me interesa nada de ti? Considero que es mejor cerrar esta conversación aquí, en buenos términos.

---Por favor, señor ---dice el chico---. Estos días han sido importantes para mí.

El director sonrío.

---¿Quién te crees? ---dice.

---¿Perdón?

---Dime quién te crees ---sigue---. ¿Quién eres cómo para que importe tu ridículo crecimiento personal? No eres nadie, no eres nada. Y entre más rápido entiendas eso, más rápido serás feliz.

---Pero...

---Con todo respeto, director, no tiene por qué ser tan agresivo ---dice la agente.

---Con todo respeto, agente Sophie de Hipnos, puede ahorrarse lo que piensa. Ahora lleve a este joven a limpieza, por favor.

El chico toma impulso y empuja al director, aprovecha la distracción para irse corriendo. Atraviesa la puerta de la carpa, pero no sale, más bien, vuelve a entrar. Da media vuelta para ver la salida. Retrocede unos cuantos pasos muy asustado. No hay salida, sólo una puerta; y del otro lado una réplica de él mismo devolviéndole la mirada, imitando sus gestos.

---Admiro su dominio de los oniros, agente Sophie de Hipnos.

---Gracias, director ---dice ella---. Con su permiso.

La agente toma al chico que permanece petrificado frente a ambos.

El chico parpadea un par de veces para darse cuenta de que no se ha

movido de lugar, sigue junto a la mesa con los materiales quirúrgicos. Su hermana le toma del brazo; eso lo tranquiliza.

---Vamos ---dice ella.

Cornelio asiente y se deja guiar. No hay rastro del misterioso hombre que tanto miedo le causa, ni de la mujer que lo llevó ahí para contar la historia por segunda ocasión.

#### 4.

*Miércoles 28 de agosto de 2041 10:32h*

ବିଧି

---EL NIÑO ---dice el agente herido al recuperar el conocimiento.

Vomita una gran cantidad de sangre sobre el recipiente. Este vuelve a desbordarse.

---No se mueva, agente Yasin de Hipnos ---dice la médica en jefe---. Se encuentra en operación y su estado es crítico.

---¿Dónde está el niño? Se llama Rubén.

--- Asistente, aplique sedante al paciente.

---¡No! ---grita el agente y vuelve a vomitar sangre---. Quiero hablar con el director.

El director remueve la mampara y se acerca a la mesa de operaciones.

---Aquí estoy ---dice.

---Promuevo al niño. Rubén Morales.

---No puede promover a nadie. Ni siquiera sabemos si vivirá mañana.

---Está en las reglas ---vomita sangre---. Es una misión oficial.

---No me importa si se encariñó con el niño. No está en posición de negociar. Además, acaban de iniciar los cursos en el instituto, tendría que esperar seis meses. Y eso es imposible en esta situación.

El agente vuelve a vomitar.

La médica se aparta para aguardar a que termine la conversación. No puede trabajar en esas condiciones.

---Fue marcado por cazadores, mató al líder del clan con sus propias manos.

---¿Debo suponer, agente Yasin, que usted no metió las manos en eso?

---Habría muerto sin la ayuda del niño.

---En otras palabras, el niño sólo lo remató ---dice el director---. ¿Qué

merito hay en eso?

---Que me salvó la vida ---vuelve a vomitar sangre---. Los cazadores reconocieron su victoria, ¿usted no lo hará?

---Véase, agente Yasin de Hipnos. Al borde de la muerte en su primera misión oficial. Tan lejos de casa. ¿Ha valido la pena el alargar su vida unas cuantas horas? Las drogas en su cuerpo terminarán su efecto, y morirá. ¿Es este asunto del niño un capricho? ¿Cree que es su legado o algo por el estilo? ¿Piensa dejarnos a un niño "prodigioso" como herencia, promovido por usted en su primera y última misión oficial? Una misión que, dicho sea de paso, fue descatalogada por tratarse de un asunto menor.

---Está siendo injusto. Es mi derecho promover.

---¿Injusto, agente Yasin? ¿Qué hizo exactamente en todo este tiempo? Según escuché pasó más de una semana cautivo por los cazadores. ¿Qué habría pasado si los contratistas hubieran llegado a tiempo para hacerse de usted? ¿Nota el lio en el que está metido? Lo siento agente Yasin. Pero, si bien usted está en todo su derecho de promover a quién le plazca, como director de zona yo estoy en todo mi derecho de decidir cuáles proceden y cuáles no. Y honestamente, dadas las circunstancias, no veo motivos para pensar que su promovido es adecuado para el programa.

---Sé que soy un novato, pero conozco el protocolo, y no me explico cómo un caso así fue ofrecido en sorteo a pesar de su complejidad. De todas formas, y aceptando mi ineptitud, lo cierto es que, con o sin ayuda, el niño lo resolvió. Y eso constará en el informe.

---Constará en el informe que un civil, un niño, resolvió una incidencia desclasificada que se le salió de las manos a usted, agente Yasin. ¿Oh me dirá que por su condición de "novato" el asunto lo superaba? Después de todo esta no era su primera misión de entrenamiento, algo de experiencia ha de tener en su haber---dice el director---. A pesar de todo, admiro su terquedad. Y

reafirmando su derecho de promover a quien quiera, me entrevistaré con el niño. Sin embargo, ratificando mi derecho a decidir cuál promoción procede y cuál no, si no encuentro nada interesante en el niño, su promoción no procederá.

El director se marcha, no sin antes colocar la mampara en su lugar. En seguida la médica y su equipo continúan con la cirugía.



## 5.

*Miércoles 28 de agosto de 2041 11:40h*



EL INTERNO entra a la carpa y se dirige a donde el director. Espera de pie frente al escritorio, en la oficina improvisada que el director mandó montar en un rincón. Carraspea un par de veces para llamar la atención. El director alza la mano para indicar que ha escuchado; pide tiempo para terminar de llenar un informe.

---¿Y bien? ---dice finalmente.

---Lo encontramos ---dice el interno---. Está grabe, y hay dificultades para transportarlo, pero viene en camino ---¿Y el resto de la gente?

---El equipo de limpieza hace un censo. Según conteos preliminares parecen ser todos, treientos veintinueve habitantes contando al niño. La mayoría salió de la mina por su propio pie, ellos mismos se encargaron de ayudar a los que no podían andar.

---¿Cómo se encuentran de salud?

El interno entrega su tableta al director para que vea las imágenes.

---Están agotados y desnutridos ---dice---. Algunos presentan quemaduras en sus cuerpos, especialmente los más pequeños. Todo parece indicar que la planta los estaba digiriendo, por eso la mayoría de sus ropas se disolvieron. El equipo médico ya los atiende.

El director sigue viendo las imágenes. Las analiza a detalle, en especial aquellas donde se presentan quemaduras.

---Jamás vi algo así ---dice---. ¿Tenemos una versión oficial?

---Aún se trabaja en eso, pero ya aparecieron las primeras notas. Si me permite le muestro.

El interno toma la tableta de manos del director y busca en el portal de noticias.

---Aquí, mire ---sigue el interno---. El pueblo está en cuarentena, y las comunidades cercanas están en alerta, por el brote de una nueva sepa del virus de la influenza A H12N3, una mutación por los ciervos de la zona.

---¿Ciervos?

---No sólo había humanos ahí adentro. La población de ciervos fue diezmada.

---Entiendo ---el director toma nota en su tableta---. ¿Quién se llevó el crédito?

---El gobierno Federal, obviamente, en colaboración con científicos de la UAD.

El director revisa la noticia. Es ambigua, pero clara en lo que a la cuarentena respecta.

---No quiero organismos internacionales ---dice.

---Hipnos intenta contenerlos, pero no podemos detenerlos por mucho tiempo. Pandora ya trabaja en una cepa del virus, la tendrán lista para mañana. Habrá que infectar al pueblo y entregar algunas bajas. El pueblo es pequeño, estiman que dos o tres bajas es suficiente.

---¿Hay prospectos?

---De hecho, sí. Un par de gemelas. Es imposible limpiarlas.

---¿A qué te refieres?

---Es necesario que las vea, las traerán junto con el prospecto a promoción.

El director regresa la tableta al interno.

---Gracias por el informe ---concluye---. Manténme al tanto de cualquier novedad.

---Por supuesto ---confirma el interno, luego se va.

## 6.

*Miércoles 28 de agosto de 2041 11:25h*



LA AGENTE encabeza al grupo. Le siguen tres internos del equipo médico. Avanzan a contracorriente, esquivando a los civiles que se arrastran afuera de la mina. A su paso van instalando lámparas de emergencia en el suelo, pues la única luz visible es la que proviene de marcas en la pared, flechas que indican el camino a las entrañas de la montaña, y que a la inversa marcan el camino al exterior.

Llegan a una gran bóveda, el lugar de donde sale la gente. Un hombre muy delgado ayuda a las personas a salir de entre las plantas. Lleva un casco con lámpara, propio de los mineros, que se queda obsoleto cuando los internos instalan varias lámparas en el suelo de la bóveda.

El hombre desgarrá las lianas con sus propias manos, a pesar de las espinas que se clavan en sus palmas. Esos últimos tirones liberan a una mujer y dos menores, niño y niña. La mujer despierta asustada, a lo que el hombre da una breve explicación e instrucciones claras de qué hacer. Es más fácil salir ahora que hay un camino marcado con lámparas. El menor, de unos diez años, puede andar solo a pesar de las quemaduras en su rostro y en sus piernas. La mujer le toma de la mano y se lo lleva. En cuanto a la pequeña, de unos cuatro años, las quemaduras en su cuerpo son mayores, por lo que se desmaya poco después de recuperar el conocimiento. El hombre se inclina y la carga en brazos.

---Está haciendo un buen trabajo, señor ---dice la agente---. Mi nombre es Sophie, estamos aquí para ayudar.

---Llegan algo tarde ---dice el hombre.

---Vinimos lo antes posible. La ayuda está afuera.

---Somos los últimos ---sigue el hombre---. El niño está ahí, es obvio que

solo vienen por él.

El hombre se marcha con la niña en brazos.

La agente se acerca al grupito en medio de la gran bóveda. Un hombre, cubierto con lo que deben ser los restos de la vestimenta de un religioso, permanece hincado, rezando sobre el rostro del niño, con su frente sobre la frente de él. A los costados del menor hay dos niñas, también hincadas. Estas extienden sus manos sobre el pecho del niño. De sus manos salen ramitas que se internan en la piel del menor.

---Aléjense de él ---ordena la agente.

El religioso se endereza al escuchar la voz.

---Está bien, están ayudando ---dice el hombre.

Las niñas también se enderezan. Sus rostros se ven demacrados, famélicos. Sostienen la mirada de la agente por un par de segundos, luego se desploman.

---¿Qué pasó aquí? ---pregunta la agente.

Los internos se dedican a cargar al niño en la camilla.

---No estoy seguro ---dice el religioso---. Pero esta mujer de acá fue la responsable de todo.

Señala el cuerpo de una mujer joven, de algunos veinte años.

La agente usa su comunicador para informar al exterior. Necesitan otras tres camillas.

7.

*Miércoles 28 de agosto de 2041 12:13h*



EL INTERNO entra a la carpa y se dirige a la oficina improvisada del director. Tras él vienen otros ocho internos, cargan cuatro camillas con cuatro cuerpos.

Al verlos el director se pone de pie y va al encuentro de la primera camilla.

---Es el niño ---dice el interno y muestra al director la tableta con los datos del menor---. Rubén Morales Torres. Doce años. Huérfano de madre. Sin hermanos.

---¿Qué le pasó en el pecho? ---pregunta el director.

---Creemos que el huésped primario pretendía usarlo de anfitrión para uno de sus brotes.

---¿A qué te refieres?

---Tiene que ver esto ---dice el interno.

Camina hasta donde una de las gemelas y señala la abertura en el pecho.

---¿Ve esta cavidad? ---indica el interno---. Da al corazón. Como ve hay una flor enraizada en él, es el huésped.

---Está consiente ---dice el director al notar la mirada de la chica en cuestión.

---No entendemos cómo están vivas; no hay ni una sola gota de sangre en sus cuerpos. Suponemos que la sangre es su principal fuente de alimento.

La niña estira su mano en dirección al charco de sangre que sobresale bajo la mampara. Su cuerpo es apenas piel y huesos. De sus dedos sobresalen pequeñas ramitas que serpentean lentamente.

---Si sangre es lo que ocupan ---dice el director---, por ahora nos sobra bastante.

Va a donde los médicos. Hace la mampara a un lado y carga dos de las cubetas llenas de la sangre del agente. Salpica un poco al caminar y al dejar las cubetas en el suelo.

---Acérquenlas ---ordena.

Los internos llevan las camillas a un lado de las cubetas. Las gemelas sumergen sus manos en el líquido y absorben. Pronto recuperan su color y vuelven a ponerse robustas. En poco tiempo acaban con toda la sangre de las cubetas. Se levantan y se estiran, con movimientos ágiles y graciosos. Si no fuera por la cavidad en sus pechos pasarían por un par de jovencitas saludables.

---Podemos ayudar ---dice una de ellas.

Los internos hacen formación de contención alrededor de las gemelas.

---¿De qué manera? ---dice el director.

Voltean a donde el agente herido. Los médicos detienen su labor y se suman a la contención.

---Podemos arreglarlo ---dice la otra chica.

Avanzan despacio, como midiendo el terreno. A cada paso suyo el círculo de contención se estrecha. Se detienen al ver que ya no hay forma de avanzar.

---En verdad podemos ayudar ---insisten.

---Déjenlas pasar ---dice el director---. De todas formas, el agente Yasin está en estado crítico.

Los médicos se apartan para dejar pasar a las gemelas. Estas se acercan a la camilla donde está el hombre y se colocan una a cada lado de él. Extienden sus manos sobre el vientre del agente y hacen surgir las ramitas. Estas se clavan en su piel y el sangrado se detiene al instante. Una de ellas se inclina sobre la herida y lanza su aliento, un vapor rosáceo que pronto rodea al agente. La otra igual se inclina sobre su rostro y lanza el mismo aliento rosado al interior de su boca.

---¿Es eso posible? ---dice la médica en jefe.

## 8.

*Jueves 5 de Septiembre de 2041 17:00h*



EL PROFESOR está sentado en un pequeño banquillo a un lado de la cama de su hijo. Lo observa y se le empequeñece el corazón. No soporta verlo en ese estado. El niño está despierto, pero no se molesta en devolverle la mirada a su padre. Es como si en realidad no pudiera ver nada. Su vista se pierde en algún lugar del techo, o quizá en algún lugar más allá de eso.

Toca su frente. No está fría ni caliente. El niño no suda ni tiembla.

Sobre la mesita de noche se enfría el plato con caldo de pollo que le trajo para comer. Permanece intacto. A un lado está el vaso que le dejó lleno de agua esa mañana, este por lo menos se encuentra vacío.

Alguien llama a la puerta, tres certeros golpes.

---Adelante ---dice, sin mucho ánimo.

---Buenas tardes, profesor ---dice el muchacho al entrar.

Se asegura de abrir bien la puerta y atrancarla con una caja llena de juguetes que está por ahí.

---Buenas tardes, Dante.

---¿Cómo sigue? ---pregunta el muchacho.

El profesor lo observa con algo de curiosidad, sin barba se ve aún más joven de lo que ya aparentaba. Aunque también luce más delgado, como todos en el pueblo, al parecer.

---Igual, creo ---lo dice decaído, intentando contener el llanto que lleva tiempo reprimiendo.

---Si quiere le hago compañía un rato. Traigo mi guitarra. Tal vez le anime escuchar un poco de música.

---No lo sé ---dice el profesor.

---Vamos. Puede tomar un baño, y descansar un poco.



Vóltea a ver a su hijo; sigue con la vista perdida en algún lugar del techo.

---Bueno. Tal vez me siente bien un baño.

Se pone de pie y se dispone a marcharse. Anda con pasos cortos, indeciso. Da media vuelta al llegar a la puerta y observa al muchacho sentarse en el mismo banquillo en el que estaba él. Lo ve acomodar la guitarra y afinarla. Lo oye tocar una melodía suave, una secuencia de cuatro acordes que le resultan endiabladamente nostálgicos. Derrama unas cuantas lágrimas. La canción estruja su corazón. No entiende la letra, que parece ser en otro idioma, y aun así algo en su interior se conmueve. Las lágrimas se transforman en llanto. No quiere que su hijo le vea llorar, así que se marcha.

---¿Cuánto más seguirás así? ---dice el muchacho.

El niño no responde, ni da señal de querer responder.

---No puedes pasar toda tu vida fingiendo que estás enfermo.

El niño toma la cobija y se cubre hasta la cabeza.

---Qué maduro ---sigue el muchacho---. Por cierto, veo que tienes muchos juguetes nuevos. ¿Ya los viste, cuando menos?

Se levanta, deja la guitarra a un lado y va a la caja de juguetes que atranca la puerta. Toma algunas cosas al azar.

---Mira esto ---dice al sentarse de nuevo en el banquillo---. Es un dinosaurio. Parece que nunca pasan de moda. Siempre me he preguntado por qué esa fijación de los niños por los lagartos prehistóricos. También hay un avión, un soldado y un oso de felpa. Y en la caja quedan muchas cosas más. Creo que vi un robot transformer y un canguro con guantes de boxeo, ¿puedes creerlo?

El niño baja la cobija para descubrir sus ojos. Aunque su cara sigue viendo al techo, desvía los ojos para ver los juguetes en manos del muchacho.

---Sé cómo te sientes, y sé por qué te sientes así. Las personas como yo, como tú, hemos pasado por eso. Ahora mismo ves estos juguetes. En tu mente

es fácil tomarlos, hacer una historia, jugar con ellos. Pero muy dentro de ti, sabes que ya no puedes hacerlo más, sabes que ya no es lo mismo.

El muchacho coloca al dinosaurio sobre el pecho del niño. Este hace viscos para intentar ver el juguete. Incluso se siente tentado a sacar las manos de debajo de su cobija para tomarlo, pero, aunque lo desea con todas sus fuerzas, sigue sin moverse.

---Tenía diez años cuando dejé de ser un niño. Todo mi mundo se transformó de un momento a otro. Mis compañeros del colegio jugaban todo el tiempo, algunas veces me invitaban a que me uniera a sus juegos, pero yo no podía hacerlo. Fue en mi cumpleaños, ¿sabes? El peor cumpleaños de todos. Ni siquiera pude jugar con mi auto a control. El sonido de los amortiguadores me recordaba otros sonidos, el rechinado de las llantas me recordaba otros rechinidos, su color rojo me recordaba otro color rojo, su aroma a cables quemados me recordaba otro aroma. Fue un año entero lo que sufrí, constantemente, una y otra vez, por más que rezaba una y otra vez porque todo terminara. Cargaba mi cabeza de nuevos recuerdos, mismos que me arruinarían cualquier cosa, un sonido, una forma, un sabor. Y entonces, un día, decidí actuar. Estaba humillado y lastimado, herido en lo más profundo de mi ser. Pero el monstruo que me había hecho tanto daño se encontraba fuera de combate, perdido en sus asquerosas drogas. Fue sencillo tomar una almohada y cubrir su cara, apretar hasta que dejara de moverse, hasta que dejara de respirar.

El muchacho toma el dinosaurio del pecho del niño.

---Alguna vez fui un niño feliz que jugaba con dinosaurios de plástico. Vaya si lo fui; antes de que unos pantaloncillos cortos, desafortunadamente rotos, cavaran la tumba del niño ingenuo que un día fui. ¿Pero sabes qué? La vida sigue, te guste o no.

El niño baja la cobija hasta descubrir todo su rostro y voltea a ver al

muchacho.

---No sientas lástima por mí ---dice el muchacho---. Nada de eso me lastima, ni volverá a lastimarme. Me he vuelto fuerte, en todos los sentidos.

Un par de lágrimas resbalan por las mejillas del niño.

---Tú también puedes ser fuerte ---sigue el muchacho---. Sin embargo, antes de decirte cómo, es mi deber explicarte las opciones. Sólo hay dos caminos y debes escoger uno de ellos. Elige con cuidado, pues una vez seleccionado no hay vuelta atrás. Presta atención.

»Opción A: Puedo hacerte olvidar todo lo que ha pasado en estos días, y con ello eso que te hace sufrir. Olvidarás como todos en el pueblo. Como tus amigos, que ya no son tus amigos. Como tu papá, o doña Inés, o el otro maestro. Podrás empezar desde cero, y tal vez ser feliz.

»Opción B: Ven conmigo. Aprenderás grandes secretos, y aprenderás a ver el mundo de una manera distinta, de una forma que hará que lo que hoy te hace sufrir no importe para nada. Será un camino difícil, y en ocasiones doloroso, pero te hará fuerte. Desde luego, las personas que dejes atrás se olvidarán de ti. Para ellos será como si tú nunca hubieras existido. Tú podrás verlos a ellos, si quieres, pero ellos ya no te verán a ti, ni sufrirán por ti.

El niño parpadea. Las lágrimas atrapadas en sus pestañas se desprenden y se deslizan por sus mejillas.

---Piénsalo bien ---dice el muchacho---. Es una decisión importante. Yo estaré aquí hasta mañana a mediodía. Si no me das una respuesta, procederé con la primera opción.

El muchacho se levanta y lleva los juguetes a su lugar. Regresa al banquillo, toma su guitarra y sigue tocando su canción. Canta algunos versos, otros solo los tararea.

## 9.

*Jueves 5 de Septiembre de 2041 23:00h*



LA OSCURIDAD es densa. El único ruido distinguible es la ventisca que corre afuera, tan fuerte que a ratos silva. Un clic enciende la lámpara en la mesita de noche y deja ver al niño recostado en su cama. Su cuerpo menudo se dibuja con nitidez en la cobija que lo cubre. Sobresalen sus ojos y una mata de cabellos despeinados, lo mismo que el brazo que se extiende a la cadena de la lámpara. Las lágrimas a medio secar en sus mejillas revelan que ha estado llorando. Hace el cobertor a un lado y se levanta tan aprisa que se siente mareado. No puede evitar caer de nuevo sobre su cama. Cierra los ojos, toda da vueltas, espera paciente a que pase el mareo. Se levanta, esta vez lento, como pidiendo permiso a cada parte de su cuerpo antes de moverse.

La moqueta de madera está fría, lastima sus pies tan pronto hacen contacto con ella. Mira a su alrededor, pero no encuentra sus pantuflas. Deben estar bajo la cama, pero a estas alturas no está como para inclinarse a buscarlas. Sale de la habitación y va directo al baño. Ya sentía ganas de orinar desde antes de levantarse, pero el suelo frío se encargó de que las ganas se transformaran en urgencia. Baja el pantalón del pijama, lo mismo que los calzoncillos, y se sienta en el retrete. No se siente con la facultad de equilibrarse frente a la tasa, mucho menos con la facultad de dirigir el chorro. Toma un trozo de papel para limpiar las últimas gotas de orina; lo arroja en el inodoro. Se levanta, acomoda su ropa, jala la cadena. Todo ruido es opacado por el silbar de la ventisca. Se sostiene del lavabo. Cuando siente que ya puede permanecer de pie por su cuenta se lava las manos a conciencia. Ya de paso se lava también el rostro, para eliminar los últimos vestigios del llanto. Se seca con la toalla que está colgada sobre el cancel de la regadera, la toalla de su papá.

Sale del cuarto de baño y va a la cocina. Toma un vaso de agua del grifo, está helada. Siente hambre, así que busca en la alacena. Encuentra una vasija con trozos de fruta, al parecer papaya y melón. También encuentra una rebanada grande de pastel de chocolate y unas lonchas de jamón envueltas en papel acerado. Lo lleva todo a la mesa y come desesperado. La fruta está fría y le lastima los dientes, pero el hambre puede más. El pastel está duro, masudo y extremadamente dulce, en más de una ocasión siente asfixiarse por la incapacidad para tragar semejante engrudo, pero el hambre puede más. El jamón está salado y tiene un olor muy fuerte, lo que en parte le permite deshacerse del dulzor del pastel. Se levanta y toma más agua del grifo. Va de nuevo a la alacena. Está en busca de qué más comer cuando su estómago protesta. Apenas le da tiempo de acercarse al fregadero para vomitar el exceso de comida. Abre la llave del grifo para dejar correr el agua y enciende el triturador para deshacerse del vómito. Se queda ahí, contemplando la tarja, aún un tiempo después de terminar de limpiarla con la fibra para lavar los trastes. Vuelve a sentir algo de hambre, pero el dolor en el estómago y esófago le hace desistir de intentar comer otra cosa. Al menos ya no se siente mareado.

Respira profundo un par de veces, después se pone en marcha rumbo a la habitación que queda al otro extremo de la casa. Vuelve a respirar profundo frente a la puerta de la habitación. Piensa en llamar, pero seguramente el ruido de la ventisca impida que lo escuchen. Además, no le apetece llamar a la puerta. Toma la perilla y hace amago de girarla. No tiene seguro. Cobra valor y abre la puerta con violencia. Enciende la luz con el interruptor junto al marco, entra y cierra la puerta azotándola tras de sí.

El impacto y la luz despiertan al muchacho que duerme en la cama del fondo. En un instante ya está de pie sobre la cama en posición de combate.

---Eres tú ---dice al ver al niño.

Relaja los músculos y baja de la cama.

---¿Por qué estás todo mojado?

El niño no responde. Dedicar un momento para ver la camiseta del pijama, en efecto está empapada. Luego se acerca un par de pasos. Tiembla, no tanto por el frío sino por los nervios.

---¿Tomaste una decisión? ---dice el muchacho, luego se sienta en el borde de la cama.

---¿Quién eres tú? ---dice el niño finalmente---. Tu nombre no es Dante, ¿o sí?

---Me llamo Yasin.

---¿Por qué quieres que vaya contigo?

---No se trata de si quiero o no que vengas conmigo. Ni siquiera hay garantía de que vuelvas a verme. Yo simplemente te extiendo una invitación, porque creo que tienes potencial.

---¿Potencial para qué?

---Sabrás la respuesta, más no de mí. La decisión es tuya.

El niño se acerca a la cama y se sienta junto al muchacho.

---Tú ---dice---, ¿en verdad mataste a esa persona? Cuando eras un niño.

El muchacho se desliza en el colchón hasta llegar a la esquina, para recargarse en la pared y ver de frente al niño. Cruza las piernas y pone las palmas de las manos sobre las rodillas.

---Sí, lo hice.

El niño también sube a la cama y cruza las piernas.

---¿Cómo fue?

---Difícil ---dice el muchacho.

---No intentes endulzarme las cosas ---interrumpe el niño---. Puedes ser honesto conmigo.

---Jamás conocí a mi padre. Nos abandonó cuando tenía dos años de edad. Mamá trabajaba todo el rato, a veces turnos dobles. Con el tiempo mamá

conoció a otras personas; nada serio, hasta que apareció él. Se casaron, y por un tiempo todo fue bien. Entonces él se quedó sin trabajo. Salía a buscar trabajo, obviamente, pero según decía no había nada. El día en que cumplí diez años mamá tenía turno doble en el hospital. Estaba solo, en casa, con él. No había dinero, así que no hubo fiesta. Aun así, él horneó un pastel, incluso me dejó que le ayudara a decorarlo. En eso estaba cuando sentí su mano en mi trasero. Había un agujero en los pantaloncillos. Lo dijo riendo, así que reí también. Creí que era algo gracioso. Puso una mancha de betún en mi nariz, y en mis labios. Yo volví a sonreír, pues creí que era un juego. Entonces se acercó y...

---Ya basta ---dice el niño---. No sigas.

---No solo mancilló mi cuerpo. Él traicionó mi confianza, porque yo le quería. Pero me hizo esta maldad. Me hizo sentir sucio y despreciable. Me hizo creer que había sido mi culpa, que de alguna forma yo lo había seducido para que me hiciera esas cosas. Me dijo que si decía algo mamá se pondría muy triste y se enojaría conmigo, porque había sido malo al seducir a su hombre. Me lo dijo llorando, como si la víctima hubiera sido él. Y yo lo creí. Siguió haciéndome esas cosas, por mucho tiempo, cada que tenía oportunidad; y oportunidades tenía de sobra.

---¿Por eso lo mataste?

---No fue por eso. Yo lo odiaba, con todo mi ser, pero no al grado de querer matarlo. Fue hasta que mamá dijo que tendría un bebé. Mi hermano, su hijo. Me asqueaba ver la forma en que acariciaba la barriga de mamá, cómo le daba besos, cómo se relamía los labios. Por primera vez vi que mentía. Que la culpa no había sido mía, sino de él. Y no pude soportarlo, no dejaría que le hiciera lo mismo a mi hermano. No podía permitirlo. Por eso lo maté.

---Es lo que quiero saber, qué sentiste cuando lo mataste.

---Él consumía drogas, algo que compraba en la farmacia. Cada vez que

me hacia esas cosas, al terminar, se tomaba dos píldoras y se quedaba dormido. Decía que no le gustaba oírme llorar. Yo procuraba no llorar, pero no podía evitarlo. El caso es que aproveché esa ocasión. Hacia una semana que había cumplido once años, se cumplía un año soportando esos abusos. Y pronto nacería mi hermanito. No sé exactamente qué pasó. Solo tomé el cojín y lo puse sobre su cara. Tuve que sentarme sobre el cojín para poder ejercer suficiente fuerza. Rodeé su cabeza con mis piernas, como muchas veces me obligó a hacer cuando me hacia esas cosas con su boca, pero esta vez presioné con todas mis fuerzas, hasta que dejó de moverse.

El muchacho hace una pausa al ver el rostro del niño.

---¿Por qué lloras? ---dice.

En niño intenta secar las lágrimas con su mano derecha.

---Porque no me gusta lo que me cuentas. Me hace sentir muy enojado, y triste.

---Yo estaba enojado y triste. Cuando no me estaba haciendo esas cosas, él podía ser el mejor papá del mundo. Jugaba conmigo, reía conmigo, me hacía confidencias y escuchaba las mías, me compraba obsequios, me ayudaba con mis tareas, me sonreía todo el tiempo, decía que éramos amigos. Pero en el fondo yo lo odiaba. Porque, por su culpa deje de tener amigos de verdad, y deje de ser realmente feliz. Lo único que me quedaba era mendigarle un poco de felicidad a él. Recibir sus sobras a un precio muy elevado, mi cuerpo y mi dignidad.

---No sé qué decir.

---Lloré cuando descubrí que ya no se movía. No el llanto sosegado con el que lloraba cada que me hacia esas cosas, sino un llanto de verdad, uno venido desde lo más profundo de mi ser. Intenté despertarlo varias veces, pero a cada momento estaba más frio y más tieso.

»Lo más difícil fue contarle a mamá, luego a la policía. Cada que hablaba



de eso era revivir la pesadilla una y otra vez. La policía me mostró imágenes y videos que él había capturado sin que me diera cuenta. Tenían meses siguiéndole la pista, pero no podían dar con él, hasta que lo maté. Enseñaron las imágenes a mamá también, la impresión fue tanta que perdió al bebé en un aborto involuntario.

»Me absolvieron del crimen alegando legítima defensa. Ni siquiera lo llevaron a juicio. Consideraban que lo que había sufrido era peor que la muerte. La totalidad de ellos, en realidad, habrían matado a una persona así de tener la oportunidad.

---Y, ¿sentiste culpa? ---dice el niño.

---¿Por matarlo? ---sigue el muchacho---. La verdad es que sí. Hace falta ser un psicópata para quitar una vida y no sentir culpa.

El niño se levanta para desentumecer las piernas, luego se vuelve a sentar de piernas cruzadas sobre la cama.

---Ella no tenía la culpa, la chica. Era joven. Más que tú, seguro, más que Miriam la de la escuela. No sé qué edad tenía. No importa realmente. Lo que importa es que no merecía morir. Era inocente, estaba atrapada en su propia mente, por culpa de esa flor. Necesitaba ayuda, y yo no pude hacer nada. De pronto ya tenía esa espada en mi mano, y para cuando volví en mí ya estaba atravesando su corazón.

---Salvaste a cientos de personas.

---Pero para eso tuve que matar a una, que además era inocente.

---¿Y cómo te hace sentir eso?

---La verdad es que no lo sé ---reconoce el niño---. Ahora que escuché tu historia, lo que tuviste que vivir, no sé si lo que sienta sea realmente tan malo.

---Eres un buen chico Rúbe. Si quieres mi consejo, mejor quédate aquí, con tu papá. Quédate y olvídale todo. Quédate y haz una vida feliz.

El niño inclina la cabeza, juega con las tobilleras del pantalón del pijama.

---No puedo quedarme. Nunca encajé, ¿sabes? Después de que mamá murió papá se volvió distante. Pasaba días, semanas enteras en casa de mi tía Sofía o en casa de mi tía Verónica. Cuando más necesité a papá, él no estuvo ahí. No lo ha dicho, y probablemente nunca lo dirá, pero sé que me culpa a mí por la muerte de mamá y los abuelos.

---De acuerdo, voy a detenerte ahí ---dice el muchacho---. No dudo que haya sido difícil para tu papá asimilar la muerte de su esposa, pero, ¿culparte a ti? A mí no me lo parece. Él te ama, y ha sufrido mucho al verte metido en esa cama sin comer ni hablar.

---¿Entonces por qué me abandonó?

---¿Así es como te sientes?

---No lo sé ---dice el niño, vuelve a secar las lágrimas con sus manos---. No sé cómo me siento o como deba sentirme. Tengo la impresión de que nada de lo que ha pasado es lo suficientemente importante como para rebasar lo que tú me contaste, como si no tuviera derecho a sentirme mal.

---No es una competencia, puedes sentirte todo lo mal que quieras.

---No es solo eso. Yo estuve dentro de la mente de mis amigos. De alguna forma sus problemas parecen mucho más grandes que los míos.

---¿Y eso que significa?

El niño lo piensa.

---Nada, supongo ---dice---. Es solo que ellos han seguido con sus vidas, tú seguiste con tu vida.

---Y tú también seguirás con la tuya ---dice el muchacho---. Así es la vida. A veces hay cosas buenas, a veces hay cosas malas. Lo que te puedo asegurar es que las cosas buenas valen la pena.

El niño asiente.

---Te propongo algo. Me quedaré aquí hasta el quince de octubre. Entonces me marcharé, y si sigues queriendo ir conmigo, pues te vienes conmigo.

Aprovecha este tiempo para despedirte de tu papá y de tus amigos. ¿Vale?



QUINTA PARTE: EL CIERRE.

*Martes 1 de octubre del 2041.*

## 1.



EL CIELO lucía completamente gris, por las nubes de tormenta que se aglutinaban como algodón de azúcar, desde donde alcanzaba la vista hasta donde alcanzaba la vista. Caía una fina llovizna como pequeños alfileres, o así se sentían por culpa del frío. La hierba en el cementerio era verde; un verde brillante, distinto al de los pinos y los encinos. Parece irónico que un lugar hecho para enterrar a los muertos luzca tan lleno de vida.

Lo vi desde que crucé el portal de piedra. En el fondo, hincado sobre la hierba. Estando ahí lucía diminuto, como una flama luchando por seguir brillando. Me acerqué a pasos cortos, procurando no hacer ruido, no quería perturbarlo.

---Supuse que te encontraría aquí ---dije.

Dejé la flor sobre el borde superior del mármol.

No me decidía si debía hincarme a su lado o no. Así que me limité a quedarme de pie a su espalda. Él levantó la cabeza y la giró ligeramente a la izquierda, para verme de reojo.

---Solo faltaba que vinieras a molestarme aquí también ---dijo.

---No quiero molestarte.

---Mira, que seas el hijo del profe no me detendrá de reventarte la nariz si sigues fastidiándome. Nomás te digo.

Cornelio besó sus dedos, luego extendió el brazo y pegó la palma sobre la placa de mármol, ahí donde se escribían sus nombres a bajorrelieve; Abigail y Adasah. Despegó la palma y la cerró en un puño que terminó estampando en el suelo.

---En verdad las extrañas ---dije ---. Eran buenas chicas.

Se levantó tan aprisa que me hizo retroceder un par de pasos. Me envistió

y me hizo caer al suelo, con tanta fuerza que me dejó sin aliento. Sus rodillas me oprimían los brazos, su trasero me oprimía el estómago. No podía moverme. Alzó el puño, lo apretó hasta hacer crujir sus nudillos y me lanzó un golpe directo al rostro. La sangre no tardó en manar de mi nariz. A ese le siguió un segundo golpe, quizá menos fuerte que el primero.

---Cállate, raro ---dijo al alzar de nuevo el puño---. Tú ni siquiera las conociste, no puedes decir nada de ellas.

Lanzó un tercer golpe. La inercia me hizo cerrar los ojos y virar la cara a un costado. El golpe, sin embargo, no dio en mi rostro sino en la hierba, a un lado de mi cabeza.

Se quedó así, inclinado sobre mí, con su puño clavado en el suelo. Apretaba los ojos con fuerza. Respiraba agitado, por la boca. Las volutas de vaho desdibujaban sus facciones.

Se levantó en el momento en que una lagrima, o una gota de agua de lluvia, se resbalaba de su nariz y caía sobre mi frente. Retrocedió tan rápido que cayó al suelo. Se arrastró hasta que su espalda chocó con la placa de mármol. El impacto hizo que la flor cayera del otro lado de la placa. Flexionó las rodillas hasta hacerse un ovillo y hundió la cara entre sus brazos.

Me levanté a como pude e intenté limpiar el exceso de sangre con la mano. En realidad, no fueron golpes tan fuertes. La hemorragia se detuvo pronto.

---¿Estás bien? ---dije.

Comenzó a reír, como un loco. Sorbió los mocos un par de veces.

---Mira, niño---dijo---. No sé si te gusto o qué, pero me tienes hasta la madre. Me cae que hasta dejo que me la chupes con tal de que me dejes en paz. Porque eso quieres, ¿no? Por eso me fastidias todo el rato y me sigues a todas partes.

»Ni siquiera la tengo grande, ¿sabes? Digo, para que midas tus expectativas.

Hablaba con desgano, casi balbuceando. Desde que ellas se fueron dejó de ser amenazante. Era más bien patético. Así se veía ahí tirado, como un calcetín usado que ha perdido su par. Sus comentarios ya ni siquiera tenían sentido.

Me arrodillé en la hierba, frente a él, a la distancia de dos pasos. En seguida levantó el rostro y abrió mucho los ojos al verme tan cerca, como asustado.

---Tranqui, hay muere---dijo---. No va en serio, eh. Si te gusto o algo, perdón, pero no siento lo mismo. Me sabe mal y todo, pero no quiero que te me acerques.

---¿Por qué estás tan enojado? ---dije.

---Jódete Rúbe ---dijo, y se pegó más a la placa de mármol---. Neta que eres muy raro.

---Sé que no lo dices en serio. Creo que es un mecanismo de defensa. Así haces distancia cuando te sientes débil o intimidado.

---Lo que faltaba, ¿no? Ahora bien en plan psicólogo y así.

---Lo digo en serio, ¿por qué tanto enojo?

---¿Es en serio? Ni partiéndote la cara te vas. ¿Qué hago ahora? ¿Te machaco hasta dejarte inconsciente? ¿O eso también es de cobardes indefensos?

Avancé de rodillas para quedar más cerca y puse la mano en su rodilla. Al instante la apartó de un manotazo.

---Que no me toques, joder.

---Ya pasó mucho tiempo ---dije.

---¿Tiempo de qué? ---dijo molesto, se encogía más en si mismo.

---Sabes a lo que me refiero.

---No, no sé ---dijo.

Me miraba directo al rostro, directo a los ojos, como retándome.

---De lo que ocurrió ese día, en el viejo aserradero.



Se quedó callado por un rato, sin apartarme la vista.

---¿Y tú qué sabes de eso? ---dijo, resoplaba por la nariz---. ¿Te lo contó Josefa?

---Jo no me dijo nada.

---Mira que ahora sí te rompo la nariz, marica. ¿Crees que no te vi como andabas de alcahuete con el soso de Irving y mi hermana? Por tu culpa están enganchados, y eso me hierve la sangre como no tienes una idea. ¿Pero que ahora me vengas con estas cosas?

Hizo seña de querer levantarse.

---Fueron ellas ---dije, y señalé la placa de mármol con la mirada.

Volteó la cabeza para ver de reojo lo que señalaba.

---¿Abi y Ada? ---dijo incrédulo.

Asentí, con el semblante más serio que podía adoptar.

Cayó otra vez al suelo y se quedó callado por un rato, hasta que comenzó a llorar.

---No juegues conmigo cabrón.

---Es verdad. Ellas me lo contaron todo.

---Mira que me estás punzando de más y tengo un límite. Luego no respondo qué sea capaz.

---Ellas me pidieron que te dijera algo ---seguí---. Que te dijera que te quieren mucho y que fuiste el mejor amigo que pudieron tener.

Volvió a hundir el rostro entre sus brazos. Sollozaba de forma lastimera. Daba pena verlo.

---No te creo ---dijo en tono realmente serio, luego de respirar profundo un par de veces ---. No te creo nada. Y mejor ya vete, por favor. Con eso no se juega. Quiero que me dejes solo.

---Ellas no estaban listas, aquella vez del póker, ni ellas ni tú. Te vieron tan vulnerable, tan solo y tan triste, que no quisieron aprovecharse de ti, de tu

corazón. Lamentan haberte dejado así, con las ganas. Porque eso nunca debió suceder. Lo único que querían era pasar el rato contigo, su mejor amigo, su único amigo. Pero insististe tanto que no te pudieron decir que no. Fue una fortuna que ellas resultaran mejores jugadoras que tú. Dicen que fue tierno ver cómo te ruborizabas. Ver como apartabas la mirada de sus pechos, porque en verdad te sentiste avergonzado. Que fue tierno ver el pudor con el que te cubrías cuando te quedaste completamente desnudo frente a ellas. Dicen que en ningún momento voltearon a verte, porque no era justo, y ellas en verdad te querían y respetaban. ¿Cómo podían arruinar una amistad tan bella? Sólo hacía falta un poco de tiempo, tres o cuatro años más. Y estaban seguras de que lo entenderías. De que en el fondo te sentirías aliviado de que no pasara nada ese día. Que todo se quedaría en una anécdota chistosa que recordar cuando fueran mayores, cuando, si el destino lo quería, te decidieras en serio por una de ellas dos.

Cornelio volvía a llorar profusamente.

---¿Y ahora vienes en plan médium y así? ¿No te jode? ---dijo entre sollozos---. ¿O esto querías cabrón? Verme llorar.

Me senté a su lado y lo rodeé con mi brazo. Lo atraje hacia mí con cariño. Se dejó asir. Recargó su cabeza en mi hombro y siguió llorando.

---¿No crees que ya es hora de que dejes de estar enojado? ---dije---. No por mí, que yo no importo nada. Ni por ellas, aunque si importaron mucho. Sino por ti.

Me pescó de la chaqueta con la mano derecha y la retorció con fuerza hasta tenerme bien sujeto.

---Júramelo ---dijo---. Júrame que ellas te dijeron todas esas cosas. Júramelo, cabrón ---volvía a llorar con nuevas fuerzas---. Júramelo, maldita seas. Júramelo.

---Te lo juro---dije---, por la virgen.

Relajó la mano y me soltó de la chaqueta. No paraba de llorar. Se aferró a mí en un fuerte abrazo. Sollozaba y gemía como un animal herido. Me partía el corazón verlo así. Pero funcionó. Pude sentir todo su dolor entrando a mi cuerpo, estrujándome la boca del estómago, destemplando cada uno de mis huesos, robándome el aliento, comprimiendo mi pecho, acumulando rabia en mi interior, esas ganas de destruir con mis manos, de gritar hasta no sentir la garganta, de cortarme las venas y dejar todo fluir, de dejar este mundo con tal de no sufrir más. Y entonces la calma, como el primer respiro de aire fresco luego de ahogarte en agua.

---No eres mala bestia ---dijo.

Se puso de pie, le temblaban las piernas. Miró al cielo, como buscando algo. Quizá advertía el cambio de luz. ¿Cuánto tiempo estuvo llorando? ¿Hora y media?, ¿dos horas? Mucho tiempo al final de cuentas.

---¿Siguen aquí, o se han ido al cielo? ---dijo.

---Están en un lugar mejor.

Me extendió la mano para ayudarme a levantar.

---Eres un bicho raro, ¿sabes? Raro en serio ---dijo---. Y me da la impresión de que ya te lo había dicho antes. Pero no recuerdo dónde, o en qué circunstancias.

Tomé su mano y me levanté. Casi caigo, pero me sostuvo. Ya me encontraba completamente empapado por la lluvia. Me haría falta una buena ducha si no quería enfermar.

---Eso no importa ---dije.

Se me quedó viendo al rostro, con cara de extrañeza. Luego sonrió divertido.

---Vale, a lo mejor y si te dejo que me la chupes, ¿te late?

---No voy a hacer eso.

Extendió las palmas frente a sí en un gesto teatral, como marcando

distancia entre ambos.

---Menos mal ---dijo---. A menos que quieras que sea yo el que use la boca.

---Claro que no, Qué asco.

---Ya, perdón. Es la costumbre. Sabes que no va en serio. A veces soy un tonto, ¿sabes?

---Sí, me consta.

---Como sea. Tal vez si soy un cobarde. Yo... ---se quedó en silencio, como pensando sus palabras---... bueno, no importa. Seamos amigos, ¿sí? Sin cosas raras, sólo amigos. Para quedar en las tardes y así. Conozco lugares muy chungos. ¿Te va eso de la exploración urbana? Ya puedo tener redes, podríamos abrir un canal, grabar videos y hacernos famosos.

---Seré tu amigo. Pero hay que invitar también a Jo y a Irving.

---¿A ese? El tipo no me cae bien.

---¿Por qué?

---Es su cara...

---¿Te recuerda a alguien más? ---dije.

---Ya sé a dónde quieres llegar ---dijo---. Vale, que él no tiene la culpa de nada, ¿crees que no lo sé? Ya que lo pienso si he sido un poco cabrón. No sé por qué no quedaste tú con mi hermana, lo habría tolerado más.

---Irving es bueno, sólo dale una oportunidad. Podrían ser buenos amigos.

---No sé por qué siento que te estás despidiendo. No se van a ir del pueblo, ¿o sí? Ya sé que el profe Jaime volvió a la escuela, pero suficiente tiene con los de primaria. Además, tu papá me juró que se quedarían hasta que salieras de la secu.

---Ya dijo papá que se quedaría aquí como mínimo tres años, y el no rompe sus promesas.

---Vale, vale. Me tengo que ir a casa. Ya empiezo a moquear y si mi mamá

me ve le da un infarto. Capaz que imagina que me dio otra vez la gripe esa.

---Va, yo igual me regreso a casa.

Sonrió, una sonrisa natural. Sin fingir, sin forzar el rostro. Una sonrisa autentica. Dio media vuelta y se marchó, a pasos largos, sin voltear atrás. No me moví hasta que lo perdí de vista.

---¿Cómo te sientes? ---dijo Yasin. Ya podía verlo de nuevo.

---Bien, supongo. No me siento a gusto con las mentiras que dije.

---Las mentiras no son buenas o malas, lo malo es cómo las usamos.

---Como sea, me siento muy cansado ---reconocí.

---Normal ---dijo---. Le quitaste de encima años de frustración y enojo. Ese chico estaba demasiado cargado de negatividad.

---Ya... ¿y adonde se fue todo eso?

---A hacerte más fuerte, claro.

---Sigo sin entender cómo funciona.

---Ya descubrirás cómo, sólo relájate. Vayamos a ver que hizo doña Inés para cenar, debes estar hambriento.

Nos pusimos en marcha. El sol comenzaba a ocultarse, la única seña visible con semejante cielo encapotado de nubes era la luz cada vez más escasa.

---Ahora que lo dices, sí, tengo hambre. Tal vez si como lo suficiente papá deje de darme tantos batidos.

---Los ocupas, créeme.

---Me dan asco, ¿no serán tóxicos? Saben a plástico.

---Toxica la relación entre el constreñido y la neurótica, de eso si te deberías sentir mal, no les doy más de dos meses.

---Oye, me parece que Irving y Jo hacen buena pareja.

---Uy, sí, una pareja bastante creíble.

---Bueno ya. Total, si rompen no pasa nada.

---¿Sabes que el rubio es algo perverso? Se le nota en la cara, conozco a los de su clase, créeme.

Reí.

---Si supieras.

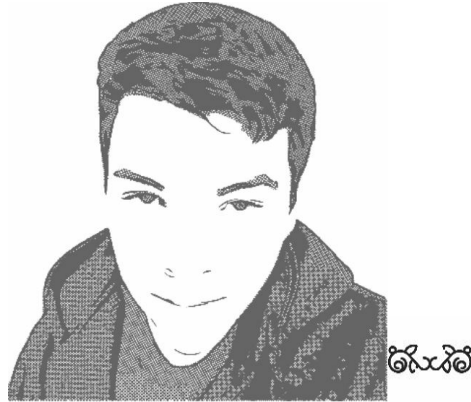
---Ah, ¿ya estabas enterado? ---dijo y rio también---. Bueno, seguro la neurótica lo arregla, aunque sea un poco.

Esa noche cenamos todos juntos. Papá hablo de lo bien que le sentaba que el profe Jaime regresara a la escuela, y de lo bien que se lo habían tomado los niños. Doña Inés oyó todo con una media sonrisa, como recordando viejos tiempos. No sé por qué, tal vez por todo lo ocurrido en el cementerio, pero le dije a papá que me sentía muy feliz. Le dije que estaba muy contento de ser su hijo, y de que él fuera mi papá. Le dije que a veces extrañaba mucho a mamá, pero que sabía que ella me cuidaba, desde allá donde estuviera, y que eso me daba fuerzas para seguir adelante, y para ser feliz. Que sabía que mamá me quería mucho, que nos quería mucho a ambos, porque así son las mamás. Papá me miraba con ojos vidriosos mientras le decía todas estas cosas, con una gran sonrisa dibujada en el rostro. Cuando terminé de hablar me abrazó y me dio un beso en la sien. Me dijo que él también me quería mucho y que estaba orgulloso de ser mi papá.

Más tarde, esa noche, doña Inés telefoneó al profe Jaime. Quizá ya estuviera lista para hacer las paces. Me constaba que él ya estaba listo.

Yo por mi parte ya estaba listo para marcharme.

## SOBRE EL AUTOR.



ORIUNDO DEL área metropolitana de la ciudad de Monterrey, Nuevo León, México. Su vicio más grande, hasta la edad de quince años, siempre fue la televisión y hacer el vago todo el rato. Un buen día consiguió su primer empleo, con algo de ayuda, y al menos hasta el día de hoy ese primer empleo sigue formando parte de su vida. A una edad, más bien tardía, se le ocurrió que tal vez no sería mala idea tomar un libro al azar y empezar a leer; una cita a ciegas con un libro. A partir de entonces se convirtió en un verdadero devorador de letras. Años después, cansado de leer las mismas historias una y otra vez, se le ocurrió que él podía narrar esas mismas historias a su manera. Así, armado con una laptop y una taza de café negro sin azúcar, comenzó a escribir. Esto que tienes en tus manos no es lo primero que ha escrito, seguramente esas primeras letras fueron eliminadas de cualquier soporte informático, básicamente por temor a que alguien pueda leerlas, son muy penosas. Sus estudios son limitados, pero no le avergüenza ser reconocido con el apelativo de analfabeta o ignorante, nunca esos adjetivos le han detenido de alcanzar sus metas. Esta felizmente casado con su adorable esposa Anakaren, a quien ama con locura. Es diseñador y programador en una empresa de desarrollo de software, como los hay millones. Lo mismo que escritores, que hay por montones. Al parecer le gusta ser del montón.

## AGRADECIMIENTOS.



GRACIAS A Arturo Iván Bárcenas, Fabiola (de Toluca), Laura Gabriela González, Lidia Ocampo, Luis Fernando Tello, María Luisa Andrade, Nohely Santos De La Cruz, Víctor Manuel González y al resto, por dedicar su tiempo a leer y comentar los borradores de esta novela. Sus opiniones y señalamientos fueron muy valiosos.

Anakaren, amor, gracias por ser tan paciente conmigo. Sé que escribir es una labor solitaria, y pudiera parecer bastante aburrida, por eso tengo en alta estima tu comprensión. Pero oye, al menos no soy de los que escriben todo el rato, todos los días.

Y gracias lector por acompañarme en esta aventura. Te aseguro que hay más. No seas malo y, si te gustó, pasa la voz. Tal vez esta historia pueda interesarle a un amigo o amiga, tal vez quieras dedicarme algunas palabras en tu red social favorita recomendando mi libro, o tal vez quieras comentarme personalmente qué te pareció, este es mi correo: [eleserfstone@yahoo.com](mailto:eleserfstone@yahoo.com)

*Atte. Ele Serfstone*